

HI14-78

457 COPIAS

Ariel Historia

Joaquín Gómez Pantoja (coord.)

HISTORIA ANTIGUA
(GRECIA Y ROMA)

Ariel

breves comentarios de A. García y Bellido. *La España del siglo I de nuestra Era (Según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid 1982, colección Austral. Y, del mismo: *España y los españoles hace dos mil años según la «Geografía» de Estrabón*, Madrid 1968, colección Austral.

- Almagro-Gorbea, M. (éd.) (1993): *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, Editorial Actas.
 — (2001): *Celtas y Vetones*, Ávila, Diputación de Ávila.
 Almagro-Gorbea, M.; Arteaga, O.; Blech, M.; Ruiz Mata, D. y Schubart, H. (2001): *Protohistoria de la Península Ibérica*, Barcelona, Ariel.
 Aranegui, C. (1998): *Los iberos, príncipes de Occidente*, Barcelona, Fundación La Caixa.
 Aubet, M. E. (ed.) (1989): *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, Ediciones AUSA.
 — (2000): *Argantonio. Rey de Tartessos*, Valencia, Ministerio de Educación y Cultura.
 Blázquez, J. M. (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, Universidad.
 — (1983): *Primitivas religiones ibéricas. II Religiones prerromanas*, Madrid, Ediciones Cristiandad.
 — (2000): *Los pueblos de España y el Mediterráneo en la Antigüedad*, Madrid, Cátedra.
 — (2001): *Religiones, ritos y creencias funerarias de la Hispania prerromana*, Madrid, Biblioteca Nueva.
 Blázquez, J. M.; Alvar, J. y González Wagner, C. (1999): *Fenicios y Cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid, Cátedra.
 Capalvo, A. (1996): *Celtiberia*, Zaragoza, Institución «Fernando El Católico».
 Fernández Castro, M. C. (1988): *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (Siglos X a VIII a.C.)*, Madrid, Alianza Editorial.
 Fernández Uribe, P.; González Wagner, C. y López Pardo, F. (eds.) (2000): *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, CEFYP-Signifer Libros.
 Iglesias Gil, J. M. y Muñoz Castro, J. A. (eds.) (1999): *Regio Cantabrorum*, Santander, Caja Cantabria.
 Lorrio, A. J. (1997): *Los celtíberos*, Alicante, Universidad de Alicante, UCM.
 Martín Bravo, A. M. (1999): *El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura. Los orígenes de Lusitania*, Madrid, Real Academia de la Historia.
 Pallottino, M. (1985): *Civiltà Artistica etrusco-italica*, Florencia, Sansoni Editore.
 Pérex Agorreta, M. J. (1986): *Los vascones*, Burlada, Gobierno de Navarra.
 Rodríguez Colmenero, A. (1977): *Galicia Meridional Romana*, Bilbao, Deusto, Universidad de Deusto.
 Santos Yanguas, N. (1992): *La romanización de Asturias*, Madrid, Istmo.
 Tarradell, M.; Cura, M. y Padró, J. (1978): *Els pobles pre-romans del Pirineu*, Puigcerdá, Institut d'Estudis Oretans.

CAPÍTULO 3

LA GRECIA ARCAICA

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO
 Universidad Autónoma de Madrid

1. Rasgos geográficos y humanos de la Hélade

La civilización de la Grecia arcaica surge y se desarrolla a caballo entre dos continentes, entre Europa y Asia y, también, a caballo entre el mar y la tierra. La Hélade (concepto mucho más amplio y polisémico que el que abarca la actual República Helénica) incluye los territorios ocupados y poblados por los helenos o griegos. En el período histórico, cuyo análisis iniciamos ahora, los helenos están establecidos en buena parte de la península de los Balcanes, pero también en las islas del Egeo y, al menos desde el tránsito del II al I milenio a.C. en toda la fachada occidental de la península de Anatolia. Esos territorios están bañados por el Mediterráneo oriental, y ello marcará también algunas líneas directrices importantes de su historia.

La Grecia baicánica es un país de orografía compleja, atravesado por varias cadenas montañosas que, en líneas generales, siguen una orientación noroeste-sureste y que se prolongan, a través del mar, en las islas Cícladas. Su punto culminante es el monte Olimpo (2.917 m), situado en el límite entre Tesalia y Macedonia, y donde la fértil imaginación griega acabó colocando la sede de sus dioses. Salvo en la mencionada Macedonia, los ríos no son demasiado caudalosos en Grecia y están sometidos, como es habitual en los ríos mediterráneos, a fuertes estiajes. El relieve tiende a compartimentar el territorio griego en unidades geográficas que, con frecuencia, se hallan mal comunicadas: como ejemplo, podemos mencionar el paso de las Termópilas, virtualmente el único acceso existente entre la Grecia del Norte y la Grecia central. No abundan las grandes llanuras aptas para el cultivo y las que existen serán, a lo largo de la historia griega, causa de conflictos por lograr su posesión y dominio entre Estados vecinos y rivales. El clima mediterráneo (a veces con toques de continental, de modo especial en las partes más septentrionales e internas de la Hélade) impone su dominio y condiciona la cobertura vegetal, mucho mayor en la Antigüedad que en la actualidad y de la que los griegos extraían todos los beneficios posibles (frutos, leña, pastos para el ganado, etc.). La agricultura que podía desarrollarse en este paisaje descansaba

sobre especies bien adaptadas al terreno y al clima, como la vid y el olivo, así como sobre árboles frutales, algunos productos de la huerta y cereales, por lo general cebada y sólo en algunos lugares privilegiados trigo. La lucha contra la erosión del suelo y su infertilidad requería del uso del ganado y del barbecho para que la tierra repusiera sus nutrientes. La vaca, el cerdo y las cabras son las principales especies y sólo en algunas regiones especialmente aptas, como la amplia Tesalia, la cría caballar alcanzó un alto nivel.

No muy diferentes condiciones, cuando no peores, se daban en las islas, con frecuencia incapaces de sustentar grandes poblaciones.

La Grecia del Este, emplazada sobre la costa de Asia Menor, gozó, sin embargo, de una situación diferente. Sus ciudades, con frecuencia ubicadas junto a los grandes ríos de Anatolia (el Hermo, el Caistro, el Meandro), pudieron disponer de fértiles territorios que las convirtieron, a partir de un determinado momento, en centros de una riqueza exuberante, que trajo consigo también un amplio desarrollo cultural e intelectual.

Pero el factor que unifica todo este ambiente territorial es el mar; el mar es el auténtico vínculo de unión entre los griegos; el puente que permite la comunicación entre unos y otros. No en vano, una de las palabras con la que los griegos designan al mar, *pontos*, alude a este carácter. Penetrando a veces hasta el interior de las tierras gracias a profundos golfos o rodeando con sus aguas las islas griegas, el mar fue pronto utilizado como medio de transporte por los griegos, que acabaron haciéndose con su control. Algunos historiadores, como el ateniense Tucídides, veían en el dominio del mar uno de los motores de la historia. Es el mar el que permitió la ocupación y el poblamiento de las islas griegas por los griegos, su expansión hacia Asia Menor, sus contactos con el mundo oriental, tan fecundo en todos los aspectos y, a partir del siglo VIII a.C., su gran diáspora colonial que acabaría por llevarlos a todos los rincones del Mediterráneo e, incluso, hasta el océano Atlántico. El mar propició también importantes transformaciones y creaciones culturales e ideológicas y una de las primeras manifestaciones de la literatura griega y, por extensión, de toda la literatura occidental, la *Odisea*, es un colosal poema marino.

Es en este medio geográfico sobre el que se va a desarrollar la peripecia histórica de los griegos. Los griegos, los helenos como ellos se llamaban (y se llaman) a sí mismos, son un conglomerado de pueblos cuya lengua los emparenta con otros grupos lingüístico-culturales a los que solemos conocer con el nombre de pueblos indoeuropeos, atendiendo a las semejanzas y parentescos detectables en las lenguas que hablaban. Aunque es difícil saberlo con certeza e, incluso, los especialistas no terminan de ponerse de acuerdo, es posible que los antepasados de los griegos fuesen llegando paulatinamente desde territorios más septentrionales quizá ya durante el III milenio a.C. Da la impresión de que ya durante el bronce medio (o Heládico Medio como se le denomina en Grecia), esto es, a partir del 2000 a.C. por dar cifras redondas, la presencia de los griegos en Grecia es segura y esta seguridad se convierte en certeza a partir de la última etapa del bronce medio griego (desde el 1600 a.C. en adelante) cuando desarrollarán la primera gran cultura europea, a la que conocemos como civilización micénica.

Será la lengua uno de los factores que con el tiempo contribuirán a cimentar la identidad helénica, tanto desde un punto de vista interno como, ante todo, externo. Los

diferentes ritmos de ocupación del territorio, los diferentes niveles de interacción con las poblaciones de lengua no griega con las que los helenos se encontraron en Grecia, factores como el aislamiento o, por el contrario, la fluidez de los contactos irán determinando una fragmentación de la lengua griega en diferentes variantes dialectales que, no obstante, no rompieron la unidad (a veces más percibida que real) de la lengua griega. Sólo en algunas regiones, como Macedonia, subsisten las dudas acerca de la helenidad o no de la lengua allí hablada y, aunque hay teorías de distinto tenor, no es improbable que nos encontremos ante una lengua helénica, pero muy alterada por el contacto con otras lenguas (por ejemplo, el tracio). De cualquier modo, y sea como fuere, los griegos de la época clásica no consideraban a los macedonios como participantes de su misma comunidad lingüística y, aunque quizá con un origen común, el griego y el macedonio habían derivado hasta convertirse en irreconocibles entre sí.

Si bien es harto probable que buena parte de la diferenciación entre los dialectos se hubiese iniciado ya durante el II milenio a.C., las estructuras políticas del momento, los palacios micénicos, emplearon sin duda como lengua vehicular y, tal vez como lengua de uso corriente, una misma variante, a la que podemos llamar «griego micénico» y que está muy emparentada con uno de los dialectos conocidos para la época histórica, el llamado «arcado-chipriota» y, más lejanamente, con el «ático-jónico». Esta unidad lingüística, al menos desde el punto de vista de la documentación escrita de los palacios micénicos, desde Tebas en Beocia hasta Creta, pasando por Micenas en la Argólida y por Pilo en Mesenia, contrastará con la gran fragmentación lingüística que percibimos ya en plena época histórica. El otro grupo de dialectos, del que forma parte tanto el dorio como el griego del noroeste, aunque quizá ya presentes en Grecia durante el II milenio a.C., apenas se nos atestigua para ese momento, dependiendo de que algún resto de su presencia se observe o no entre la documentación lingüística en griego micénico conservada. Por fin, el último de los dialectos, el eolio, parece haberse formado después del colapso del mundo micénico.

Las implicaciones históricas que tiene la existencia de distintas variedades dialectales dentro del griego y, sobre todo, su distribución en época histórica son grandes. En efecto, la repartición de los grupos dialectales en la Grecia balcánica, en las islas y en Anatolia parece habernos dejado, como si de un registro fósil se tratara, la huella de unos movimientos de población, contactos e influencias mutuos, que nos permiten siquiera atisbar parte del complejo proceso que condujo a la formación del pueblo griego histórico. Este proceso, que ni los propios griegos de época histórica fueron capaces de entender en todas sus implicaciones, supone el paso de un mundo, el palacial del II milenio a.C., centrado sobre unas dinastías reinantes con evidentes y variadas interconexiones entre sí, a otro en el que a la disgregación de tal mundo se le añaden diversos procesos de emigración, abandono de territorios, concentración en otras áreas, reocupación de regiones poco o nada ocupadas por otras gentes, etc., que, trabajosamente, irán tratando de recuperar un pasado tenido por glorioso, al tiempo que irán recreando un nuevo sentido de identidad general.

A una identidad, llamémosla «aquea», que abarcaba buena parte de la Hélade de la edad del bronce, desde Tesalia al norte hasta Creta al sur, desde las islas del mar Jonio al oeste hasta, quizá, la lejana Mileto al este, le sustituirá un conglomerado de pueblos grecoparlantes que, durante más de dos siglos (siglos XII-XI a.C.), perderá esta noción de formar parte de algo común y que sólo con el tiempo irán gestando una nue-

va identidad «helénica». El pueblo griego, lejos de haber conservado una identidad propia, fue produciendo identidades diferentes hasta llegar, ya durante el I milenio a.C., a definir la que será la identidad que mostrará en este periodo histórico. Aunque partiendo de presupuestos diferentes, ya Tucídides, el historiador ateniense del siglo V a.C., observó cómo en el remoto pasado ni todos los griegos habían asumido aún el nombre general de helenos ni tan siquiera su país recibía el nombre de Hélade; al tiempo que pensaba que el proceso fue lento, tanto a causa de la debilidad cuanto a la ausencia de relaciones mutuas.

En suma, un complicado proceso formativo, apenas iluminado por las fuentes escritas y por la arqueología y cuya reconstrucción dista de haber sido consensuada por la investigación moderna: no cabe duda de que la calidad de nuestros conocimientos sobre el periodo deriva, en buena medida, del propio tipo de fuentes con el que tenemos que abordar este periodo histórico.

2. Las fuentes para el periodo: leyenda, épica e historia

El final de los palacios micénicos (a partir del 1200 a.C.) supone el final de la escritura en el mundo egeo durante un periodo que oscila entre doscientos y trescientos años. La escritura micénica, conocida convencionalmente con el nombre técnico-descriptivo de «lineal B», había servido para llevar la contabilidad de unas estructuras palaciales centralizadoras e intervencionistas, que habían controlado buena parte de las actividades económicas de los territorios sobre los que se asentaban y cuyos recursos gestionaban. Aunque no muy adaptada a las peculiaridades de la lengua griega puesto que, no en vano, derivaba de una escritura anterior (la «lineal A») que fue creada para escribir otra lengua (la cretense) en nada relacionada con el griego, los burócratas micénicos habían conseguido desarrollar un sistema lo bastante dúctil como para servir a las necesidades derivadas de una administración compleja. No hay indicios de que esta escritura fuese utilizada para otros fines distintos como, por ejemplo, los literarios. No obstante, la existencia de documentos escritos, sin duda conservados en los palacios micénicos, en los que se abordaban muy distintos aspectos de la actividad política y económica de la administración palacial, permitían al mundo griego de la edad del bronce disponer de una base cronológica sólida sobre la que proyectar el conocimiento del pasado; aunque es probable que esta gestión no fuese tan completa y tan compleja como la que se desarrollaba en el mundo del Próximo Oriente y de Egipto por esa época, lo cierto es que el mundo egeo del II milenio a.C. había empezado a construir su propia conciencia espacial y, ante todo, temporal, según el modelo que esos otros ámbitos culturales habían creado desde hacía ya, al menos, un par de miles de años.

Todo este armazón se vino al traste con la desaparición de los palacios, la destrucción de sus archivos, la dispersión de sus pobladores, el abandono de una economía administrativizada y, por ende, de la escritura que había estado íntimamente ligada a su desarrollo. El mundo griego volvió a un estado de analfabetismo ancestral del que había salido, sólo en parte, hacía tan sólo unos pocos cientos de años. Y con el analfabetismo volvió de nuevo la época de la oralidad.

El recurso a la oralidad tiene, qué duda cabe, sus ventajas y sus inconvenientes.

Entre sus ventajas podríamos citar la facilidad con la que una sociedad humana puede estar elaborando de forma continua sus recuerdos para integrarlos en su conciencia colectiva, resaltando aquellos aspectos que contribuyen a consolidar su identidad como grupo así como aquellos otros que los diferencian de los demás. Dada la fragilidad de la memoria humana, la introducción de nuevos episodios suele ir en detrimento de la permanencia de otros que van perdiendo actualidad e interés dentro de este proceso siempre activo y que no se apoya sobre ningún soporte objetivo. Esto que puede ser una ventaja, puesto que introduce una fuerte cohesión entre los miembros del mismo grupo, copartícipes de una misma visión del mundo, del papel de cada uno de ellos dentro del colectivo y de cara al exterior, puede llegar también a ser un inconveniente. Cada grupo puede tender a recrear, según sus propios intereses, el pasado, lo que puede provocar aún un mayor aislamiento del entorno, por no mencionar la constante distorsión a la que se somete el pasado, el cual sólo interesa como medio de definir la personalidad presente del grupo.

En el mundo griego pospalacial esta memoria colectiva va a estar confiada, en buena medida, a los poetas, a los aedos, responsables de la elaboración en forma versificada de este pasado que satisface siempre las inquietudes de los oyentes. Sin embargo, en el mundo griego, junto a la atomización de intereses dependiendo de las demandas de una sociedad igualmente fragmentada y, al tiempo, dispersa por una amplia área geográfica, habrá una serie de temas que siempre gozarán de especial atención y que, aunque sean reelaborados en cada territorio, mostrarán una serie de puntos de coincidencia. Entre estos temas destacan aquellos relacionados con lo que podríamos llamar la guerra de Troya y el regreso a sus patrias respectivas de los héroes participantes en la misma. No es que no existieran otros argumentos, pero el ciclo troyano cumplía varias funciones: por una parte, y puesto que en esa empresa habrían participado gentes de todo el mundo griego, los orgullos locales podían saciarse dando un protagonismo mayor a los antepasados, imaginados o reales, de cada auditorio; por otro lado, en un mundo fraccionado y sometido a muy diversas presiones, la referencia a un pasado glorioso en el que sus antepasados habían sido capaces de unirse para llevar a cabo una gran empresa, era siempre motivo de afirmación en una cierta idea de superioridad que toda cultura lleva implícita en sí misma. Por fin, estos poemas podían servir de paradigma ético para unos oyentes que estaban, en la práctica, reconstruyendo su relación con su propio pasado.

Los poemas épicos, recreados y actualizados en cada representación de cada uno de los aedos, eran considerados relatos fiables y fidedignos de un pasado remoto y tenido por glorioso; unos poemas que, siempre en transmisión oral, pasaban de generación en generación en un estado de continua fluidez, dejando en el camino aquello que dejaba de ser comprensible o dejaba de tener interés. En esta situación, la percepción que los griegos tenían de su pasado se iba modificando de acuerdo con el mayor o menor éxito que tuviera una nueva versión, una nueva manera de interpretar ese pasado del que no quedaba nada tangible. A la indudable adaptación de cada poema a la realidad contemporánea de cada momento se le añade también la propia creatividad y maestría de cada poeta, que introduce nuevos temas, nuevos episodios, nuevas caracterizaciones para un relato del que, cada vez más, se van conociendo sus claves principales. Y, curiosamente, en este hecho podemos observar un elemento interesante de integración. El sentido de pertenencia de todos los griegos al mundo que la fértil ima-

ginación de los poetas estaba dibujando, la idea de que todos ellos, en un tiempo, habían estado unidos y de acuerdo en sellar el destino de la extranjera Troya fue produciendo un nuevo concepto de identidad, que en su momento dará lugar a esa identidad helénica a la que aludíamos páginas atrás.

Un momento importante en el proceso de conformación y de consolidación de estas tradiciones poéticas viene dado cuando las mismas son integradas en una composición más amplia y, sobre todo, cuando son fijadas por escrito, permitiendo su conservación y su transmisión pero también, en cierto modo, su «petrificación». El resultado de este proceso son los Poemas Homéricos, la *Iliada* y la *Odisea* que hoy conocemos. Parece fuera de duda, habida cuenta la longitud de cada uno de los poemas, 15.693 y 12.110 versos respectivamente, que supondrían unas cuarenta y treinta horas de recitación ininterrumpida, que la única manera de preservarlos sin demasiadas alteraciones era conservarlos por escrito. Además, parece también claro que cada uno de los poemas presenta un relato coherente, logrado a base de una combinación inteligente de una serie de poemas más breves que contenían relatos que habían surgido de forma autónoma, y que fueron integrados de forma bastante armoniosa, en un conjunto más amplio por uno o varios poetas, a quien la tradición denominó Homero.

En cuanto al uso de la épica como fuente histórica, imprescindible porque en ocasiones no disponemos de otra, hemos de valorar sobre todo la época a que parecen aludir los poemas. En efecto, la tradición épica suele referirse a acontecimientos ocurridos siempre en un remoto pasado (la guerra de Troya, las luchas en torno al poder en Tebas, los regresos de los héroes que habían combatido en Troya, etc.); sin embargo, y habida cuenta la mencionada transmisión oral de esta tradición, es fácil que en el paso de una generación a la siguiente, aquellos temas, motivos, instituciones e, incluso, *realia* que van perdiendo sentido, vayan siendo sustituidos por otros que se adapten mejor a los cambios que, siquiera imperceptiblemente, va experimentando la sociedad. Los poetas encargados de la composición y recitación de los poemas épicos, sensibles como son a las demandas del público, variables en cada representación, están siempre atentos a ir modificando todo lo que vaya quedando anticuado o vaya dejando de tener sentido. Es por ello por lo que los poemas épicos están en una continua reelaboración a lo largo de varios siglos, favorecida por la ausencia de un canon así como por la inexistencia de medio alguno que permita una fijación estable. Es también cierto que, dentro de este continuo proceso de cambio, siempre van quedando algunos elementos «fossilizados», que son objeto de recitación porque o bien cumplen una función dentro del discurso o porque son utilizados por los poetas como apoyo en su reelaboración de la narración.

Teniendo esto en cuenta, es fácil aceptar que, en el momento en el que se produce la composición de la *Iliada* y la *Odisea* y su consiguiente puesta por escrito, los poemas presentan un estadio en el que predominarán las referencias, aunque indirectas, a la realidad contemporánea en la que estaban insertos, antes de que su puesta por escrito paralice (de modo casi definitivo) su proceso de desarrollo. Aunque aún sujeto a discusión en sus varios detalles, da la impresión de que el momento en el que se produce esta puesta por escrito se sitúa a lo largo de la segunda mitad del siglo VIII a.C.; por ello, la situación que percibimos en los poemas, correspondería a ese momento. Sin embargo, algunos matices se imponen. En primer lugar, que todo el relato contenido en los poemas se refiere, como apuntábamos antes, a un momento que para los propios

griegos era remoto y que se remontaba a unos trescientos años de antigüedad; esto hace que los poetas introduzcan deliberadamente un enmascaramiento del marco de referencia contemporáneo para que el poema tenga siempre el aspecto de antiguo que le correspondería por la época en la que se sitúan los hechos. Este factor de distorsión, sin duda, complica la tarea del historiador a la hora de utilizar la tradición épica como fuente histórica.

En segundo lugar, no podemos perder de vista que estamos ante una manifestación poética, cuyo fin es contar la verdad pero no, sin duda, «nuestra» verdad. La *Iliada* y la *Odisea* sirven como marco es el que los griegos de los Siglos Oscuros y el primer arcaísmo ubican los recuerdos gloriosos de un pasado en el que dioses y hombres se hallaban en una relación hartamente privilegiada, que habría acabado con el final de aquella era de héroes. No es, por lo tanto, un relato racionalista; no hay indagación objetiva de las causas, al menos objetiva desde nuestro punto de vista. Los hechos se explican por la voluntad siempre caprichosa de los dioses o por los comportamientos individuales sometidos a pasiones de fuerte intensidad. Sin embargo, esos comportamientos humanos y esa percepción de la divinidad reflejan, en mi opinión, aunque a veces de forma distorsionada, los que existían en la sociedad a la que esos poemas servían.

En tercer, y último lugar, a pesar de la relación que hemos establecido entre la imagen principal que nos aportan los poemas y el siglo VIII a.C., no hemos de olvidar que los mismos se hallan cuajados de referencias a épocas anteriores, que han ido quedando atrás a lo largo de la historia viva de la tradición épica y que a veces nos permiten elaborar auténticas «estratigrafías» que, en ocasiones, nos llevan hasta el propio siglo XII a.C. Por ello, los poemas también pueden ser utilizados, aunque con reservas, para conocer algo de ese largo período que se inicia en los momentos finales de los palacios micénicos y que llega hasta el siglo VIII a.C., cuando empiezan a desarrollarse las primeras *poleis*.

El desarrollo de las *poleis* introducirá toda una serie de nuevos escenarios, a los que aludiremos en páginas ulteriores, pero que, desde el punto de vista que aquí nos interesa, las fuentes de información, tendrá gran importancia. La *polis* es el mundo de lo racional, de la relación ordenada entre los individuos, sometidos a normas que emanan de ellos mismos. Es en este mundo en el que surgen manifestaciones como la filosofía y, en relación con ella, la historia. El primer geógrafo e historiador, Hecateo de Mileto, que vive a caballo entre los siglos VI y V a.C., se preocupará no sólo por obtener y presentar una imagen del mundo habitado, de la ecúmene, sino que además indagará en las tradiciones de las diferentes ciudades para elaborar un panorama de la historia humana en la que sean los comportamientos humanos los que se erijan en clave interpretativa del pasado. En sus diferentes obras se remontará desde su época hasta los primeros humanos para interpretar sus acciones sin que los dioses jueguen el papel que en la épica y, en general, en la poesía habían tenido.

Esta nueva tendencia racionalista tendrá inmediatamente una pléyade de discípulos que, con distinta fortuna, seguirán esta nueva senda y que, al tiempo, nos proporcionan datos de interés sobre algunos hechos acontecidos en el período histórico que aquí analizamos. Los últimos y más interesantes representantes de esta tendencia serán Helánico de Lesbos y Heródoto de Halicarnaso. El primero de ellos será el introductor de las inquietudes cronológicas aplicadas al estudio histórico y un profundo investigador del pasado griego; el segundo, Heródoto, será el gran compilador de infi-

nidad de historias y relatos griegos y no griegos, que serán integrados, de forma más o menos armónica, en su gran investigación sobre las guerras médicas. Aunque escriban ya en pleno siglo V, los dos autores, si bien en mayor medida Heródoto al conservarse íntegra su obra, serán los principales representantes de la tradición historiográfica griega relativa a la época arcaica. Buena parte de lo que conocemos del arcaísmo griego deriva de la labor investigadora de Heródoto.

3. Los Siglos Oscuros

Una vez abordados los problemas relativos a las fuentes de información, pasemos a considerar los llamados Siglos Oscuros, término que refleja cómo en ocasiones los historiadores tienden a adjetivar determinados periodos históricos a partir de su propia ignorancia sobre ellos. La obscuridad del periodo, que cada vez es menor, lo es en relación tanto con la etapa precedente, la etapa palacial micénica, como con la posterior, la época arcaica. En ella, y frente al mundo organizado social y políticamente de los palacios micénicos y de las ulteriores *poleis*, el panorama que nos presenta Grecia no es el del vacío absoluto que generaciones anteriores de historiadores habían supuesto, tanto a partir de la menor cantidad de información cuanto, en ocasiones, a partir de una visión catastrofista del devenir histórico.

Es cierto que los palacios micénicos sufren, a partir del inicio del siglo XII a.C., un lento pero continuo proceso de declive, que conducirá a su inexorable desaparición, en su mayor parte a lo largo de ese mismo siglo: es también cierto que una parte considerable de la población griega abandona sus diferentes lugares de residencia en busca de nuevos horizontes bien en ultramar, bien en entornos más protegidos que las expuestas llanuras cultivables; es, por fin, también evidente que los niveles artísticos y artesanales sufren una mutación que, en los primeros momentos, los hacen casi inobservables al escrutinio arqueológico. Estos fenómenos son, a su vez, causa y consecuencia de profundos cambios históricos en el ámbito egeo, durante los cuales se gestará la personalidad del pueblo griego de época arcaica.

El progresivo declive de los palacios, que parece haber tenido mayores consecuencias en lo que había sido el corazón del mundo micénico, el Peloponeso, va a provocar un desequilibrio cuyas consecuencias se observarán, además de en Grecia, en buena parte del Mediterráneo central y oriental. El final de las economías palaciales, fuertemente centralizadas y responsables de un alto nivel de redistribución, interior e internacional, determinará cambios sustanciales en el seno de unas sociedades que se habían convertido en dependientes absolutas de ese modelo. Los motivos, por desconocido múltiples, parecen ser el resultado de hechos, que a veces conocemos y a veces sólo intuimos, entre los cuales podemos citar los terremotos y demás fenómenos telúricos, modificaciones en el entorno climático con su secuela de periodos de sequías y malas cosechas, movimientos de población, consecuencia acaso de los factores anteriores, la inseguridad en las comunicaciones, terrestres y marítimas, aumento de la piratería e, incluso, de conflictos interterritoriales, etc. A ello habría que añadir la situación en el entorno geopolítico en el que se mueve el mundo micénico, el Mediterráneo oriental, donde el mundo hitita y el mundo egipcio habían sido los referentes principales, así como las pujantes ciudades mercantiles de la costa sirio-palestina, frecuente

objeto de disputas entre esas dos superpotencias, y cuyos puertos parecen haber estado abiertos a los barcos y al comercio micénico.

No es éste el lugar para volver sobre este periodo puesto que aquí lo que nos interesa es el momento posterior, pero baste decir que toda esa conjunción de fenómenos produce una descapitalización en las áreas nucleares del mundo micénico y, ante todo, en el Peloponeso. La desaparición de los palacios, atestiguada por la arqueología, y la marcha de los círculos dirigentes de los mismos, en ocasiones registrada en la tradición legendaria griega, provocó un proceso de emancipación de las comunidades aldeanas que, hasta entonces, habían sido encuadradas por la inquisitiva burocracia palacial. La ausencia de un centro político y económico de carácter regional, que hasta entonces había sido el interlocutor con centros similares dentro de Grecia así como con los centros económicos del Mediterráneo oriental, provocó una clara ruptura a la que no fue ajena tampoco la reducción de la población, por unas u otras causas. La agricultura, controlada desde el palacio, aun cuando las aldeas pudieran tener cierto margen de decisión en aquella parte de las tierras que, fuera de servidumbres políticas, les eran de su exclusiva responsabilidad, tendió al colapso, en parte debido a la ausencia de incentivos procedentes de un centro político primero titubeante y, más adelante, inexistente y en parte también debido al deterioro de los mecanismos de compensación regional establecidos desde aquellos centros de poder. Es probable que en algunas zonas, como Beocia, donde el palacio había emprendido importantes y costosísimos proyectos tendentes a poner en cultivo zonas hasta entonces cubiertas por las aguas, como el lago Copais, el final de la administración palacial hiciera insostenible el mantenimiento de las obras de drenaje y, por tanto, la pérdida de riquísimas tierras de cultivo.

En otras regiones, donde esas obras públicas no fueron tan importantes, las aldeas que habían sobrevivido y cuyos habitantes no desaparecieron en los eventuales conflictos o en los procesos migratorios en marcha ya desde el propio siglo XII, fueron abandonando aquellas tierras cuyo cultivo había dejado de tener sentido y fueron refugiándose en las estribaciones de las zonas montañosas, donde la ganadería y una elemental agricultura de supervivencia podían ser suficientes para ir viviendo. Ni que decir tiene que en estas condiciones de progresiva depauperación las manifestaciones artesanales, que en muchas ocasiones son el único resto material utilizable por el historiador para reconstruir el pasado, entraron también en franca decadencia. Mientras que los estilos cerámicos durante el siglo XII a.C., englobados bajo la denominación de cerámica del Heládico Reciente III C, experimentan una evolución diferente según las regiones en las que se fabrican, muestra también de la ruptura de la unidad económica y cultural vigente durante las etapas anteriores, a partir del siglo XI a.C. entraríamos en la etapa que los arqueólogos denominan submicénico, en la que esa diversidad local en los estilos cerámicos es aún mayor, gestándose ya, no obstante, lo que serán los nuevos estilos cerámicos del protogeométrico, que se iniciará a partir del siglo X a.C.

No todas las regiones experimentaron unos procesos del mismo tipo durante los Siglos Oscuros; como decíamos antes, una región bastante afectada parece haber sido el Peloponeso y la región del istmo de Corinto, donde el final de los palacios va acompañado, a lo que parece, de un proceso de cambio poblacional, al menos a juzgar por lo que un análisis histórico de la distribución dialectal permite sugerir. En otras regiones, como el Ática, parece que podemos combinar tanto la permanencia de las es-

estructuras políticas cuanto la acogida de parte al menos de los círculos dirigentes de algunas áreas del Peloponeso (por ejemplo, de Pilo en Mesenia) e, incluso, procesos migratorios dirigidos a las costas occidentales de Asia Menor. En la Grecia central y occidental la situación es más compleja, en parte por la menor estructuración política de la región durante la época micénica y en parte también porque es posible que gentes que durante la misma habían residido allí inicien procesos migratorios que las conducirán, en buena medida, al Peloponeso abandonado por las élites micénicas. La situación más al norte, en Tesalia, en la que, al menos en parte de ella, la organización palacial no era desconocida es también compleja y parece haber sido una región que pudo permanecer, en cierto modo, al margen de los procesos que durante esos siglos afectaban a otras regiones, como el Peloponeso. Por fin, Creta parece haber sido un caso aparte puesto que allí la presencia micénica parece haber coexistido con una fortísima tradición anterior, de raigambre minoica, que parece incluso haber impedido un control absoluto de la isla desde el palacio de Cnoso, en el que ya desde el siglo XIV a.C. al menos residía una administración grecoparlante. El final de la administración palacial y la posterior emigración de gentes de dialecto dorio no hará sino introducir un componente nuevo dentro de una isla que, aún en época arcaica, presentaba un aspecto bastante multicultural.

También durante los Siglos Oscuros se produce la ampliación geográfica del ámbito griego, como consecuencia de los procesos migratorios que son parte constituyente del colapso del mundo micénico. Junto a la segura participación de gentes egeas en el conglomerado de pueblos que entre fines del siglo XIII y primera parte del siglo XII a.C. amenazan al mundo egipcio y a los que se denomina Pueblos del Mar, y de los que mejor conocidos, histórica y arqueológicamente, son los filisteos, los griegos parecen empezar a establecerse en Chipre a partir del siglo XI a.C., si no antes, y a ello seguirá a partir del tránsito entre este siglo y el siguiente, el asentamiento en las islas del Egeo y en la fachada occidental de Asia Menor, de griegos hablantes ya de dialectos diferenciados que ocuparán las áreas costeras. De norte a sur serán griegos eolios, griegos jonios y griegos dorios quienes se repartirán, no siempre de forma sencilla, esa región, que a partir de entonces será parte integrante de pleno derecho del universo griego.

3.1. LA INFLUENCIA ORIENTAL

Esos movimientos, y otros en los que no podemos detenernos, constatan cómo algunas partes de Grecia van intentando restaurar poco a poco una situación que les permitiese recuperar tanto los contactos internacionales que eran la norma durante la época micénica como un mayor nivel de desarrollo interno. En las cambiantes condiciones de los dos últimos siglos del II milenio a.C., los griegos que van poco a poco consolidándose en las que serán a partir de entonces sus áreas definitivas de poblamiento en el Egeo, van a aspirar a recuperar aquel mundo que sus tradiciones, entre ellas las que configurarían con el tiempo el ciclo homérico, pintaban como un periodo de esplendor, caracterizado por estructuras de poder fuertes y por una amplia disponibilidad de objetos que permitían discriminar, por su posesión o por su ausencia, el estatus de las personas y el poder que ejercían dentro de sus respectivas sociedades y, sobre todo, en un ambiente más amplio y que se extendía por buena parte del Mediterráneo.

neo. Este proceso de restauración implicaba, sobre todo, recuperar los contactos con el mundo oriental, que había jugado un papel tan importante en el propio proceso histórico de la época micénica y, en este intento, el desarrollo de la navegación resultaba indispensable.

Sin embargo, la situación no era tan sencilla como pudiera parecer a primera vista. Durante el periodo micénico la navegación y el comercio ultramarino parecen haber sido actividades controladas por y desde los palacios, que eran los que disponían de los medios para construir y armar las naves así como de los artículos objeto del intercambio con Oriente, obtenidos en buena medida gracias a ese control de los medios de navegación. Al tiempo, y la propia tradición griega se hacía eco de ello, un interés prioritario de los palacios y de su política naval, era mantener las aguas libres de piratas que podían entorpecer la navegación, causando con ello una grave merma en los ingresos de los palacios, ya expuestos de por sí a un medio tan inseguro como es el propio mar.

Es razonable pensar que el declive y posterior colapso de los palacios micénicos provocase, junto a una disminución del comercio ultramarino debida a los propios problemas sociales por los que Grecia estaba atravesando, una progresiva incapacidad para hacer seguras las aguas. A esta situación contribuyó tanto la propia orientación de las declinantes élites micénicas que, sin duda, contribuyeron a incrementar la inseguridad en los mares al reorientar sus actividades comerciales a las más lucrativas rapiñas piráticas, cuanto la propia situación de las ciudades cananeas cuyas flotas habían realizado labores de protección de la navegación a lo largo de la costa sirio-palestina, sur de Anatolia y Chipre, pero cuya situación empeoró a partir del siglo XII a.C. como muestra de modo muy expresivo la correspondencia real de la ciudad de Ugarit.

Los siglos siguientes ven en Grecia si no un cese de la navegación, algo que nunca se produjo, sí al menos un retraimiento y, sobre todo, más que un desinterés, una pérdida de la privilegiada situación de la que Grecia había gozado durante el periodo micénico como intermediaria y área de enlace entre los distintos territorios que se asomaban al Mediterráneo. Ello se debió, como se ha apuntado, tanto al final de la administración palacial, que había dispuesto de los excedentes requeridos para reinvertirlos en la creación de poderosas flotas de guerra así como de la disponibilidad de productos para el intercambio, cuanto a la reducción de la economía, en muchas partes de Grecia, a niveles de subsistencia.

En este panorama, algunas zonas del Mediterráneo, sobre todo en su extremo más oriental, iniciarán antes una recuperación. Las poderosas ciudades-Estado cananeas, que durante milenios habían sido los puertos de entrada y salida de una impresionante gama de productos que confluían en ellas, por vías terrestres y marítimas, y que provenían de muy diferentes circuitos comerciales, fueron las grandes perjudicadas de los conflictos que durante el siglo XII a.C. afectaron al Mediterráneo oriental. Sus barcos mercantes, que en concurrencia y, a veces, en competencia con los barcos micénicos, realizaban trayectos durante los cuales tocaban las costas de Anatolia, de Chipre, de las islas del Egeo, de Grecia, de Creta, de Egipto y de diversos puertos sirio-palestinos, podían gozar de la protección de las flotas de guerra cananeas y micénicas dentro de sus respectivas áreas de influencia. Aunque no cabe descartar conflictos, los palacios micénicos eran los principales interesados en preservar y proteger la circulación de esas naves, vitales para el abastecimiento de materias primas de la sofisticada socie-

dad palacial micénica así como para dar salida a aquellos otros productos que llegaban a los palacios procedentes de Italia, Sicilia, las costas adriáticas, Tracia y la región de los Dardanelos que, a su vez, eran los puntos de salida al mar de otras rutas terrestres que encaminaban al Mediterráneo productos de gran exotismo e interés, como pudiera ser el ámbar del mar del Norte o del Báltico, por no citar más que un artículo representativo.

Ese panorama cambiará de forma drástica a partir del siglo XII a.C. y aunque no excesiva, disponemos de documentación que nos ilustra al respecto. Así por ejemplo, la mencionada correspondencia real de Ugarit, una de las más septentrionales ciudades cananeas, nos muestra cómo el preludio a su destrucción, en torno al año 1180 a.C. fue la desprotección de la ciudad debido a que su flota se hallaba en Licia apoyando los esfuerzos del rey hitita contra la inseguridad en los mares. En esta situación, la ciudad se hallaba expuesta a *raids* marítimos, en uno de los cuales pereció con toda probabilidad, como muestra la propia correspondencia real.

En otro texto de extraordinaria importancia, en esta ocasión de origen egipcio, el relato de Unamón, que viene a datarse a inicios del siglo XI a.C., observamos cómo la situación en el Mediterráneo oriental presenta los rasgos propios de un mundo que está empezando a recomponer, aun cuando con dificultades, los equilibrios que habían existido siglos atrás. En él vemos ya cómo algunos de esos Pueblos del Mar que durante el siglo XII a.C. habían vagado por esas costas se encuentran ya establecidos en ellas, como los Tjeker en Dor, desde donde utilizan sus barcos con fines piráticos. Se mencionan las ciudades cananeas de Sidón y Tiro, aunque el relato tiene como centro la ciudad de Biblos, que aparece como una importante ciudad, con una flota que navega a lo largo de toda la costa, desde Chipre a Egipto.

Esta pequeña incursión en el mundo del Próximo Oriente tiene sentido por cuanto que nos sitúa en el nuevo contexto que debemos tener en cuenta. Las ciudades cananeas que, con la excepción de Ugarit, habían sobrevivido a las convulsiones del siglo XII a.C., se van a convertir en las dinamizadoras del comercio internacional una vez que la ausencia de los barcos micénicos deja en sus manos las aguas del Mediterráneo oriental. El texto de Unamón ya nos muestra cómo los príncipes cananeos se involucran de modo directo y personal en el comercio ultramarino y cómo son ellos quienes, merced a sus barcos y a sus contactos internacionales, intentan mantener una seguridad en los mares frente a las amenazas de otros elementos; en el caso del relato de Unamón los Tjeker, ante los que, no obstante, el rey de Biblos trata de presentar una cierta neutralidad. Un momento importante en la consolidación de las ciudades cananeas como potencias marítimas vendrá durante el reinado del rey David de Israel (en torno a principios del siglo X a.C.), que parece haber acabado con el control de la costa ejercido por los filisteos. En esta dinámica, los cananeos, a los que los griegos conocerán con el nombre de fenicios, irán avanzando poco a poco hacia el Egeo donde las condiciones, aun cuando no del todo favorables aún, al restablecimiento del comercio por vía marítima van poco a poco asentándose. Algunos puntos como las islas de Rodas, Creta y Eubea van configurándose como los nuevos centros económicos emergentes en esa Grecia del tránsito de los siglos XI al X a.C.

Las navegaciones fenicias, cada vez más frecuentes en el Egeo, han dejado algunas huellas arqueológicas en Grecia, sobre todo en el registro funerario. Aun cuando son varios los puntos en los que se han hallado objetos comercializados por los feni-

cios, uno de los lugares más relevantes, tanto por estos objetos, como por el contexto general, lo representa la necrópolis de Lefkandi, en la isla de Eubea. Allí se excavó un extraordinario monumento funerario consistente en una estructura de cerca de cuarenta y ocho metros de longitud y nueve de anchura, orientado en dirección este-oeste y compuesto por un pórtico, un vestíbulo, una gran habitación central, un par de habitaciones afrontadas y una cabecera absidal; la estructura estaba construida con muros de piedra y adobe y toda ella rodeada por una perístasis de postes de madera, que soportaban un tejado a dos aguas de madera y otras materias vegetales. En la sala principal se habían excavado dos fosas de cerca de tres metros de profundidad; en la septentrional yacían los restos de tres o cuatro caballos arrojados a la misma mientras que en la meridional se hallaron dos enterramientos, el esqueleto de una mujer con varias placas decorativas de oro así como alfileres de hierro, algunos decorados con placas de oro y un cuchillo con cachas de marfil, y los restos quemados de un varón, ubicados en una cratera de bronce de origen chipriota cubierta por un cuenco del mismo metal acompañados de una espada de hierro, una punta de lanza y una piedra de afilar. Es posible que todo este conjunto se construyera sobre los propios restos de la pira funeraria en la que se produjo la cremación del individuo a mediados del siglo X a.C., aunque poco después todo el conjunto fue cubierto por un gran túmulo de piedras y tierra en el que se siguió rindiendo culto a los difuntos allí enterrados. En torno a lo que había sido el pórtico de esa tumba heroica, al este de la misma, surgió una necrópolis, correspondiente con gran probabilidad a los descendientes de los individuos allí sepultados y que presenta abundantes objetos de origen oriental entre los que destacan vasos y joyas (anillos, cuentas, pendientes) de fayenza, vasijas de bronce y sellos de esteatita o fayenza, así como una importante acumulación de objetos realizados en oro.

Una de las conclusiones que parece imponerse es que la tumba heroica o *heroon* corresponde a los fundadores de una nueva dinastía, real o aristocrática, que como signo de los nuevos tiempos en los que está entrando parte del mundo griego, desean hacer una exhibición pública de su poder y su prestigio como medio de cimentar, de cara a sus contemporáneos y descendientes, el nuevo tipo de organización social que está surgiendo y que dará lugar, con el paso del tiempo, a la *polis*. Sus descendientes se seguirán enterrando a la sombra del viejo túmulo de los ancestros al menos hasta finales del siglo IX a.C. (hacia el 825 a.C.), momento en el que esa necrópolis se abandona por causas que no conocemos, pero que pueden ir desde la extinción de la estirpe hasta una nueva distribución de espacios en el marco de la nueva *polis* que obliga a clausurar el viejo espacio funerario empleado hasta entonces por la élite dirigente de Lefkandi.

Estos grupos que ya durante los siglos X y IX a.C. se entierran en esta necrópolis, y en especial los difuntos del *heroon*, están utilizando unos ritos que podemos seguir, en su vertiente literaria, en los funerales que en los Poemas Homéricos se celebran en honor de los reyes o de sus inmediatos acompañantes, como puede ser Patroclo; el difunto se entierra en una estructura elevada expresamente para la ocasión, acompañado de sus bienes más preciados y de sus caballos, animales estos que van a marcar durante buena parte de la historia griega sucesiva el estatus superior de los reyes y de los nobles; sus descendientes, aunque en tumbas de menor empeño, van no obstante a remarcar mediante las mismas esa posición de dominio que ejercen sobre la sociedad contemporánea y las tumbas de guerrero muestran un claro hilo conductor con la tumba masculina del *heroon*, en la que el difunto se caracteriza también como guerrero, como

también lo hacen las deposiciones de caballos halladas en varios puntos de la necrópolis. Los objetos exóticos, atesorados y depositados en las tumbas, marcan por su valor, su belleza y su escasez, el papel preeminente que sus poseedores ostentan y, al tiempo, nos muestran cómo Grecia se ha ido abriendo de nuevo al contacto con los navegantes extranjeros, sobre todo fenicios, que son los principales proveedores de tales artículos, que transportan desde Egipto, el Levante, Chipre o Mesopotamia hasta los nuevos centros emergentes del Egeo. Al mismo tiempo, artesanos emigrados de Oriente y otros inspirados por las técnicas y los motivos orientales empiezan a entrar al servicio de estos nuevos grupos dirigentes para proporcionarles con los frutos de su trabajo una clara distinción con respecto a aquellos que van quedando fuera de esos círculos de poder que ya vemos formados a mediados del siglo X a.C. La frecuencia de las importaciones de la vecina Atenas muestra cómo también el Ática forma parte de este mundo que va saliendo paso a paso de los Siglos Oscuros y que encara una nueva época, el arcaísmo, la época en la que la *polis* mostrará ya las primeras huellas claras de su existencia.

Es difícil saber con certeza, en el estado actual de nuestros conocimientos, si los objetos orientales presentes en Eubea y en otros puntos del Egeo llegaron allí como consecuencia de la actividad comercial fenicia o, por el contrario, si fueron los griegos los que volvieron a hacerse a la mar para ir a buscar a Oriente esos y otros artículos. Aunque algunas zonas, como la isla de Eubea, empezaron a desarrollar durante el siglo X a.C. (si no antes) vínculos marítimos con otras partes de Grecia, como Tesalia o incluso los archipiélagos de las Cícladas y las Espóradas, es probable que fuesen los barcos fenicios los que, al menos durante esa época, navegasen hasta Eubea que se estaba convirtiendo en un centro con una sólida base agrícola (Lefkandi controlaba una parte al menos de la famosa y fértil llanura levantina) al tiempo que en un punto de concentración de mercaderías procedentes de diversos puntos del Egeo, sin olvidar la reputada fama de la metalurgia eubea, cada vez más centrada en el hierro. Aquí radicaría su interés para los comerciantes orientales que poco a poco se iban abriendo paso por el mar griego.

La escasez de artículos griegos en las costas sirio-palestinas durante los siglos X y IX a.C. sugiere también que los transportistas de los objetos orientales que aparecen en Grecia eran sobre todo fenicios y tal vez de este momento proceden las primeras imágenes del comerciante ultramarino que aparecen en los Poemas Homéricos y que es siempre fenicio. Este retrato del fenicio que va con su barco cargado de objetos preciosos y valiosos de un punto a otro del Mediterráneo, pronto al engaño, al embuste y a la trapacería sólo puede haber surgido en una época en la que los griegos aún no practicaban una navegación ultramarina relevante y eran, por lo tanto, los fenicios los únicos que comunicaban entre sí los puertos del Mediterráneo oriental. Esta visión, con el imaginario griego incluso cuando los griegos inician su peripecia ultramarina. Este momento podríamos situarlo a partir de finales del siglo IX e inicios del siglo VIII a.C., cuando parece que los griegos, supuestamente eubeos en su mayoría, empezaron a transportar sus productos hasta las costas levantinas; a partir de ese momento la presencia de cerámicas griegas en puntos costeros y del interior del ámbito sirio-palestino es cada vez más abundante y se atestigua también la presencia de algunos entornos en los que los orientales han permitido a los griegos desarrollar sus actividades comerciales; uno de

estos centros, muy controvertido por otro lado, es Al Mina, cerca de la desembocadura del río Orontes, donde los griegos parecen haber dispuesto de algún tipo de infraestructura portuaria y de almacenamiento ya desde fines del siglo IX a.C. Que, en todo caso, los eubeos habían desarrollado ya unas técnicas de navegación maduras lo muestran sus navegaciones hacia las costas tirrénicas de la península italiana sólo unos cuantos decenios después.

Por fin, y antes de concluir este apartado dedicado a los Siglos Oscuros, quiero aludir a otro elemento, capital para el futuro desarrollo de Grecia, que surge durante este periodo y que es también una prueba de los contactos entre el mundo griego y el oriental. Me refiero al alfabeto. El alfabeto griego surge en los momentos finales de los Siglos Oscuros y, en cierto modo, contribuye a que esa «Obscuridad» poco a poco se vaya levantando. El origen fenicio del alfabeto era reconocido por los propios griegos que lo llamaban *phoinikeia grammata* o «signos fenicios» y no cabe duda de que su origen hay que buscarlo en el sistema de escritura que los fenicios desarrollaron a partir de anteriores precedentes cananeos en cuneiforme. La adopción del alfabeto por parte de los griegos, quizá en algún momento del siglo IX a.C., sería el resultado de los contactos intensos mantenidos con ambientes levantinos, bien fenicios bien, como algunos autores sugieren, arameos del norte de Siria. En cualquier caso, parece que la invención del alfabeto fue un hecho puntual que, a partir de su lugar de origen, se extendió al resto de Grecia, donde el sistema originario fue objeto de diversas adaptaciones para dar cuenta de las diferentes pronunciaciones locales del griego dividido en dialectos.

Son varios los lugares que se han postulado para esta invención, pero hoy día el ambiente eubeo parece ser el más favorecido entre otras cosas porque, como veíamos páginas atrás, es en Eubea donde se observan con más fuerza los contactos con el mundo oriental. También se ha debatido bastante sobre las causas de la adaptación griega del signario fenicio pero, habida cuenta también de lo anterior, un uso comercial no parece poder desecharse. El comercio, al menos un comercio como el que desarrollaban los fenicios, requería de sistemas de registro ágiles y fiables; es probable que algunos griegos, vinculados a ambientes fenicios, y que practicaban transacciones comerciales con ellos vieran pronto la utilidad de adaptar su sistema de escritura a las necesidades de su propia lengua para hacer frente a las exigencias de ese nuevo comercio internacional en el que Eubea se iba insertando poco a poco. De ahí a usos secundarios del nuevo sistema no había más que un paso: desde garabatear nombres propios en algunas vasijas de cerámica hasta, con el tiempo, servir para transcribir parte del legado oral del pasado, como son los Poemas Homéricos, según un proceso al que ya hemos aludido en un apartado previo.

Con todo este bagaje Grecia estaba ya saliendo de esos Siglos Oscuros y se enfrentaba a una nueva época, crucial para lo que iba a ser el desarrollo cultural de los helenos: la época arcaica caracterizada, sobre todo, por la aparición de la *polis*.

4. Los orígenes y la formación de las *poleis*

La *polis* va a ser la más genuina invención de la cultura griega y la que iba a hacer de ella un referente imprescindible para todos los siglos venideros. Y, sin embargo, y como suele suceder con los acontecimientos históricos, no podemos establecer su par-

tida de nacimiento con exactitud en buena parte porque no se trata de un hecho puntual sino de un proceso histórico, algunos de cuyos precedentes hemos ido abordando en los apartados anteriores, pero que fue completándose y perfeccionándose hasta bien avanzado el clasicismo. A lo largo de este capítulo veremos los principales hitos en el proceso formativo de esta singular estructura al tiempo social y política; antes, y puesto que conviene que ubiquemos en el tiempo este proceso, podemos decir que buena parte de las *poleis* activas durante el periodo arcaico van a ir completando su proceso de constitución y organización a lo largo del siglo VIII a. C. sin que sea posible precisar mucho más esta fecha, en cierto modo, genérica.

4.1. DE LA FAMILIA A LA CIUDAD

Hemos ido viendo cómo a partir del periodo que los arqueólogos llaman proto-geométrico y que se inicia a principios del siglo X a. C. el mundo griego, o al menos algunas partes de él, va entrando en un nuevo proceso en el que la apertura a nuevos ámbitos geográficos y culturales jugará un papel determinante. Si en el capítulo previo hemos analizado sobre todo esta apertura, ahora consideraremos el aspecto interno de estas sociedades. La caída de los palacios micénicos había provocado un gran vacío de poder en el mundo griego, caracterizado sobre todo por la desaparición de la superestructura política, encargada de la gestión integral de los recursos de territorios geográficamente bien delimitados. Lo que quedó tras el final de esa administración fueron las aldeas o pequeñas agrupaciones locales que, dentro del esquema palacial, habían representado la base social y económica del mismo. La profunda dislocación cultural que siguió, con los movimientos de población, inseguridad, dificultades en las comunicaciones, etc., no aportaba las condiciones idóneas para la recuperación, por más que los análisis regionales muestren en tal o cual territorio diversos momentos en cuanto a la mayor o menor bonanza económica de los mismos.

En este mundo convulso, el principal elemento de cohesión vino marcado por la familia extensa patriarcal y patrilocal. Las estructuras aldeanas se basaban en la agrupación de varias de estas familias, que residían juntas y que estaban vinculadas entre sí por lazos familiares y económicos y que se responsabilizaban de la producción de bienes de subsistencia. Los productos de los que carecían los obtenían mediante intercambios con otras comunidades semejantes, a ser posible afines y vecinas. Estos intercambios podían asumir la forma de ferias y festivales en los que, al tiempo que rendir culto a aquellas divinidades que se consideraban comunes y que reforzaban unas señas de identidad aún percibidas de modo laxo, se procedía a los intercambios económicos e, incluso, de personas, de mujeres que al ser dadas en matrimonio a hombres de otra comunidad favorecían la exogamia junto con intercambios económicos y establecimiento de alianzas entre individuos y entre grupos. Del mismo modo, estas reuniones periódicas serían ocasión no sólo de compartir experiencias y establecer eventuales alianzas, sino también de reforzar vínculos de identidad mediante la recitación de los poemas épicos que, a su modo, mantenían un hilo de unión entre el presente y un pasado percibido como mucho más glorioso y en el que todos los griegos habían estado unidos en pos de una empresa común.

Este tipo de contactos contribuyó, en la práctica, a reunificar, desde un punto de

vista social y económico, territorios que, desde la época micénica, no habían vuelto a estar integrados en una estructura superior. Es interesante observar cómo buena parte de las *poleis* griegas ocuparán, en líneas generales, los mismos territorios que ya durante la época micénica habían estado controlados desde un palacio; ello sugiere que, de modo consciente o inconsciente, el peso de factores territoriales fue decisivo, tanto durante el periodo palacial como en épocas posteriores. La diferencia es que mientras que la administración palacial parece haber unificado territorios desde arriba, el proceso que conducirá a la *polis* habría logrado el mismo fenómeno partiendo desde las estructuras básicas de poblamiento, las aldeas. Las consecuencias de este cambio de énfasis serán extraordinarias en el futuro desarrollo de la *polis*.

Cuando a lo largo del siglo X a. C. en algunas partes de Grecia, como por ejemplo Eubea y tal vez el Ática, se produce una modificación de la situación, con la apertura del Egeo a los comerciantes orientales, la llegada de nuevos productos exóticos contribuirá a la aceleración de los procesos. Es probable que la única manera de hacerse con los artículos preciosos transportados por los fenicios y que por su rareza y su riqueza sirven para enfatizar el papel dirigente de los jefes de familia más importantes, sea tanto incrementar la producción de aquellos productos que demandan los comerciantes orientales cuanto buscar aquellos otros que, no produciéndose *in situ*, pueden conseguirse en otros entornos. En cualquier caso, eso determina un proceso de creciente complejidad social, en la que algunos individuos y sus familias van adquiriendo una mayor consideración, bien porque se reclaman miembros de linajes de especial prestigio bien porque demuestran su capacidad de organización y liderazgo. No es extraño que estos sujetos reciban (al menos a juzgar por lo que conocemos de momentos posteriores) el nombre de *basileus*, que nosotros traducimos como rey pero que, en la práctica, es la palabra que en los palacios micénicos designaba a los capataces o jefes de cuadrillas especializadas en determinadas labores.

En el cementerio de Lerkandi, al que ya hemos aludido, no podemos dejar de ver el germen de lo que será la futura *polis*: en la construcción del *heroon* y del túmulo que lo cubre vemos la concentración de trabajo por parte de miembros de esa comunidad, en beneficio de uno de sus miembros fallecidos, pero cuya tumba sirve de recuerdo de sus gestas, de protección sobrenatural para la comunidad y de elemento legitimador para sus descendientes que aspiran a seguir gobernando sobre ella. En la riqueza en objetos de oro así como en las importaciones orientales y en las producciones realizadas localmente no podemos dejar de ver la existencia de una estructura organizativa capaz de acumular artículos de interés para los comerciantes fenicios lo que indica ya una eficiente organización del trabajo y de las actividades para lograr un objetivo que, aun cuando en sentido amplio beneficie al conjunto de la comunidad, va a favorecer de forma especial a aquellos individuos (y a sus familias) que se encuentran al frente de la misma. Los mecanismos coercitivos, reales y simbólicos, que utilizan esas élites dirigentes para lograr esos objetivos, son variados pero entran en el terreno de una nueva ideología que poco a poco se irá imponiendo, según la cual el mantenimiento de ese sistema redundará en beneficio de sus sostenedores, que recibirán la protección real y simbólica de sus jefes, de sus «reyes», que se erigen así en los paladines de la comunidad.

Las demandas de estos círculos dirigentes irán en aumento cuando a la recepción de productos orientales se le añada el inicio de las navegaciones, que requerirá un mayor esfuerzo destinado a la construcción y mantenimiento de barcos, tanto mercantes

como de guerra. Bien es cierto que tanto en este momento como en el anterior, los grupos subalternos, además del mensaje ideológico creado desde la cúpula social, recibirán recompensas económicas por su labor, hecho que se acentuará con el desarrollo de la navegación y las actividades comerciales ultramarinas, que servirán como aliciente añadido para lograr la colaboración voluntaria de la colectividad.

4.2. LA TIERRA Y LA GUERRA COMO AGLUTINANTES

Junto a este panorama, no podemos perder de vista que la base económica prioritaria de las sociedades antiguas es la tierra, representando otros sectores sólo una parte muy pequeña del monto total de la actividad económica. La mejora de la situación a partir de siglo X a.C. provoca la reocupación de las tierras bajas, en parte desocupadas desde el final del periodo micénico, y su puesta en cultivo. Ello habría provocado una recuperación en las condiciones de vida al asegurar una dieta más equilibrada y un más que posible aumento de la población que permite, a su vez, extender la ocupación del territorio. El proceso de reocupación de tierras y la extensión de la agricultura provoca, a su vez, unas nuevas demandas de seguridad que permitan el mantenimiento y la defensa del *oikos*, esto es, de la familia, las tierras y los enseres. En estas condiciones, las comunidades aldeanas, que venían de un proceso de paulatina integración, aunque sin desarrollar formas de gestión unificada, tienden a ir uniendo esfuerzos en defensa de un territorio, que va a irse considerando patrimonio común, frente a los eventuales peligros procedentes de grupos vecinos que pueden aspirar a disfrutar parte o la totalidad de las tierras reclamadas por ella. Los grupos privilegiados, a los que podemos llamar aristocráticos, habían hecho de la guerra uno de los instrumentos para reforzar su prestigio individual y colectivo. En la necrópolis de Lefkandi, como también apuntábamos antes, hay un número destacado de tumbas masculinas acompañadas de armas, lo que sugiere que la guerra pudo formar parte de las actividades habituales de sus propietarios. La guerra parece haber sido monopolio sólo de una porción selecta de la comunidad, que mediante la exhibición de la fuerza física y la destreza, unida a la posibilidad de dedicar parte de sus bienes a la adquisición de armas costosas, se arrogaban el papel de defensores y protectores del grupo. Estos individuos, estos aristócratas, que habían ido estableciendo desde hacía generaciones vínculos con sus iguales, en los que el intercambio de bienes de prestigio y de servicios constituía la prueba de esas relaciones, optan por unir sus esfuerzos en beneficio de sus intereses comunes y sus aspiraciones sobre un territorio determinado. Cuando esto se produce, podemos decir que ha surgido la *polis*.

En efecto, la *polis* implica, entre otras cosas, la gestión unificada sobre un territorio concreto y sobre la población que lo habita; la *polis* reconoce la igualdad entre todos aquellos que forman parte de un mismo círculo, y que se caracterizan por compartir un mismo estilo de vida, por su vocación guerrera y por la red de intereses comunes que poseen. De esto se infiere, entre otras cosas, que la *polis* es en origen aristocrática puesto que obedece, ante todo, a los intereses de los aristócratas que ven en la cesión de parte de su soberanía individual en beneficio de una soberanía colectiva, en la que también ellos (y sólo ellos) participan, un medio no sólo para defender sus intereses sino sobre todo para asegurarse un nuevo tipo de poder. Los autores antiguos suelen

pensar que buena parte de las *poleis* surgen como resultado de un proceso de sinecismo, que implica bien el traslado de toda la población de las aldeas preexistentes a un mismo centro urbano, que será a la vez centro político y religioso, bien la concentración en un solo lugar de ese centro político y religioso unificado, pero sin necesidad de un traslado físico de la población del territorio. En cualquiera de las dos alternativas, el hecho relevante resulta ser el establecimiento de un centro donde se concentrarán los símbolos del poder y donde los individuos que tienen autoridad se reunirán para tomar decisiones que afectarán a todos los individuos que vivan dentro del territorio que esa *polis* reclamará como propio.

La *polis* establecerá sus fronteras, ese espacio que marca la transición entre ella y el mundo exterior y, asimismo, ubicará o se apropiará de aquellos otros hitos que permitan articular el espacio propio de la *polis*, su territorio o *chora*. Los santuarios, dispersos por el territorio, servirán como uno de estos elementos aglutinadores por cuanto que las divinidades en ellos veneradas y los rituales que en ellos se celebren se referirán a la nueva identidad que la *polis* establece. En este mismo orden de cosas, la nueva *polis* instituirá celebraciones religiosas que insistirán en lo que une a sus miembros, como partícipes de esa comunidad, frente a los que han quedado fuera de la misma, tanto desde un punto de vista físico como jurídico. La *polis* es un espacio de integración pero lo es, como la otra cara de la misma moneda, de exclusión. En la *polis* quedan incluidos aquellos que han participado en su formación, las familias aristocráticas que han promovido la creación de esa estructura centralizada, y también, aunque con un nivel de participación inferior, los individuos libres que proceden de las aldeas, cuyos jefes se han sumado al proceso. De la *polis* quedan excluidos, ni que decir tiene, los que residen fuera del territorio que la *polis* se ha marcado como propio, pero también todos aquellos que, aun viviendo dentro de ese territorio, no han participado en el proceso pero se han visto incluidos en el mismo y no han podido, o no han querido, oponerse a él. Los grados de exclusión serán diferentes e irán desde comunidades enteras, absorbidas por la *polis* y sometidas a una servidumbre colectiva, hasta otros núcleos obligados a integrarse y que, aunque sin plenitud de derechos, tendrán reconocido algún grado de autonomía local, aunque sometidos a la autoridad emanada de la *polis*, en cuya toma de decisiones no participarán.

Dentro de los que participan en la *polis*, y tienen derechos, a los que llamaremos ciudadanos, las diferencias también serán importantes; por un lado estarán los aristócratas, que participan de modo solidario y colectivo en el gobierno de la *polis*, encabezados por el *basileus*, y que además de ser los principales propietarios de tierras y ganados, serán quienes se arroguen en exclusiva la práctica de la guerra. Por otro lado, los individuos libres, propietarios también de tierras y ganados, cuya participación en la guerra es, en el mejor de los casos, subalterna y que no tienen capacidad de decisión, ni individual ni colectiva, y que como mucho, pueden tener el derecho a ser convocados en asamblea para ser informados de las disposiciones que les afectan, pero en cuya elaboración no participan; ellos constituirán el pueblo o *demós*. Mujeres e hijos menores de edad se hallan en una situación de privación de derechos si bien en el segundo caso sólo temporal, hasta alcanzar la edad adulta. En el caso de las mujeres (de las mujeres hijas de ciudadanos y madres de futuros ciudadanos, se entiende) su papel es el de servir de esposas y madres y de garantizar la perpetuación de la comunidad y la transmisión, por vía paterna, de los bienes y la posición del padre en caso de ausencia de hijos varones.

Junto a estos ciudadanos, tampoco un grupo homogéneo como hemos visto, diversos tipos de situaciones de dependencia y diversos estatus sociopolíticos marcan las diferencias entre los habitantes de la *polis*. Aunque sea anticiparnos en el tiempo, pero en aras de una mejor comprensión, podemos decir que, incluso en la Atenas democrática del siglo V a.C., el porcentaje de ciudadanos de pleno derecho quizá no superase el 10 % de la totalidad de la población que residía en el Ática; es muy posible que en otras *poleis* los porcentajes fueran incluso menores.

4.3. EL GOBIERNO DE LA *POLIS*

Desde sus primeros momentos, la *polis* se caracteriza por un proceso de institucionalización, bien entendido que ni tan siquiera en la época clásica la *polis* se parecerá a otras estructuras de poder presentes en el mundo mediterráneo. En Grecia no habrá dinastías de reyes de derecho divino que gobiernan porque los dioses los han convertido en sus representantes o vicarios o porque ellos mismos son la divinidad; en Grecia tampoco habrá aplastantes burocracias, civiles o religiosas, que mediatizarán la relación de los gobernantes con los gobernados. La originalidad del sistema griego de gobierno radica en su proximidad al gobernado y en el reconocimiento de que la *polis* se basa, en último término, en un consenso entre iguales que hay que tratar de respetar y preservar.

Podemos abstraernos de la variedad de sistemas políticos existentes en la *polis* griega para considerar lo que podríamos considerar los rasgos esenciales del gobierno de las *poleis* que, en líneas generales, aunque con diferente peso en cada caso, están presentes en todas o, al menos, en la mayoría de ellas. Un elemento clave viene constituido por el consejo aristocrático, o *boule*, que es, quizá, el órgano de gobierno más antiguo de la *polis*. De él forman parte aquellos individuos que pertenecen a los linajes aristocráticos, surgidos durante los Siglos Oscuros tal y como hemos visto, que además de controlar importantes parcelas de tierra, amplios rebaños de ganado y ser los principales beneficiarios de los intercambios ultramarinos, en los que ellos mismos están implicados, han hecho de la defensa de la comunidad mediante la guerra uno de sus principales rasgos característicos. Su poder, basado en estas circunstancias que hemos enumerado, y en el hecho de que fue de ellos de quienes partió la idea de coordinarse con sus iguales para dar lugar a la *polis*, tiene además algunas otras bases ideológicas. La vinculación que estos aristócratas establecen con los viejos héroes del pasado, conocidos y difundidos por la épica, creando linajes que remontan a los mismos, es una de estas bases; esta relación se materializa en unas formas de vida determinadas, basadas en el desarrollo de actividades en la que la destreza física y el valor son los elementos predominantes y en unas formas de entramiento que resaltan, en las diferentes partes del ritual, esa relación. El origen de estas formas de vida aristocráticas, si no antes, podemos observarlo con detalle en el *heroon* de Lefkandi, de mediados del siglo X a.C.

Es el consejo de estos aristócratas el que toma las decisiones que afectan al resto de la comunidad; en él se respeta un riguroso orden de palabra, se avanzan argumentos, se discute y, por fin, se toma la decisión. Es posible que algunos miembros de este consejo gocen de un prestigio mayor, o tengan una mayor capacidad de presionar a sus

iguales; no podemos olvidar que estos individuos están relacionados entre sí por vínculos recíprocos de amistad, que implican el frecuente intercambio de objetos de prestigio y bienes de consumo, lo que introduce por fuerza obligaciones mutuas, en especial de aquellos que tienen una menor capacidad de corresponder a los regalos efectuados por los más poderosos de entre los aristócratas. Quizá el sujeto que está, siquiera de forma nominal, al frente del consejo y de la *polis*, el *basileus* o rey pueda haber desempeñado esta función, aun cuando su prestigio personal, cimentado en su propia destreza militar (o *arete*) y en el linaje al que pertenece no le separe en exceso del resto del consejo en el que, como uno más entre iguales, participa y cuyas decisiones acata y ejecuta.

Es este consejo, pues, quien ejerce el poder en todos sus aspectos: es él quien decide declarar la guerra y acordar la paz, quien tiene autoridad en asuntos religiosos, acordando las ofrendas de la *polis* a las divinidades, quien tiene atribuciones judiciales y quien, mediante sus actos jurisdiccionales, es la fuente del derecho que rige a la comunidad. El *basileus* es el que ejecuta y coordina esas decisiones tomadas por la *boule*.

Con un peso casi nulo durante los primeros siglos de la *polis*, la asamblea de individuos libres, el pueblo o *demos*, parece haber sido reunida sólo cuando resultaba de interés para la aristocracia dominante y con la finalidad única de ser informada de las decisiones alcanzadas en el consejo. Convocada en la plaza pública de que disponían todas las *poleis*, el ágora, y bajo la protección de las divinidades, la asamblea no era el lugar del debate ni, en muchos casos, de la manifestación de la aprobación sino; como hemos dicho, de la información aun cuando no descartemos que su convocatoria, en los momentos iniciales no regulada por ninguna norma vinculante, tenía como objeto reforzar, haciendo participe a la comunidad, las decisiones alcanzadas por la aristocracia dirigente. La capacidad de hablar en la asamblea estaba restringida a la aristocracia que, cetro en mano, símbolo del poder, entregado a los sucesivos oradores por los heraldos, y puestos en pie en el centro de la misma, se dirigían a los allí reunidos para darles cuenta de las resoluciones alcanzadas esperando, como mucho, los gritos de aprobación de la masa anónima.

La *polis* griega no tuvo nunca, y menos durante la época arcaica, una administración especializada. Las necesidades organizativas y de gobierno, crecientes con el tiempo, se fueron cubriendo mediante la creación de magistraturas; incluso, el máximo responsable de la *polis*, aunque supeditado a las decisiones del consejo nobiliario, el rey dejó de ser con el tiempo un cargo vitalicio y hereditario para convertirse en una magistratura electiva más. Magistrados especializados en los asuntos religiosos, en la gestión política y administrativa, en la conducción de la guerra o en la gestión del derecho y la administración de justicia fueron añadidos, junto con toda una serie de magistraturas de segundo orden, que gestionaban apartados más concretos, al esquema de gobierno de la *polis*. Se trataba de un sistema que funcionaba de modo oral, incorporándose la escritura a lo largo del siglo VII a.C. y sólo a ciertos aspectos de la vida política (por ejemplo, la promulgación de leyes). Tampoco era una administración profesional; las magistraturas tenían un mandato limitado en el tiempo que con frecuencia era de un año y no devengaban ingreso económico alguno aun cuando la *polis* podía sufragar parte de los gastos en que incurrían los magistrados al servicio del Estado.

4.4. LOS DIVERSOS MODELOS DE ORGANIZACIÓN POLITANA

A la hora de ejemplificar algunos casos de organización política arcaica, es casi innecesario justificar el que prestemos una cierta atención a los casos espartano y ateniense, por cuanto que son los que más y mejor aparecen en nuestras fuentes, sin que ello quiera decir que sean siempre representativos de lo que ocurría en el conjunto de la Hélade. Sin embargo, sí que apuntan tendencias que, al menos, nos pueden permitir entender el proceso general.

4.4.1. El caso espartano

Esparta será presentada durante la época clásica como la antítesis de lo que representó su gran rival, Atenas, y la imagen que tenemos de Esparta deriva, sobre todo, de la que estos enemigos (pero también sus apologetas) proyectaron sobre ella. Esta imagen ha hecho aparecer a Esparta como una especie de caso anómalo dentro de la *polis* griega, lo cual no obedece a la realidad y, mucho menos, en la época arcaica; en cierto modo, cada *polis* tenía sus rasgos distintivos aunque pocas de ellas llegaron al grado de poder e influencia que tuvo Esparta, por lo que sus historias han quedado en el olvido o en una obscuridad que nos impide entrar en detalles sobre las mismas.

La *polis* de los lacedemonios ejercerá su control sobre una extensa región situada en el Peloponeso suroriental y surgirá a lo largo del siglo VIII a.C. como consecuencia de un proceso de sinecismo entre cinco aldeas situadas a orillas del río Eurotas y a los pies del monte Taigeto. Fueron los habitantes de esas aldeas los que se arrogaron a sí mismos plenos derechos políticos al tiempo que se consideraron dueños absolutos de todo el territorio de la *polis*, en el que iban a quedar incluidas comunidades habitadas por individuos libres, pero subordinados a la voluntad de los espartanos, que fueron llamados periecos. Del mismo modo, el proceso de sinecismo de Esparta determinó que otros grupos perdiesen su libertad y, con el nombre de hilotas, se convirtieron en grupos dependientes no de individuos concretos, sino del Estado en su conjunto; estos rasgos tampoco fueron privativos de Esparta, sino que se dieron en algunas otras *polesis* griegas.

El sistema político espartano se hallaba encabezado, durante buena parte de la época arcaica por una realeza dual, sin que podamos saber a ciencia cierta cuál fue el origen de esta particularidad espartana que, de alguna forma lo era por partida doble. Por un lado, por la pervivencia de la institución real durante la mayor parte de la historia espartana, cuando las realezas hereditarias desaparecieron pronto en la mayoría de las *polesis* que ya a lo largo del siglo VIII a.C. o, como mucho, en el VII a.C., se han desembarazado de ese cargo para sustituirlo por magistraturas en cierto modo equivalentes. Por otro lado, el hecho de que los reyes fueran dos en lugar de uno. No cabe duda de que en este último hecho tuvo que jugar algún papel el desarrollo propio de Esparta durante los Siglos Oscuros, en el que fueron dos familias, los Agiadas y los Euripóntidas, las que recibieron o mantuvieron este honor frente a lo que solía ser la norma habitual en otras *polesis*. En todo caso, los dos reyes, hereditarios y con igualdad de poderes, se iban a situar al frente de la *polis* espartana, teniendo plena capacidad política, jurídica y militar.

Estos dos reyes eran asesorados y respaldados por un consejo de ancianos, llama-

do *gerusia*, compuesto por otros veintiocho miembros y del que los reyes formaban parte integrante. Durante el periodo arcaico sus atribuciones parecen haber estado centradas en la toma de decisiones políticas y judiciales. Junto a la *gerusia*, compuesta de reyes y gerontes, estaba la asamblea popular, compuesta por todos los varones libres en edad militar. Es probable que en un primer momento se reuniese sólo cuando lo desearan los reyes y su único objetivo era recibir y conocer las decisiones que la *gerusia* había tomado, lo que apenas cambiará con el tiempo, aunque tal vez sí la obligatoriedad de convocarla con cierta periodicidad.

Casi toda la historia de Esparta se halla influida por la figura de Licurgo, en quien los espartanos veían al antiquísimo legislador y organizador de la vida política, casi al héroe fundador al que atribuir, incluso con carácter retroactivo, cualquier innovación que ocurriese en Esparta; innovaciones que, paradójicamente, tendieron a mantener de modo artificial arcaicas instituciones que en su momento tuvieron un sentido, el cual se fue perdiendo con el paso del tiempo. Es difícil pronunciarse acerca del significado de la obra de Licurgo, como difícil es analizar la propia existencia real y física de tal personaje. Tras el nombre, o el concepto, de Licurgo puede esconderse algún tipo de inicial organización política en Esparta que establecería un orden genérico en la *polis* en una época poco posterior a su constitución; su papel habría sido dotar a Esparta del esquema básico de gobierno, en el que figuraría el papel de cada uno de los órganos de la *polis*, todo ello sustentado en la autoridad del dios Apolo, autor último de ese ordenamiento. A través de una *Retra* o pronunciamiento del dios, que el tal Licurgo se procuraría, se establecía la primacía de los reyes y la *gerusia* sobre el pueblo, que debería aceptar sus decisiones. Habría supuesto de novedad, frente a la situación previa, la obligatoriedad de reunir con periodicidad a la asamblea del pueblo, frente a una indefinición anterior. También es cierto que enmiendas posteriores recalcaban la primacía de la *gerusia*, en el caso de que la asamblea se mostrase reticente a apoyar sus decisiones. Sobre este trasfondo, que pudo suponer un espaldarazo a la incipiente organización política espartana, se fueron añadiendo modificaciones a lo largo de los siglos, como no podía ser de otra manera; sin embargo, la especificidad espartana en este sentido es que todas esas novedades se le atribuían siempre a Licurgo con lo que, aunque la situación se transformaba en la práctica, en teoría todo permanecía igual, anclados como estaban a la figura de Licurgo de la que, mediante este procedimiento, procedía todo lo que caracterizaba el gobierno de Esparta.

Uno de los cambios más importantes, que se produjo en el sistema de gobierno de Esparta durante el arcaísmo, fue la creación de una nueva magistratura, los éforos, también en un momento imprecisable, pero que quizá pueda situarse en algún momento entre los siglos VII y VI a.C., si bien la organización definitiva de la magistratura tuvo lugar a lo largo de este último siglo. Se trataba de cinco magistrados, uno por cada una de las aldeas que habían dado lugar, mediante sinecismo, a la *polis* lacedemonia, cuyas funciones iniciales son bastante desconocidas, pero que se convirtieron en supervisores y controladores del poder de los reyes. Es difícil saber el contexto exacto en el que surgen los éforos, así como las circunstancias que les hicieron adquirir un poder que, durante la época clásica, será en determinadas ocasiones superior al de los propios reyes. Sin embargo, si consideramos que el proceso histórico espartano no es un caso del todo aparte dentro de la norma general, no podremos dejar de pensar que determinadas partes del pueblo fuesen haciendo patente su disconformidad con el estado de cosas;

en otras ciudades, como veremos, surgirán tiranías como consecuencia de las tensiones internas de la sociedad. En Esparta la tiranía fue desconocida pero no por ello debemos dudar de la existencia de estas tensiones internas; el eforado pudo ser el medio espartano de garantizar, a través del mismo, una cierta participación de la ciudadanía (incluyendo a grupos aristocráticos ajenos a la *gerusia*) en la gestión política o, al menos, en el control de los gestores. En una estructura como la espartana, en la que la realeza era vitalicia y hereditaria entre dos familias, y en donde la *gerusia* sólo daba acogida a otros veintiocho nobles, y donde la asamblea tenía un poder limitado, las eventuales tensiones sociales apenas podían canalizarse por otros medios. La creación, o el incremento de poder, de los éforos, cuyo periodo de mandato era anual, y uno de los cuales daba nombre al año, pudo servir para incrementar la participación de los individuos más ambiciosos de Esparta.

Esparta también ha pasado a la historia por la existencia de un sistema educativo y militar (aspectos ambos muy vinculados entre sí) que la convirtieron en una ciudad con gran peso político, siquiera de ámbito regional. Quizá la novedad espartana haya sido dar más énfasis a la preocupación por parte del estado por la educación de los jóvenes, que en otras *poleis* era competencia de la familia; sin embargo, en todas las ciudades griegas el objetivo principal de la educación era forjar buenos ciudadanos que estuvieran dispuestos a participar en la defensa común mediante las armas. En eso, Esparta no era una excepción; la excepción quizá esté en que mientras que otras ciudades optaron por la colonización, sobre la que más adelante volveremos, como medio para dar salida a aquellos individuos que no tenían cabida en la *polis*, porque no disponían de tierras o por otros motivos, Esparta optó por conquistar el territorio al oeste de Lacedemonia, Mesenia, lo que la condujo a reforzar su orientación militar para hacer frente al riesgo permanente de revuelta de los mesenios conquistados y esclavizados. Por ello, y aunque cualquier *polis* tenía interés en que los jóvenes se formaran en los diversos aspectos de la educación y, sobre todo, en las habilidades físicas que un futuro soldado pudiese necesitar, Esparta hizo más hincapié en este último aspecto y asumió, por encima incluso de la propia familia, esa tarea. Los resultados, como era de esperar, crearon una ciudadanía en Esparta cuya principal ocupación era el adiestramiento militar, lo que los hizo superiores a otros griegos con los que tuvieron que medirse en el campo de batalla. Por supuesto, no los hizo invencibles como acontecimientos ulteriores (ya en la época clásica) demostrarían.

En definitiva, el modelo espartano presenta rasgos comunes con otras *poleis*, tal y como los subrayábamos con anterioridad, pero también, qué duda cabe, sus propias peculiaridades.

4.4.2. El caso ateniense

Si pasamos al caso ático, podemos empezar diciendo que la *polis* de los atenienses controlaba una extensa y rica región de forma triangular, que formaba un apéndice adosado al borde suroriental de la Grecia central. La tradición ateniense quería que antiguas comunidades prepolíticas fueran integradas en una unidad política por obra de Teseo, que se convertiría así en el creador de la *polis*. La realidad, al menos hasta donde la podemos conocer hoy en día, pinta una imagen algo diferente, en donde parece que el Ática, que quedó bastante despoblada durante los Siglos Oscuros, fue repobla-

da bajo el impulso de la ciudad de Atenas, quizá con participación de gentes que hubieran emigrado hasta allí. Sea como fuere, a lo largo del siglo VIII a.C. parece que asistimos a la formación de la *polis*, que controla todo el Ática, ocupada ya por una población bastante homogénea e integrada con su centro político, Atenas.

Lo que observamos también es el predominio, a lo largo y ancho de todo el territorio, de grandes familias aristocráticas, con importantes intereses locales, parte de las cuales parecen corresponder al grupo de los Eupátridas, que serían los que ejercían el poder en Atenas. La realeza vitalicia y hereditaria parece haber desaparecido pronto en Atenas, sustituida por magistrados que ejercían los poderes que con anterioridad habían correspondido a los reyes primero durante periodos de diez años para, más adelante, pasar a una periodicidad anual. Estos magistrados, conocidos como arcontes, eran el arconte propiamente dicho, que daba nombre al año y ejercía el poder ejecutivo, el polemárcos, que ejercía el mando del ejército y el *basileus* o arconte-rey que conservó las antiguas prerrogativas religiosas de los reyes. Con el tiempo se les añadieron hasta seis arcontes más, llamados tesmotetas, que parecen haber actuado como preservadores y custodios de un derecho de raíz aristocrática y transmisión oral.

Estos nueve arcontes, que parecen haber desempeñado sus funciones de forma autónoma entre sí, eran nombrados de entre los miembros de las familias Eupátridas, que constituían una aristocracia de sangre y de privilegios, especialmente relacionados con su mayor participación en la propiedad de la tierra. Eran asesorados, o quizá controlados, por un consejo aristocrático, llamado Areópago, que era el auténtico símbolo de permanencia de la *polis* y que parece haber tenido, además de sus atribuciones políticas, las judiciales.

La asamblea popular, o *ekklesia*, como ocurría en la mayoría de las *poleis* arcaicas, apenas debió de jugar papel político alguno.

El proceso de formación de la *polis* ática, durante el siglo VIII a.C., parece haber implicado un relativo bienestar económico, acompañado de un incremento de población y, acaso, de una cierta promoción social para los campesinos libres. Desde un punto de vista artístico y económico, Atenas produce durante el siglo VIII a.C. cerámica en abundancia, que empieza a ser distribuida por buena parte de Grecia; su producto estrella, el aceite, también conoce un primer florecimiento más allá del Ática. No obstante, la arqueología nos revela la existencia de riquísimas necrópolis, que acumulaban gran cantidad de riqueza, incluyendo artículos importados y de oro, que correspondían a esta aristocracia terrateniente. Del mismo modo, la aparición de las escenas figuradas en la cerámica del Dipilón, perteneciente también a necrópolis aristocráticas, muestra la paulatina extensión de una ideología heroica que, como veíamos antes, caracterizó a estos grupos de élite dentro del mundo griego arcaico. Por consiguiente, el origen de la *polis* en Atenas muestra, de forma mucho más clara que en otros lugares, el florecimiento de una poderosa aristocracia que controla, a través del Areópago y las magistraturas, todos los resortes del poder y, también, de la economía.

También la arqueología nos ayuda a visualizar a otros grupos menos privilegiados, pero que empiezan a prosperar dentro de la *polis*; la disponibilidad de tierras en Atenas durante el siglo VIII a.C. pudo provocar que la ciudad no se viese envuelta en el movimiento colonizador que, por esos años, afectaba a otras ciudades. No obstante, la situación debió de cambiar a partir del siglo VII a.C. puesto que, junto con un evidente repliegue de Atenas sobre sí misma y una gran ausencia de informaciones, hay claros

indicios de que en la ciudad empiezan a producirse tensiones entre los distintos sectores sociales. Es posible que estas tensiones tengan como causa una reacción aristocrática frente a esos grupos emergentes, atestiguados para el siglo VIII a.C., y que tal vez habían puesto en cultivo tierras hacia siglos baldías. Este hecho debió de abrir los ojos a la aristocracia que parece haber iniciado un proceso de ocupación masiva de tierras aún incultas, en detrimento de las expectativas de los grupos inferiores, cuando no de presión y asfixia económica sobre los nuevos propietarios que la época de despegue económico del siglo VIII a.C. había propiciado.

Nuestras fuentes guardan silencio sobre las causas y el desarrollo del conflicto y sólo para la última parte del siglo VII a.C. empezamos a tener alguna información, que alude al problema del endeudamiento del campesinado y su progresiva pérdida de libertad individual, hechos que debieron de provocar tensiones, con respuestas diferentes. Entre ellas, se nos atestigua para el 632 a.C. un intento fallido de tiranía, a cargo de Cílón, mientras que para el 622 a.C. se nos habla de la legislación de Dracón. Esta última parece haber reforzado la postura y las aspiraciones de la aristocracia y haber agravado el problema, quizá al permitir que viejos esquemas de dependencias y servidumbres campesinas dieran paso a la posibilidad de vender como esclavos a los deudores insolventes. La salida de esta situación de conflicto, que tenía también repercusiones en el terreno militar, vendrá dada por la labor de Solón que accede al arcontado en el 594 a.C. y lleva a cabo una profunda reforma social, política y legislativa, centrada en primer lugar en la abolición de las deudas preexistentes y en la reorganización política de Atenas. Como rasgos esenciales de la misma, Solón estableció nuevos criterios de pertenencia a la ciudadanía, dividiendo a los ciudadanos según sus bienes, y no según el nacimiento y, aunque reservó las principales magistraturas a los más ricos, cedió ciertas parcelas de poder al resto de la ciudadanía. Modificó los criterios de admisión en el Areópago, lo que eliminó el monopolio Eupátrida en el mismo, dio un peso cierto a la *ekklesia*, que tenía por fuerza que ser convocada con periodicidad, creó un nuevo consejo o *boule* de los Cuatrocientos para agilizar el funcionamiento de la *ekklesia*, introdujo un tribunal o *heliaia*, quizá en un primer momento destinado a entender sobre la gestión de los magistrados, una vez concluida ésta y dotó a la *polis* de un *corpus* legislativo que delimitaba derechos y obligaciones.

Durante el siglo VI a.C. Atenas conocerá un largo periodo de tiranías, a cargo de Pisístrato y sus hijos, y tras la expulsión de los tiranos Clístenes llevará a cabo una nueva reforma de la constitución ateniense que, rozando ya los límites finales del arcaísmo, dejará a Atenas preparada para, con algún retoque más, convertirse en una *polis* democrática. Las reformas de Clístenes afectaron al propio núcleo de la organización política ateniense, ya que estableció una nueva base territorial para el reclutamiento de los miembros de las distintas instituciones, en la que las diferentes partes del Ática se hallaban mucho más integradas entre sí. Mantuvo las viejas magistraturas, aunque modificó otras que, con el tiempo, iban a adquirir un peso mayor, entre ellas los generales o estrategos que, elegidos a partir de las tribus que creó sobre su nueva base territorial, suponían una clara ruptura con el viejo orden eupátrida. Sobre la base de esas mismas diez tribus creó una nueva *boule* de los Quinientos que se convertirá en el motor de la *ekklesia*, que pasó a ser, poco a poco el nuevo órgano de decisión, quedando el Areópago relegado a un no demasiado claro papel de supervisor de la nueva constitución. En definitiva, el caso ateniense nos muestra un modelo bastante distinto del re-

presentado por Esparta en el que, sobre la base de unas estructuras inicialmente parecidas, el propio desarrollo histórico provoca cambios y novedades que hacen de la situación de llegada algo muy diferente de la de partida. Sin duda, las tensiones en Atenas debieron de ser mucho más intensas que en Esparta donde, al menos, existió siempre el peligro mesenio junto con una política de reparto de sus tierras conquistadas, mientras que en Atenas, que no conoció una expansión semejante, y tampoco la tensión permanente de un enemigo interior, los ciudadanos no tuvieron ni el paliativo de poder repartirse nuevas tierras ni tampoco la enorme presión que en Esparta hizo difícil los conflictos internos declarados. Por eso en Atenas se dieron las respuestas habituales en otras *poleis* griegas a esas situaciones de conflictos, como las tiranías y los legisladores, sobre los que más adelante volveremos.

4.4.3. Otros ejemplos

Es difícil resumir en unas cuantas páginas el devenir histórico de decenas de ciudades griegas que siguieron su propia evolución y que desarrollaron formas propias de organización política. No obstante, aludiremos a algunos casos.

Podríamos empezar por la ciudad de Corinto, la poderosa ciudad que controlaba el istmo que permitía el acceso desde la Grecia central a la península del Peloponeso. Corinto dio importantes pasos en el siglo VIII a.C. para completar su organización política, y acudió tanto al expediente de las anexiones territoriales, en detrimento de su vecina Mégara, como al de la colonización ultramarina. El sistema político de Corinto era rabiosamente aristocrático, con el agravante de que tan sólo una familia (quizá mejor un clan) tenía el monopolio del poder político, los Baquiadas. Estos aristócratas, como por otro lado los de otras ciudades contemporáneas, como las ciudades principales de Eubea, Calcis y Eretria, tenían fuertes intereses en el control de la tierra, pero tampoco desdeñaban emplearse en actividades de comercio ultramarino, que les proporcionaban pingües beneficios. A veces se ha insistido demasiado en una presunta dicotomía entre los intereses de una aristocracia terrateniente y los de grupos de comerciantes para explicar las tensiones sociales dentro de Corinto, pero se olvida que buena parte de la actividad comercial estaba muy ligada a la propia aristocracia baquiada, que aprovechaba, como medio de incrementar su riqueza y su poder, la excelente posición de la ciudad entre dos mares. Las actividades comerciales y coloniales de los Baquiadas, que también repercutieron en un incremento en el bienestar material de otros grupos sociales corintios, terminaron provocando el conflicto social, quizá más planteado a partir de cuestiones de participación política que por reivindicaciones económicas, como a veces se ha supuesto. El que Corinto sea una de las primeras ciudades en las que surge la tiranía sería prueba de la precocidad e intensidad de estas tensiones.

Podemos fijarnos también en el caso de Tebas y Beocia; Beocia es vecina por el norte del Ática y sus territorios son bastante semejantes en tamaño. Allí, sin embargo, y a diferencia de los casos de Esparta y Atenas en los que territorios de extensión comparable son controlados desde una sola *polis*, aunque de modo diferente como hemos visto, la creación de la *polis* provoca una atomización que hace que contemos con un número abundante de ellas. Después de un gran vacío desde el final del mundo micénico, durante la segunda parte del siglo VIII a.C., se observa un incremento de población en Beocia y la aparición de concentraciones de población en determinadas zonas. El

proceso no parece haber sido dirigido desde una autoridad central sino que, por el contrario, en las diversas áreas de Beocia siguió su propio ritmo y sus propios intereses; por ende, en el territorio beocio persistieron, hasta bastante avanzado el arcaísmo, muchos territorios aún vacíos, que podían ser ocupados cuando fuese necesario, lo que determinará también la ausencia de Beocia del proceso colonizador. De entre todas las *poleis*, de no gran tamaño, que van surgiendo, destacará Tebas y, más adelante, Orcómeno que parecen haber dirigido, cada una en su propia área, procesos de reocupación de zonas vacías desde la época pospalacial. Estos procesos provocan a veces conflictos entre las diversas *poleis* afectadas, que trataban de ajustar, mediante los mismos, sus distintas áreas de influencia.

Durante el siglo VI a.C. Tebas parece haber tomado la iniciativa de extender su control sobre todo el territorio beocio en detrimento, sobre todo, de las aspiraciones de Orcómeno. La creación de la primera Confederación Beocia, a lo largo de la segunda mitad del siglo VI a.C., consagró en la práctica el triunfo de Tebas sobre el resto de Beocia, que quedaba así sometida, de hecho, a la voluntad tebana al ser esta *polis* la hegemónica en la nueva estructura. En cuanto a las estructuras políticas internas de Tebas no es demasiado lo que conocemos, salvo la perduración de un régimen aristocrático debida, acaso, a la disponibilidad de tierras vacías y a la propia política expansionista de esta *polis* y de otras ciudades beocias; todo ello mantuvo a Beocia bastante apartada de las tensiones existentes en otras *poleis* y provocadas en buena medida por la diversificación económica, que no parece haberse dado en exceso en el caso beocio. Las principales instituciones de esa confederación arcaica recuerdan, en sentido amplio, las instituciones propias de una *polis*, como la beotarquía, la hiparquía federal y un consejo de carácter aristocrático.

También las ciudades de la costa occidental de Anatolia presentan rasgos peculiares. En general, las mismas parecen haberse organizado precozmente, al menos desde el punto de vista urbano, como muestra por ejemplo el caso de la Vieja Esmirna. En buena parte de ellas el inicio del periodo arcaico ve el final de las viejas realezas heredadas de los Siglos Oscuros que en esta región, además, servían de nexo de unión entre esos territorios y la Vieja Grecia de la que, según sus tradiciones, habían emigrado tras el final del mundo micénico. Los sistemas políticos de esas ciudades se caracterizaron por la existencia de ricas y poderosas aristocracias, muy influidas por las modas y las costumbres de sus vecinos orientales. Lídios sobre todo, que a partir del siglo VII a.C. se convertirán en una potencia a tener en cuenta. Esas ricas aristocracias se lucraban merced al papel que las ciudades costeras desempeñaban como intermediarias entre el comercio por vía marítima que llegaba hasta ellos y el que, por vía terrestre, encaminaba productos orientales hasta la costa. Del mismo modo, y a partir del siglo VII a.C., muchas de estas *poleis*, como Mileto o Samos y, más adelante, Focea, desarrollaron una amplia política naval, apoyada por sus emprendedoras aristocracias, que las convirtió en dueñas de los mares hasta, al menos, los años finales del siglo VI a.C. Algunos de los santuarios excavados en esas ciudades, como el de Hera en Samos, el de Artemis en Éfeso, el de Apolo en Dídima, junto a Mileto, dan testimonio de las riquezas allí acumuladas y de la política de engrandecimiento y embellecimiento que esas ciudades, controladas por esa misma aristocracia emprendedora, llevaron a cabo en los mismos. Frente a la política a veces localista que muchas *poleis* de la Grecia propia llevaron a cabo durante el arcaísmo, las ciudades de la costa anatolia eran pujantes focos de

actividad económica y cultural. En esa parte de la Hélade, abierta al mundo exterior, surgirán algunas de las más importantes manifestaciones de la civilización griega arcaica, como veremos en un apartado posterior. Sin embargo, esa misma riqueza introducirá importantes desequilibrios sociales en esas ciudades, para las que tenemos atestigüados conflictos civiles que enfrentarán a diversos grupos; por ende, la intervención extranjera, lidia primero y persa a partir de mediados del siglo VI a.C., introducirá un factor de distorsión importante en la historia de estas ciudades que, al final, acabarán perdiendo su libertad en los últimos años del periodo arcaico.

En conclusión, lo que en este capítulo hemos pretendido esbozar, siquiera mínimamente, es un grupo de ejemplos que nos muestran la gran variedad y versatilidad de la *polis* griega, que dio lugar a múltiples formas de organización en apariencia distintas entre sí. Sin embargo, lo que caracteriza a todas ellas es que se trata de sistemas en los que una serie de individuos deciden darse un marco político e institucional para gobernarse, dentro del cual el poder es compartido por un grupo, más o menos amplio según los casos, y con una alternancia en el desempeño de los cargos públicos. Este sistema permite el desarrollo de una solidaridad entre todos aquellos que se consideran pertenecientes y vinculados a esa estructura en muchas ocasiones, incluso, por encima de las diferencias sociales y económicas. Pero una de las grandezas del sistema será que, aunque con frecuencia tras el estallido de conflictos y tensiones internas, a las que aludiremos en un apartado posterior, el mismo podrá dar cabida y plenos derechos a gentes que, en un principio, habían quedado excluidas de los mismos. Pero, incluso, en el desencadenamiento de esas tensiones vemos también un rasgo importante de la *polis* y es que los individuos libres, en un primer momento sin apenas derechos, no sólo se consideran aptos para alcanzar unas mayores cuotas de participación política sino que, incluso, lograrán con frecuencia la mayor parte de sus aspiraciones. Es la diferencia que distingue a la civilización griega de otras contemporáneas y anteriores, que los individuos se consideran ciudadanos y no súbditos; es ello lo que permitirá el cambio político y social y hará de la *polis* uno de los experimentos más importantes del mundo antiguo.

5. La gran diáspora griega

Uno de los hechos históricos más relevantes que ocurren durante el arcaísmo griego es su gran proceso de expansión por el Mediterráneo y el mar Negro, que habitualmente (aunque no sin cierta imprecisión) conocemos con el nombre de colonización. A lo largo de este apartado estudiaremos los principales rasgos de este fenómeno histórico que amplió el área geográfica de la civilización griega.

5.1. CAUSAS Y CARACTERÍSTICAS DE LAS COLONIZACIONES

Antes de entrar en este apartado, deberíamos hacer un par de consideraciones. La primera se refiere a la propia terminología que empleamos. El término «colonia», por tener ya una larga tradición en nuestra lengua, se halla cargado con multitud de significados que pueden desvirtuar el sentido del fenómeno histórico al que estamos aludien-

do. Los griegos empleaban la palabra *apoikia* para referirse a la creación de una ciudad (con sus casas u *oikoi* correspondientes) fuera de la ciudad de origen o metrópoli, y era éste el sentido principal que daban al término; nuestra palabra «colonia» tiene otras acepciones que, fruto también de la historia europea durante las Edades Moderna y Contemporánea, han ido enriqueciendo el significado del término. Hecha esta precisión, y aunque utilicemos esa palabra, su significado en el caso griego espero que quede claro a partir de lo que iremos viendo en este apartado.

Una segunda consideración es de carácter más conceptual. Los desplazamientos de personas en Grecia por vía marítima fueron harto frecuentes a partir de la recuperación de la actividad náutica en las postrimerías de los Siglos Oscuros. Sin embargo, no todo desplazamiento o traslado de población implica una colonización. Cuando hablamos de una colonia griega, o una *apoikia*, estamos aludiendo al desplazamiento de un grupo de individuos, casi sin excepción varones, con frecuencia con una edad entre la adolescencia y primera madurez, organizados por y desde la ciudad de partida y cuyo motivo principal para participar en tal desplazamiento es crear una comunidad política nueva en un territorio ultramarino a fin de reproducir unas condiciones de vida equiparables a las que existían en la metrópoli y que implicaban, de modo fundamental, la disponibilidad de tierras de cultivo que se iban a convertir en el principal medio de vida de los colonos o *apoikoi*. Esta definición excluye cualquier otro movimiento o desplazamiento de población que no cumpla estos requisitos y que pueden ir desde un simple establecimiento comercial a una emigración individual no organizada y cuyo objetivo no sea crear una ciudad nueva.

En esto último radica, creo, una de las características más determinantes del fenómeno colonial griego; no se trataba de establecer áreas de dominio y control por parte de las metrópolis ni «imperios coloniales»; el objetivo era, por el contrario, dar salida a un excedente de población (ya veremos qué debemos entender por tal) para que, organizándose de forma independiente, pudieran garantizarse un futuro que se les negaba en la metrópoli. El beneficio posible de la empresa, pues, era para los que se marchaban, siendo sólo indirecto para los que se quedaban. Ello no impedirá, sin embargo, que una vez consolidadas las colonias pudiesen mantener estrechas relaciones con sus metrópolis a las que quedaban unidas por lazos simbólicos, familiares, religiosos o ideológicos, pero no políticos ni económicos.

El proceso colonial está, en mi opinión, estrechamente relacionado con los mecanismos de formación de la comunidad política en la *polis* griega y hay que verlo, en cierto modo, como el resultado de la capacidad que tiene la comunidad de organizarse según sus propios criterios y, por ello, determinar qué individuos van a quedar incluidos y excluidos de ella. Porque, en último término, la existencia de excedentes de población hay que contextualizarla dentro del proceso formativo de la *polis* o, en momentos posteriores, dentro de los procesos de articulación interna de la misma. Cuando hablamos de excedentes de población nos referimos, ante todo, a la existencia de individuos o de familias que no disponen de una parcela de tierra lo bastante extensa como para procurarse un sustento razonable. En la *polis* arcaica, en la que la disponibilidad de tierra parece haber sido un criterio básico (aunque no el único) a la hora de pertenecer a la ciudadanía y gozar de derechos, entre ellos el de participar a la asamblea y, con el tiempo, el de intervenir con las armas en la defensa de la *polis*, aquellos individuos que veían disminuida, a causa de herencias, repartos o servidumbres pre-

vias, el tamaño de sus parcelas, quedaban excluidos de modo automático de la participación política. En la *polis* del arcaísmo avanzado y en la de la época clásica, se irán estableciendo procedimientos que no descarten definitivamente a quienes se encuentren en esta situación, al tiempo que buena parte de la lucha política se centrará en evitar esos mecanismos. Sin embargo, en la *polis* de los siglos VIII y VII a.C. la presión que los desposeídos podían ejercer podía llegar a resultar peligrosa para la propia estabilidad general. Por consiguiente, una forma de desembarazarse de ellos, no de forma indiscriminada, sino con ciertas garantías, era la colonización.

Es bastante posible que, a pesar de que parece haberse producido un crecimiento demográfico generalizado en Grecia a partir del siglo VIII a.C., podría haber habido tierras suficientes para todos, sin necesidad de recurrir a la colonización. Sin embargo, los grupos aristocráticos, que basaban su poder en una mayor disponibilidad de tierras, tampoco estaban dispuestos a permitir repartos más igualitarios, que podían acabar minando su preeminencia social y, al tiempo, ejercían un férreo control sobre todas aquellas tierras comunales y propiedad de los santuarios, cuya distribución podría haber aliviado las tensiones sin hacer necesario el expediente colonizador. Como la *polis* se organizó en sus inicios sobre bases aristocráticas, la solución debía buscarse sin alterar el *statu quo* existente. La colonización no se dio en aquellos territorios en los que había amplia disponibilidad de tierras vacías, cuya ocupación organizada no alteraba el desigual equilibrio de fuerzas que caracterizó a la *polis* en sus primeros siglos; hemos mencionado el caso de Atenas y el de Beocia, en cuyos territorios pudo desarrollarse una auténtica colonización interna y el de Esparta, que optó, sin embargo, por la anexión del territorio de Mesenia. En otras *poleis*, con territorios más restringidos y con menos posibilidades de expansión a costa de sus vecinos, la colonización resultaba la única alternativa para mantener la articulación interna de la comunidad, al tiempo que para dar nuevas posibilidades a los que quedaban excluidos.

De lo visto hasta ahora resulta claro que la colonización es una actividad que muestra la capacidad de la *polis* para decidir a quién de entre sus filas debe excluir cuando hay razones poderosas para ello; de hecho, da la impresión de que la colonización es uno de los primeros gestos de soberanía de la *polis* que, en muchos casos, nos han quedado atestiguados. Para organizar una *apoikia* hacía falta disponer, ante todo, de un motivo para crearla y, acto seguido, de colonos (*apoikoi*), o grupo de ciudadanos que se veían obligados a emigrar; había que disponer de medios de transporte, de un individuo que dirigiese toda la empresa u *oikistes* y, sobre todo, de un lugar donde establecer la nueva ciudad. Analicemos cada uno de estos requisitos por separado.

Los motivos que las fuentes dan aluden, sobre todo, a problemas de subsistencia como consecuencia de algunas circunstancias naturales, tales como una sequía o una situación de hambruna; no obstante, en algún caso, como en el de la fundación de la colonia espartana de Tarento tenemos algún dato de índole diferente. La inverosímil historia que alude a los que, a la postre, se van a marchar a colonizar, los llamados Partenias, insiste en último término en la exclusión de un grupo, quizá por motivos sobrevenidos de ilegitimidad de nacimiento que, ante la amenaza de provocar un conflicto en la ciudad, son obligados a marcharse. La ilegitimidad de nacimiento, decretada para garantizar un mejor acceso a la propiedad de los considerados legítimos, muestra la capacidad de la *polis* para incluir y excluir de la misma a determinados grupos o individuos, según los intereses de los círculos dirigentes y quizá con el acuerdo o el asenti-

miento del resto de los individuos que permanecían integrados dentro de la *polis*. La capacidad eventual de los excluidos para plantear problemas al conjunto de la comunidad, aconsejaría su alejamiento. Por consiguiente, más allá de una aséptica «escasez de tierras» o «excedentes de población», debemos considerar que una de las causas, quizá en ocasiones relacionada con las anteriores, que aconsejaban enviar una colonia, radicaba en los eventuales conflictos que los excluidos podían desencadenar en la comunidad de origen.

En cuanto a la selección de los *apoikoi*, tampoco se prodigan las fuentes en exceso aunque disponemos de algunos datos que nos ayudarán a entender el proceso. En la fundación de Regio (hacia el 720 a.C.), los futuros colonos son los resultantes de seleccionados al dios Apolo, son reexpedidos a su futuro lugar de asentamiento. Mucho más preciso es el decreto de fundación de Cirene (hacia el 630 a.C.), conservado en un epígrafe del siglo IV a.C., que establece los procedimientos para seleccionar a los futuros colonos. El decreto obliga a seleccionar a un varón de cada familia que haya alcanzado la adolescencia, castigándole con la muerte, así como a todo el que le apoye o esconda, en caso de que no acepte esta obligación; a ellos podría unirse cualquier otro ciudadano libre de la metrópoli que así lo deseara. En todo caso, el hecho importante es que la *polis* tiene autoridad suficiente como para imponer la marcha a una parte de la población que, en ese momento, pierde todos los derechos y prerrogativas que hubiese tenido en ella. Aunque los procedimientos puedan variar de una ciudad a otra, lo cierto es que estamos ante un movimiento organizado desde la metrópoli, en el que el núcleo duro de la colonia venía compuesto por individuos designados expresamente por aquella; a ese núcleo originario se le podían añadir otras personas, bien de la propia metrópoli, bien de *poleis* afines y es frecuente hallar referencias a la existencia de colonias formadas por contingentes de dos o más ciudades, o a la presencia, desde los primeros momentos de vida de la colonia, de gentes que se han unido a la expedición, a título individual, procedentes de otras ciudades.

Puesto que la colonización es una empresa de Estado, parece que es la propia *polis* la que proporciona los medios de transporte a los que parten; estos medios se concretan en una serie de barcos, no muchos por lo general, en los que se traslada la expedición a su área de destino. A veces tenemos datos concretos del número de navíos que intervienen, como en el caso de la fundación de Cirene, donde se nos dice que partió de la metrópoli, Tera, un total de dos pentecónteros, un tipo de barcos que iba tripulado por cincuenta remeros y algunos tripulantes suplementarios; del mismo modo, una gran empresa de colonización, como la que llevó a cabo el espartano Dorieo a fines del siglo VI a.C. en Sicilia, incluía cinco barcos (tal vez pentecónteros) y un trirreme, cuya tripulación se componía de unos ciento ochenta remeros y unos veinte infantes de marina. En todo caso, estamos hablando de cifras pequeñas que, por consiguiente, hacían interesante para la futura colonia cualquier apoyo que se pudiese conseguir; las metrópolis podían hacer publicidad de las colonias que pretendían fundar, o de las que pretendían reforzar, en los festivales panhelénicos, como medio de atraer a nuevos participantes, que diesen solidez a la fundación. Tanto la metrópoli como la colonia acordaban, desde un primer momento, su afiliación étnica, si bien se podían hacer concesiones a grupos minoritarios representativos; así, por ejemplo, la colonia de Cumas en Italia será una colonia calcídica aunque el nombre puede deberse a la presencia de un

contingente numeroso de colonos procedentes o de Cime en Eolia o, acaso, de Koumi, una pequeña ciudad próxima a Cálcis; Naxos en Sicilia, también una colonia calcídica, parece haber contado con un grupo numeroso procedente de la homónima isla egea. Esta inclusión de gentes de otras procedencias servía para reforzar la posición de la colonia, pero también nos ilustra acerca de las relaciones internacionales de las diferentes *poleis* griegas, que encuentran plasmación en estos procesos de colonización conjunta.

Otro elemento fundamental en una colonia era el fundador u *oikistes*. El fundador era un individuo de origen aristocrático que podía haber actuado ya como el jefe del grupo que con el tiempo irá a colonizar, como ocurre con el espartano Falanto, el fundador de Tarento; también puede haber sido nombrado por la metrópoli, como parece haber sido el caso de la mayoría de *oikistai* o, en ocasiones, por los propios colonos como es el caso de Evarco de Catana. A veces, incluso, sería el propio Apolo el que nombraría al fundador, como ocurrió con Bato de Cirene o con Miscelo de Crotona, lo que puede interpretarse bien como una iniciativa personal por parte de los futuros fundadores o, tal vez, como un medio de vincular la necesidad de la colonización con una imposición del dios Apolo, lo que acaso hiciera más digerible la terrible medida. En cualquier caso, el *oikistes* es el interlocutor entre los que se marchan y los que se quedan y entre los dioses y los humanos. Él es quien dirige la expedición, quien se encarga de repartir a su llegada las tierras y de establecer las primeras normas organizativas, el que transporta el fuego sagrado de la diosa Hestia, que establece la continuidad de cultos entre la metrópoli y la colonia y el que ejercerá, mientras viva, la dirección de la ciudad. A veces, como ocurre en Cirene, el fundador se convierte en rey y en cabeza de una dinastía que durará cerca de un par de siglos, aunque no es lo habitual; en todo caso, los descendientes del fundador parecen haber mantenido una cierta preeminencia en la ciudad, como ocurre con los Protiadas (descendientes de Protis) en Masalia. Es también frecuente que el fundador, a su muerte, sea enterrado en un lugar destacado de la ciudad, con frecuencia en la propia ágora, donde será objeto de culto, convirtiéndose, de hecho, en héroe protector de la ciudad, que recordará durante toda su existencia el nombre y principales rasgos del individuo que de modo tan decidido contribuyó a su existencia.

Por fin, y como último requisito para que existiese una colonia, era necesario fijar su lugar de establecimiento. Podemos decir que, en líneas generales, las primeras colonias parecen haberse establecido en aquellos lugares que una larga tradición de viajes previos había ido mostrando como los más adecuados para el fin propuesto. Los principales requisitos buscados eran su fácil relación con el mar, la existencia de tierras susceptibles de ser cultivadas, agua abundante y, en ocasiones, unas poblaciones indígenas no demasiado conflictivas, siquiera a primera vista. No parece casual que los primeros griegos que inician una actividad colonial a gran escala, los eubeos, hayan sido quienes, desde hacía ya varios decenios, frecuentaban los mares que rodean a Sicilia y la costa tirrénica italiana, primeros lugares en los que se establecerán colonias griegas. A veces, como ocurre con el caso de Naxos de Sicilia, el propio *oikistes* había tenido experiencias previas en el conocimiento de la región en la que fundará su colonia.

Con el paso del tiempo, el santuario de Apolo en Delfos parece haberse convertido en un punto clave en el proceso colonizador, tanto porque aportaba el respaldo divino a la empresa, cuanto porque de alguna forma establecía prioridades a la hora de ir asignando territorios aún vacíos. De hecho, el oráculo délfico será durante la época ar-

caica uno de los centros clave para comprender el movimiento colonizador, hasta el punto de que llegará a considerarse como un factor de riesgo añadido el no contar con su aprobación o el desviarse de sus consignas. El oráculo se expresaba a través de un lenguaje enigmático y ambiguo, susceptible de muchas interpretaciones, lo que garantizaba en cualquier caso lo acertado de sus pronunciamientos; eran los mortales los que, según su mayor o menor sagacidad, podían interpretar correcta o erróneamente las palabras del dios.

Todo lo visto hasta ahora nos ha mostrado los requisitos necesarios para que surja una colonia; a ello tendríamos que añadir otro factor no baladí, cual es el papel de los indígenas o habitantes previos a los griegos. Hoy día sabemos que ninguna colonia griega surge en territorios vacíos, por lo que la relación con los habitantes prehelénicos resulta inevitable y, a veces, crucial. Estas relaciones son de diversos tipos, muchos de ellos plasmados en nuestras fuentes y van desde una acogida amistosa por parte de los nativos, como en el caso de Mégara Hiblea, a una imposición violenta por parte de los griegos, como ocurre con Siracusa. Entre medias hay toda una serie de casos que incluyen acogida amistosa y matrimonio del fundador con la hija del jefe indígena (Masalia), acogida amistosa por los indígenas y posterior expulsión de los mismos mediante engaño (Leontinos), vocación de enemistad permanente con los indígenas (Tarento), o fracaso absoluto de la empresa (la Heraclea de Dorieo), etc. La utilización de uno u otro procedimiento se debería a las propias condiciones locales de cada asentamiento, siempre y cuando se cumpliesen los objetivos últimos de la colonia: obtener un espacio adecuado para poder proceder a un reparto igualitario de lotes de tierra entre todos aquellos que habían participado en la empresa colonizadora. No podemos perder de vista que, puesto que se trataba de reproducir las condiciones de vida existentes en las metrópolis, la tierra jugaba un papel fundamental, ya que era la base económica y uno de los principales criterios de admisión en el cuerpo ciudadano. Por consiguiente, y aunque en las colonias se desarrollasen también otras actividades (comercio, artesanía), el poder disponer de tierras era el objetivo fundamental y, a tal fin debían de supeditarse las necesidades e intereses de los indígenas que, hasta la llegada de los griegos, habían sido los dueños del terreno sobre el que se asentarán.

El éxito de una colonia dependía de la capacidad de hacerse con las tierras necesarias mediante los procedimientos que fuese y, en aquellos casos en los que la fuerza de los indígenas era superior a la de los griegos, o cuando éstos no fueran capaces de obtener, por otros medios distintos de la guerra, esas tierras, la colonia acababa por ser inviable, teniendo los griegos que desalojar el lugar elegido. De no ser así, y una vez establecida, la colonia iniciaba su propia historia, en relación con sus vecinos, griegos e indígenas, y sin perder nunca el contacto con la Vieja Grecia de la que procedía y con la que mantenía siempre contactos permanentes.

5.2. LAS ÁREAS DE COLONIZACIÓN

La colonización griega afectó, en sentido amplio, a todo el Mediterráneo y su apéndice el mar Negro, si bien a unas regiones con más intensidad que a otras. En el presente apartado analizaremos las principales áreas en las que los griegos fundaron sus colonias.

Podemos empezar con el ámbito itálico y siciliano, donde la colonización se inicia con mayor precocidad. Las costas tirrénicas de la península italiana y alguna de sus islas adyacentes están entre las más antiguas áreas de establecimiento griego. Allí podemos mencionar Pitecusas, en la actual isla de Ischia, donde los griegos parecen establecerse en algún momento del segundo cuarto del siglo VIII a.C. La finalidad de esta temprana colonia parece haber sido el comercio con las costas tirrénicas de Italia, si bien en los últimos años no se descartan tampoco preocupaciones agrarias, imprescindibles en cualquier ciudad antigua. Con el paso del tiempo, y quizá ya durante el tercer cuarto del siglo VIII a.C. surgirá en tierra firme la ciudad de Cumas, una de las colonias más importantes de ese territorio, y muy relacionada con la anterior. Tanto Pitecusas como Cumas son colonias eubeas, establecidas en común entre Cálcis y Eretria aunque el auge e iniciativa de la primera parece haberla convertido en el principal y más temprano motor de la expansión colonial. Esas dos colonias, de las que sólo la primera sobrevivirá más allá del siglo VIII a.C., ejercieron un importantísimo papel en la conformación de alguna de las culturas más sobresalientes de la Italia protohistórica, como pudieron ser la etrusca y la latina, con las que pitecusanos y, sobre todo, cumanos, mantuvieron siempre intensos y estrechos lazos. El resto de la costa tirrénica fue ocupado, ya a partir del siglo VI a.C., por ciudades como Posidonia, colonia de Síbaris, Elea, colonia de los foceos o las subcolonias de Locris Epicefiria, Hiponio, Medma y Metauro. Ya en el límite meridional del Tirreno, en la parte italiana, la ciudad de Regio controlaba el estrecho de Mesina y el acceso a través del mismo.

En la costa meridional de la península italiana, bañada por el mar Jonio, se desarrolló una de las concentraciones más importantes de colonias griegas, cuya historia no sólo tendrá relevancia local sino que en ocasiones influirá en la historia general de la Hélade. Llamada con el paso del tiempo *Megale Hellas* o Magna Grecia, esta región se repartió entre griegos de distintos orígenes, desde los aqueos que fundaron Síbaris, Crotona y Metaponto, los locrios que fundaron Locris Epicefiria, los colofonios que fundaron Siris o los espartanos que fundaron Tarento. Ubicadas junto a importantes ríos y controlando ricas llanuras aptas para el cultivo, algunas de estas ciudades alcanzaron unos niveles de riqueza y prosperidad desconocidos en la mayor parte de las ciudades de la Grecia propia. Como en otras regiones de Grecia, los conflictos entre ellas también dieron lugar a importantes guerras, que en ocasiones acabaron con la destrucción de algunas de esas ciudades, como fue el caso de Siris, destruida hacia el 560 a.C. merced a la conjunción de las tres principales ciudades aqueas, Síbaris, Crotona y Metaponto o, hacia el 510 a.C., la propia destrucción de Síbaris a manos de Crotona. Alguna de estas ciudades, como Síbaris, pudo desarrollar una importantísima área de control, en la que tanto el control político como las alianzas con los indígenas fueron empleados en aras de lograr una posición de evidente supremacía. Sus relaciones exteriores abarcaban todos los rincones del mundo griego, y en especial el mundo jónico. Para otras de estas ciudades, como Metaponto, los modernos métodos de investigación nos están permitiendo conocer detalles no sólo de su organización urbana sino también de los mecanismos empleados en el control, distribución y disfrute del territorio que muestran una eficiente organización de los recursos naturales.

Otra de las áreas de colonización es la isla de Sicilia, en especial sus costas oriental y meridional, mucho más aptas para el establecimiento de ciudades griegas y, por consiguiente, con los requisitos que antes mencionábamos. También en Sicilia nos en-

contramos con griegos de diversas procedencias que, desde el año 734 a.C. hasta el 580 a.C., o poco después, van a ir estableciendo sus colonias. Los calcídicos serán responsables de la fundación de Zancle, justo enfrente de Regio y, con ella, controlando el lado siciliano del estrecho de Mesina, nombre este que recibirá con el paso del tiempo la antigua Zancle; como proyección suya y muy próxima a la misma, en la costa norte de la isla surgirá Milas, fundada muy pocos años después de su metrópoli y a mediados del siglo VII a.C. se fundará Hímera, también en la costa norte pero cerca de su extremo occidental. Calcídicas serán también las ciudades de Naxos, Catana y Leontinos. Mientras que la primera garantiza el contacto con el mar y las principales rutas de navegación, merced a su puerto, las otras dos se repartirán las riquísimas y fértiles llanuras situadas a los pies del Etna. De origen corintio será Siracusa, fundada hacia el 733 a.C. en otra de las regiones más ricas de Sicilia, en esta ocasión en su triángulo suoriental. Con sus subcolonias, Heloro, Acras, Casmenas y Camarina, que van surgiendo a lo largo del siglo VII y primeros decenios del siglo VI a.C., Siracusa se garantizará el control sobre ese amplio territorio, donde residían importantes comunidades indígenas con las que Siracusa establecerá diversas formas de contacto.

A Mégara se le atribuye la fundación de Mégara Hiblea, encajonada entre las áreas que se habían repartido los calcídicos y los corintios; controlará un territorio no demasiado grande, pero suficiente como para permitir a sus habitantes una rápida prosperidad. A mediados del siglo VII a.C. fundarán su colonia de Selinunte, cerca del extremo occidental de la costa meridional siciliana. Tanto Selinunte, como su equivalente septentrional, Hímera, se convertirán con el tiempo en fronteras entre el mundo griego de Sicilia y el mundo no griego, ya sea indígena o fenicio-púnico, componente este que ya desde el siglo VIII a.C. había mostrado su interés por el extremo occidental de la isla.

De origen rodio y cretense será Gela, ubicada en la costa meridional de Sicilia, y que será a su vez metrópoli de Agrigento, en el primer cuarto del siglo VI a.C., que ocupará el espacio comprendido entre su metrópoli y la colonia megárea de Selinunte. Estas dos ciudades darán lugar a lo largo del siglo VI a.C. a sistemas políticos caracterizados por el gobierno de tiranos que mostrarán sus ansias expansionistas, tendientes a controlar territorios superiores a los suyos propios y a integrar bajo su órbita a otras ciudades griegas, pero también a extensas regiones ocupadas por indígenas. La situación de desequilibrio, interno y externo, que producirán, será uno de los principales motores históricos en Sicilia para el arcaísmo avanzado y para buena parte de la época clásica.

Otra de las áreas de colonización es la que podemos llamar el Egeo septentrional, que abarca Macedonia y Tracia. Allí son numerosas las *poleis* que se fundan, y por griegos de diferentes procedencias. Empezando por la península Calcídica, hay hoy en día un debate muy vivo entre quienes son partidarios de que fueron griegos de Eubea los principales responsables de colonizar en esta región y los que piensan que, por el contrario, fueron griegos de otras regiones, sobre todo de la Grecia del Este, los que se vieron implicados en la fundación de las numerosas ciudades allí existentes. En todo caso, y aparte de las posibles fundaciones eubeas (entre las que se incluirían Torone o Mende, esta última una fundación de Eretria), hay atestiguadas fundaciones corintias como Potidea o de Andros, como Acanto, Argilo, Estagira o Sane. La riqueza metalúrgica de la península Calcídica era grande y buena parte de las ciudades griegas allí establecidas aprovecharon ese importante recurso como fuente económica, así como la

abundancia de bosques, que proporcionaban excelentes maderas para la construcción naval.

Más hacia el norte se extiende la región de Tracia, que incluye los accesos al mar Negro e, incluso, una porción de su costa occidental a la que nos referiremos más adelante. Centrándonos primero en la costa egea de Tracia, diremos que también en esta zona predominan los intereses de las ciudades de la Grecia del Este y de las islas. Allí, una de las ciudades más importantes fue Tasos, ubicada en la isla del mismo nombre y que ejerció un importante control sobre el continente. Fundada por Paros a mediados del siglo VII a.C., Tasos se convirtió pronto en una ciudad importante, en parte gracias a sus minas de plata y al ya mencionado control sobre la costa tracia, que se disputó también con griegos de otras procedencias que, con el tiempo, establecieron ciudades como Maronea (colonia de Quíos) y Abdera (colonia primero de Clazómenas y luego de Teos). Uno de los puntos más disputados de toda la región lo constituyó el bajo valle del Estrimón, que controlaba el riquísimo distrito minero del monte Pangeo; allí, los intentos de griegos de distintos orígenes por establecerse en la región se saldaron con sucesivos fracasos. Tasios, atenienses, milesios sucumbieron ante el poderío de los tracios que ocupaban el territorio; habrá que esperar hasta un momento avanzado del siglo V a.C. (hacia el 437 a.C.) para ver cómo una colonia griega prospera en esa región. Se trataba de la ateniense Anfípolis.

Todo este territorio era rico en recursos mineros y en bosques aptos para proporcionar madera de uso naval; además de su riqueza agrícola.

Otra área que merece ser individualizada es la de los accesos al mar Negro, compuesta por el Helesponto, Propóntide y Bósforo (los Dardanelos, el mar de Mármara y el Bósforo). En esta región, que se revelará básica para la historia griega a partir del final del arcaísmo y durante la época clásica, también intervinieron variadas metrópolis: Focea (Lámpsaco), Mégara (Astaco, Calcedonia, Bizancio, Selimbria), Lesbos (Sesto, Madito), Paros (Parion), Samos (Perinto) y Mileto (Abido, Cícico, Proconeso); a partir de mediados del siglo VI a.C. también Atenas mostró su interés por esa zona. Las más antiguas de esas ciudades se fundaron ya a mediados del siglo VII a.C. y vemos un predominio de las ciudades griegas de Anatolia, con excepción de las colonias megáreas que, por ende, se hicieron con el control de las dos riberas del Bósforo, una de las áreas más estratégicas de todo el Mediterráneo. Las ciudades allí establecidas prosperaron de modo considerable puesto que, junto con la buena calidad del suelo y una formidable riqueza pesquera, controlaban una zona de gran interés económico, puesto que los barcos que transitaban por los estrechos no podían dejar de contribuir al auge económico de las ciudades que se encontraban en su recorrido.

A partir de Bizancio, el Bósforo daba acceso al Ponto Euxino, al mar Negro, un inmenso mar interior, sólo comunicado con el Mediterráneo a través de él y que fue otra de las áreas colonizadas por los griegos. En este caso, la primacía en la colonización les correspondió a los milesios, a los que la tradición les atribuía más de noventa fundaciones. Esta cifra resulta hoy día exagerada pero no cabe duda de la intensidad de la colonización milesia, sobre todo en las costas occidental y septentrional del Ponto. Fundaciones milesias son Istros, en la desembocadura del Danubio, Tomis (Constanza), Odeso (actual Varna), Apolonia Pontica (actual Sozopol), Borístenes (actual Bezezan), Olbia (actual Parutino), Panticapeo (actual Kerch), Fasis (actual Poti), Dioscurias (actual Sujumi) o Sinope (Sinop), por citar sólo las más importantes. La presencia

milesia se inicia ya a fines del siglo VII a.C. en algunos puntos, si bien a lo largo del siglo VI a.C., y en ocasiones como consecuencia de los problemas políticos a que tendrá que hacer frente la ciudad, en especial la presión persa, surgirán o se reforzarán muchas otras ciudades.

Junto a los milesios, habrá también algunas ciudades de otras procedencias, como Mesembria (Nesebar) y Heraclea Póntica fundadas por Mégara (la segunda con colonos de Tanagra en Beocia), o Fanagoria, fundación de Teos. Como suele ser habitual en las fundaciones griegas, y aunque puedan haber existido otros motivos en su fundación, la base económica de estas ciudades fue la agricultura, hasta el punto de que constituyeron, a partir sobre todo del siglo V a.C., uno de los graneros de Grecia, del que la Atenas clásica hizo un uso extraordinario. Esa riqueza agrícola y el interés que la pujante Grecia del siglo V a.C. tuvo por asegurarse una fuente de abastecimiento estable y en apariencia ilimitada propició el desarrollo de muchas de esas colonias. La amplitud y diversidad de las culturas indígenas con las que los griegos entraron en contacto en el Ponto Euxino, Tracios, Escitas o Colcos propició, asimismo, importantes intercambios culturales que sin duda modelaron la vida cotidiana y la formación de las personalidades de muchas de esas ciudades. El mar Negro se configuró como una de las partes de la Hélade de mayor personalidad y sede de importantes e interesantes experimentos político-sociales ya durante la época arcaica; el problema es que los autores antiguos prestan sólo una atención muy marginal a este mundo y solamente han llegado hasta nosotros noticias muy parciales que, no obstante, sirven siquiera para anunciarnos la gran riqueza y personalidad de la Hélade póntica.

Abandonando ese ámbito, pasaremos al norte de África. En ella, sólo podemos mencionar en sentido estricto una colonia, Cirene, y las fundaciones que ella misma estableció. No obstante, aludiré al caso de Náucratis en el delta del Nilo que, a partir de un momento avanzado de su historia, parece haber llegado a ser una *polis*; sin embargo, su origen hay que buscarlo en un establecimiento comercial o *emporion*, consentido por los faraones egipcios y caracterizado por la multiplicidad de orígenes de sus creadores. Por consiguiente, y aunque llegase a alcanzar el estatus de ciudad, no entra, en sentido estricto, en los mecanismos coloniales que hemos apuntado en páginas anteriores.

Por lo tanto, nos centraremos en Cirene. Cirene fue fundada por la ciudad de Tera hacia el 630 a.C.; ya hemos aludido a ella antes porque conservamos importantes informaciones acerca de su proceso de fundación, transmitidas por Heródoto, pero complementadas por los datos de un epígrafe hallado en la misma Cirene, que pretende recoger los acuerdos que permitieron esta fundación. Cirene se hallaba muy bien situada desde el punto de vista de las comunicaciones por vía marítima entre las islas griegas meridionales, la costa egipcia y el Mediterráneo occidental siendo también punto de llegada de rutas caravaneras procedentes del desierto libio. Tenía un territorio bastante fértil y, además, era la única ciudad productora del silfio, una planta medicinal, y con aplicaciones culinarias, muy usada en el mundo griego. Las colonias que fundó, Barca, Evespérides y Tauquira, contribuyeron a extender su control por las costas que se asomaban a la Gran Sirte.

El último ámbito geográfico al que aludiremos será el Extremo Occidente en el que incluiremos el sur de Francia y la península Ibérica. En este territorio se nos atestigua la actividad de una sola metrópoli, Focea. Por ende, da la impresión de que sus primeros viajes y navegaciones tuvieron una finalidad comercial, iniciándose su colo-

nización hacia el 600 a.C. con la fundación de Masalia (actual Marsella), tal vez el único establecimiento que surgió siguiendo el modelo de las *apoikiai* al que hemos aludido en páginas anteriores. En determinados puntos de las costas gala e ibérica fueron surgiendo pequeños lugares de intercambio, en parte promovidos desde la propia Masalia, que no empiezan a alcanzar una cierta importancia hasta la segunda mitad del siglo VI a.C. En las costas francesas conocemos Agathe (Agde) y en las ibéricas Emporion (Ampurias); hay indicios de que existieron más de estos puntos comerciales, estando quizá ubicado uno de ellos en una zona de las más ricas desde el punto de vista de la producción de metales de la Antigüedad, la región de Huelva, considerada una de las salidas al mar del mundo tartésico. En cualquier caso, la mayor parte de esos lugares de comercio o desaparecieron o se transformaron, siempre en relación con lo que el mundo indígena podía ofrecer. Sólo Emporion parece haber acabado convirtiéndose en una *polis*, con acuñación de moneda, recinto amurallado, etc. Es también la época en la que Masalia inicia su propia colonización, que abarcará una serie de puntos estratégicos a lo largo de toda la costa sudgálica; no obstante, la misma corresponde ya a la época clásica y posterior; por lo que no insistiré aquí en ella.

5.3. LAS CONSECUENCIAS DE LA COLONIZACIÓN GRIEGA

La colonización griega fue un proceso que transcurrió a lo largo de todo el periodo arcaico, y que tampoco se interrumpió durante el clasicismo y la época helenística, aunque adquiriendo unos rasgos algo diferentes. Esta dilatada acción no podía dejar de tener repercusiones en el desarrollo general de la cultura griega; nosotros podemos analizarlas tanto desde una perspectiva interna como externa.

Desde un punto de vista interno, la colonización sirvió para favorecer la gestación y primeros desarrollos de la *polis*, tanto en Grecia como en ultramar. En efecto, dado el carácter originariamente aristocrático de la *polis* y la ausencia de mecanismos efectivos que permitiesen paliar las tensiones que el proceso de constitución de la misma generó, el obligar a grupos determinados de población a abandonar la *polis*, para buscar fortuna en otros lugares, permitió la consolidación de ese experimento político que los griegos estaban poniendo en práctica. Del mismo modo, la colonización generó una serie de experiencias que a no mucho tardar iban a tener amplia repercusión en la Grecia propia; podemos destacar, entre ellas, la idea de un reparto generalizado e igualitario de tierras, que va a convertirse, sobre todo a partir del siglo VII a.C., en una reclamación cada vez más intensa por parte de los grupos desfavorecidos. No cabe duda de que la idea de que en las *poleis* de la Grecia propia pudiese producirse ese reparto hay que atribuírsela a la experiencia colonial, donde la vida de la *polis* empezaba a partir del acto del reparto de los lotes de tierra por parte del *oikistes*. Las colonias también, durante los primeros tiempos, se convertían en clientes excepcionales de todos aquellos productos, naturales y manufacturados, a que los colonos estaban acostumbrados en sus lugares de origen; la arqueología muestra la gran cantidad de importaciones cerámicas, que sin duda acompañaban a otros productos más importantes desde un punto de vista económico, que llegaron a las colonias. Pasando el tiempo, las colonias que prosperen producirán, a su vez, toda una gama de productos, bien agropecuarios, bien minero-metalúrgicos, bien de otra índole (madera, miel, pesca,

esclavos, etc.) que servirán para mejorar las condiciones de vida, con frecuencia precarias, de las metrópolis y, en general, del conjunto de Grecia.

La colonización le permitió a la cultura griega recuperar un camino, ya casi olvidado desde la época micénica, de expansión mediterránea: la sociedad agraria y campesina que es la *polis* griega tendrá, a partir del desarrollo de la colonización, un nuevo horizonte que, aunque no siempre recorrerá, estará a su disposición para cuando las condiciones lo puedan requerir. Los griegos estaban muy apegados al terreno que ocupaban pero ello no impedirá que, cuando las condiciones de vida resulten demasiado gravosas, la idea y la posibilidad de abandonar su país y marcharse a otro lugar donde volver a empezar no sean vistas como algo irrealizable. Conocemos no pocos ejemplos en que *poleis* enteras (o al menos una parte importante de sus miembros) han terminado por abandonar sus tierras para ir a probar fortuna en otros lugares, siendo los mejor conocidos los de Focea, Teos o Samos, pero también, siquiera de modo provisional, la Atenas enfrentada a los persas en el año 480 a.C. Esto, además, introducirá una nueva visión de la comunidad política que, en mi opinión, es absolutamente revolucionaria, la idea de que la *polis* la constituyen los hombres, no las casas, ni las tierras ni tan siquiera los santuarios.

Las consecuencias internas de la colonización tampoco se agotan en lo hasta aquí visto; además de las repercusiones políticas, económicas, sociales incluso, habría que añadir las ideológicas. Los griegos se convierten en un grupo humano que, al estar extendido a lo largo de miles de kilómetros de costas, no tienen un verdadero sentido de nación, en sentido político. Sin embargo, sí lo son en muchos otros sentidos y en la propia idea que los griegos desarrollarán de su propia etnicidad se plasma esa paradoja: serán griegos los que hablen la lengua griega, los que adoren a los dioses griegos y los que se comporten de acuerdo con las costumbres griegas. Repartidos como ranas alrededor de un estanque, por utilizar el manido ejemplo de Platón, los griegos estarán convencidos de su unidad a pesar de las distancias; su éxito al conseguir arraigar en territorios tan diferentes y, al tiempo, mantener un sentido de unidad como pueblo no podía dejar de influir en el propio pensamiento griego.

Aunque podríamos seguir abundando en las consecuencias internas de la colonización, pasemos ahora a lo que podríamos llamar consecuencias externas. Al ser la colonización griega un proceso que no implicaba, por regla general, un dominio político o económico de la metrópoli sobre la colonia, el Mediterráneo se llenó de *poleis* que se desarrollaron de modo autónomo y que, por lo tanto, pudieron expandir sus ideales a infinidad de culturas con las que entraron en contacto. Bien es cierto que eso no implicó por fuerza cambios políticos entre los ambientes que sirvieron de interlocutores a los griegos, pero sí la introducción de toda una serie de elementos culturales, tanto materiales como otros que podríamos calificar de inmateriales: ideas religiosas, formas de pensamiento, usos y costumbres, comportamientos, etc. Nuestras fuentes están llenas de casos, repartidos por todo el mundo antiguo, en los que la atracción por la cultura griega entre los no griegos es un hecho que juega su papel (para bien y para mal) entre los receptores de la misma. Es cierto que en este tipo de relatos hay una clara idea de superioridad por parte de los griegos, que son quienes en último término nos transmiten la noticia, pero ello no impide que aceptemos la realidad de los contactos y el profundo peso que los mismos tuvieron sobre el desarrollo de esos mundos no griegos, que, en ocasiones, es también corroborado por la arqueología.

Los griegos desarrollaron un nuevo concepto para referirse al mundo que ellos habían poblado, estudiado y conocido, la *oikoumene*, la ecúmene. Más allá de ese mundo, los griegos consideraron que no había posibilidades de desarrollar un tipo de vida organizado, como el que ellos tenían. Sin duda hay en este concepto una visión etnocéntrica y peyorativa hacia quienes pudieran habitar más allá de las zonas conocidas por ellos; sin embargo, y aunque hoy esas ideas nos parezcan equivocadas o criticables, los griegos fueron los primeros que desarrollaron una teoría general del mundo fruto de la observación, del estudio y del análisis. La colonización había abierto al conocimiento griego multitud de territorios; es verdad que en algunos o en muchos de ellos otros pueblos, activos en la navegación como etruscos o fenicios, habían ya intervenido y habían iniciado un proceso de integración económica. Sin embargo, los griegos aprovecharon esos conocimientos para elaborar una visión coherente del mundo, para integrar sus historias en la Historia (con mayúsculas), para intentar comprender (dentro de sus limitaciones si queremos) esos nuevos ambientes, sus rasgos geográficos, su clima, las costumbres de sus gentes, etc. No sabemos si alguna de esas otras culturas emprendedoras tuvo preocupaciones similares y, aunque no podamos descartarlo, sí que es seguro que la mayor parte de esa eventual herencia ha desaparecido sin dejar huella excesiva. Por los avatares históricos de siglos posteriores a los que aquí estamos considerando, Roma, que se acabará alzando con el dominio de toda el área circunmediterránea, asumirá buena parte del legado griego, pero no así del fenicio-púnico y sólo en ciertos aspectos del etrusco.

En un apartado posterior, y cuando analicemos los orígenes de la filosofía, tendremos ocasión de reflexionar de nuevo sobre cómo el conocimiento del mundo que aportó la colonización a los griegos jugó un papel decisivo en la introducción de la razón como criterio principal para juzgar el mundo, el visible pero también el invisible.

6. La época de las tiranías

6.1. ANTECEDENTES

Ya en el tránsito entre los siglos VIII y VII a.C. un personaje del que aún no hemos hablado, el poeta beocio Hesíodo, reflexionaba en una de sus obras principales, *Los Trabajos y los Días*, acerca de cómo un gobierno no guiado por la justicia, que para él se personificaba en la diosa Dike, era causa y motivo de tensión y resquemor; esta tensión podía llegar hasta el propio Zeus que, de forma inexorable aunque no inmediata, se encargaría de castigar no sólo a los culpables sino a toda la ciudad que los albergaba.

Con frecuencia se ha contrapuesto el mensaje que transmitía Hesíodo con el de los Poemas Homéricos que, más o menos al mismo tiempo alegraban los oídos de los aristócratas y, sin duda, en el poeta beocio se percibe una nueva ética opuesta a la dominante en su época. Hesíodo es un personaje clave para entender algunos de los caminos por los que se moverá Grecia durante el siglo VII a.C., puesto que algunas de las tensiones que surgirán durante ese siglo ya están de alguna manera pergeñadas en los versos del poeta. Sin embargo, la puesta en práctica de algunas de sus ideas no será fácil, sino todo lo contrario.

Para entender parte del proceso que tendrá lugar en Grecia conviene que aluda-

mos a algunos fenómenos que también se van produciendo a lo largo del siglo VII a.C. y que nos ayudarán a comprender el marco en el que se insertarán las tiranías. Del tipo de guerra que vemos plasmado en los Poemas Homéricos, y que podemos suponer que era aceptado y practicado por las aristocracias griegas durante el siglo VIII a.C., se va a ir pasando, quizá de forma insensible, a un sistema diferente. Frente a los aristócratas que, quizá ya desde una época remota (el siglo X o el IX a.C.), habían representado la capacidad militar de la comunidad y, más adelante, de la *polis* naciente, irán surgiendo nuevos grupos sociales ya a lo largo de la primera mitad del siglo VII a.C.; frente a un tipo de lucha con importantes componentes heroicos, donde la destreza y el valor individual del aristócrata serán criterios que le ayudarán en sus aspiraciones a un mayor protagonismo político, se tenderá a una lucha basada en el choque de formaciones cerradas de infantería pesada, en las que el protagonismo individual cederá ante la cohesión del grupo y la disciplina que ello requiere. Cómo se ha producido este paso no es fácil saberlo, pero podríamos suponer un escenario en el que las necesidades de garantizar una mejor defensa hayan determinado al gobierno de la *polis* a movilizar a aquellos individuos capaces de hacerse con una serie de armas «homologadas», que les permitían plantar cara a un enemigo que también se está organizando de ese modo.

Estas armas básicas serán un ancho escudo redondo, que cubrirá todo el cuerpo, desde el cuello a las rodillas, una lanza o pica como principal arma ofensiva, un casco protector para la cabeza y unas espinilleras o grebas para las piernas y una coraza para proteger el tórax. Este equipo, que tenía que ser elaborado por artesanos especializados, tenía un evidente coste económico al que sólo podían hacer frente aquellos de entre los ciudadanos que tuviesen una cierta posición económica, a saber, los aristócratas y aquellos otros ciudadanos propietarios de parcelas de tierra de mediano tamaño, que les permitiesen reinvertir parte de sus ganancias en la adquisición y mantenimiento de ese costoso equipo. La concentración de algunos centenares de hoplitas, nombre que recibirá este tipo de guerrero, permitirá a la *polis* afrontar de forma más segura el reto principal de defender sus fronteras y, en su caso, de causar daños en el territorio enemigo. Para lograr una mayor efectividad, estos hoplitas se organizarán en formaciones cerradas o falanges, en las que la capacidad para evitar protagonismos personales, en beneficio del conjunto será una de las claves del éxito del sistema.

Introduciendo a nuevos elementos en las responsabilidades militares, la aristocracia obtenía una mayor eficacia en sus aspiraciones territoriales, puesto que no podemos perder de vista que, durante la mayor parte del arcaísmo, las guerras suelen tener objetivos concretos y limitados, centrados sobre todo en pugnas con las *poleis* vecinas por la posesión de determinados territorios y, en su caso, botín; de cualquier modo, el carácter campesino de buena parte del ejército obligaba a limitar el periodo de guerra al final de la primavera y al verano, época en la que el campo no requiere excesivas atenciones.

Sin embargo, la apertura a la participación militar del campesinado no aristocrático fue una auténtica carga de profundidad contra el propio régimen, que sin duda no pudo ser valorada sino *a posteriori*. Al ceder el monopolio guerrero que la aristocracia había venido manteniendo, una de las pocas razones objetivas que podían justificar la perduración del sistema se venía abajo; ahora la responsabilidad de la defensa de la *polis* radicaba no en sus aristócratas, sino en el conjunto de sus ciudadanos los cuales empezarán, por vez primera, a sentirse solidarios con la misma, algo que tal vez no había

ocurrido con anterioridad, habida cuenta del impulso aristocrático que subyacía en el proceso formativo de la *polis*. Era la solidaridad entre los ciudadanos, en su mayoría no aristócratas, la que permitía la defensa de la *polis* y su continuidad y todo ello, alentado por una clara propaganda, en parte desarrollada por algunos poetas del siglo VII a.C. (Tirteo, Calino), cimentará el vínculo entre los ciudadanos y esa estructura, la *polis*, que quizá hasta entonces habían percibido como algo impuesto. Sin embargo, y mientras este sentimiento crecía, nada cambiaba en el gobierno; la aristocracia seguía gobernando como si no se hubiese producido transformación alguna. Las decisiones se tomaban en las *boulai* aristocráticas, la asamblea no contaba, no podía tomar decisiones ni oponerse a las acordadas por la aristocracia; la administración de justicia seguía siendo un instrumento de coerción y la *polis* podía seguir tomando decisiones que llegaban a afectar a la propia existencia como ciudadanos de los individuos, tales como las relativas al envío de colonias a ultramar, que implicaban, como veíamos antes, el cese en su condición de ciudadanos de los nominados para integrar una nueva colonia.

A ello hay que añadir, aún, otro factor. El auge del movimiento colonizador y la apertura de nuevas áreas de comercio en las colonias y fuera de ellas significó un enriquecimiento extraordinario para los aristócratas; los mecanismos, siquiera incipientes, de la *polis* se emplearon para favorecer determinadas actividades comerciales ultramarinas, que beneficiaban sobre todo a los aristócratas que gobernaban, lo que producía una clara colusión entre los intereses públicos y los privados. La *polis* estaba, más que nunca hasta entonces, al servicio de los que regían sus destinos. Este enriquecimiento favoreció el aumento de las redes de obligaciones recíprocas en las que la aristocracia situaba otra de las bases de su poder; la afluencia de riqueza en forma de bienes muebles, si bien no modificó la relación de los aristócratas con la tierra, sí que propició un cambio en las formas de vida pero también de gestión de esa tierra. Aunque a veces es problemático de atestiguar, parece haberse producido, al menos en algunas *poleis*, una reconversión de los sistemas de cultivo tradicionales, basados en una agricultura intensiva, a un tipo de agricultura extensiva y cada vez más especializada, centrada en algunos productos (vino, aceite), en detrimento de otros (cereales). Ello provocaría, entre otras cosas, la necesidad de disponer de mayores extensiones de tierra para dedicarlas a esos monocultivos, con las consiguientes presiones sobre los campesinos para conseguir, de una u otra forma, hacerse con el control de sus tierras para dedicarlas a esos nuevos cultivos, la exportación de cuyos productos tan extraordinarios beneficios proporcionaba. Del mismo modo, y junto con este comercio, en cierto modo productivo, se irá generalizando el comerciante que ya no trafica con sus propios productos, sino que sirve tan sólo de intermediario, de transportista, de los mismos. La financiación de ese comercio corre, en último término, a cargo de los aristócratas que, o bien se implican personalmente en esas operaciones o, como poco, aportan el dinero requerido para llevar a cabo tales empresas, obteniendo también una compensación muy elevada.

Por último, el auge del comercio va a favorecer la aparición de un nuevo grupo de ciudadanos, no aristócratas, pero enriquecidos gracias al éxito de sus empresas mercantiles, que van a buscar por distintos medios insertarse en las estructuras de poder de la *polis*. Algunos de los mecanismos empleados por estas gentes para lograr un ascenso y reconocimiento social, tales como el matrimonio con descendientes empobrecidos de familias aristocráticas, son denunciados por el poeta megáreo Teognis, que está activo durante la segunda mitad del siglo VII a.C.

En conclusión, diversos factores, no siempre interrelacionados entre sí, están actuando sobre la *polis* griega durante el siglo VII a.C. y están provocando, en distintos grados, una serie de tensiones sociales, que acabarán por producir, recurriendo a la fuerza, un cambio de rumbo.

6.2. ORIGEN, CAUSA Y SIGNIFICADO DE LA INSTITUCIÓN

Podemos empezar diciendo que la tiranía es impuesta a la *polis* griega como consecuencia del conjunto de tensiones existentes dentro de la misma. El tirano, siempre un individuo de origen aristocrático, va a canalizar parte de los descontentos existentes dentro de la sociedad y va a asumir el poder de forma ilegítima y, con frecuencia, violenta con la finalidad declarada de transformar, de forma más o menos ambiciosa, las bases sobre las que se organiza la *polis*. Si algo subrayarán las fuentes escritas, por lo general hostiles a la tiranía, será sobre todo su carácter ilegítimo, que acaba con sistemas establecidos desde tiempos inmemoriales, para sustituirlo por el gobierno personal de un solo individuo.

Sin embargo, y aparte de este reproche generalizado en las fuentes, podemos tratar de ir más allá y considerar, en primer lugar, que el tirano suele gozar de unos apoyos dentro de la sociedad, que son los que le alzan al poder y, a veces, los que le mantienen en el mismo durante el resto de su vida. Aunque en cada *polis* los apoyos concretos pueden variar, podemos asegurar que una parte importante de los que sustentan al tirano son los campesinos, en especial aquellos que habían visto disminuir el tamaño de sus posesiones o habían sido tratados de forma inmisericorde por el gobierno previo, forzándolos incluso a perder sus tierras y, con ellas, algunos derechos inherentes a su uso y disfrute como el poder participar en el ejército hoplítico. Estos grupos se contarán entre los más radicales, puesto que aspirarán a algo impensable en la Grecia propia, pero sí practicado en las colonias: la redistribución generalizada de tierras. Aun cuando no conocemos casos concretos en los que se llegase a producir este reparto, el hecho de que haya sido una aspiración habitual, y que los futuros tiranos se puedan haber comprometido a la misma, nos indica de dónde le vendrán parte de sus apoyos.

Es, en mi opinión, un error, sin embargo, considerar que parte del apoyo a los tiranos les podía venir de una presunta «burguesía rica», enriquecida con el comercio y la artesanía, y que se habrían opuesto a la aristocracia dirigente. En primer lugar es un error porque no tenemos indicios de que en las *poleis* del siglo VII a.C. e, incluso, del VI a.C. existiese esa presunta «burguesía rica» como grupo propio y organizado. Como veíamos en páginas anteriores, los beneficios del comercio iban a parar, de una u otra forma, a la propia aristocracia que merced a los mismos conseguían reforzar su posición social y económica, sobre todo en el propio marco de la economía agraria donde se reinvertían en parte tales beneficios. Y, por otro lado, los nuevos grupos no aristocráticos emergentes gracias al comercio no sólo no tenían un programa propio, sino que su objetivo principal era hallar mecanismos de integración en la vieja aristocracia de sangre, a la que podían inyectarle parte de su riqueza en bienes muebles a cambio de esas uniones. Era difícil que éstos apoyasen a un futuro tirano que se enfrentase a la aristocracia en la que pretendían integrarse.

No obstante, es también cierto que a veces el futuro tirano encuentra apoyos entre determinados círculos aristocráticos; esto se produce, sobre todo, cuando no es ya la aristocracia en su conjunto la que gobierna, sino que son sólo determinadas familias o clanes los que tienen el poder. Sería el caso de Corinto y, en cierto modo, aunque allí el proceso fue distinto, el de Atenas; por lo general, el tirano contará siempre con el apoyo de los miembros de su propio grupo político o hetería aristocrática, con los que conspira y a los que beneficiará tras tomar el poder.

Lo cierto es que, y aunque no podemos generalizar, en varias *poleis* griegas fueron surgiendo tensiones que a la postre terminaron enfrentando a los distintos miembros de la comunidad; los griegos daban el nombre de *stasis* a esta situación de conflicto civil, larvado o declarado, que provocaba enfrentamientos, a veces violentos. Éste será el caldo de cultivo en el que surgirá la tiranía. En algunos casos, los gobernantes prevén que las tensiones existentes pueden desembocar en una solución impuesta por la violencia y tratan de ponerle remedio, aunque en otros el remedio llegará después de algún intento de golpe tiránico, fracasado o de poca duración. Esa solución, arbitrada desde el poder, vendrá dada por los legisladores. Las fuentes nos transmiten los nombres de algunos como Zaleuco de Locris, Carondas de Catana o Dracón de Atenas, y conocemos también, merced a la epigrafía, algunas compilaciones legislativas no atribuidas a ningún personaje concreto, como las leyes de Drosos o las diferentes legislaciones que se sucedieron en Gortina, ambas en Creta. El rasgo principal de estas legislaciones es que codifican antiquísimas disposiciones legislativas, que formaban un *corpus* hasta entonces oral y en gran medida casuístico, y que recogía lo que habían sido hasta entonces los criterios que la aristocracia gobernante había empleado a la hora de realizar sus veredictos. Es probable que en ciertos casos añadiesen algunas disposiciones, relativas al homicidio, a la exhibición del lujo o al derecho familiar que podían satisfacer, siquiera de modo parcial, las aspiraciones de diversos grupos, tanto de la parte alta de la sociedad como de los niveles intermedios.

Desde un punto de vista jurídico, estas legislaciones apenas suponían novedad alguna con respecto a la situación previa y el hecho de ser recopiladas y confiadas a la escritura puede tener interpretaciones alternativas. En efecto, podríamos pensar que al ser puestas por escrito permitían un acceso generalizado a esas normas, lo que en cierto modo las objetivaría alejándolas de la arbitrariedad eventual que un conocimiento restringido a unos cuantos podría introducir. Sin embargo, y por otro lado, el poner por escrito, el fijar unos criterios que hasta entonces habían sido orales, con la evidente fluidez que la oralidad introduce, puede ser interpretado también como un intento por parte de los grupos gobernantes de reforzar el *statu quo*, al convertir la escritura en inmutables normas que, para muchos, eran injustas y que eran un factor que muchos consideraban fundamental en el desencadenamiento de la *stasis*. Sea como fuere, el resultado de la labor de los legisladores también fue diverso según los casos y aunque algunas legislaciones fueron pronto abolidas, quizá porque causaron una mayor tensión social que la que pretendían resolver (sería el caso de las leyes de Dracón en Atenas) otras, con más o menos modificaciones y añadidos, atribuidos siempre al propio legislador, consiguieron perdurar hasta la época romana (caso de las leyes de Zaleuco en Locris).

Así, algunas *poleis* consiguieron con la promulgación de legislaciones escritas una paz social duradera, cimentada sobre un gobierno que poco a poco va convirtién-

dose en oligárquico, mientras que otras consiguieron el efecto contrario. Sin embargo, no todas las *poleis* contaron con legisladores, acaso porque no en todas la percepción del conflicto por parte de los círculos dirigentes era igual, lo que con el tiempo se demostraría un error que conduciría, inexorablemente, a la tiranía.

Los procedimientos de que disponía el futuro tirano para hacerse con el poder eran bastante variados y ya Aristóteles, en el siglo IV a.C., los analizó en detalle. Podemos decir que, al tratarse de aristócratas, habían aprovechado las ventajas de su situación para ir logrando adeptos entre sus eventuales sustentadores. En muchos casos habían desempeñado algún cargo o magistratura, ya fuese secundaria o, incluso, alguna de las principales, como punto de apoyo en sus aspiraciones de dominio. El ejercicio de algún sacerdocio o la exhibición de algún rasgo de valor personal, bien en la guerra o en las competiciones deportivas, eran también elementos que los convertían en personas relevantes. A través de sus partidarios, en buena medida también aristócratas, expresaban sus ideas criticando la situación existente, y trataban de comprometer a personajes significativos que, a su vez, atrajesen a más partidarios. Por supuesto, los principales destinatarios de sus mensajes eran sobre todo los pequeños campesinos, con frecuencia endeudados, o todos aquellos que habían acabado perdiendo sus tierras, de uno u otro modo, en beneficio de los círculos de poder político y económico que iban surgiendo en muchas *poleis*; también se podía tantear al campesinado no aristocrático que, con frecuencia, podía estar molesto con la actitud del gobierno y en los que a veces pesaba más el deseo de modificar la situación que el de apoyar sin condiciones un régimen que en nada les favorecía.

Formada la conjura, los procedimientos para dar el golpe de Estado variaban también según los casos: se podía aprovechar algún festival religioso que reuniese a los ciudadanos, o una derrota militar, o un llamamiento a los ciudadanos, o una acción encubierta que acabase con rapidez y en silencio con los principales representantes del gobierno, etc. El éxito del golpe dependía de la capacidad de sorpresa, del apoyo de los partidarios del mismo, o de la pasividad de los que no estaban en el complot, y conocemos algunos casos en los que el pretendiente a tirano acabará fracasando. También es cierto que, una vez alcanzado el poder, el tirano tiende a rodearse de personas fieles e, incluso, contratar a mercenarios, a ser posible extranjeros, que garanticen su seguridad.

Aunque el tirano será el principal beneficiario de la nueva situación, hasta el punto de que en ocasiones da la impresión de que alcanzar el poder es un objetivo en sí mismo, la estabilidad del tirano, a pesar de que se rodee de guardias y custodios, radicará sobre todo en la capacidad que tenga de satisfacer, siquiera en parte, los intereses de los que le han aupado al poder. En este sentido, los tiranos llevarán a cabo políticas diversas que al tiempo que pueden tender a aumentar su propio prestigio dentro de la *polis* sirven también para dar ciertas salidas a los grupos más desfavorecidos de la sociedad. A este respecto, muchos tiranos llevarán a cabo importantes políticas de obras públicas, realizando conducciones de aguas, fortificaciones, obras portuarias, nuevos edificios religiosos, etc., que darán ocupación a una parte no pequeña de la sociedad, en especial a aquellos elementos más desfavorecidos económicamente y que, sin duda, habrían deseado un reparto generalizado de tierras que, aunque figuraba en las promesas de los aspirantes a la tiranía, raras veces se ponía en práctica. Los fondos para sufragar esa política de obras públicas procedían en buena medida de la propia aristocracia, que se veía obligada, a veces a cambio de no sufrir mayores perjuicios, a

aportar parte de sus beneficios económicos en favor de esa nueva política. No extrañará que el gran teórico político griego del siglo IV a.C., Aristóteles, muestre un juicio tan negativo acerca de estas políticas constructivas.

También pueden los tiranos incidir en el campo agrícola, bien redistribuyendo las tierras antes ocupadas por los aristócratas, o tan sólo las de los oponentes muertos o exiliados, bien incluso con la apertura de nuevas tierras, bien comunales bien de los santuarios que hasta entonces habían quedado fuera de las expectativas de los grupos no aristocráticos, ya que la aristocracia se había reservado su uso y disfrute exclusivo. En algunos casos, como el de Pisístrato en Atenas, el propio tirano otorgará créditos a bajo interés o a fondo perdido a los nuevos campesinos, en parte para alejarlos de la ciudad, donde se habían concentrado, pero en parte también porque el de la tierra seguía siendo, en la Atenas del siglo VI a.C., uno de los problemas que aún no se habían resuelto del todo.

Los tiranos son también, en muchos casos, los que terminan de completar el proceso de institucionalización de la *polis*; sus regímenes personalistas, que a veces no suprimen las magistraturas tradicionales, aunque sí las someten a la voluntad del tirano mediante el expediente de colocar en las mismas a sus partidarios, se convierten en los principales garantes no sólo de la integridad de la *polis* sino que, incluso, tienden a proyectarla más allá de sus fronteras. El caso de Mégara, o el de Gela o, en cierto modo, el de Argos o el de Sición muestran el importante componente étnico-nacional que los tiranos desarrollan, con frecuencia como medio de incrementar su propio poder.

La tiranía es un régimen transitorio, por más que esa transitoriedad pueda durar a veces casi un siglo ya que el tirano trata, y con frecuencia lo consigue, que su poder absoluto lo hereden sus descendientes; el final de la tiranía suele ser tan violento o más que su inicio y, aunque también cada *polis* tenga su propio desarrollo, lo cierto es que la situación posterior a la tiranía ya nunca volverá a ser igual que la que existía con anterioridad. En primer lugar, los grupos no aristocráticos, a veces protegidos y beneficiados por la acción del tirano, han ido adquiriendo una evidente madurez, en parte derivada de la mejor situación económica y social en la que se desenvuelven; es paradójico que a veces estos grupos intervienen de forma clarísima en el derrocamiento del propio tirano. La antigua aristocracia, sujeta a la acción directa por parte del tirano, bien represiva, bien permisiva aunque obligada a ciertas prestaciones, va aceptando la integración en su seno de otros grupos sociales, proceso ya iniciado con anterioridad, que va a ir creando nuevas solidaridades dentro de la *polis*, donde el nacimiento como criterio exclusivo para acceder al gobierno va a ir dando paso a la riqueza. El periodo de privación de libertad que supone la tiranía permite también la creación de unos nuevos grupos privilegiados, en los que se ha producido la conjunción de viejos aristócratas y gentes que han encontrado en el comercio, o en la propia ejecución de obras públicas, nuevas formas de vida y que suelen reinvertir parte de sus excedentes en la adquisición de tierras. Será ese nuevo grupo, ya no una aristocracia en sentido estricto, sino más bien una oligarquía, el que en muchos casos se convertirá en heredero de los tiranos. La supresión de las tiranías elevará al poder a estos grupos oligárquicos, en general moderados, que otorgarán un cierto peso al resto de la sociedad que ya no toleraría quedar relegada a un segundo plano como lo había estado en la vieja *polis* aristocrática pretiránica.

En cierto modo, podemos considerar la tiranía como una enfermedad propia de

una crisis de crecimiento de la *polis*; cuando el enquistamiento de situaciones heredadas del pasado impiden a la sociedad resolver sus múltiples contradicciones internas, la intervención de un tirano interrumpe la dinámica a que se había llegado, introduce un tiempo de espera, permite la modificación de la composición interna y de las aspiraciones de los grupos enfrentados y, cuando la sociedad ha alcanzado suficiente madurez, y se desembaraza del tirano, la lucha política se desarrolla sobre unas bases distintas. Mientras que algunas ciudades, como Corinto, mantendrán, una vez salidos de la tiranía un régimen de tipo oligárquico moderado que durará bastante tiempo, en otras como Atenas eso no será sino el preludio de una nueva reforma constitucional, la promovida por Clístenes que, en la práctica, puso a la ciudad al borde de la democracia, que no acabará de alcanzarse, sin embargo, hasta el siglo V a.C.

6.3. PRINCIPALES EJEMPLOS

Es imposible analizar aquí, siquiera por encima, todos los casos de tiranías conocidos, en parte porque ello excede en demasía el objetivo de esta obra y en parte también porque en muchos casos nos faltan datos concretos y tenemos poco más que algunos nombres y algunas referencias. Sin embargo, si presentaré algunos ejemplos bien conocidos de tiranías que nos permitirán comprobar, al hilo de lo que apuntábamos en páginas previas, algunos de los elementos comunes que comparten todas ellas junto con sus especificidades y particularidades.

Empezaremos por el caso de *Corinto*. La ciudad del istmo había estado gobernada, desde que tenemos noticias, por un único clan aristocrático, los Baquiadas, que ejercían un monopolio *de facto* sobre el gobierno y las magistraturas. Esta aristocracia había convertido a Corinto en una ciudad próspera y eran proverbiales los éxitos comerciales de estos individuos, que habían extendido sus actividades a todo el Mediterráneo. Hacia mediados del siglo VII a.C., Cípselo, hijo de una mujer de la familia de los Baquiadas y de un hombre que no formaba parte de la misma y, por lo tanto, con pocas posibilidades de integración total, da un golpe de mano con ayuda de un grupo de seguidores y se hace con el poder. Su postura fue muy beligerante frente a los Baquiadas, muchos de los cuales murieron y otros tuvieron que exiliarse, incluso a territorios muy alejados como podría ser Etruria; sus tierras fueron confiscadas y empleadas por el tirano en parte para recompensar a sus amigos aristócratas que, descontentos como él de su exclusión del poder, parecen haberle apoyado de forma intensa. La política interna del tirano no es demasiado bien conocida, pero en su vertiente externa Cípselo parece haber utilizado los recursos de la ciudad para reforzar su propia actitud aristocrática y convertirse en un personaje a tener en cuenta en toda Grecia.

Cípselo fue sucedido por su hijo Periandro, momento en el que la tiranía corintia llega a su momento de máximo esplendor. Frente a lo que había sido la tónica de su padre, Periandro sí tendrá que enfrentarse con destacados aristócratas corintios que no habrán encontrado en la tiranía el medio que habían esperado para prosperar; para garantizarse su seguridad se rodeará de un cuerpo de partidarios armados. Con este tirano, la tiranía se endurece pero también se proyecta mucho más allá de sus fronteras; en efecto, Periandro proseguirá y reforzará la política colonial que su padre había iniciado, y a la época de la tiranía corresponden las fundaciones de Leuca, Ambracia, Apo-

lonia o Potidea; estas colonias mantendrán durante toda su historia estrechas relaciones con la metrópoli la cual nombrará, incluso, representantes propios en el gobierno de las mismas. Además, bajo Periandro, Corinto mantendrá intensas relaciones políticas y económicas con toda Grecia e, incluso, con países más lejanos como Egipto o Lidia. El tirano creará o reforzará una importante flota de guerra como medio de ejecutar su política exterior y, dentro de la ciudad y su territorio, realizaría importantes obras públicas, como la muralla (quizá iniciada por su padre), construiría en piedra los principales templos de la ciudad así como fuentes y, además de realizar obras en los puertos de Corinto, sobre todo en Lequeo, sería el responsable de la construcción del *diolkos* o calzada que, por tierra, permitía transportar los barcos desde el golfo Saronico al de Corinto y viceversa. Su política se caracterizó también por la protección de las artes, entre ellas de la poesía, lo que acaso determinó que, en la tradición griega posterior, Periandro fuese considerado como uno de los Siete Sabios de Grecia.

A la muerte de Periandro, hacia el 587 a.C., le sucedió su sobrino Psamético que sólo gobernó tres años, siendo derrocado por una revuelta oligárquica.

Otra tiranía destacada fue la de *Sición*, una pequeña ciudad situada al oeste de Corinto. Ortágoras, un aristócrata sicionio, se hace con el poder hacia el 636 a.C.; sobre su actividad, y la de sus sucesores, su hermano Mirón, y el nieto de éste, también llamado Mirón, no es demasiado lo que sabemos. Sí que es interesante la relación de ambos, sobre todo del primero, con los santuarios panhelénicos, puesto que Mirón (I) habría sido vencedor en los Juegos Olímpicos, quizá cuando ya era tirano, y parece haber propiciado la construcción del Tesoro de los Sicionios en el santuario de Delfos. Ello formaría parte de la exhibición de su carácter aristocrático en los grandes centros en los que se configuraba la fama y el prestigio panhelénicos. A la muerte de Mirón (II) le habrían sucedido sus hermanos Isodemo y Clístenes, aunque poco después éste se habría librado de aquél. Entre el 600 y el 570 a.C., Clístenes será tirano de Sición y abuelo del futuro reformador ateniense del mismo nombre.

Es probable que Clístenes apoyase a los grupos inferiores de Sición, constituidos por campesinos semidependientes, frente a la aristocracia terrateniente, que quizá estaba apoyada por la poderosa Argos y que decidió intervenir militarmente contra la ciudad. La guerra con Argos provocó importantes cambios en Sición, puesto que el tirano prohibió la recitación de los Poemas Homéricos, donde se alababa a aquella ciudad y a sus habitantes; propició también un cambio en el número y denominación de las tribus, antiguas organizaciones prepolíticas, que eran las mismas en Sición y Argos, como ciudades de origen dorio que eran ambas.

Otra ciudad que experimentó la tiranía fue *Mégara*, ubicada entre Corinto y Atenas. Aquí la tiranía viene precedida de una serie de conflictos políticos, pero también de valores, en el seno de la aristocracia megárea, bien descritos por el poeta aristocrático Teognis. Los conflictos internos dentro de esa aristocracia, y los deseos de ascenso social de determinados elementos destacados del *demós* debieron de facilitar el golpe de mano de Teágenes, miembro también de una familia aristocrática, en torno al 640 a.C. o poco después. Teágenes estaba emparentado con la aristocracia ateniense, a través del matrimonio de su hija con Cilón de Atenas al que apoyó, hacia el 632 a.C., en el intento de este último de convertirse, a su vez, en tirano en su ciudad. El uso de una guardia de corps armada, la política constructiva y una política exterior amplia, aunque fracasada en el caso de Atenas, caracterizan la tiranía de Teágenes, como a muchas otras.

Una de las tiranías más importantes de Grecia, y que gozó de una amplia fama en toda la historiografía posterior es la que tuvo lugar en *Samos*, encabezada por Polícrates. *Samos* era una poderosa *polis* jonia que había estado muy relacionada con las actividades marítimas ya desde fines del siglo VII a.C.; sus intereses se extendían por buena parte del Mediterráneo y sus aristócratas practicaban actividades comerciales, pero también de piratería cuando ello resultaba posible. Es probable, aunque no puede afirmarse con certeza absoluta, que el padre de Polícrates, Éaces, hubiese desempeñado ya la tiranía; quizá a su época correspondería la reconstrucción del gran templo de Hera, obras en el puerto, las murallas y quizá una conducción de agua subterránea. En todo caso, esa tiranía habría sido derrocada antes del acceso al poder de Polícrates. Esto tuvo lugar hacia el 538 a.C., aprovechando un festival en honor a Hera, estando Polícrates auxiliado por sus partidarios y por sus hermanos Pantagnoto y Silosón, que ocuparon los puntos clave de la ciudad, produciendo también una gran carnicería entre los aristócratas, que se hallaban en su mayoría fuera de la ciudad, en el santuario de Hera.

Pronto Polícrates se desembarazará de sus hermanos, con la muerte de Pantagnoto y el exilio de Silosón, convirtiéndose en el único gobernante de *Samos*. Con apoyo de mercenarios, así como con el desarrollo de una flota compuesta de cien pentecónteros, Polícrates logra un gran ascendiente sobre la ciudad y sobre sus vecinos, los cuales se verán muy afectados por las acciones de guerra y piratería del tirano samio. Protegió y acogió a poetas de renombre y tenía también el apoyo de una parte de la aristocracia, aunque otros tuvieron que exiliarse como el filósofo Pitágoras. Polícrates murió en 521 a.C. y tras él hubo otros varios tiranos en *Samos*, entre ellos su propio hermano Silosón, que fue restablecido en la tiranía por los persas, y que pudo entregar el poder a su hijo Éaces.

En *Mitilene*, en la isla de Lesbos, surge a fines del siglo VII a.C. la tiranía de Melancro, que fue derribado por un golpe aristocrático en el que intervinieron entre otros, Pítaco y el poeta Alceo. Sin embargo, otro personaje, Mirsilo se hace con el poder, a pesar de la oposición armada de Pítaco, Alceo y sus seguidores que, exiliados de Mitilene, proseguirán la lucha. No obstante, Pítaco se distancia del grupo de Alceo, que se mostrará beligerante contra el tirano, mientras que él llega a un acuerdo con Mirsilo para regresar a la ciudad. Tras la muerte de Mirsilo, Pítaco es nombrado, hacia el 598 a.C., por las distintas facciones aristocráticas *aisymnetes*, una especie de árbitro para resolver la lucha interna que sufre la *polis*. Su antiguo amigo Alceo proseguirá la lucha y, en su poesía, nos ha dejado algunos testimonios de interés sobre los enfrentamientos entre la aristocracia mitilenea, caracterizados por el exclusivismo de ese grupo y su desprecio absoluto hacia el *demos*; de hecho, la existencia de un poder personal podía ser sentida por parte de esa aristocracia como algo que amenazaba su propia forma de vida. La acción de Pítaco parece haber resuelto problemas de rivalidad entre las facciones aristocráticas, tal vez mediante el expediente de establecer nuevas normas políticas y legislativas. Pítaco renunció al poder tras diez años en el mismo.

El caso de *Atenas* es uno de los menos mal conocidos, gracias a la cantidad de informaciones que las fuentes nos transmiten. Habría que destacar, en primer lugar, que ya hacia el 632 a.C. hay un intento, fallido, de establecer una tiranía en *Atenas* por parte de Cílón, importante aristócrata, que tenía en su haber una victoria en los Juegos Olímpicos, y que con el apoyo de su suegro Teágenes de Mégara intentó dar un golpe

de Estado, ocupando la acrópolis. Sin embargo, no contó con apoyos suficientes dentro de *Atenas* y los magistrados, apoyados por la aristocracia y parte del pueblo sofocaron el golpe y, aunque Cílón escapó, muchos de sus seguidores murieron. El arcontado y la reforma de Solón, del 594 a.C., fue un intento de lograr un consenso entre las facciones aristocráticas en lucha, que sirvió también para aliviar en parte la situación del campesinado ático, devorado por las deudas. Solón abolió las deudas, promulgó una nueva legislación y estableció unos nuevos criterios de participación política, relacionados más con la riqueza que con el nacimiento. No obstante, sus medidas no resolvieron todos los problemas y los conflictos se sucedieron. El territorio ático, grande y diverso, al menos para lo que era habitual en Grecia, estaba dividido en tres zonas principales, cuyos intereses eran contrapuestos, lo que daba lugar a frecuentes problemas. Estos territorios eran la costa, la llanura y la montaña y sus intereses respectivos estaban representados por sendos grupos organizados y encabezados por aristócratas. Pisístrato se coloca al frente del tercero de ellos y aprovecha la ocasión de una guerra con la vecina Mégara para ir escalando puestos en la valoración de sus conciudadanos. Hacia el 561 a.C., Pisístrato parece haber denunciado ante la asamblea del pueblo un atentado planeado por sus rivales políticos. Fuese o no cierto el atentado, Pisístrato consigue que el pueblo apruebe la dotación de una guardia personal. Con ella, y con el apoyo de sus partidarios, se hará con el control de la acrópolis y establecerá la tiranía.

No obstante, su poder duró sólo cinco años, siendo expulsado de la ciudad, pero preparando su regreso con ayuda incluso de Megacles, uno de sus principales rivales y miembro de la importante familia de los Alcmeónidas, que ofreció como prenda de su pacto a su propia hija como esposa del tirano.

Expulsado de nuevo de *Atenas*, se refugió en Eretria, desde donde se dedicó a buscar apoyos y dinero, lo que le permitió reclutar un poderoso ejército mercenario; con él desembarcó en el Ática hacia el 546 a.C., derrotando al ejército ateniense en Palene y haciéndose de nuevo con el poder, que ya no iba a abandonar hasta su muerte, en el 527 a.C. Pisístrato confiscó las tierras de los aristócratas muertos o exiliados, pero también participó y aceptó la colaboración de otros aristócratas que eran recompensados con el ejercicio de las magistraturas, que el propio tirano no quiso ocupar. La ausencia de rivalidades internas y la buena situación económica de *Atenas* le permitieron al tirano llevar a cabo una política de obras públicas extraordinaria, tanto en la acrópolis como en otros puntos de la ciudad. La influencia de *Atenas* y sus intervenciones en política exterior se extendieron a toda Grecia.

A su muerte le sucedieron sus hijos Hipias e Hiparco, que gobernaron hasta el asesinato de este último el año 514 a.C.; su hermano permaneció en el poder, endureciendo cada vez más su régimen hasta que fue depuesto por los espartanos hacia el 510 a.C. Veinte años después Hipias desembarcó con los persas que pretendían restablecer su poder en Maratón; sin embargo, la derrota persa en ese lugar lo evitó.

Si hasta ahora hemos visto tiranías de la Grecia propia y de la Grecia del Este, vamos a acabar este apartado considerando algunas tiranías surgidas en ambientes coloniales.

Podemos empezar por la tiranía de Fálaris en *Agrigento*. La ciudad de *Agrigento* había sido fundada hacia el 580 a.C., tan sólo diez años después de la fundación, Fálaris se hace con el poder, tal vez al frente de los colonos de origen rodio, frente a los de origen gelense, la metrópoli y vecina oriental de *Agrigento*. En su acceso al poder,

pues, pueden haber intervenido tensiones entre los distintos grupos de colonos, cada uno de ellos con intereses contrapuestos. La política del tirano fue expansionista, tanto a expensas del área de expansión de su propia metrópoli, como hacia la costa septentrional de Sicilia. Falaris parece haberse mantenido en el poder hasta mediados del siglo VI a.C. y no hay indicios de nuevas tiranías en la ciudad hasta los primeros años del siglo V a.C., cuando Terón, cuya fama panhelénica y la de su familia ya cantaba Píndaro, se convirtió en tirano de Agrigento. La política de Terón seguía los pasos de la de muchos otros tiranos, con exhibición y ostentación de su carácter aristocrático. Su política exterior siguió los pasos habituales en Agrigento, con un intento de controlar el interior de la isla y también su costa septentrional, en concreto la ciudad de Hímera. Allí se produjo en el 480 a.C. un enfrentamiento con los cartagineses, que se saldó con su total derrota; del lado de Terón luchaba también el tirano Gelón de Siracusa que por entonces era su aliado. La victoria de Hímera supuso un momento de auge de Agrigento y de su tirano. Terón murió en el 472 a.C. y le sucedió su hijo Trasideo que parece haber sido depuesto poco después, bien por los siracusanos, bien por los propios agrigentinos. Buena parte de la familia del tirano permaneció en la ciudad.

Otra tiranía, que iba a estar muy relacionada con la de Agrigento, es la que se desarrolló en su metrópoli *Gela*. Hacia el 505 a.C. Cleandro, sin duda un aristócrata, acabó con el secular régimen oligárquico de la ciudad; de él apenas sabemos que tras siete años en el poder fue asesinado por un conciudadano, lo que permitió que su hermano Hipócrates se hiciese con el poder. Su tiranía, que también duró siete años, fue sin embargo de gran relevancia para Gela y también para la posterior historia de la Sicilia griega. En efecto, su dominio se caracterizó por una agresiva política exterior dirigida contra las ciudades griegas de la fachada oriental de Sicilia y afectando también a las comunidades indígenas de esa parte de la isla, que convirtió a Gela en una de las ciudades más importantes, siquiera por un tiempo, de Sicilia.

Tras la muerte de Hipócrates sitiando una ciudad indígena, el jefe de su caballería, Gelón se encargó de acabar con la revuelta que había estallado en Gela, con el propósito de defender el derecho a la tiranía de los dos hijos de Hipócrates. Sin embargo, de estos dos hijos no vuelve a saberse nada, y nos encontramos a Gelón como tirano de Gela a partir del 490 a.C. Tras resolver algunos problemas internos dentro del territorio heredado de Hipócrates, en el 485 a.C. Gelón pone en práctica lo que iba a ser uno de los logros más duraderos de su tiranía: la conquista de Siracusa. Aprovechando conflictos internos en esta ciudad, Gelón interviene a favor de los oligarcas expulsados por el *demos*, restableciéndolos, ocasión que aprovecha para hacerse con el control de ella. Una vez dueño de Siracusa, Gelón la convierte en el centro de su poder, en detrimento de Gela y procede a una auténtica refundación de la ciudad, cuya población se va a ver incrementada merced al traslado a ella de más de la mitad de los habitantes de Gela, de todos los de Camarina y de los aristócratas de Mégara Hiblea y de Eubea de Sicilia; además, parece haber integrado en el *demos* de Siracusa a más de diez mil de sus mercenarios. El éxito de esta empresa se demostró pocos años después, hacia el 480 a.C., cuando Gelón, apoyando al tirano Terón de Agrigento, venció al ejército cartaginés en la batalla de Hímera, lo que le convirtió en el árbitro indiscutible de la situación en Sicilia. Su proyección internacional fue enorme, y su participación y victoria, directa o a través de gentes de confianza, en los grandes juegos panhelénicos, le proporcionaron una fama inmensa en toda Grecia, que fue exal-

tada en los epinicios de Píndaro o de otros autores, una tradición que seguirán sus hermanos y sucesores Hierón y Polizelo.

En efecto, Gelón había hecho un reparto de poderes, antes de su muerte (en 478 a.C.) de tal modo que la tiranía en Siracusa le correspondería a Hierón, mientras que Polizelo, que permanecería en Gela, sería el garante de los derechos sucesorios de su propio hijo, que aún era menor de edad. Casi inmediatamente (en el 476 a.C.), Hierón fundó una ciudad, Etna, en lo que había sido la *polis* de Catana, en la que asentó a diez mil nuevos ciudadanos, la mitad procedentes del Peloponeso y la otra mitad de Siracusa; para conmemorar este hecho, acudieron gentes de toda Grecia, entre ellas el poeta trágico ateniense Esquilo que compuso para la ocasión una tragedia, *Las Emeas*; los poetas de corte, Píndaro, Simónides y Baquilides, estos dos últimos tío y sobrino y ambos de Ceos, cantaron en sus poemas la gloria del nuevo tirano. Durante la tiranía de Hierón, Siracusa de hecho llegó a controlar la mayor parte de la isla, como consecuencia del propio dominio heredado de su hermano, y tras llegar a acuerdos y alianzas con los tiranos de Agrigento y de Regio y Mesina. La proyección de su política llegó hasta el Tirreno donde intervino en la batalla naval de Cumas del 474 a.C. que supuso un importante freno a las actividades marítimas y de piratería de los etruscos. Su muerte, poco después, marca el inicio del rápido declive de las tiranías arcaicas en Sicilia.

Para acabar este apartado, y pasando por alto otras tiranías occidentales también interesantes como la de Anaxilas de *Regio*, la de Telis de *Síbaris* o Clinias de *Crotona*, me centraré en la de Aristodemo de *Cumas*.

Aristodemo, miembro de la aristocracia cumana, se destacó, como miembro de la caballería, en la guerra contra una coalición de pueblos itálicos que amenazó a la ciudad hacia el 524 a.C.; sin embargo, la aristocracia no le otorga los honores merecidos lo que hará sólo cuando el pueblo muestre su oposición y tras un arbitraje por parte de los más ancianos. Su éxito militar, al fin reconocido, le introduciría de forma directa en la lucha política, denunciando los desmanes de la aristocracia. Sin embargo, Aristodemo tendría que esperar aún cerca de veinte años para hacerse con el poder y la ocasión la proporcionó también otra guerra. La ciudad latina de Aricia había pedido ayuda a Cumas para librarse del asedio de Arrunte, hijo de Porsenna, que entonces dominaba Roma; la aristocracia decide mandar un ejército compuesto de los peores ciudadanos, que embarca en una flota también de mala calidad. No obstante, Aristodemo derrota a los etruscos y es entonces cuando planea su golpe de Estado, tras convencer a su ejército; a su regreso, sus partidarios acaban con la *boule* y los magistrados, reunidos para recibir las informaciones de la batalla. Libera a los prisioneros y a los esclavos, contrata a dos mil mercenarios y desarma a los ciudadanos; con ello, se hace con el poder en Cumas. Distribuye las tierras de sus enemigos, muertos o exiliados, entre sus partidarios y les entrega también a sus mujeres y a sus hijas. Los hijos de los aristócratas son enviados al campo para que vivan como esclavos, pero al final se unirán a los exiliados en Capua y juntos acabarán con la tiranía y la vida de Aristodemo hacia el 490 a.C.

La tiranía de Aristodemo, y sus pasos previos, parece revelar la existencia de conflictos entre la aristocracia terrateniente de los caballeros y el resto de la ciudadanía, que participaba en la falange hoplítica, pero que no tenían peso político alguno, ya que el mismo era monopolizado por el primer grupo. Ese contraste sería el que aprovechó Aristodemo para iniciar su carrera política y, al fin, acceder a la tiranía, apoyándose

además en otros grupos (prisioneros liberados, mercenarios), que tenían un vínculo más personal con él.

Con este caso, concluimos este apartado, en el que hemos pretendido mostrar la diversidad que caracteriza la experiencia de la tiranía en Grecia, aun cuando también se han podido comprobar cómo algunos elementos suelen aparecer con relativa frecuencia.

7. El ambiente cultural y religioso de la Grecia arcaica

Si algo caracteriza al periodo arcaico griego son las profundas modificaciones que introduce en todos los aspectos históricos que analicemos. Si hasta aquí nos hemos centrado en los aspectos políticos y sociales, es necesario, para redondear el panorama, aludir a los aspectos que podríamos llamar culturales, bien entendido que no pueden ser analizados de forma independiente sino que forman parte integrante de ese desarrollo histórico que hemos apuntado en las páginas previas.

7.1. LOS ORÍGENES DE LA LITERATURA GRIEGA

Sin lugar a dudas, el inicio de la literatura griega viene marcado por los Poemas Homéricos, a los que ya hemos tenido ocasión de referirnos con anterioridad, por lo que no volveremos sobre ellos. Aquí diremos que, con independencia de las diversas opiniones vertidas sobre el momento de su composición o de su puesta por escrito, la mayor parte de los autores atribuyen la misma a la época arcaica, si bien divergen en la consideración de su momento exacto, ya sea en un momento inicial del arcaísmo, ya sea en sus etapas finales. El uso de la escritura en Grecia durante el periodo arcaico no fue, ni de lejos, semejante a la utilización que podemos hacer nosotros de la misma ni, incluso, a su empleo en momentos posteriores de la historia griega como las épocas clásica o helenística.

La principal forma de expresión hasta bien avanzado el arcaísmo fue la poesía, de base y composición oral; cosa distinta es que los poetas pudieran utilizar la escritura como medio de recordar, registrar, transmitir o difundir sus poemas una vez compuestos. Que éste pudiera haber sido, incluso, el caso de los propios Poemas Homéricos es algo que sugeríamos en apartados previos, de modo tal que los poetas pudieran disponer ya de dos obras que aprender y recitar. Sobre el trasfondo último de los Poemas Homéricos, el siglo VII a.C. será el siglo de la poesía, en sus distintos tipos. Sin duda, el poeta más antiguo, a caballo entre el siglo VIII y el VII a.C. es Hesíodo, autor de una *Teogonía* en la que se muestran las genealogías de los dioses y sus relaciones entre sí. Se trata de una obra fundamental, tanto en el desarrollo literario griego como, sobre todo, en la fijación de un esquema coherente de los dioses griegos, y en el establecimiento de una serie de principios rectores en su comportamiento, que pueden resumirse en la idea de justicia o *dike*. Otra de las obras compuestas con seguridad por Hesíodo es *Los Trabajos y los Días*, en la que, entroncando con la anterior, va narrando los momentos de la vida cotidiana del campesinado contemporáneo, pero mostrando también un punto de crítica a la situación política y social contemporánea, a la que va a

exigir también una adecuación a ese principio básico suyo que es *dike*. En esta obra encontramos ya plasmadas algunas de las contradicciones a las que se enfrentará el arcaísmo temprano, puesto que junto con una visión bastante avanzada de las relaciones entre quienes ejercen el poder y los destinatarios del mismo, Hesíodo presenta una postura reaccionaria frente a los cambios económicos que se estaban produciendo en Grecia, sobre todo el auge del comercio por vía marítima, que para él era causa de distorsión y conflicto.

Como decíamos antes, la principal manifestación literaria durante los siglos VII y VI a.C. será la poesía lírica, de forma casi exclusiva en el primero de ellos y compartiendo el espacio con otras formas literarias en el segundo. Igual que ocurría con la épica, que siguió existiendo en forma oral junto a los Poemas Homéricos, la lírica popular, casi por definición anónima, iba a convivir con las poesías compuestas por autores concretos. Según parece, las primeras poesías que se pusieron por escrito fueron las composiciones monódicas, en las que el poeta cantaba su composición acompañado de un instrumento musical (lira o cítara, flauta); más adelante surgiría la lírica coral, vinculada sobre todo a los festivales religiosos, y que servía de fondo musical para las evoluciones del coro de danzantes y cantores. Por seguir la clasificación tradicional, la poesía monódica se divide en himnos hexamétricos, como los *Himnos homéricos*, cantados en dialecto épico por poetas itinerantes, elegías, con muchos temas, yambos y poemas mélicos.

Los diferentes géneros obedecían a circunstancias distintas como hemos dicho, desde las celebraciones religiosas y festividades en honor a los dioses tutelares de la *polis*, hasta el banquete o *symposion*, que reunía a grupos restringidos de aristócratas en torno a la bebida. Pero, en todo caso, y aparte de marcar el inicio de la tradición literaria griega, nos sirven para observar la multiplicidad de asuntos que afectaban a la vida de los griegos arcaicos. Así, desde los poemas del guerrero Arquíloco, que sobrevive en medio de guerras terribles y crueles y se solaza con los cantos eróticos, a la poesía comprometida con los ideales de la *polis* que defiende con las armas su forma de vida, como ocurre con Tirteo y Calino. Todo ello, sin olvidar el carácter en parte didáctico y en parte exculpatorio de los poemas de Solón, o el cariz aristocrático de la poesía de Teognis, enemigo de las novedades en su *polis* o los estentóreos ataques de Alceo contra su antiguo amigo y luego rival Pítao. Junto a ellos, nos encontramos composiciones como las de Alcman que con sus partenios nos ilustra sobre los cantos de muchachas en Esparta o los poemas de Safo, que nos presentan la voz femenina de la poetisa que canta junto con su tiaso o agrupación de mujeres; mención aparte merece Jenófanes, poeta pero también en buena medida filósofo, que nos aporta una nueva visión sobre el mundo de los dioses. Ya al final del arcaísmo asistimos a las grandes celebraciones a los vencedores en competiciones deportivas, en muchas ocasiones tiranos de diferentes ciudades. Simónides, Píndaro y Baquilides serán los principales representantes de este tipo de poesía. No es éste el lugar para presentar un panorama exhaustivo de esta clase de poesía; baste con los autores aquí mencionados en apretada nómina como muestra de un género que marcará como pocos la época arcaica y que, en muchas ocasiones, en su inmediatez, nos ha dejado alguna de las impresiones más vívidas de lo que supuso en el aspecto cultural y literario el arcaísmo griego.

El teatro será un claro heredero de la poesía, cuya expresión utiliza, y que se desarrollará en buena medida en Atenas a la sombra de las festividades en honor a Dioniso.

El actor principal o protagonista, al que dará la réplica el coro, introducirá una tensión dramática que será la que acabará por imperar en el teatro de época clásica. A pesar de que será en este periodo cuando el teatro adquirirá su madurez, con el desarrollo de la tragedia y la aparición y desarrollo de la comedia, los orígenes hay que buscarlos ya en los momentos finales del arcaísmo. Una de las figuras principales en la génesis de la tragedia habría sido Tespis, que sería quien introdujese el conflicto, el *agon*, entre el protagonista y el coro. A pesar de las imprecisiones cronológicas, parece haber estado activo en Atenas en los años treinta del siglo VI a.C. Su sucesor, Frínico, debió de desarrollar aún más la tragedia y, junto con temas míticos, trató también asuntos contemporáneos; se nos conserva la noticia de que, con motivo de la caída de Mileto en manos de los persas hacia el 494 a.C., Frínico compuso una tragedia titulada *La caída de Mileto*, que produjo tal conmoción en Atenas que fue castigado con una multa de 1.000 dracmas, prohibiéndosele volver a representar esa obra. Con Esquilo entramos ya en el teatro de transición entre el arcaísmo y el clasicismo; de él dire tan sólo que su primera obra conocida, *Los Persas*, se representó en el año 472 a.C. y en ella se narra la victoria griega sobre los persas en la batalla de Salamina.

Habrà que esperar al siglo VI a.C. para ver surgir nuevos géneros literarios en Grecia; uno de ellos es, en cierto modo, el de la filosofía, pero a ella le dedicaremos el siguiente apartado. Junto a ella, y en relación con ella, surgirá la historia.

Cuando utilizamos la palabra «historia» debemos ser conscientes de que empleamos un término polisémico: la palabra es, en sí misma, de origen griego y alude a la labor de indagación e investigación que realizan aquellos autores que escriben «historias». El origen del género hay que buscarlo en Jonia y, más concretamente, en Mileto, ciudad en la que florece la primera filosofía griega. Este hecho no es casual, sino que puede establecerse una estrecha relación entre el desarrollo del pensamiento filosófico y el pensamiento historiográfico. Del mismo modo que los filósofos, como veremos más adelante, se plantean indagar sobre el mundo natural para buscar respuestas a diversos interrogantes, los historiadores buscarán indagar tanto sobre el pasado como sobre el mundo conocido para averiguar lo que ha ocurrido y sobre qué ambientes se han desarrollado los hechos. Por ello, los primeros historiadores serán también geógrafos.

Uno de los primeros historiadores será Hecateo de Mileto, personaje de origen aristocrático y de profunda cultura, gran viajero y observador. Su obra se dividirá en una parte histórico-geográfica y en otra que podríamos considerar histórico-genealógica. La primera, llamada *Periégesis*, contiene una descripción del mundo conocido, que aporta informaciones, más o menos completas según los casos, de los territorios que eran conocidos por los griegos. Sus datos procedían de tradiciones orales y de periplos, pero también de su propia observación personal y abarcaba desde las lejanas tierras de Iberia hasta Egipto y Persia. Las noticias que aparecían en esa obra constituían, en cierto modo, un complemento del mapa que había dibujado su conciudadano Anaximandro, y al que aludiremos en el apartado siguiente. En cuanto a su obra histórica, titulada *Genealogías*, pretendía hacer una revisión de las diferentes tradiciones míticas de los griegos para establecer la realidad de lo sucedido, realizando una crítica a fondo de los mitos para despojarlos de todo aquello que fuese en contra de la razón. El presupuesto básico de su obra, y de la de muchos de sus continuadores, era que las tradiciones míticas contenían hechos reales, pero que los poetas habían añadido

toda una serie de episodios, a fin de embellecer la tradición, que los hacían «ridículos», por usar sus propias palabras. La exégesis del mito podía permitir, por consiguiente, extraer aquellos elementos de realidad que se ocultaban en los mismos. En su análisis hizo también uso de los conocimientos geográficos que sus viajes y lecturas le habían permitido adquirir.

De otros autores, más o menos contemporáneos, apenas tenemos noticias: Cadmo de Mileto o Dionisio de Mileto son apenas más que nombres. Janto de Sardes escribió sobre Lidia y ya en el tránsito entre arcaísmo y clasicismo tenemos autores de historias locales como Acusilao de Argos, Ferecides de Atenas o Caronte de Lámpsaco. Todos ellos influirían de forma decisiva en la primera madurez del género, representada por Heródoto de Halicarnaso y Helánico de Mitilene, ya a mediados del siglo V a.C. Es lástima que la visión despreciativa de Tucídides, cuya deuda con estos autores anteriores es también grande, los haya relegado a una posición menor que, en absoluto, se corresponde con la importancia de sus obras en la formación del pensamiento historiográfico.

7.2. LOS PRIMEROS FILÓSOFOS

De entre todas las manifestaciones culturales que el arcaísmo produjo, la filosofía es, tal vez, la que más haya contribuido a formar no sólo la propia conciencia griega sobre sí misma sino, sobre todo, las bases ideológicas de nuestra cultura occidental. Aunque serán los grandes filósofos del siglo V y IV a.C., Sócrates, Platón o Aristóteles, los responsables de este hecho, ellos no son sino la madurez de una visión sobre el mundo, sobre las personas, sobre la política, que arranca en los filósofos milesios del siglo VI a.C. El término que se emplea para todos estos filósofos de los siglos VI y V a.C. es, en algún modo, peyorativo puesto que, al llamarlos «presocráticos», se establece una cierta inferioridad frente al que puede considerarse primer gran filósofo, Sócrates. Sin embargo, y a pesar de este término finalista, se trata de individuos con personalidades muy distintas y que llevaron a cabo sus actividades por toda Grecia. Además, no podemos estudiar la filosofía como algo aparte de la época que a cada filósofo le tocó vivir, puesto que los filósofos fueron maestros en aplicar sus experiencias al análisis que hacían del mundo, tanto del visible, como del no visible regido por los dioses que las tradiciones poéticas habían establecido.

El primer filósofo fue Tales de Mileto. Como ya vimos en un capítulo previo, Mileto había sido una de las ciudades más vitales e importantes de Jonia, con una gran proyección naval y una intensísima política colonizadora; al tiempo, se hallaba en una región privilegiada desde el punto de vista de los contactos con el mundo oriental. Todo ello hizo que Mileto fuese, durante los siglos VII y VI a.C. un centro de gran riqueza cultural y económica, al que llegaban, además de productos de todo el Mediterráneo, influencias y tradiciones culturales de esos mismos lugares. La poderosa aristocracia milesia, a la que pertenecieron los más antiguos filósofos, implicada en esas actividades y abierta y receptiva a nuevas ideas procedentes de ultramar, aprendió a relativizar las tradiciones heredadas en forma de mitos y ello fue un caldo de cultivo excepcional para el inicio del pensamiento racional. Porque la filosofía es, ante todo, pensamiento, esto es, proyección de ideas sobre cualquier aspecto, cuya comprensión

había escapado con anterioridad al raciocinio y había sido resuelta mediante el recurso a los seres superiores, a los dioses, que servían de paradigma explicativo pero, por ello mismo, no estaban sujetos a las leyes que regían el resto de los comportamientos, observables y analizables.

De la figura de Tales poco es lo que sabemos con certeza, puesto que no parece haber escrito nada y, además, fue pronto integrado en el grupo de los Siete Sabios, cuyas vivencias se nutrían más de leyenda que de realidad; en todo caso, nacería en la segunda mitad del siglo VII y viviría hasta poco antes de la mitad del VI a.C. Sus viajes, en especial a Egipto, le debieron de poner en contacto con parte de las milenarias tradiciones del país del Nilo, y quizá allí adquirió conocimientos de matemáticas y astronomía, lo que le permitió predecir el eclipse de sol del año 585 a.C.; también parece haber intervenido de forma activa en la política de Mileto y de Jonia aportando sus consejos. Se sostiene que Tales definió el agua como el principio de todas las cosas; más allá de lo que haya querido decir Tales, oscurecido por la ausencia directa de escritos suyos, lo más interesante es que con esta proposición Tales se alejaba de las explicaciones cosmogónicas que eran corrientes en el pensamiento griego, y que habían sido elaboradas por poetas como Hesíodo. Tales buscaba la explicación de las causas en el propio entorno natural, trascendiendo de ellas para elaborar principios generales. Esta vinculación con la naturaleza (*physis*) hizo que a estos primeros filósofos se les llamase «físicos». Su proposición de que todo lo que existe tiene alma también derivaba de la observación de objetos inanimados como la piedra imán y el ámbar, capaces de atraer hacia sí otros cuerpos, lo que para Tales era la prueba definitiva.

Anaximandro también era milesio y quizá había sido discípulo de Tales. Vivió durante la primera mitad del siglo VI a.C.; se le atribuían varias obras, entre ellas una *Sobre la Naturaleza*. Anaximandro escribía en prosa, aunque su lenguaje estaba aún muy influido por la poesía y una de sus aportaciones fue desarrollar la cuestión del principio (*arche*) implícita ya en la obra de Tales, pero inclinándose por establecer como tal no un elemento natural sino, por el contrario, uno indeterminado, al que llamará *apeiron*, es decir, lo que no puede limitarse o definirse. A partir del *apeiron* irán surgiendo los diferentes elementos que componen el universo mediante procedimientos como la licuación, vaporización o rarefacción, organizándose para dar lugar al mundo conocido; su esquema se basa en la idea de equilibrio y de justicia. Tal vez por esta convicción de que todo se regía por unos principios preestablecidos y cognoscibles, Anaximandro realizó un mapa del mundo, esto es, una representación gráfica del mismo. Sin duda utilizó para esta obra los datos, por supuesto abundantes, que podían encontrarse en Mileto procedentes de los viajeros que recorrían todos los rincones del Mediterráneo e, incluso, del Atlántico. Esta obra era la prueba de que la razón humana podía llegar a entender y comprender la complejidad del mundo real y perceptible.

El tercer gran filósofo milesio es Anaxímenes, discípulo del anterior, y también autor de una serie de obras en prosa. Siguiendo las indagaciones de sus predecesores, llegó a la conclusión de que el principio había que buscarlo en el aire, que en su opinión era uno de los elementos más susceptibles de transformarse en otros. Es también posible que observaciones realizadas en distintas regiones, por él mismo o por otros navegantes milesios, le hayan convencido de las posibilidades de transformación del aire según la temperatura a que esté sometido.

Cubriendo buena parte del siglo VI, pero también de principios del V a.C., Jenófanes de Colofón representa el desarrollo del pensamiento filosófico fuera de Mileto. De su obra sí conocemos algunos fragmentos, en buena medida porque eligió una forma de expresión tradicional, la poesía. A Jenófanes le preocupaba sobre todo el papel de los dioses, en especial de aquellos a los que se referían los poetas y, sobre todo, Homero. Rechazaba con vehemencia el carácter antropomorfo de los dioses e, incluso, la posibilidad de llegar a conocer al dios supremo al que alude en sus poesías, que permanece inmóvil, que lo sabe todo y que lo oye todo. Tuvo que abandonar su ciudad muy joven y se pasó el resto de su vida recorriendo toda Grecia, y es posible que participase en la fundación de Elea. Allí daría origen a la escuela filosófica eleata de la que formarían parte Parménides y Zenón y que florecerá ya en el siglo V a.C.

Otro filósofo que también tuvo que abandonar Jonia, en este caso bajo la presión del tirano Polícrates, fue Pitágoras de Samos, que se trasladó a Crotona, en la Magna Grecia; allí se rodeó de un importante grupo de seguidores, que funcionaba casi como una secta religiosa, lo que provocó la reacción violenta de los crotoniats, que incendiaron su lugar de reunión. Pitágoras tuvo que refugiarse en Metaponto. Las enseñanzas de Pitágoras tenían un marcado carácter espiritual, centrado en su idea del alma que debía sufrir distintas purificaciones hasta alcanzar la perfección. Pero también había en Pitágoras otra vertiente, más científica, con un énfasis especial en las matemáticas, con sus diversas aplicaciones, entre ellas el teorema que aún lleva su nombre y sus indagaciones sobre las relaciones de los números entre sí y las de los diferentes acordes musicales, sujetas a una armonía también de tipo matemático. Sus sucesores, los pitagóricos, tuvieron amplia influencia posterior y, ya en la época clásica, dieron lugar a otros movimientos de base mística.

Ya en el tránsito entre el siglo VI y el V a.C. actúa Heráclito de Éfeso, miembro de la antigua familia real de su ciudad y, tal vez por ello, representante de una filosofía elitista y rebuscada, lo que le valió en la posteridad el calificativo de «Obscuro»; los fragmentos que conservamos de su obra no ayudan a desvelar por completo las claves de su pensamiento. Parece haber asignado un papel importante al fuego en su sistema cosmológico, aunque quizá de forma más matizada a como hacían los milesios con su predilección por el agua o el aire; en él la idea de conflicto, pero al tiempo de unidad entre opuestos y el cambio permanente, la fluidez de las cosas parecen haber jugado un papel importante. Sin embargo, detrás de todo ello está el *logos* o proceso ordenado que preside todo cambio; ello sugiere que también había un fuerte componente ético en el pensamiento de Heráclito, que quizá pusiese en práctica él mismo en las intervenciones que de él conocemos en la vida pública de su Éfeso natal.

El resto de los filósofos conocidos como presocráticos desarrollan su actividad durante el siglo V a.C. y aunque en su pensamiento perviven aún muchos de los problemas que preocupaban a sus predecesores del siglo VI a.C., irán aportando nuevas soluciones, como las de Empédocles de Agrigento, con una interesante visión ética, la originalísima visión atomista de Demócrito de Abdera, o las de carácter más práctico que expresarán los sofistas (Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontinos, entre otros), preocupados ante todo por la educación de los ciudadanos (o, al menos, de los que podían pagar por sus enseñanzas). Sin embargo, con ellos salimos ya del arcaísmo y nos situamos en los prolegómenos del pensamiento clásico, representado por Sócrates.

7.3. LA NUEVA ESTÉTICA

La época arcaica, en línea con las otras manifestaciones culturales a que hemos aludido en los apartados previos, se caracteriza también más que por un cambio estético por la introducción de nuevos componentes que la apartan de las tradiciones anteriores: no me refiero, por supuesto, a las existentes durante los Siglos Oscuros, que casi se reducen al nivel de la cerámica, sino sobre todo a las presentes durante la época micénica. En las tres grandes artes visuales, escultura, arquitectura y pintura podemos encontrar rasgos que nos hablan de estos cambios. Si empezamos por la escultura, y aparte de algunas obras, en marfil o en metal, datables en el siglo VIII a.C. y de clarísima influencia oriental, la gran plástica arcaica se inicia en el siglo VII a.C., aun cuando será el siglo VI a.C. su época de mayor esplendor. Destacarán, sobre todo, las grandes estatuas en bronce y en mármol de jóvenes desnudos y mujeres vestidas, llamadas, respectivamente, *kouroi* y *korai*. Las primeras manifestaciones de este tipo de esculturas, de carácter votivo, muestran la gran deuda de la escultura griega arcaica con la escultura egipcia. Las piezas presentan todavía una gran rigidez, y apenas se salen del marco del bloque de piedra en el que están realizadas: como mucho, avanzan una pierna (sobre todo las masculinas) o presentan algún movimiento de brazos (las femeninas).

Se trata de objetos que suelen aparecer en los santuarios, aunque a veces también servían de estelas funerarias y muestran, en todo caso, una gran delectación por la figura humana, sometida ya en esos primeros momentos a una visión idealizada, con un canon de proporciones ya establecido. A veces se trata de figuras gigantescas, que muestran cómo los aristócratas griegos emplean este nuevo lenguaje visual, en el que hay tantas herencias orientales, como medio para exhibir la propia grandeza que asumen dentro de la *polis* arcaica; su policromía, hoy perdida casi en su totalidad, las convertía en artículos apreciados, que se agolpaban en los accesos a los templos y santuarios. En ocasiones, como ocurre en Atenas, cientos de estas esculturas fueron destruidas por los persas en el año 480 a.C. y fueron enterradas respetuosamente por los atenienses para preservar su sacralidad; gracias a ello, conocemos bastante bien la evolución de la escultura ática y, en general griega, durante el arcaísmo tardío.

Por lo que se refiere a la arquitectura, mientras que las casas griegas no eran objeto de excesiva atención y decoración, los templos, lugar de residencia de los dioses que protegían a la *polis*, se convirtieron pronto en los lugares en los que la comunidad y los particulares invertían buena parte de sus excedentes. Los primeros templos eran estructuras de madera, pero ya a partir del siglo VII a.C. se empezaron a construir, o reconstruir, en piedra. Las distintas tradiciones imperantes determinaron el desarrollo de los dos principales órdenes, el dórico y el jónico. El primero era el utilizado en la Grecia propia, y se caracterizaba, aparte de por el tipo de columna y capitel, por dar lugar a templos mucho más macizos, por lo habitual hexástilos (es decir, con seis columnas en la fachada frontal); su decoración solía ser bastante austera, limitada al frontón y, como mucho, a las metopas. Bien es cierto que en ambientes coloniales itálicos y sicilianos se hizo un uso extraordinario de apliques de terracota pintada, que proporcionaban un gran barroquismo decorativo a estos templos.

Por lo que se refiere al orden jónico, utilizado en las ciudades griegas de Asia Menor, era un estilo mucho más rico y recargado; aunque también los hubo hexástilos, aparecieron también los inmensos templos octástilos (con ocho columnas en el frente),

de elevadas y esbeltas columnas y ricas decoraciones, tanto a veces en el propio fuste de las columnas como en los frisos. En estos templos, más que en los dóricos, se percibe también cómo los grandes arquitectos jonios se inspiraron en las masivas construcciones pétreas que podían observarse en otros ambientes, sobre todo en Egipto. Estos templos eran por lo general sufragados por la propia *polis*, aun cuando en ocasiones recibían también ayudas extraordinarias de reyes poderosos (por ejemplo, Cresos de Lidia, que ayudó a construir algunos de los templos más importantes de Grecia, como el de Artemis en Éfeso) y se convirtieron en un referente fundamental para las ciudades. El templo, o la agrupación de varios de ellos en santuarios, era un medio de mostrar el poder y la bonanza económica de las *poleis*, que a través de ellos proyectaban una imagen propia que rivalizaba con la de sus vecinas; el siglo VI a.C. es el periodo de florecimiento de la arquitectura arcaica, y donde puede decirse que llegan a su madurez las técnicas constructivas griegas. Serán los logros adquiridos en esta etapa los que permitan las interesantes innovaciones de la arquitectura clásica, ejemplificadas en buena medida en el programa arquitectónico de la Acrópolis de Atenas de la segunda mitad del siglo V a.C.

Con la erección de templos, las ciudades griegas cambian de aspecto: su monumentalización va acompañada también de otras novedades, como la construcción de murallas o, incluso, el propio trazado urbano de las ciudades. Es un hecho cierto que las nuevas fundaciones coloniales, desde el siglo VIII a.C., realizaban una planificación urbana de carácter regular, con calles rectas, y reservando espacios para usos específicos: públicos, privados, religiosos. Sobre este esqueleto, las ciudades irán desarrollando una arquitectura pública que, además de los templos, incluirá las murallas, los espacios de reunión política, monumentos honoríficos o conmemorativos, etc., que contribuirán a marcar sus personalidades respectivas. La arquitectura, pues, expresará en cierta medida los ideales de la *polis* y la voluntad transformadora de los griegos, que conseguirán convertir a la piedra en una manifestación de sus propias ideas.

Por último, en el campo de la pintura las informaciones de que disponemos se limitan, casi en exclusiva, a la cerámica pintada, si bien sabemos que la pintura sobre tabla tuvo una importancia creciente según avanzó el arcaísmo. Las tradiciones cerámicas heredadas de la época micénica pervivieron, con las lógicas modificaciones, a lo largo de los Siglos Oscuros. De hecho, son sobre todo los distintos cambios en los estilos decorativos los que han sido utilizados por los arqueólogos para nombrar a esos periodos; así, el submicénico, el protogeométrico y el geométrico son los nombres que reciben, desde esa perspectiva, los siglos que van desde el XI al VIII a.C. Una interesante novedad fue la (re)aparición de la figura humana a mediados del siglo VIII a.C., lo que permitió que la cerámica se convirtiera en un soporte cada vez más idóneo para transmitir ideas en forma de imágenes. A partir de ese momento, la cerámica, primero en Atenas, luego en Corinto y, a partir de inicios del siglo VI a.C. de nuevo en Atenas, es un medio cada vez más utilizado en el análisis de la mentalidad griega. De hecho, el estudio de la iconografía, de las composiciones, de las escenas en las que aparecen tanto personajes mitológicos (dioses, héroes), como humanos, bien del mito, bien contemporáneos, se está revelando como una fuente, por el momento aún no agotada, cada vez más necesaria para conocer el trasfondo ideológico del arcaísmo griego.

Así pues, a través de la escultura, la arquitectura y la pintura, la Grecia arcaica creó, en parte adaptándolos de otras culturas, un nuevo lenguaje visual, al que debe-

mos añadir el lenguaje literario, en sus distintas manifestaciones, al que hemos aludido en los apartados previos. Todo ello convierte al arcaísmo griego en una de las etapas históricas más vitales que conocemos, puesto que partiendo de unos niveles ínfimos y, en poco más de dos siglos, los griegos fueron capaces de crear un mundo nuevo y adaptado a sus propias necesidades. En este aspecto de la estética, como en el político e, incluso, en el religioso al que aludiremos a continuación, la frase de Protágoras de que el hombre es la medida de todas las cosas, encuentra pleno sentido. Los griegos hicieron, conscientemente, un mundo a su medida.

7.4. MITO Y RELIGIÓN

El tránsito entre la época micénica y la época arcaica, esto es, los Siglos Oscuros, tuvo una importancia crucial a la hora de conformar la posterior religión griega. De la época micénica los griegos heredaron un panteón ya constituido, así como unas prácticas rituales bastante conformadas. Sin embargo, lo que conocemos de la época micénica nos remite sobre todo al mundo palacial y a las relaciones que el poder mantenía con las divinidades. La desestructuración política que siguió al final de los palacios determinó, como en tantos otros aspectos, que el mundo griego de los Siglos Oscuros desarrollase su propia aproximación a la religión; en ella, el mito jugó un papel extraordinario. No sabemos si en la época micénica existían ya esos mitos pero, en todo caso, la religión micénica «oficial» parece haber tenido un carácter muy formal, con unos rituales muy prefijados y establecidos. Todo ello parece haberse ido modificando con el tiempo y, junto con el desarrollo de las tradiciones míticas, el ritual parece haberse simplificado bastante.

Son los mitos los que, sin ninguna duda, contribuyen a marcar la relación entre los dioses y los humanos en la Grecia arcaica; los mitos suelen estar detrás del ritual, lo que convertirá a la religión griega en algo próximo al fiel. Próximo porque el mito, en el que los dioses se integran con los humanos, tanto físicamente como desde el punto de vista de los comportamientos comunes, hace que la visión que se tiene de los dioses no sea nunca la de los dioses absolutos y supremos de otras religiones. Incluso en el carácter terrible de los dioses de los Poemas Homéricos hay importantes rasgos de humanidad; los dioses se conmueven con las desventuras humanas y, a su modo, tratan de aliviarlas aunque siempre hay algo, incluso, por encima de los propios dioses como es la inevitabilidad del destino que afecta tanto a los inmortales como a los mortales. Esta proximidad se manifiesta en los rituales, en los que el sacrificante es consciente de que los dioses están recibiendo la parte que les corresponde y harán lo que se les ha pedido, si está en su mano o, por el contrario, que los dioses rechazan esa ofrenda que es el sacrificio. También en la visión mucho menos personalista que vemos en Hesíodo, los dioses se preocupan de los humanos y el propio Zeus tiene a su hija Dike, la justicia, para vigilar los comportamientos humanos y, en su caso, castigarlos.

Los mitos tienen con frecuencia un sentido etiológico, puesto que aclaran y explican el sentido del rito; no cabe duda de que buena parte de los mitos han sido elaborados en la Grecia de los Siglos Oscuros, utilizando, por una parte, tradiciones preservadas oralmente pero, por otra, introduciendo formas expresivas y temas procedentes

del Próximo Oriente. Sería un elemento más que nos hablaría de la gran interacción cultural que se ha producido entre Oriente y Grecia a lo largo de toda su historia.

Por lo que se refiere al ritual, pieza clave de las manifestaciones religiosas griegas, el mismo sirve para mantener y perpetuar la alianza entre los hombres y los dioses que, asimismo, tenía una explicación mítica. Parte importante del ritual es el sacrificio, con frecuencia cruento, que significa una comunión con la divinidad puesto que mientras que el dios recibe, en forma del humo que desde el altar asciende a las alturas, aquella parte de la víctima que le corresponde, los humanos consumen aquella otra que les es propia y que, por ende, les permite subsistir. Es un pacto entre las dos partes que, mientras que se cumpla por la parte humana, tendrá contrapartidas por la divina. El ritual puede ser también individual pero el verdaderamente importante es el colectivo, el que se realiza por los sacerdotes elegidos y nombrados por la *polis* en representación de toda ella y en aquellos momentos en los que los dioses respectivos son más propicios para recibir tales ofrendas y verter sus bondades sobre los humanos. Las festividades y celebraciones específicas parecen haber existido ya en la época micénica y en la época arcaica y serán algo cada vez más frecuente. Como en otros casos, también el mito ayuda a entender todo el trasfondo ideológico que subyace al ritual. El día del nacimiento de la divinidad, en ocasiones el de su muerte, la conmemoración de algún episodio destacado de los que recuerda el mito suelen ser los momentos elegidos para realizar la gran celebración en la que participa toda la comunidad y de la que toda ella también se beneficia. La *polis* establecerá todo tipo de regulaciones para garantizar el éxito de la fiesta y, cuando la escritura se desarrolle, se fijarán por escrito en parte como medio de reforzar ese pacto entre humanos y dioses. A un nivel aún superior, los santuarios panhelénicos integraban a todos los griegos que veían así reforzada su identidad étnica, especialmente durante las celebraciones periódicas, que se acompañaban de competiciones deportivas; los Juegos Olímpicos o los Píticos eran la ocasión de la reunión de la flor y nata de toda la Hélade en torno al culto a sus dioses (Zeus o Apolo); además de la gloria que los vencedores obtenían para sí y sus ciudades, todos los griegos podían resaltar aquellos aspectos que los unían frente a los que quedaban excluidos de esas celebraciones, los no griegos, los «bárbaros».

Un elemento también clave para entender estas relaciones entre la divinidad y los seres humanos viene dado por la construcción de templos. En la religión griega el templo no es el lugar de culto en sí, sino la casa de la divinidad, en la que suele depositarse una estatua que la representa. El templo no está hecho para ser visitado por los fieles, sino tan sólo por los sacerdotes; de ahí la gran importancia que su ornamentación externa tiene. El templo sirve de gran telón de fondo durante la realización del ritual, que tiene como punto clave el altar en el que se produce la conversión, con harta frecuencia mediante el fuego, de la ofrenda sacrificial, de la víctima en algo aceptable para el dios, que bien desde lo alto, bien desde su propia casa, el templo, observa la devoción de los humanos.

Junto con los dioses llamados olímpicos, porque se aceptaba que residían en la cima del monte Olimpo, encabezados por Zeus, los griegos también rendían devoción a otro tipo de seres sin duda más complejos. Se trata de los héroes. Los héroes son, con frecuencia, individuos que merced a sus gestas o a sus comportamientos son considerados, tras su muerte, protectores del grupo humano al que sirvieron. Su culto suele celebrarse en el lugar en el que reposan sus restos, en sus tumbas, y en él hay importantes

componentes ctónicos, es decir, vinculados a la propia tierra a la que pertenece el héroe y que alberga sus huesos. Como se apuntó en un apartado previo, en muchas ocasiones los fundadores de las nuevas colonias acabarán convirtiéndose en héroes subrayando así la alianza perpetua entre el fundador que creó la ciudad y sus conciudadanos presentes y futuros. En el trasfondo de los cultos heroicos hay un componente mítico mucho más marcado que en el de los propios dioses olímpicos y no es infrecuente que en torno a los fundadores reales de ciudades hayan surgido tradiciones míticas que poco o nada tienen que envidiar a las relativas a héroes de un pasado remoto.

Los cultos heroicos cimentan mucho más que los cultos a los dioses olímpicos la vinculación de los ciudadanos con su *polis* e, incluso, aquellas ciudades que no han surgido como consecuencia de procesos coloniales, tenderán a desarrollar cultos heroicos centrados en los creadores, más míticos que reales, de la *polis*; el caso de Teseo en Atenas es, a este respecto, paradigmático.

Por todo lo dicho, la religión griega es, sobre todo, formalista y vinculada a la relación entre el individuo y la comunidad, aun cuando también puede haber actos de piedad individual hacia los dioses y las fuentes escritas y las excavaciones arqueológicas dan fe de la devoción individual de personas concretas que hacen su pequeña ofrenda en el santuario de la divinidad a la que quieren agradecer un favor o pedir una gracia. Sin embargo, y a pesar de la cierta facilidad que existe en la interlocución entre los humanos y los dioses, la religión griega no resolvía uno de los principales problemas que afectan a los humanos, cual es el de desentrañar los secretos de la muerte. Los dioses griegos no daban respuesta a esa demanda, si es que la misma tenía respuesta; incluso los héroes, que habían sido humanos y habían experimentado la muerte, tenían un radio de acción muy restringido y su éxito dependía en buena parte de la memoria que de ellos se tenía y en parte también del carácter, en cierto modo de fetiche, que sus restos poseían.

Ya durante el arcaísmo avanzado se empezará a ver una cierta pérdida de confianza en los dioses y de algún modo la filosofía puede entenderse como un intento de adjudicar bien un nuevo papel a los dioses, espiritualizándolos y privándolos de su aspecto antropomórfico, bien de buscar explicaciones en los fenómenos naturales y en un cierto mecanicismo que les privará de cualquier posibilidad de intervenir sobre los humanos. Junto a eso irán surgiendo nuevas tendencias más espiritualistas, como la representada por los pitagóricos, así como la introducción de nuevos cultos, o la modificación de los anteriores, que proporcionarán un mensaje de salvación individual a sus adeptos; sería el caso de los misterios de Eleusis, aunque tampoco podemos perder de vista el carácter «oficial» que dentro de Atenas tenía tal culto. Por fin, misterios centrados en Orfeo o en el propio dios Dioniso, en los que el mito sirve de hilo conductor, podían proporcionar ciertas esperanzas de seguir viviendo después de la muerte a las que se aferraron gentes muy variadas y que introdujeron un toque trascendente a una religión como la griega que había dejado de lado esas cuestiones.

No obstante, y junto con el auge de ese tipo de religiones, la madurez de la civilización griega durante el siglo V y IV a.C. favoreció la aparición también de gran número de personas, por lo general los más ilustrados, que desarrollaron un gran escepticismo ante la religión; sin embargo, no descuidaban la práctica pública de los rituales porque seguían siendo conscientes del gran factor aglutinador que la religión desempeñaba en el mundo de la *polis*. Habrá que esperar a la introducción, ya a partir de la época he-

lenística, de nuevas corrientes filosóficas (estoicismo, por ejemplo), así como de nuevos dioses orientales, acompañados de sus correspondientes rituales, para asistir al auge de religiones de salvación que establecían un vínculo personal entre el individuo y la divinidad. Naturalmente, cuando eso se produjo, hacía ya tiempo que los viejos ideales de la *polis* griega habían desaparecido.

Bibliografía

- Bengtson, H. (1986): *Historia de Grecia. Desde los comienzos hasta la época imperial romana*, Madrid.
- Boardman, J. et al. (1988): *Historia Oxford del Mundo Clásico*, vol. I, Madrid.
- (1980): *Los griegos en ultramar*, Madrid.
- Domínguez, A. J. (1989): *La colonización griega en Sicilia. Griegos, indígenas y púnicos en la Sicilia arcaica: interacción y aculturación*, Oxford.
- (1991): *La polis y la expansión colonial griega. S. VIII-VI a.C.*, Madrid.
- (1999): «La Grecia Arcaica», en VV. AA., *Historia del Mundo Clásico a través de sus textos*, vol. I, Grecia, Madrid.
- (2001): *Solón de Atenas*, Barcelona.
- Fornis, C. (2003): *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona.
- Forrest, W. G. (1988): *Los orígenes de la democracia griega*, Madrid.
- Gil, L. (ed.) (1984): *Introducción a Homero*, Barcelona.
- Gras, M. (1999): *El Mediterráneo arcaico*, Madrid.
- Griffin, J. (1984): *Homero*, Madrid.
- Gschntzer, F. (1987): *Historia Social de Grecia*, Madrid.
- Murray, O. (1990): *Grecia Arcaica*, Madrid.
- Oliva, P. (1983): *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid.
- Osborne, R. (1998): *La formación de Grecia. 1200-479 a.C.*, Madrid.
- Rodríguez Adrados, F. (1981): *El mundo de la lírica griega antigua*, Madrid.

CAPÍTULO 5

EL CHOQUE GRECO-PERSA

MANEL GARCÍA SÁNCHEZ
Universidad de Valencia

1. Las fuentes sobre el periodo

Una de las peculiaridades más destacables del análisis del conflicto greco-persa es que dependemos inevitablemente de los autores clásicos, sospechosos en no pocos casos, pero insustituibles frente a la pérdida de aquellos *Anales reales* en los que los reyes persas aqueménidas fijaban su pasado o ante otras fuentes aqueménidas poco relevantes para nuestro propósito, como las inscripciones reales y las fuentes epigráficas, la cultura material, algunos textos bíblicos o el libro sagrado de la religión de Zoroastro, el *Avesta*. Y aunque casi ninguno de ellos ilumine las causas del conflicto greco-persa, de hecho ni lo mencionan explícitamente; sí son un perfecto complemento para poner a prueba la fiabilidad de la imagen que del Imperio aqueménida nos han transmitido las fuentes clásicas, cuyo influjo ha sido tan grande en la historiografía occidental que, hasta hace bien poco, la mayoría de las historias del Imperio aqueménida han estado dominadas por la helenofilia y el helenocentrismo.

Aunque el periodo de esta lección comprenda aproximadamente unas siete décadas, desde la fundación del Imperio aqueménida por Ciro el Grande (550 a.C.) hasta la derrota de Jerjes en Salamina (480 a.C.) y Platea (479 a.C.), abrumadoramente las fuentes documentales no son contemporáneas de los hechos, sino que incluso muchas de ellas son de siglos posteriores.

Los pioneros en la escritura de obras sobre Persia fueron los logógrafos jonios de los siglos VI y V a.C., esto es, autores de breves relatos sobre geografía, etnografía e historia de los pueblos componentes del Imperio persa. Autores, por cierto, súbditos del Gran Rey —así llamaron los griegos al monarca aqueménida—, ya que cabe recordar que por aquel entonces Jonia formaba parte del Imperio persa. Entre ellos fue habitual la escritura de un tipo de escritos titulados *Persiká* (*Persicas* o *Relatos de Persia*) y entre los nombres más destacados sobresalieron Caronte de Lámpsaco, Helánico de Mítilene y Dionisio de Mileto. No fueron ellos los últimos en escribir este tipo de obras, sino que el género estuvo de moda también durante el siglo IV a.C.

Coetáneas del conflicto greco-persa son unas fuentes que no provienen precisamente de la historiografía sino de la tragedia. Del primer nombre que sabemos que trasladó a la escena el conflicto greco-persa, Frínico, sólo conservamos escasos fragmentos. En su tragedia *La toma de Mileto* presentó ante los ojos atenienses el terrible destino de la ciudad de Mileto, víctima del aplastamiento de la revuelta jonia por los persas en el 494 a.C. Los atenienses, encolerizados y presos de la mala conciencia por no haber auxiliado suficientemente a los milesios, condenaron a Frínico a pagar una multa y se prohibió la representación futura de la tragedia. La obra, del 493-492 a.C., fue entregada al arconte y director del espectáculo teatral de aquel año, Temístocles, reveladoramente el futuro vencedor de Salamina que, sin duda, vería en ella un excelente revulsivo para conciliar los ánimos y los odios contra la amenaza persa. La relación entre estos dos personajes se mantuvo por lo menos hasta el 476 a.C., año en el que Temístocles ejerció de nuevo como corego —encargado de sufragar los gastos de la representación— de otra obra del poeta trágico: *Los persas* o *Las fenicias*, en donde se representaba la victoria naval de Salamina y la conmoción que la derrota provocó en la capital de los persas.

La representación de hechos históricos en el teatro no finalizó aquí, sino que uno de los maestros de la tragedia ática, Esquilo (525-456 a.C.), trasladó también a escena las guerras médicas —así llamaron los griegos a las guerras contra los persas—, sin duda el capítulo más decisivo en la biografía del poeta, que en su epitafio quiso que la posteridad lo recordase precisamente por haber combatido en Maratón (490 a.C.). En su tragedia *Los persas*, del 472 a.C. y con Pericles como corego, se nos narra qué alto precio paga el rey persa Jerjes por la arrogancia (*hybris*) de lanzar sus ejércitos contra la Hélade. Esquilo, que luchó también en Salamina, no menciona en su obra a ninguno de los héroes griegos porque la auténtica vencedora fue la comunidad y, por extensión, Grecia y la civilización, un tópico en toda la literatura griega de los siglos V y IV a.C. y, por qué no decirlo, de buena parte de la historiografía occidental.

Una mención obligada es la lírica coral de Simónides de Ceos (556-468 a.C.), autor de un treno, o canto de lamentación funeraria, a mayor gloria de los griegos caídos en las Termópilas al mando del espartano Leónidas.

Sin embargo, la obra más importante para el estudio de la historia, la economía y la etnogeografía del Imperio persa es, sin duda, las *Historias* de Heródoto de Halicarnaso (ca. 490-ca. 425 a.C.), ciudad helenizada de Caria, también en la costa de Asia Menor y bajo hegemonía persa. Aunque utilizó entre sus fuentes a los logógrafos jónicos y a Esquilo, la mayor parte de las mismas fueron sin duda los relatos que escuchó y las cosas que pudo ver con sus propios ojos en sus viajes por algunas de las satrapías del Imperio aqueménida. Es destacable que sea de los pocos autores griegos en tratar con respeto a los persas, un gesto que le valió, del cálamo de Plutarco, el calificativo de filobárbaro.

Son imprescindibles también los *Persiká* de Ctesias de Cnido, médico personal del rey Artajerjes II durante diecisiete años, tras caer prisionero junto a los mercenarios griegos que combatieron en el 401 a.C. en la batalla de Cunaxa, en los ejércitos de Ciro el Joven. La obra de Ctesias, inexacta no pocas veces, es importante porque ha ejercido una gran influencia en la representación del mundo oriental, y persa en particular, como un escenario colorista y exótico, víctima de las intrigas del harén.

De Jenofonte de Atenas (ca. 428-ca. 354 a.C.) son muchas las obras imprescindibles

para el estudio de las relaciones entre griegos y persas: su *Agesilao*, las *Helénicas*, la *Anábasis*, el *Económico* y, especialmente para nosotros, la *Ciropeya*, o educación de Ciro, un relato biográfico y seminovelesco sobre la vida del fundador del Imperio aqueménida.

Como curiosidad, ya que se trata de uno de los documentos más antiguos que conservamos, valga el papiro de la segunda mitad del siglo IV a.C. de Timoteo de Mileto (450-360 a.C.), que nos ha devuelto desde las arenas del desierto un pasaje de unos doscientos cincuenta versos de su *nomó Los persas*, en el que podemos leer también el dramático final de la batalla de Salamina.

Otras fuentes específicas sobre los persas son algunos de los libros que conforman la *Geografía* de Estrabón (64 a.C.-24 d.C.), la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia (fl. 60-30 d.C.) o las *Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo (ca. 40 a.C.-?), conservadas gracias al epítome de Justinó (comienzos del siglo III d.C.). Finalmente, son de gran utilidad algunas de las *Vidas paralelas* de Plutarco (ca. 46-ca. 120 d.C.), especialmente para nosotros la de *Temístocles*, pero son imprescindibles también, aunque dedicadas a personajes del siglo IV a.C., las de *Artajerjes* y *Alejandro*. Si, más allá de la historia política, queremos completar nuestra visión de la representación de la alteridad persa en las fuentes clásicas son de lectura obligada nombres como Aristófanes, Quérito de Samos, Platón, Isócrates, Aristóteles, Dinón, Arriano, Ateneo de Náucratis, Caritón de Afrodiasias, Heraclides de Cime, Valerio Máximo, Claudio Eliano, Polieno o Quinto Curcio, entre otros; sin olvidar tampoco la iconografía cerámica o escultórica con sus representaciones de gigantomaquias, centauromaquias o amazonomaquias.

2. Orígenes y desarrollo del Imperio persa

Si el historiador tan sólo se atuviese a las fuentes escritas, y en especial a los autores clásicos, llegaría a la precipitada conclusión de que los persas irrumpieron súbitamente en la historia del Próximo Oriente con las fulgurantes campañas de Ciro el Grande, entre el 550 y el 530 a.C. Sin embargo, los procesos históricos, más aún la formación y decadencia de los imperios, son procesos de larga duración.

Hacia finales del II milenio a.C. grupos de nómadas iraníes se instalaron en el altiplano e inauguraron la edad del hierro. Se trataba de pastores que se desplazaban de aquí para allá combinando la ganadería con una agricultura de subsistencia. Uno de estos grupos, tras atravesar el Cáucaso, se estableció en el Irán occidental, dando lugar al nacimiento de dos pueblos y territorios diferenciados, el de los medos y el de los persas, y aunque los griegos utilizaron indistintamente los étnicos «medos» y «persas» para referirse a un mismo pueblo bárbaro, de hecho sólo los unía el ser indoeuropeos con un acervo común. Geográficamente, Parsa o Persia denotaba tan sólo la región suroeste del altiplano, transmitida por los autores griegos mediante el nombre de Pérsida y que más tarde los árabes denominarían Fars. La elección del topónimo Persia por los autores griegos, como denominación de un vasto imperio, radica en el hecho de que los fundadores del mismo, los Aqueménidas, eran originarios de aquella zona, una meseta accidentada y rodeada por la cordillera del Zagros.

Hemos mencionado ya la ausencia de testimonios literarios persas. Ante tal ca-

rencia, hemos de subsanar la imprecisión cronológica de las fuentes clásicas con la única forma de historiografía transmitida por los reyes aqueménidas: las genealogías reales cinceladas en las inscripciones monumentales o en algún otro documento epigráfico. El problema radica en que contamos con dos genealogías aqueménidas. La más antigua, la del Cilindro de Ciro (Teispes, Ciro, Cambises y Ciro), algo posterior al 539 a.C., no coincide ni con la del bajorrelieve esculpido por Darío I, hacia el 521 a.C., en la roca de Behistun (Aquemenes, Teispes, Ariaramnes, Arsames, Histaspes, Darío), ni con la transmitida por Heródoto (VII, 11) y puesta en boca de Jerjes (Aquemenes, Teispes, Cambises, Ciro, Teispes, Ariaramnes, Arsames, Histaspes y Darío). Sin duda, nos hallamos frente a dos genealogías aqueménidas complementarias, aunque, puestos a escoger una de ellas para fijar el origen territorial del Imperio aqueménida es preferible decantarse por el Cilindro de Ciro, ya que en él se le denomina rey de Anshan —hoy en día la llanura de Marv Dasht, en el Fars—, seguramente un territorio adjudicado a los persas por los elamitas.

Los reyes elamitas habían llevado el título de reyes de Anshan y Susa, pero del 646 a.C. contamos con la noticia de que el rey asirio Assurbanipal recibía tributo de un tal Kurash (Ciro I), considerado hasta hace muy poco como el abuelo de Ciro el Grande. Lo que sí es bastante probable es que nos hallemos ante un indicador de que los persas rompieron su vínculo de vasallaje con Elam y pasaron a formar parte de los pueblos tributarios de Asiria, aproximadamente unas cinco décadas después (ca. 700 a.C.) de que un supuesto jefe tribal, de nombre Aquemenes y del clan pasargada, condujese a su pueblo hasta Anshan. Hoy parece, sin embargo, haberse impuesto una cronología algo más baja para los primeros reyes persas: Teispes (ca. 635-610 a.C.), Ciro I (ca. 610-585 a.C.) y Cambises I (ca. 585-559 a.C.), aunque ello no desmienta la instalación de población irania en la región de Anshan desde mucho tiempo atrás.

El padre del fundador del Imperio aqueménida, Cambises I, contrajo un matrimonio dinástico con la hija del rey medo Astiages, Mandane, unión de la que nacería Ciro, que sucedería en el trono a su padre en el 559 a.C., una época en la que el Próximo Oriente era un mosaico de reinos rivales: Media, con capital en Ecbatana y regido por Astiages, Lidia, con capital en Sardes y gobernada por Creso, la Babilonia de Nabónido, el Elam, con capital en Susa y regido quizá por el rey Ummanish, y finalmente el Egipto saíta del faraón Amasis.

Leemos también en Heródoto (I, 127) que los persas vivían bajo la tutela de los medos, convertidos en vasallos por su rey Fraortes (647/646-625/624 a.C.), y si hemos de dar crédito a los autores griegos parecería que aquéllos jugaron un papel decisivo en la construcción y organización del reino persa, llegando incluso a identificarse el nombre de los dos pueblos, como pone de manifiesto la designación del conflicto greco-persa como las guerras médicas. De lo que no cabe duda es de que Ciro impulsó la creación del Imperio aqueménida cuando en el 553 a.C., al frente de la mayoría de las tribus persas, se lanzó contra las tierras de su abuelo Astiages, un hecho histórico del que nos informa también un documento babilonio: la *Crónica de Nabónido* (II, 1-4). Señor de Media, Ciro se cifó sobre su cabeza una tiara erguida, símbolo de la realeza aqueménida, y desde entonces la aristocracia meda pasó a ocupar un lugar preeminente en la corte persa.

La nueva situación política del Próximo Oriente despertó pronto el recelo de los reinos vecinos, de Lidia, Babilonia y Egipto, que intentaron formar una coalición con

Esparta para poner freno a la expansión persa. Ciro fue mucho más audaz y se adelantó lanzándose sobre la Lidia de Creso, al que derrotó en el 546 a.C. en la batalla de Sardes. Creso, ante la amenaza persa, había concluido un tratado con Esparta y había intentado aumentar su simpatía entre los griegos mediante cuantiosas y suntuosas ofrendas al santuario de Delfos, cuyo oráculo le reveló una profecía ambigüamente fatal: si emprendía la guerra contra los persas destruiría un gran imperio (Heródoto I, 53). Con la derrota lidia, las ciudades griegas de Asia Menor pasaron a formar parte del Imperio persa, ayudando a ello las disensiones internas de las *poleis* griegas y la falta de apoyo de la Grecia continental. Sin embargo, los persas respetaron la autonomía de las ciudades griegas, que debían pagar un tributo —Mileto recibió un trato privilegiado—, y con seguridad muchas de ellas vieron las perspectivas comerciales que se dibujaban en el horizonte si se consolidaba la expansión aqueménida. Las expectativas pronto se vieron satisfechas al vencer Ciro a Nabónido en el 539 a.C. y anexionar Babilonia a su imperio.

En el año 530 a.C., Ciro lanzó una expedición contra los nómadas masagetas. La historia, que conocemos gracias a Heródoto, revela sin duda los problemas de los persas para controlar a las tribus del interior del altiplano y del Asia central. Se dirigió primero hacia Bactria, llegando hasta Samarcanda (actual Uzbekistán), y en el enfrentamiento contra la reina Tomiris murió en el fragor de la batalla, habiendo puesto antes bajo dominio persa la mayor parte del actual Afganistán y de Asia central (los actuales Uzbekistán, Turkmenistán y Tayikistán).

Desde un punto de vista político, el legado de Ciro suponía la creación de un imperio multiétnico y basado en el respeto de las particularidades locales, siendo su rasgo más sobresaliente su policentrismo cultural. Desde el punto de vista económico garantizaba el tránsito de las caravanas asiáticas hasta la costa mediterránea. El acierto persa consistió, como Heródoto (I, 135) supo ver atinadamente, en asimilar algunas de las costumbres de los pueblos conquistados, respetar los cultos locales e integrar aquellas estructuras políticas y económicas de probada eficacia.

Su sucesor, Cambises II (530-522 a.C.), completó la expansión persa con la conquista en el 525 a.C. del Egipto de Psamético III, el sucesor del faraón Amasis. Sabemos además que en el 525 a.C. Fenicia y Chipre estaban ya bajo el control persa, hecho este que como veremos subsanará la carencia de la armada persa, a saber: la flota que habría de ser determinante en sus luchas contra los griegos. Es mérito, pues, de Cambises el haber sido el creador de la marina real persa.

La hostilidad de la tradición egipcia —fuente sin duda del propio Heródoto— vio en el fracaso de su proyecto africano el origen de la locura que se apoderó del Gran Rey: de vuelta a Menfis ordenó la muerte del buey sagrado Apis y de sus sacerdotes. Su locura no hizo más que comenzar: mató a su hermano Esmerdis, contrajo matrimonio con dos de sus hermanas, asesinando más tarde a una de ellas, y ultrajó la tumba del faraón Amasis. Todos los autores clásicos fueron fieles a ese retrato del rey enajenado, pero lo cierto es que tras él se hallaba la hostilidad de los sacerdotes egipcios, que con el dominio persa sobre Egipto perdieron muchos de sus privilegios inveterados. Llamado urgentemente desde Persia para sofocar una rebelión del mago Gaumata, murió en el camino de regreso, en el verano del 522 a.C., sin herederos y en plena sublevación en la mismísima Persia.

El usurpador del trono, conocido como Gaumata, Bardiya o el falso Esmerdis go-

berno el imperio durante siete meses, tiempo en el que intentó granjearse simpatías mediante la supresión del tributo y el reclutamiento. Parece ser que tras la sublevación se hallaba una facción descontenta de la aristocracia persa, que no habría encajado bien el creciente poder de los medos y la extensión de sus costumbres en la corte. Según leemos en Heródoto, el mago Gaumata se hacía pasar por Esmerdis, el hermano de Cambises ejecutado por sus propias órdenes, aunque lo más probable es que la historia refleje una lucha dinástica entre los dos hijos de Ciro, Cambises y Esmerdis. Ante la incertezá, lo cierto es que un grupo de siete aristócratas persas planeó un complot ante la sospecha de que el rey regente era un usurpador. Una astucia llevó a uno de ellos, Darío, a hacerse con el cetro (522 a.C.), legitimado en la *Inscripción de Behistun* por la protección de Ahura-Mazda —el dios del culto iraní mazdeísta— y en ser hijo de Histaspes, un aqueménida, aunque lo más probable es que Darío no fuese tanto el restaurador de una dinastía como otro usurpador más. De lo que no cabe duda es que tras derrocar a Bardiya hubo de sofocar una larga crisis de alzamientos locales y conspiraciones en la propia corte que mantuvo al imperio convulso durante tres años.

Una de sus primeras acciones tras conseguir el cetro fue consolidar firmemente su poder mediante una política de enlaces matrimoniales con las hijas de la aristocracia persa. Asimismo, y no siendo propiamente un heredero de Ciro, desposó a dos de las hijas de aquél: Atosa, que antes había estado casada con Cambises y Bardiya, y Artistone. Darío fortalecía así el clan de los aqueménidas, una denominación que desde entonces se identificaría con el nombre de una dinastía.

Sofocadas todas las rebeliones, Darío no quiso ser menos que Ciro y Cambises y reprendió de nuevo la política ofensiva de la guerra de conquista. En el 518 a.C. envió a sus ejércitos al valle del Indo, que fue conquistado, ordenó el reconocimiento de la vía marítima entre el golfo Pérsico y el mar Rojo, y en Occidente retomó la empresa de extender el poderío persa en el Egeo, apoderándose de la isla de Samos. La mirada en Europa la enfocó primero hacia la conquista de las tribus escitas (513 a.C.), repartidas en la actual Crimea, al norte de Ucrania, campaña que acabó desastrosamente, pero que supuso la presencia permanente de un considerable contingente persa en Europa, que recuperó el control sobre las ciudades griegas del Helesponto y Tracia, conquistó Bizancio y la Calcedonia, además de las islas de Lemnos e Imbros. El fracaso fue pues relativo, ya que los persas habían pasado a reforzar el control sobre los estrechos y las islas griegas del litoral jonio. En el 510 a.C. Darío envió embajadores al reino macedonio de Amintas para solicitar «tierra y agua», símbolos del reconocimiento de su soberanía. En resumen, una política expansionista occidental que, sin duda, comenzó a inquietar a Grecia y que culminó con la revuelta jonia del 499 a.C. y la derrota persa en Maratón en el 490 a.C., procesos que nosotros estudiaremos detalladamente al analizar el conflicto greco-persa.

Si para las fuentes griegas Ciro era el monarca justo y Cambises el rey enajenado, Darío I será el soberano mercader. Lo cierto es que llevó a cabo una política económica que marcaría el futuro del Imperio aqueménida. Estableció en el imperio veinte gobiernos locales o satrapías, bajo la dirección de un sátrapa, y fijó para cada una de ellas el tributo correspondiente. A ello habría que sumar también la creación de una moneda de oro, el *dárico*, básicamente un patrón ponderal, y una red de calzadas reales que comunicaba todos los puntos del imperio, jalonadas aquí y allá con un gran número de postas que garantizaban la seguridad de los viajeros y las mercancías.

Sin embargo, la expansión persa en Europa animó a los egipcios a iniciar una rebelión. En el 487 a.C., estalló una insurrección en Egipto, una satrapía demasiado rica como para minimizar su pérdida. Mientras preparaba la expedición de castigo, Darío enfermó y murió en el 486 a.C. El imperio pasaba a manos de Jerjes, el hijo del rey y la princesa Atosa, la hija de Ciro.

En las fuentes clásicas, Jerjes (486-465 a.C.) es el paradigma del déspota, víctima de su inmensa soberbia y arrogancia (*hybris*), como podemos leer en *Los persas* de Esquilo. Con su reinado empieza según aquéllas la decadencia del imperio, las conjuras del harén, los asesinatos y las conspiraciones. En el terreno político-militar llevó a término la campaña de castigo contra Egipto preparada por su padre y en el 484 a.C. sofocó la revuelta con éxito. En el 479 a.C. aplacó también una rebelión en Babilonia, sin duda mucho más importante para la cohesión del imperio que la expansión por el Egeo. En cambio, la cruz de su política imperialista fueron sus derrotas contra los griegos, campaña preparada por el rey en persona entre los años 484 y 480 a.C. y que trataremos en un apartado posterior. Murió asesinado en el 465 a.C.

A Jerjes le sucedió su hijo Artajerjes I (465-424/423 a.C.), que de nuevo hubo de sofocar revueltas en Egipto, capitaneadas por el autoproclamado faraón Inaros. Durante su reinado se puso fin a la tensión entre Atenas y Persia con la firma de la paz de Calias (449 a.C.), por la que los atenienses desistían de sus pretensiones sobre Chipre y los persas se comprometían a respetar la autonomía de las ciudades jónicas. Tras su muerte reinó durante un mes y medio Jerjes II, asesinado por Sogdianos, que murió también seis meses después, víctima de las intrigas de Darío II (423-405/404 a.C.).

Durante el reinado de Darío II, que las fuentes griegas no se cansan de presentar como el gobierno efectivo de su ambiciosa y cruel esposa Parisátide, el escenario griego había cambiado: tras las guerras del Peloponeso (431-404 a.C.) y la derrota ateniense, el control de Grecia pasó a manos de Esparta, que desde el 412/410 a.C. había contado con el apoyo nada gratuito de los persas, que reclamaron compensaciones y aumentaron progresivamente su intervencionismo en los asuntos griegos. Sin embargo, el revés más duro para Darío II vino otra vez de Egipto, que en el 405 a.C. vio cómo una sublevación dirigida por el faraón Amirteo supuso la pérdida del dominio persa hasta el 343 a.C. Tras su muerte natural le sucedió en el trono su hijo Artajerjes II (404-359 a.C.), que pronto hubo de hacer frente a una rebelión proveniente de la parte occidental del imperio y orquestada por su hermano Ciro el Joven, muerto en la batalla de Cunaxa en el 401 a.C. Entre las tropas de Ciro el Joven se hallaba un general ateniense, Jenofonte, que relató en su *Anábasis* el atormentado regreso a casa de los mercenarios griegos. En el 386 a.C., los griegos reconocieron mediante la paz de Antálcidas o paz del Rey el control de Persia sobre Asia Menor y Chipre. Los persas habían fracasado en Maratón y en Salamina, pero sin duda controlaron la política de las ciudades griegas desde las guerras del Peloponeso hasta la aparición del Imperio macedonio. En el año 359 a.C. murió el rey y fue sucedido por Artajerjes III (359-338 a.C.), que en el año 343/342 reconquistó Egipto y ante el recelo que le originaba el aumento del poder de Filipo de Macedonia decidió prestar su apoyo a los grupos antimacedonios. Tras morir asesinado por el eunuco Bagoas, ascendió al trono Artajerjes IV (338-336 a.C.), al que sucedió finalmente Darío III (336-330 a.C.), el último monarca aqueménida, que perdió el imperio ante la ofensiva macedonia dirigida por Alejandro Magno. El macedonio mantuvo buena parte de las estructuras del Imperio aqueménida

y adoptó, para indignación griega, no pocas costumbres de los persas, en un proceso sentido por los suyos como una paulatina barbarización. La continuidad por parte de Alejandro de los usos persas autoriza el que haya sido considerado como el último aqueménida.

3. El Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental hasta la conquista persa

La historia del Próximo Oriente durante la primera mitad del I milenio a.C. se caracterizó por ser una época convulsa en la que reinos más o menos desarrollados y grandes imperios se disputaron fronteras e intercalaron periodos de paz e intercambios culturales y comerciales con no pocos momentos dominados por el ruido de las armas y el fragor de las batallas. Algo hemos dicho ya al exponer los orígenes y desarrollo del Imperio aqueménida, pero quizá resulte adecuada una breve síntesis de las transformaciones que se vivieron entonces, de la decadencia de formaciones estatales con una larga historia sobre sus espaldas, del letargo intermitente de algunos imperios o de la irrupción de algunas fuerzas emergentes.

3.1. LEVANTE

Al tratar de los conflictos greco-persas o de la creación del Imperio aqueménida una referencia, por breve que ésta sea, a lo que sucedió en los estados ribereños del Mediterráneo oriental se impone como necesaria porque dichos territorios, desde un punto de vista estratégico y comercial, llegaron a ser imprescindibles para muchos de los imperios que entonces existieron. Para los griegos supusieron importantes mercados (Al Mina), mientras que para el Imperio persa el contacto con los fenicios posibilitó, entre otras cosas, la creación de la marina real aqueménida.

Las ciudades fenicias desempeñaron un papel primordial en el comercio y en las estructuras productivas del Próximo Oriente y sus actividades mercantiles fueron estimuladas por todos los grandes imperios. Sabemos que se especializaron en la producción de bienes suntuosos, como muebles o tejidos, aunque en algunos de estos pequeños Estados fueron de suma importancia sus astilleros, capaces de construir las naves de los grandes Estados o de transportar por el Mediterráneo todo tipo de mercancías. Hay que recordar que los fenicios, en las cordilleras del Líbano, contaban con una enorme riqueza maderera y fue precisamente allí donde los persas construyeron la flota para sus campañas en Egipto y Grecia.

Junto a la larga historia de las ciudades fenicias como Biblos, Tiro o Sidón, destaca por su significación histórica la formación del estado de Israel, entre el 1200 y el 900 a.C. Sabemos que, tras la conquista de Babilonia, Ciro promulgó un decreto que autorizaba al pueblo judío su regreso a Jerusalén y la reconstrucción de sus templos.

En poder de los persas durante dos siglos, Alejandro Magno calibró la importancia de la zona de Palestina para desestabilizar al Imperio aqueménida: su conquista le abrió las puertas de Egipto y Mesopotamia.

3.2. EL IMPERIO NEOASIRIO (934-610 a.C.)

Ahora bien, si hubo una formación estatal que dominase el escenario del Próximo Oriente entre los siglos IX y VII a.C. ésa fue, sin duda, el Imperio neoasirio.

Aunque en la formación del nuevo imperio se distinguieron dos fases, del 934 al 745 a.C. y del 745 al 610 a.C., nos interesa especialmente la segunda, ya que es en ella cuando irrumpen con fuerza los reinos de los medos y de los persas. Si con Tiglath-Pileser III (744-727 a.C.) se puso fin al esplendor de Urartu y Babilonia cayó bajo control asirio, con Salmanasar V (726-722 a.C.) fue tomada Samaria y con ella caía el reino de Israel. Sargón II (721-705 a.C.) dominó la Frigia del rey Midas, mientras que la Lidia de Giges hubo de pedir después auxilio al rey Assurbanipal (668- ca. 630 a.C.) para hacer frente a las invasiones de los cimerios. Este último monarca extendió el Imperio neoasirio hacia Elam y arrasó su capital, Susa (646 a.C.), hecho que propició la ascensión de Media, que aglutinó más tarde a los insurgentes babilonios contra el yugo neoasirio y dirigió el ocaso del Imperio neoasirio y la destrucción de Nínive (612 a.C.), acontecimiento que impactó profundamente en la antigüedad.

3.3. ANATOLIA

De Anatolia hay que destacar durante la primera mitad del I milenio a.C. a Urartu, Frigia y Lidia. De los jonios, que ocupaban la costa septentrional de Anatolia y contaban con colonias en el mar Negro, trataremos al hablar del conflicto greco-persa.

Urartu (Armenia), donde se ubica el Ararat bíblico del arca de Noé, constituyó siempre una amenaza para Asiria, especialmente en lo relativo al control de las rutas que unían Mesopotamia con la meseta de Irán. Asolada por los cimerios y bajo control medo desde por lo menos el 585 a.C., poco sabemos de su decadencia y de la historia de la región hasta su reaparición como la satrapía aqueménida de Armenia.

No mucho más conocemos de Frigia y Lidia, para las que Heródoto y las fuentes arqueológicas constituyen nuestro principal apoyo documental.

El centro político de Frigia era Gordion (en la región de la actual Ankara) y su poder se extendió hasta el río Halis. Su riqueza pasó a ser proverbial en la mitología griega, como nos lo demuestran las historias de su rey Midas, que convertía en oro todo lo que tocaba. Gracias a Heródoto (I, 14) sabemos además que dicho rey inauguró una práctica habitual desde entonces entre los soberanos de Anatolia, como el lidio Creso o los reyes aqueménidas después: las ofrendas en los templos griegos.

Tras la destrucción de Frigia por los cimerios, extendió su poder Lidia, que desde su capital Sardes dominó las antiguas posesiones frigias. Este reino anatólico constituyó una amenaza para algunas de las ciudades jonias, que sin duda se hallaron bajo su control hasta la conquista del reino lidio por los persas en el 546 a.C. Su riqueza asombró también a los antiguos griegos y, en especial, la práctica habitual de las suntuosas ofrendas que los reyes lidios donaron a los santuarios griegos, Delfos especialmente. Bajo el mandato de su último rey, Creso, toda la Anatolia situada al oeste del río Halis, excepto Caria y Licia, se hallaba bajo el dominio lidio. Del río lidio Pactolo se extrajeron las pepitas de electrum para fabricar las primeras monedas de la historia.

3.4. BABILONIA

La historia de la Baja Mesopotamia durante la primera mitad del I milenio a.C. pasó por diferentes fases: estabilidad (siglo IX a.C.), graves desórdenes (siglo VIII a.C.), que culminaron con la invasión y dominación asiria (705-627 a.C.), y finalmente la liberación a manos de Nabopolasar (626-605 a.C.), el fundador del Imperio neobabilónico, que sería conquistado por Ciro el Grande cuando venció a su último soberano, Nabonido, en el 539 a.C.

Tras la victoria sobre Asiria, Media y Babilonia se convirtieron en los herederos del Imperio neasirio. Para Babilonia esta nueva coyuntura supuso un duro enfrentamiento con los egipcios, que anhelaban tras el derrumbe asirio controlar el Levante. En el año 605 a.C., Nabucodonosor (604-562 a.C.) consiguió la victoria sobre Egipto en Carchemish y tomó también Jerusalén y Tiro. El rey victorioso transformó Babilonia en la legendaria gran ciudad de los jardines colgantes, una de las siete maravillas del mundo antiguo, y su figura fue tan importante que el propio Ciro, cuando conquistó Babilonia, se presentó ante sus súbditos como el continuador y restaurador de la esplendorosa política de Nabucodonosor, llegando a ser Babilonia una de las satrapías más importantes del Imperio aqueménida.

3.5. EGIPTO

Si Mesopotamia fue vital para la economía del Imperio persa, no menos importante fue Egipto, del que los reyes aqueménidas fueron faraones en los dos periodos distintos de su dominación sobre el país del Nilo (XXVII y XXXI dinastías). Sin embargo, bajo la XXVI dinastía, durante el periodo saíta, Egipto vivió una época de estabilidad relativa hasta que en el 570 a.C. el usurpador Amasis derrotó al faraón Apries.

La XXVI dinastía fue fundada por Psamético I, que, tras suceder a su padre Neco I en el trono de Sais, inició su reinado como cliente del Imperio asirio y consiguió después la independencia con la ayuda de mercenarios lidios, griegos y carios. Según Diodoro de Sicilia (I, 66-67), fue precisamente este faraón el que abrió el país a los mercaderes griegos y fenicios y hacia el 625 a.C. existía ya una colonia mercantil griega en el norte del país: Náucratis.

Apries, tras la traición de su general Amasis, buscó refugio en la corte babilonia de Nabucodonosor II, que lo ayudó infructuosamente a recuperar el trono. Y aunque el tirano de Samos, Polícrates, amasó una enorme fortuna proporcionando mercenarios al faraón Amasis, ello no impidió que pronto su imperio se viese amenazado por un nuevo enemigo: Persia. La coalición de Egipto, Babilonia y Lidia no pudo frenar la expansión de los persas y, poco después de la muerte de Amasis, Cambises conquistó el Egipto de Psamético III en el 525 a.C.

Artajerjes II fue el último rey de la primera dominación aqueménida sobre Egipto y hubo que esperar hasta Artajerjes III para que se iniciase la segunda dominación persa del país y se inaugurase la XXXI dinastía, que reinó hasta el 333 a.C., año en el que Alejandro Magno conquistó el país del Nilo.

3.6. MEDIA

De Media hemos hablado ya al referirnos al origen y desarrollo del Imperio aqueménida, pero algo hay que decir también sobre su historia política. La capital del reino de los medos era Ecbatana (la actual Hamadán) y hacia mediados del siglo VII a.C., uno de sus reyes, Ciaxares, extendió su territorio a costa del Imperio neasirio. En el 585 a.C. llegó hasta la frontera del río Halis, en Anatolia, frontera del reino lidio de Creso y desde entonces la frontera entre ambos estados. Heródoto (I, 95-106) nos explica que los medos crearon un gran imperio en torno al 700 a.C., conquistado como hemos visto ya por Ciro tras vencer al último monarca medo, su abuelo Astiages, en el 553 a.C.

4. Las guerras médicas

En el libro I de las *Historias* de Heródoto leemos que el origen del conflicto entre griegos y asiáticos —Asia era el nombre que los griegos asignaron al Próximo Oriente— hay que buscarlo en el raptó de mujeres. Primero los fenicios raptaron a la argiva Ío y, en respuesta, los cretenses raptaron, en Tiro, a Europa. Poco tiempo después los argonautas actuaron igual en la Cólquide con Medea y, como contrapartida, Paris raptó a Helena en Esparta, dando así inicio a la primera guerra entre griegos y asiáticos, la guerra de Troya, y con ella al origen de una vieja enemistad. En esta historia nos movemos por supuesto en el ámbito del mito, pero si apartamos el velo de leyenda que reviste, lo que se esconde tras ella es con seguridad la memoria de un conflicto por el control de una zona vital desde un punto de vista comercial. Es aquí, seguramente, donde hay que buscar no sólo el origen del conflicto greco-persa, sino también la expansión del Imperio aqueménida hacia la ribera del Mediterráneo oriental, las costas del mar Negro o la Tracia europea (actualmente repartida entre Grecia, Turquía y Bulgaria), a saber, la necesidad de controlar un territorio y unas vías de comunicación vitales desde un punto de vista económico —recordemos que la zona de Crimea, en el mar Negro, y Egipto fueron los graneros tradicionales del Mediterráneo oriental en la Antigüedad.

4.1. JONIA

Tras la derrota de Creso a manos de Ciro el Grande, las ciudades griegas de Jonia pasaron de pagar tributo al rey lidio (Heródoto I, 27) a formar parte del Imperio aqueménida. En la reforma administrativa llevada a cabo tiempo después por Darío I (Heródoto III, 89-90) los griegos de Asia Menor fueron incluidos en cuatro circunscripciones, a cada una de las cuales, en función de la riqueza territorial, le correspondió pagar el tributo estimado en talentos de plata. Hacia el 500 a.C., Asia Menor estaba dividida entre tres satrapías: Capadocia, Sardes y Dascilio (la Frigia helespóntica). A ellas hay que añadir Cilicia, que si bien no era propiamente una satrapía, sus dirigentes aceptaron la condición de estado satélite del Imperio aqueménida. Lo mismo podríamos afirmar de Caria o Licia, que disfrutaron como clientes de Persia de un cierto grado de autonomía. Para los persas, los griegos de Asia Menor eran todos jonios (*Yau-*

na), aunque en realidad se trataba de los eolios al norte, los jonios en el centro y los dorios al sur.

Una buena prueba de que la situación hubo de ser favorable para las ciudades jonias es que, cuando Darío I ascendió al trono, éstos no se sumaron a los otros territorios que, como Babilonia o Media, intentaron sacudirse el yugo persa (522-518 a.C.). Hay que recordar también que fueron los comandantes griegos los que se negaron a abandonar a su rey Darío en el Istro (Danubio), cuando éste tuvo que huir precipitadamente de los escitas (513-512 a.C.). Frente a la insistencia de los embajadores escitas o de Milcíades, el futuro héroe de Maratón, de que su traición al rey les abriría las puertas de la libertad, los tiranos jonios allí presentes prefirieron seguir el prudente consejo de Histieo de Mileto, sin duda revelador del porqué las aristocracias jonias aceptaron el *statu quo* aqueménida: por aquel entonces todos eran tiranos de una ciudad gracias a Darío I y sólo con el apoyo de los persas se mantendrían en el poder frente al empuje emergente de una mayoría que prefería la instauración de la democracia (Heródoto IV, 137-138).

Sabemos, pues, que las ciudades jonias vivían a nivel económico una situación favorable en un inmenso imperio que facilitaba el comercio, pero a nivel político-social empezaban a manifestarse desórdenes civiles entre los descontentos con la tiranía. Es en este contexto en el que debemos encuadrar el primer conflicto real entre los griegos y los persas: la revuelta jonia.

4.1.1. La revuelta jonia (ca. 500-493 a.C.)

La revuelta en Jonia va asociada para Heródoto (V, 28-37, 49-51, 97-126; VI, 1-43) al nombre de Aristágoras de Mileto. Deseoso de complacer a los persas y anhelando ser nombrado gobernador de las Cícladas, con el aval de Darío, comandó en el 500 a.C. una expedición de castigo contra la isla de Naxos, con la intención de que la aristocracia naxia recuperara el poder perdido frente a la emergencia popular. Tras el desastre de la campaña y temiendo por su destino, Aristágoras, en una huida hacia delante, promovió la revuelta jonia. A la casuística unipersonal se han sumado otras posibles hipótesis de la rebelión: causas de orden económico, como consecuencia del tributo, o un cierto declive financiero de Mileto, a causa de la competencia ateniense. Quizá sea más acorde con la realidad el ver en la revuelta un origen político, a saber, la aparición de fuerzas democráticas que trabajaban para subvertir las tiranías mantenidas por los persas e instaurar un nuevo orden político. En el 499 a.C. el astuto Aristágoras abolió la tiranía y proclamó en Mileto la *isonomía* (Heródoto V, 37), consiguiendo de esta manera extender el apoyo social a la rebelión y salvaguardar su persona. Acto seguido, y tras ver cómo fracasaba su viaje a Esparta para recabar apoyo para la rebelión, consiguió una simbólica colaboración ateniense que, en calidad de metrópoli de los jonios, envió veinte barcos, que se sumaron a los cinco enviados por Eretria.

En el 498 a.C. una *razzia* jonia sobre Sardes acabó con el incendio de la ciudad, pero no con su capitulación, ya que fue defendida valerosamente por los soldados persas. Pasto de las llamas, junto a las casas de caña y adobe ardió el templo de Cibele, sacrilegio que sirvió después como pretexto a los persas para en venganza incendiar los templos de Grecia (Heródoto V, 102). Posteriormente los jonios fueron vencidos frente a Éfeso, ésta fue sometida de nuevo y atenienses y eritreos dirigieron las proas de

sus barcos con rumbo a casa. En la conducta ateniense quizá actuase el contencioso con Egina y la influencia creciente de los partidarios de la reinstauración de la tiranía, que contaban con el apoyo de Persia. El efecto, sin embargo, fue que el incendio de Sardes animó a otras ciudades jonias a la insurrección: Caria se unió a la rebelión, Bizancio fue conquistada por los jonios y otras ciudades del Helesponto o la estratégica Chipre optaron por la defección de Persia.

La respuesta no se hizo esperar y, aprovechándose de su superioridad en el 497 a.C., los persas, gracias a las disensiones entre las propias ciudades chipriotas, recuperaron Chipre y pronto controlaron también Caria, huyendo Aristágoras de Mileto, que moriría poco después luchando contra los tracios.

El último episodio de la revuelta se resolvió en el mar. Los jonios, tras los desastres en los enfrentamientos terrestres, intuyeron que el éxito sólo podía venir de un enfrentamiento naval, decisión que fue acordada en una reunión de los delegados sublevados convocada en el cabo Panonio, un lugar sagrado de Mícale de carácter anfictionico, es decir, que reunía alrededor de un culto religioso a las ciudades que compartían una misma ideología y unos vínculos de hermandad. Tal fue así que decidieron enfrentarse a los persas frente a Mileto, en la isla de Lade. Los persas, una vez más, mostraron su astucia política y enviaron a los antiguos tiranos depuestos a ofrecer a sus conciudadanos una amnistía si desistían de la sublevación. Tal estrategia tuvo su efecto sobre los samios, mientras que los habitantes de Quíos lucharon denodadamente hasta el final. Los sublevados fueron vencidos finalmente en Lade en el 494 a.C. y en el otoño del mismo año los persas tomaban Mileto. En el 493 a.C. cayeron también Quíos, Lesbos y Tenedos y la represión persa se extendió a varias ciudades, pero fue especialmente encarnizada contra la ciudad de Mileto, que por liderar la rebelión vio cómo sus más bellos jóvenes eran convertidos en eunucos y las doncellas más sobresalientes eran enviadas como concubinas al harén del Gran Rey. Mujeres y niños fueron convertidos en esclavos, los hombres masacrados y los supervivientes deportados, parte de su territorio fue cedida a los carios y el santuario de los Bránquidas en Dídima, consagrado a Apolo, arrasado por el fuego.

Más allá de la captura de Mileto, los persas pronto pusieron manos a la obra en la reconstrucción de la región y, en el 493 a.C., Artafernes convocó en Sardes a los delegados de las ciudades, obligó a sus dirigentes a establecer acuerdos entre ellos que evitasen los saqueos y pillajes mutuos, se llevó a cabo el catastro del territorio y se fijó el tributo correspondiente. Pero la muestra más palmaria del posibilismo político persa fue la medida tomada por Mardonio, el sustituto de Artafernes en el 492 a.C., como máximo representante del Gran Rey al mando de las tropas terrestres y navales en Asia Menor: depuso a los tiranos jonios y estableció la democracia en las ciudades (Heródoto VI, 43). Es posible que Quíos, Samos o Lámpsaco conservasen la tiranía como régimen político, pero lo cierto es que las medidas persas fueron del agrado de los jonios, que en la segunda guerra médica no abandonaron tampoco a Jerjes.

Tras la reinstauración del orden en Jonia, Darío continuó enérgicamente su política en el Egeo. En el 492 a.C., Mardonio llevó a cabo una expedición en Tracia, que consolidó el territorio como satrapía, y el enclave más importante de la zona, la isla de Tasos, hubo de resignarse a la soberanía persa. También Macedonia aceptó sin resistencia la sumisión al Gran Rey. Los persas controlaban así todos los pueblos hasta Tesalia y su presencia consolidada en Europa no hizo sino aumentar los temores de los

griegos continentales, que quizá se arrepintieron pronto del poco entusiasmo puesto en ayudar a sus hermanos jonios.

4.2. LA PRIMERA GUERRA MÉDICA: MARATÓN (490 A.C.)

En el 491 a.C. los persas iniciaron la construcción de una gran flota, con la intención inequívoca de poder transportar a Grecia su arma más poderosa: la caballería. Previamente, y como ya habían hecho con anterioridad, enviaron a sus heraldos para solicitar la tierra y el agua en señal de reconocimiento a la sumisión. Atenas, Esparta y Platea se opusieron, las dos primeras asesinando a los embajadores persas (Heródoto VII, 133), mientras que muchas ciudades del continente y Egina aceptaron la soberanía aqueménida. Una división que no hace sino poner de nuevo de manifiesto cuál fue la actitud de las *poleis* griegas en relación a aceptar o no el supuesto yugo persa.

El objetivo era someter las Cícladas y reducir a la esclavitud a Atenas y Eretria, sin duda como venganza por el apoyo a la revuelta jonia y, en especial, por el incendio de Sardes. Naxos fue arrasada, sus habitantes convertidos en esclavos y sus templos reducidos a cenizas, mientras que la isla de Delos, lugar de nacimiento de Apolo y Artemis, vio cómo los persas ofrendaban, según Heródoto (VI, 97), unos once mil kilos de incienso, ambos casos, respectivamente, una manifestación persa de cuál era el trato que estaban dispuestos a dar a quienes contestasen su autoridad y a los que la aceptasen de buen grado. Poco después cayó Eretria, que vio también cómo sus templos eran pasto de las llamas y sus gentes reducidas a la servitud y deportadas a la satrapía de la Susiana, en el golfo Pérsico. La campaña cumplía progresivamente sus objetivos y tan sólo restaba cumplir venganza de Atenas.

En el mes de septiembre del 490 a.C. los persas desembarcaron en Maratón, una zona que contaba con partidarios de los pisistrátidas, los antiguos tiranos de Atenas. No olvidemos que el viejo tirano ateniense depuesto en el 510 a.C., Hippias, acompañaba a los persas, entre los que había disfrutado de un plácido exilio, y que posiblemente fue el responsable de la elección del lugar, sin duda una decisión sorprendente ya que, en contra de lo afirmado por Heródoto (VI, 102), Maratón no era la zona más apropiada del Ática para el despliegue de la caballería persa. Se ha especulado también de que se tratase de una estratagema para conseguir que los hoplitas atenienses se dirigieran hacia Maratón y dejasen desprotegida la ciudad de Atenas, pudiendo así los persas, dividiendo sus tropas, asaltar la ciudad sin resistencia y gracias a los apoyos con los que contaban entre los atenienses. Lo cierto es que la estrategia dio el resultado previsto ya que éstos, comandados por el estratego Milcíades, se dirigieron hacia la explanada de Maratón, donde se les unieron seiscientos hombres de Platea. Los hoplitas atenienses y plateenses se lanzaron al combate y consiguieron la victoria sobre los persas, con un balance en pérdidas que reviste tintes de leyenda: ciento noventa y dos bajas entre el contingente griego, seis mil cuatrocientas entre los soldados persas.

Sin embargo, el objetivo persa era Atenas. Los atenienses se apoderaron tan sólo de siete naves, pero el resto de la flota persa dobló el cabo Sunio con la firme voluntad de llegar a Atenas y parece ser que contaron con el apoyo velado de los Alcmeónidas, que habrían indicado a los persas el momento para actuar con el apoyo de la aristocracia filopersa ateniense, colaboración que Heródoto se esfuerza por desmentir

(Heródoto VI, 115, 121-124). La escuadra persa apareció en la bahía de Falero con la vista puesta en su objetivo primordial, pero, para su sorpresa, Milcíades se les había anticipado y ya ocupaba una posición defensiva, hecho este que disuadió a los persas de iniciar la toma de la ciudad y los convenció de poner rumbo de nuevo hacia Asia. Los espartanos, a consecuencia de que tenían prohibido salir en campaña antes del plenilunio, llegaron con un día de retraso (Platón, *Leyes*, 698e y *Menexeno*, 240c), eventualidad con la que sin duda contaban los persas, que sabrían que en aquellas fechas los lacedemonios celebraban las Carneas, fiesta relacionada con la cosecha y consagrada a Apolo, que impedía hasta su conclusión su disponibilidad para el combate.

La victoria de Maratón tuvo, con certeza, consecuencias mucho más importantes para los griegos que para los persas, que vieron cómo su estrategia se desbarataba ante la superioridad de los hoplitas como formación militar. Para el Gran Rey, el fracaso no era, ni mucho menos, tan estrepitoso: de los tres objetivos que se había marcado, las Cícladas, Eretria y Atenas, vio cumplidos dos y se impuso un tributo a buena parte de los griegos. Por otra parte, en la corte del Gran Rey la expedición no habría sido concebida como tan importante ya que Darío I ni tan siquiera participó en ella, aunque por ello no debemos devaluar el triunfo ateniense —Plutarco nos acusaría, como hizo con Heródoto, de atenuar el brillo de tal victoria (*Sobre la malevolencia de Heródoto*, 26 = *Moralia* 862 B)—, sino tan sólo indicar que el objetivo persa en el 490 a.C. no era la conquista de Grecia sino únicamente una expedición de castigo.

Muy diferente fue el significado de la victoria de Maratón para los atenienses, ya que constituyó un evento político de primera magnitud, un valor mítico para la conciencia colectiva de la ciudad: con la victoria del ciudadano-hoplita, se reforzó el régimen democrático instaurado por Clístenes, se afianzó en Grecia el prestigio de Atenas frente a Esparta y la Liga Peloponesia y se creó el mito de Maratón, esto es, se fraguó una conciencia patriótica orgullosa y segura de sí misma y el impulso que puso en marcha la creación del Imperio ateniense. Nunca hasta la fecha ningún soldado había sentido tanto orgullo como el combatiente de Maratón, baste recordar el ya citado epitafio de Esquilo. El recuerdo de la batalla fue piadosamente conservado en la memoria colectiva: se elevó *in situ* un túmulo destinado a las cenizas de los caídos y que todavía hoy puede contemplarse, se inauguraron cultos heroicos, como el del héroe Maratón, y en honor de las ciento noventa y dos víctimas griegas igual número de figuras se montaron después en el friso del Partenón.

Una última reflexión se impone. La diversidad de reacciones entre los dirigentes griegos ante la amenaza persa ofrece una nítida radiografía de la situación política en Grecia. Si para Egina, por ejemplo, una victoria persa supondría la derrota de su eterno rival, Atenas; para Argos, el éxito de la campaña de castigo del Gran Rey se traduciría en el final de la hegemonía espartana en el Peloponeso. Sin olvidar tampoco a todos los atenienses partidarios de la tiranía, que alimentaban sus esperanzas de asaltar de nuevo al poder con el apoyo de Persia. Aparece en las ciudades-Estado griegas —y no dejará de aparecer en los dos siglos de relaciones greco-persas— lo que ya en la Antigüedad se llamó el *medismo*, es decir, la acusación de colaboración con los persas, una actitud que éstos pronto intuyeron que era su verdadera quinta columna en Grecia, acusación extensible también a los casos de aquellas ciudades-Estado griegas que, como Argos, ocultaron bajo la máscara de la neutralidad la deslealtad a la causa helena. Ni siquiera en los momentos más críticos de la segunda guerra médica los griegos

superaron sus diferencias para hacer frente conjuntamente al enemigo. Sus intereses particulares, de ciudades o de aristocracias locales, se impusieron una y otra vez a la unidad de todos los griegos. Ser griego estuvo siempre muy por detrás de ser ateniense, lacedemonio o tebano.

Por lo que respecta al héroe de Maratón, el estratego Milcíades, investido de una sólida reputación, continuó sus campañas contra los persas y dirigió una expedición de castigo contra Paros, que había colaborado con los medos. Su ataque fue infructuoso y acabó en un estrepitoso fracaso, hecho que le valió una multa, impuesta por el mismo pueblo que lo laureó tras la victoria de Maratón, y moriría poco después de la gangrena en un muslo como consecuencia de una herida durante la campaña paria (Heródoto VI, 132-136).

4.3. LA SEGUNDA GUERRA MÉDICA: SALAMINA (480 A.C.) Y PLATEA (479 A.C.)

Si la primera guerra médica fue tan sólo por parte persa una campaña de castigo o represalia por la revuelta jonia, la segunda guerra médica, comandada por el propio Jerjes, sí que iba a ser una verdadera operación de conquista, preparada concienzudamente y esta vez sin descuidar la logística que garantizase el éxito de la empresa.

En los diez años que separan un conflicto de otro en Atenas sucedió algún evento y se tomó más de una decisión determinante para la nueva victoria de Grecia sobre el Imperio aqueménida. Tras todas y cada una de estas acciones se hallaba la figura de Temístocles, el hombre fuerte de la Atenas del momento y el artífice del segundo gran triunfo griego sobre los persas.

En el 483-482 a.C. fue descubierto un riquísimo filón de plata en el monte Laurión, en el Ática. Temístocles supo persuadir a sus conciudadanos de que los beneficios del mismo, mejor que repartirlos entre la comunidad, había que destinarlos a la construcción de una flota, garantía de la seguridad de Atenas frente a la amenaza persa y que la colocaría al frente de las ciudades griegas. Probablemente, el estratego era consciente de que la utilidad ideológica del mito de Maratón podía girarse contra los propios atenienses generándoles una falsa seguridad. La construcción de doscientas trirremes (Heródoto VII, 144) completaba así otra medida impulsada por él años atrás: la fortificación del Pireo (Tucidides I, 14). Con certeza, debemos pues ver en él al creador de la potencia naval ateniense, no sólo con la intención de hacer frente a la posible invasión persa, sino al contencioso con la vecina Egina por la supremacía comercial en el Mediterráneo oriental, ya que Heródoto nos informa que en el 483-482 a.C. su objetivo prioritario era combatir enérgicamente contra los eginetas (Heródoto VI, 81, 87).

En el otoño del 481 a.C., a instancias según Plutarco también de Temístocles (*Temístocles* 6), los delegados de las ciudades griegas se reunieron en el templo de Poseidón, en Corinto, con la intención de superar las disensiones entre las diferentes *poleis* y aunar fuerzas para resistir a la invasión persa. El acuerdo ponía fin a las guerras en Grecia, en especial a los enfrentamientos endémicos Atenas/Egina y Esparta/Argos, y autorizaba el regreso de los exiliados a sus ciudades. Quizá inspirada en la Liga Peloponesia, nació así la llamada Liga Helénica o de Corinto y entre las ciudades-Estado que enviaron delegados destacaron Esparta y Atenas. Se decidió también el envío de

espías a Sardes para conocer los preparativos del rey Jerjes y fueron enviados emisarios a Argos, al tirano Gelón de Siracusa, a Corcira y a Creta con la intención de que el mundo griego formase un frente común contra la amenaza bárbara (Heródoto VII, 145), aunque lo cierto es que no en todas estas ciudades-Estado se halló la adhesión esperada. Asimismo, el mando supremo de la liga le fue concedido a Esparta, a la cabeza de la Liga Peloponesia, que contaba con el mayor número de ciudades participantes.

Mientras tanto, los persas hicieron los preparativos logísticos necesarios para garantizar la marcha hacia Grecia de un ejército que, por su número, habría de causar pavor. En los años anteriores se habían construido, bajo la dirección del griego Harpalo, dos puentes de barcas sobre el Helesponto para el paso de la armada persa, depósitos de viveres en Tracia y Macedonia, un canal en el monte Atos y se abrieron rutas en Tracia. Una violenta tempestad rompió los cables de sujeción de las barcas, ante lo cual Jerjes ordenó que se le propinasen al mar trescientos latigazos y se arrojasen al agua un par de grilletes (Heródoto VII, 35), otra muestra más para los griegos de la arrogancia del Gran Rey, que ignoró los presagios desfavorables que desaconsejaban la invasión de la Hélade.

En la primavera del 480 a.C., la inmensa armada multiétnica de Jerjes —cuarenta y seis naciones (Heródoto IX, 27)— iniciaba su marcha hacia Europa, en contra del consejo del sabio Artabano e instigado no sólo por Mardonio, primo y cuñado del rey que aspiraba a obtener el mando de la futura satrapía de Grecia, sino por los exiliados griegos: los Alévdadas de Tesalia, los Pisistrátidas de Atenas y el rey Demarato de Esparta, que esperaban que la victoria de Jerjes se traduciría en su restitución en el poder. Ante la presencia de los persas no pocas ciudades griegas se aprestaron a subordinar los intereses de Grecia a la supervivencia particular.

Las cifras de los efectivos persas rozaban lo increíble: cinco millones doscientos ochenta y tres mil doscientos hombres (Heródoto VII, 186), que agotaban el caudal de todos los ríos que se encontraban al paso, y mil doscientos siete navíos (Esquilo, *Persas*, 341-3; Heródoto VII, 190). Los historiadores modernos han rebajado substancialmente las cifras del contingente persa y se supone que entre fuerzas terrestres y navales el total de soldados persas, venidos desde todos los pueblos del imperio, ascendería a unos cuatrocientos mil hombres.

A petición de los tesalios, los aliados decidieron enviar diez mil hombres para ocupar las gargantas de Tempe, en la frontera entre la Baja Macedonia y Tesalia. Pero aquéllos, poco esperanzados sobre el éxito del enfrentamiento contra el persa, decidieron pasarse al enemigo y engrosar los ejércitos de Jerjes (Heródoto VII, 174). Un cambio estratégico se impuso entonces y se optó por establecer una línea defensiva en el desfiladero de las Termópilas, que abría el paso a la Grecia central. Por lo que respecta a la estrategia naval se consideró lo más acertado concentrar la flota en el cabo Artemisio, en la costa norte de Eubea.

Para los persas, en cambio, el inicio de la campaña fue una vez más desafortunado. Una tempestad en el cabo Sepiade, en Magnesia, provocó, junto a las pérdidas en la indecisa batalla naval de Artemisio, que una parte de la flota meda fuese destruida. En tierra, la élite de la armada de Jerjes tuvo no pocas veces que volver sobre sus pasos ante los ataques de los hoplitas griegos, especialmente contingentes peloponesios, que concentrados en las Termópilas al mando del espartano Leónidas ascendían aproximadamente a unos cinco mil soldados. El rey espartano Leónidas, al mando de trescientos

espartiatas, impidió hasta el final el paso de los ejércitos de Jerjes, pero la traición de un tal Epialtes mostró a los persas un sendero que les permitió acorrallar a los contingentes griegos, retirándose unos y mostrándose dispuestos a morir junto a Leónidas y otros. Entre los que allí permanecieron junto al rey espartano se hallaban los tebanos, en calidad de rehenes por haber abrazado la causa de los medos, y los tespios, que eligieron morir junto a los trescientos espartiatas (Heródoto VII, 201-238). La derrota de las Termópilas (agosto del 480 a.C.) pasó, junto a los triunfos en Maratón, Salamina o Platea, a formar parte del imaginario mítico de la heroicidad griega, la del noble destino, la gloria eterna y la bella muerte cantada por el poeta lírico Simónides de Ceos (5D; 26P).

La caída de las Termópilas suponía que los contingentes persas tenían abierto el paso hacia Grecia. La armada de Jerjes extendió el pánico a su paso: la Fócide fue bañada en fuego y sangre, la misma suerte corrieron Tespias y Platea, las únicas ciudades de Beocia que no habían abrazado la causa de los medos, y los persas se colocaron en las puertas del Ática. Sin embargo, antes de su llegada, los atenienses, siguiendo el consejo de Temístocles en la interpretación de unos oráculos délficos (Heródoto VII, 140-142), habían evacuado la ciudad de Atenas y habían instalado a su gente en las islas de Salamina y Egina (Heródoto VII, 143; decreto de Trecén, *ML* 23). Los persas ocuparon la Acrópolis, saquearon y quemaron los templos y mataron a los suplicantes (Heródoto VIII, 53). Acto seguido Jerjes envió un emisario a Susa para anunciar su victoria y ordenó a los exiliados atenienses que le acompañaban, los parientes del depuesto tirano Hipias, que sacrificasen con arreglo al ritual ateniense.

La situación volvía a mostrarse crítica para los griegos, pero una vez más la audacia de Temístocles convenció a los aliados para que librasen batalla naval contra los persas en la bahía de Salamina, contra la voluntad de los peloponesios que preferían atrincherarse en el istmo de Corinto (Heródoto VIII, 59-63), una estrategia absurda ante un ejército terrestre abrumadoramente superior como se había puesto de manifiesto en Tempe o en las Termópilas. Los atenienses para que se respetase su elección esgrimieron la superioridad de su flota en el conjunto de la escuadra aliada y amenazaron con que si no se atendía su petición abandonarían la lucha y se establecerían en Italia.

Jerjes, y en contra del consejo de la reina Artemisia de Halicarnaso, que luchaba a su lado, ordenó que la flota persa combatiera contra los griegos en la angosta rada de Salamina. El 22 o 23 de septiembre del 480 a.C. la escuadra persa era apresada, como los atunes en la almadraba, en Salamina: los griegos atrajeron a la flota enemiga hacia el estrecho y las naves persas se molestaron unas a otras, mientras los griegos las rodeaban en círculo e iban estrechando la red (Esquilo, *Persas*, 419-428). Jerjes, desde su trono instalado en el monte Egáleo, frente a Salamina, contempló cómo los navíos fenicios y griegos asiáticos de su flota eran derrotados estrepitosamente por un número substancialmente inferior de barcos aliados (Heródoto VIII, 83-90). Según leemos en Diodoro de Sicilia (XI, 19, 3), los griegos perdieron cuarenta navíos, los persas más de doscientos, a los que habría que sumar los capturados por Aristides en el islote de Psitalea (Esquilo, *Persas*, 441-465; Heródoto VIII, 95).

Ante la derrota de Salamina Jerjes huyó, una decisión que no deja de ser sorprendente, especialmente si tenemos en cuenta que sus fuerzas terrestres estaban casi intactas. Heródoto juzga como motivo el hecho de que el Gran Rey creía que los griegos

iban a destruir los puentes sobre el Bósforo y, por tanto, imposibilitar su regreso a Asia, pero tampoco es la explicación más convincente si tenemos en cuenta que los persas contaban con una flota suficiente para garantizar la repatriación de sus tropas. Abandonando Europa, Jerjes no desistía de su propósito, el invierno estaba cerca y tampoco no era inusual entre los aqueménidas que las campañas militares no estuvieran siempre al mando de su rey, como hemos visto en el caso de la primera guerra médica. Tras debatir con sus consejeros, especialmente Mardonio y Artemisia, resolvió regresar a Asia acompañado por un ejército comandado por Artabazo y dejar sobre el terreno a una armada de élite al mando de Mardonio, que se mostró favorable a hibernar en Tesalia para así proteger Beocia y las buenas vías de comunicación con Asia a través de Macedonia y Tracia. Pero como una prueba más del posibilismo aqueménida, el comandante persa optó por cambiar la fuerza de las armas por la palabra persuasiva de la negociación diplomática y conseguir así ganarse la voluntad de los griegos.

Mardonio envió entonces a Atenas a uno de sus principales aliados en Grecia: Alejandro de Macedonia, que había recibido tiempo atrás de los atenienses los títulos de *próxeno* (una especie de cónsul) y bienhechor (*évergètes*). El rey macedonio les transmitió la propuesta meda: Jerjes les garantizaba el perdón, la autonomía de su territorio y la reconstrucción de los santuarios (Heródoto VIII, 140). Los atenienses rechazaron la oferta y esgrimieron como argumento el que para ellos era imperativa la defensa de la libertad (*eleuthéria*) de Grecia (Esquilo, *Persas*, 402-405) y por primera vez aparece en la historia de la literatura griega la defensa de la grecidad (*to hellénikon*), a saber, la identidad racial y lingüística, la comunidad de santuarios y sacrificios a los dioses, así como los usos y costumbres similares de los griegos (Heródoto VIII, 144). Una identidad o solidaridad helena que los peloponesios no sintieron como tan imperativa si tenemos en cuenta que decidieron concentrar sus energías en poner fin a los trabajos de fortificación del istmo de Corinto, una defensa militar contra el persa e ideológica entre dos maneras distintas, la de Esparta o la de Atenas, de concebir la grecidad, maneras que marcaron todo el siglo V a.C.

Mardonio, convencido de la oportunidad de la negociación diplomática, volvió a enviar un embajador a Salamina, donde se habían refugiado los atenienses, manteniendo la oferta transmitida por el rey macedonio. Rechazada nuevamente, los atenienses optaron por enviar sus navíos a Delos, en donde se hallaba inactivo el resto de la flota aliada, mientras que la escuadra persa aguardaba a la expectativa en Samos, sin duda con la finalidad manifiesta de proteger Jonia. Esparta, no sin la demora que requería la finalización de la fortificación del Istmo y ante el ultimátum ateniense, envió al mando del rey Pausanías a cinco mil espartiatas acompañados de treinta y cinco mil hilotas y cinco mil periecos (Heródoto IX, 29). Mardonio, antes de volverse a replegar en Beocia, saqueó e incendió de nuevo Atenas y abandonó el Ática, antes de la llegada de los lacedemonios y, según Heródoto (IX, 13), por considerar el territorio desfavorable para la caballería persa.

La batalla decisiva iba a tener lugar esta vez en Platea, en Beocia. Los aliados griegos enviaron también allí a sus fuerzas, y fue allí mismo donde juraron todos a favor de la unidad, es el llamado juramento de Platea (Licurgo, *Contra Leócrates*, 80-81; Diodoro de Sicilia XI, 29, 2; inscripción ateniense del siglo IV a.C. = Tod 204, 5-20). Ciento diez mil aliados helenos (Heródoto IX, 28-30) frente a trescientos cincuenta mil soldados persas, de los cuales cinco decenas de mil eran griegos. Pese a los

prudentes consejos del sabio Artabazo, que aconsejaba refugiarse en el recinto amurallado de Tebas, y la muerte de Masistio, el prestigioso jefe de la caballería persa. Mardonio decidió atacar. No contaba, sin embargo, con que iba a ser traicionado por su aliado Alejandro de Macedonia, que reveló a los atenienses los planes persas, apelando, y como muestra también del posibilismo griego, a la libertad de Grecia y al temor a contemplar cómo la suerte de los helenos se trocaría en esclavitud si vencía Mardonio (Heródoto IX, 44-45). Éste halló la muerte en el fragor de la batalla y los persas, demoralizados por la pérdida de su comandante, sufrieron en Platea, en el 479 a.C., otra severa derrota frente a los hoplitas griegos.

La libertad había vencido otra vez y, tras el reparto del suntuoso botín, los griegos ofrendaron en los santuarios, especialmente en Delfos, en donde se erigió un trípode de oro que se alzaba sobre una columna de bronce en forma de serpiente en la que se hallaban inscritos los nombres de treinta y una de las ciudades que combatieron en Platea (ML, 27), ofrenda que, por cierto, fue trasladada por el emperador Constantino a Constantinopla y que todavía hoy podemos contemplar en el hipódromo de Estambul. En época de Plutarco, cada cuatro años, todavía se celebraban en Platea y en otras ciudades las fiestas panhelénicas de la libertad, en honor de los caídos en la batalla, las *Eleuthéria*.

El mismo día del desastre de Platea, los persas sufrieron otra derrota en Asia Menor, en el cabo Mícala, frente a Samos. Antes habían atendido la petición de una embajada jonia, recibida en Delos por el comandante espartano de la flota griega, Leotíquidas, que solicitaba que los aliados griegos liberasen a Jonia del yugo persa (Heródoto IX, 97-105). La derrota persa provocó lo que Heródoto llama la segunda revuelta jonia y la adhesión de Quíos, Lesbos y Samos a la Liga Helénica. Por esas mismas fechas, o algo después, Jerjes tuvo que hacer frente a otra revuelta en una satrapía mucho más vital para el imperio, Babilonia, pero no sin antes tomar las medidas que asegurasen la presencia persa en Asia Menor. Los atenienses completaron la misión con la toma de Sesto, en el Helesponto.

Si eliminamos esa construcción del imaginario griego que recorre las fuentes clásicas, a saber, la de la decadencia de las costumbres aqueménidas, la volubilidad de los persas ante el lujo, su desmesura, su molicie, su desprecio de la libertad y el que prefiriesen postrarse (*proskynesis*) ante un déspota que tomaba sus decisiones políticas más importantes bajo el efecto del vino (Platón, *Leyes*, 637 d-e; Estrabón XV, 3, 20), las causas de la derrota persa quizá quepa buscarlas no tanto en la inferioridad militar de su armada como en la elección de una táctica desafortunada. Parece claro que tenían una confianza ciega en la superioridad de la caballería, pero también lo es que los griegos supieron escoger lugares en los que los jinetes persas no podían operar con facilidad (Diodoro de Sicilia XI, 30.6). El peso excesivo del equipo de un jinete persa dificultaba la movilidad (Jenofonte, *Anábasis*, III, 4.34-5) y como recuerda Heródoto (IX, 22) un caballero persa en tierra era un hombre muerto. Su táctica favorita de clavar en tierra muros con sus escudos rectangulares de mimbre y, parapetados tras ellos, lanzar flechas y jabalinas, habría de ser sin duda intimidatoria (Heródoto IX, 61, 100), pero, como nos recuerda Pausanias (IX, 46), los hoplitas fueron los primeros en lanzarse corriendo hacia el enemigo, hecho este que suponía que, una vez traspasado el parapeto y neutralizados los arqueros, el infante persa no era tan efectivo como el hoplita ateniense, como así se demostró en Platea o Mícala (Heródoto IX, 62; 102). No fue, pues, un

problema de falta de valor persa, de cobardía —y aquí una vez más Heródoto se muestra como el autor más respetuoso con el enemigo—, sino una elección errada desde un punto de vista estratégico: la caballería no fue la reina de las guerras médicas, sino la falange hoplítica.

Nos equivocáramos también si, como ha sido habitual en la historiografía, sobrestimásemos el efecto de la derrota persa sobre la fortaleza del Imperio aqueménida. Sin duda que la propaganda imperial también se encargaría de rebajar la magnitud del desastre, pero el Imperio aqueménida contaba todavía con fuerza suficiente para mantenerse en pie y para controlar los asuntos griegos durante más de un siglo. Para su caída faltaba todavía mucho y, en especial, un imperio que hiciese frente a otro imperio: la Macedonia de Alejandro Magno.

La segunda guerra médica contó, sin duda, con dos héroes: Temístocles, entre los atenienses, y Leónidas, entre los lacedemonios. Éste, caído valerosamente en el desfiladero de las Termópilas, representa el modelo de héroe espartano para el que no tiene sentido una muerte que no sea épica. Temístocles tiene en cambio mucho del astuto Odiseo homérico, del tipo de héroe ingenioso. Hemos visto ya al hablar de las fuentes la utilización política de la tragedia de Frínico. Pero su sagacidad y habilidad no acabaron ahí, sino que durante la misma guerra se encargó de enviar ambiguos mensajes a los persas, como si se preparase su futuro en caso de derrota griega, o engañar a los atenienses para que se ejecutase la estrategia por él aconsejada. El que según Heródoto (VIII, 124) llegó a ser considerado como la persona más astuta de Grecia fue víctima de un ostracismo hacia el 471/470 a.C., por su oposición a la política filoespartana de Cimón, el hijo de Milcíades, el héroe de Maratón. Su destino fue, como el del antiguo tirano de Atenas, Hipias, la corte del rey persa. Eso sucedía hacia el año 465 a.C. y le fue concedido en Asia Menor el gobierno de los territorios de Lámpsaco, Minunte y Magnesia, donde fue enterrado (Tucídides I, 138; Plutarco, *Temístocles*, 27-30; Diodoro de Sicilia XI, 57, 7; Estrabón XIII, 1, 12; XIV, 1, 10; Nepote, *Temístocles*, 10, 3). Otro de los héroes de la segunda guerra médica, Pausanias, el vencedor de Platea, acabó sus días en el exilio por haber sucumbido a las costumbres persas, llegando a ofrecer su ayuda a Jerjes para conquistar definitivamente Grecia (Nepote, *Pausanias*, *passim*). En definitiva, dos muestras elocuentes de cómo los griegos anteponían a menudo sus ambiciones personales a cualquier sentimiento de patriotismo y de cómo los reyes aqueménidas practicaban sin reparos el posibilismo político, haciendo uso incluso de los favores de aquellos hombres que les habían infligido las derrotas más humillantes y estrepitosas. Esa actitud de unos y otros había de continuar a lo largo de todo el siglo V a.C., pensemos en Alcibiades, y también durante todo el siglo IV a.C.

Desde un punto de vista político la consecuencia más destacable fue la creación de la Liga de Delos en el 478/477 a.C., la sustituta de la Liga Helénica capitaneada por Esparta y que ahora, por fuerza, debía pasar el relevo a la gran vencedora de las guerras médicas, Atenas, que supo enhebrar como nadie una retórica de la defensa de la libertad helena frente al despotismo asiático persa. La liga nació para luchar contra el bárbaro, pero lo cierto es que pronto se convirtió, como leemos en Tucídides, en el instrumento que facilitó la creación y sustitución de un imperialismo por otro: el ateniense.

5. Las consecuencias del conflicto greco-persa

Dominados todavía demasiado por la historia política cuando analizamos el conflicto greco-persa, tendemos a desatender el impacto o el influjo cultural que el encuentro entre dos civilizaciones distintas tuvo para unos y para otros. En el caso de los persas, hemos dicho ya que no sintieron ningún reparo a la hora de adoptar los usos de los pueblos conquistados, y una buena muestra de algunos de los préstamos culturales griegos son los relieves de Persépolis.

En el caso griego, la retórica que se enhebró tras las victorias sobre los medos, los bárbaros asiáticos, tendió a enmascarar que Grecia —más exacto sería hablar de Atenas— contrajese deuda cultural alguna con el Imperio aqueménida. Nosotros, como historiadores culturales, debemos interpretar algunos hechos como síntomas de un virus que se inoculó, especialmente, desde finales del siglo VI a.C. hasta la victoria de los soldados de Maratón y Salamina, pero que también estuvo latente hasta la conquista de Alejandro, que adoptó no pocas de las costumbres persas, y que en un proceso de larga duración recorrió el mundo antiguo, perviviendo sus efectos hasta nuestros días en algún que otro prejuicio cultural e historiográfico.

Superado ya aquel análisis decimonónico —y posterior— que veía en las victorias griegas sobre los persas el triunfo de una raza superior, de una moral superior, y en los griegos al pueblo elegido para salvar a la civilización, debemos hacer la radiografía de cuáles fueron las consecuencias culturales del conflicto greco-persa. Una mirada panorámica sobre el programa de construcciones de la Atenas de Pericles mostrará sin esfuerzo alguno que el motivo que lo impulsó fue la celebración de la victoria sobre Persia, incluso el Odeón ateniense o los *Thóloi*, o templos circulares, han sido vistos como una recreación de la tienda de Jerjes, abandonada tras la huida persa, e influenciados por la arquitectura aqueménida. Por citar unos pocos ejemplos ilustres valgan de muestra la Atenea *Prómachos* de Fidias, colocada en la Acrópolis para exaltar el recuerdo de Maratón, los frisos del pequeño templo de Atenea *Nike*, la pintura de la batalla de Maratón en la Stoa *Poikile*, obra de Micón o Polignoto, la ubicuidad de relieves arquitectónicos y decoraciones escultóricas cuyos temas —amazonomaquias, gigantomaquias y centauromaquias— amagaban el triunfo de lo civilizado frente a lo bárbaro, o mucha de la iconografía que decora delicadamente la cerámica ática, latente en la de figuras negras y abrumadoramente presente en la de figuras rojas. La propia guerra de Troya fue vista entonces como el triunfo de Grecia sobre Oriente y habrá una tendencia en la iconografía cerámica a representar a los troyanos con indumentaria persa. La influencia se puede hacer extensiva a algunos tipos de vajillas o vasos y al bestiario que los conforma y decora. El persa, el bárbaro de Asia, el bárbaro por antonomasia, aparece ubicuamente en la tragedia, en la comedia, en la historiografía, en la filosofía y en cualquier otro de los géneros literarios griegos.

Pero el rechazo de la barbarie asiática se mimetizó también en un inevitable hechizo por lo oriental, por la suntuosidad asiática, dando lugar a un proceso en el que una sociedad como la ateniense se mostró receptiva a asimilar, a adaptar, a imitar y a transformar muchas de las modas del refinamiento aqueménida: un estadio evolutivo de la Atenas del siglo V a.C. que ha sido acuñado expresiva y acertadamente como *persería* o *persianismo* y del que la cerámica es una privilegiada fuente. Lo persa deviene así no sólo la manifestación por antonomasia de lo bárbaro más odiado y temido, sino

también el epítome de la suntuosidad idealizada. Todo un universo del refinamiento que se patentiza en la invasión de tejidos orientales, que engalanan a los personajes de los vasos pintados —a excepción del pantalón, símbolo definitorio de lo bárbaro—, o en los parasoles, los abanicos o los matamoscas lucidos por las mujeres.

El triunfo de la libertad frente al despotismo y la esclavitud, de la civilización frente a la barbarie, fue un motivo recurrente de la retórica del momento. Su influjo perduró no sólo durante todo el siglo IV a.C., sino hasta mucho después, hasta nuestro presente, pasando por la Roma humillada en Carras o la del nuevo Alejandro que quiso ser Juliano el Apóstata. A nivel ideológico, la percepción de Oriente, de Asia, sigue dominada por ese estereotipo forjado en el imaginario griego: lo exótico, la desmesura, el lujo, el despotismo y el fantasma del harén. Pero todo eso es ya otra historia, una historia de larga duración.

Bibliografía

Por lo que respecta a la bibliografía existen infinitud de estudios, muchos de ellos superados en más de un aspecto y, en especial, por su perspectiva helenocéntrica. Sin duda, en la actualidad los mejores trabajos sobre el Imperio aqueménida y sus relaciones con el mundo griego han salido de la pluma de Pierre Briant, que ha creado además un portal de Internet, indispensable para cualquiera que se interese por este tema (<http://www.achemenet.com>).

- Alvar, J. (1989): *Los persas*, Editorial Akal, Madrid.
- Bengtson, H. (comp.) (1989¹⁷): *Griegos y persas. El mundo mediterráneo en la edad antigua I*, Siglo XXI, Madrid.
- Briant, P. (1992): *Darius, les Perse et l'Empire*, Gallimard, París.
- (1996): *Histoire de l'empire perse. De Cyrus à Alexandre*, Fayard, París.
- Burn, A. R. (1984): *Persia and the Greeks*, 2.^a ed., con un prefacio de D. M. Lewis, Stanford, Stanford U. P.
- Dandamaev, M. A. y Lukonin, V. G. (1991): *Cultura y Economía del Irán Antiguo*, Editorial AUSA, Sabadell.
- Gershevitch, I. (ed.) (1985): *The Cambridge History of Iran, vol. 2, The Median and Achaemenian Periods*, Cambridge U. P., Nueva York y Victoria.
- Green, P. (1996): *The Greco-Persian Wars*, University of California Press, Berkeley y Londres (edición revisada de *Xerxes at Salamis*, 1970).
- Joannès, F. (2002): *La Mésopotamie au 1er millénaire avant J.C.*, Armand Colin, París.
- Hignett, C. (1963): *Xerxes' Invasion of Greece*, Clarendon Press, Oxford.
- Kuhr, A. (2001): *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-330 a.C.*, vol. 2, Editorial Crítica, Barcelona.
- Picazo, M. (1989): *Griegos y persas en el Egeo*, Editorial Akal, Madrid.
- Will, E. (1997): *El mundo griego y el Oriente. I, El siglo V (510-403)*, Editorial Akal, Madrid.

mientras Fabio lanzaba contra el enemigo a la caballería. Serriamente mermado el ejército samnita y muerto su comandante, la coalición se dispersó. Tras este nuevo éxito romano, los samnitas optaron por concluir una nueva paz en el 290 a.C.: su liga conservaba la independencia, pero vigilada por Roma y sus aliados, que la rodeaban por todas partes.

Bibliografía

El relato antiguo más completo del periodo es el Livio, del que existen diversas traducciones españolas e incluso algunos bilingües, vid. por ejemplo, *Livio. Historia de Roma desde su fundación*, traducción de José Antonio Villar Vidal, Barcelona, 1996. Afortunadamente, existe también versión castellana del otro gran historiador de los orígenes de Roma, Dionisio de Halicarnaso. *Historia de Roma*, traducción de Elvira Jiménez y Ester Sánchez; introducción de Domingo Plácido, Madrid, 1984-1989; igualmente, también pueden consultarse en nuestra lengua las noticias de Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, traducción de L. M. Macía, Madrid 1993.

Como historias generales del periodo, véase:

Cornell, T. J. (1999): *Los orígenes de Roma c. 1000-264 a.C.: Italia y Roma de la Edad del Bronce a las guerras púnicas*, Barcelona.

Heurgon, J. (1982): *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, Barcelona.

Roldán Hervás, J. M. (1981): *La República romana*, Madrid.

Sobre aspecto particulares, consúltense:

Roldán Hervás, J. M. (1996): *El ejército de la República romana*, Madrid.

— (1990): *Instituciones políticas de la república romana*, Madrid.

Sancho Rocher, L. (1984): *El tribuno de la plebe en la República arcaica (497-287a. C)*, Zaragoza.

CAPÍTULO 7

LA HEGEMONÍA ATENIENSE Y LA GUERRA DEL PELOPONESO

DOMINGO PLÁCIDO

Universidad Complutense de Madrid

1. La hegemonía ateniense

1.1. PRINCIPALES FUENTES PARA EL PERIODO

El periodo de la Historia de Grecia comprendido entre el final de las guerras médicas y el inicio de la guerra del Peloponeso se conoce de modo sistemático gracias a los capítulos 89-118 del libro I de la obra de Tucídides, que se denominan precisamente la Pentecontecia, o periodo de cincuenta años, nombre con que se suele definir esta etapa, para aludir a los años de paz entre ambos enfrentamientos. Al parecer el historiador ateniense pretendía corregir una narración parecida a la obra del historiador Helánico que contenía errores cronológicos. Sin embargo, en la exposición, Tucídides también pretende establecer las líneas principales por las que a su manera de ver se ha llegado a la situación en la que estallará la guerra del Peloponeso. La victoria sobre los persas y el papel definitivo de Atenas como protectora de los griegos justificaría para los atenienses el establecimiento de una supremacía que acabaría convirtiéndose en imperio. De alguna manera, Heródoto, que no se extiende en esta época y sólo podría ser usado como fuente para los inicios, en el libro IX, enuncia ciertas referencias y comentarios que hacen pensar que justifica dichas consideraciones, por lo que puede contemplarse, si no como fuente específica de los hechos, sí como reflejo intelectual de lo que está ocurriendo en Grecia una vez que se ha producido la victoria contra los bárbaros identificada con una liberación, cuyas consecuencias vendrían a considerarse como el inicio de una nueva esclavización, esta vez por parte de los atenienses, sustitutos de los esclavizadores bárbaros.

La expresión directa más descarnada del sistema político ateniense y de sus fundamentos sociales se halla en el escrito anónimo conocido como *Constitución de Atenas* del Pseudo-Jenofonte, que ejerce una dura crítica del régimen desde un punto de vista oligárquico, pero reconoce que, para el pueblo, el sistema democrático, por muy malo que sea, es el mejor de todos porque sólo en él preserva su libertad.

En la *Biblioteca Histórica* de Diodoro de Sicilia, obra que pretende ser una primera Historia Universal, cuyo autor vivió en el siglo I a.C., es decir, cuando la isla estaba ya bajo dominio romano, los capítulos comprendidos entre el 39 del libro XI y el 28 del XII se ocupan del mismo periodo. Con una mentalidad moralizante de inspiración estoica, Diodoro se basa para la redacción de estos episodios en autores independientes de Tucídides, sobre todo Éforo, con lo que es posible en estas ocasiones establecer comparaciones analíticas. Éforo de Cumas había redactado en el siglo IV a.C. treinta libros de *Historia Universal* y había utilizado diferentes fuentes, entre las que para nuestra época destaca la del autor anónimo de las llamadas *Helénicas* de Oxirrínco, porque se leen en un papiro hallado en esta ciudad egipcia. Discípulo del orador Isócrates, revela en ocasiones aspectos de su pensamiento, partidario de la unificación de Grecia bajo la autoridad de un rey aunque fuera de origen externo, como sería Filipo de Macedonia.

La *Constitución de Atenas* de Aristóteles, obra que pertenece más bien a los miembros del Liceo que colaboraron en la redacción de la *Política*, en su parte histórica, contiene varios capítulos (23-26) que revelan sucintamente aspectos interesantes del desarrollo constitucional de la ciudad en ese periodo. También la *Política* misma proporciona importantes informaciones relativas principalmente a las transformaciones institucionales de las diversas ciudades.

Algunas de las *Vidas paralelas* de Plutarco tienen como protagonistas a personajes que vivieron en esta época. A pesar de estar escritas con un objetivo moralizante, las *Vidas* de Temístocles, Aristides, Cimón y Pericles constituyen un importante modo de acercamiento, no sólo a los personajes del periodo, sino también a las condiciones generales en que se movieron. Se considera que Plutarco utilizó para su propósito fuentes que en general se consideraban dignas de crédito.

Ateneo de Náucratis vivió en la época imperial y escribió una monumental obra de erudición redactada en forma de simposio, el *Banquete de los sofistas*, donde se recogen múltiples datos de autores griegos de todos los tiempos, entre ellos de Teopompo de Quos, autor del siglo IV a.C. que escribió unas *Helénicas*, de tendencia panhelénica y antidemocrática.

También en el siglo IV a.C. se hizo muy frecuente entre los oradores aludir a los acontecimientos e instituciones de la época dorada de Atenas, lo que proporciona un tipo de información en la que siempre es necesario tener en cuenta la presencia de elementos propagandistas y edulcorantes, sobre todo en los discursos de aparato, como los panegíricos o los discursos panatenaicos, pronunciados con motivo de las grandes solemnidades cívicas. Demóstenes, Lisias, Isócrates tomaron parte en dichas costumbres.

Entre finales del siglo IV y principios del III a.C. florecieron en Atenas algunos historiadores conocidos como Atidógrafos, que hicieron una historia apologética, donde destacaban todos los valores supremos que caracterizaban la ciudad, entre los que estaban los relacionados con el desarrollo de su poder hegemónico. El autor más importante de esta corriente fue Filócoro, que escribió una obra llamada *Atthis*, que dejó una larga huella en escritores, sobre todo en temas de religión e instituciones.

El espíritu anticuario de la obra de Pausanias, *Descripción de Grecia*, escrita en el periodo áureo de los emperadores Antoninos, permite encontrar en ella múltiples referencias históricas a la época clásica, entre las cuales hay algunas a los acontecimientos de la Pentecontecia, como los relacionados con la rebelión de los hilotas que llevó a la intervención ateniense encabezada por Cimón.

Además de las fuentes literarias propiamente dichas, éste es uno de los periodos de la historia de Grecia más ricos en fuentes epigráficas, sobre todo en lo que se refiere a la ciudad de Atenas. Entonces, seguramente debido a la intensa actividad política del sistema democrático, se hacían públicas las leyes y los decretos, pero también los documentos que reflejaban las relaciones de Atenas con sus aliados, convertidos poco a poco en súbditos, según la visión que de la época transmite Tucídides. Las inscripciones también permiten observar el fenómeno en su dinámica de transformación, de acuerdo con las interpretaciones que se han dado sobre todo de aquellas que contienen listas de tributos. Una selección de inscripciones se recoge en el manual de *Epigrafía griega* de J. M. Cortés, pp. 239-289.

1.2. LA DEFENSA DE GRECIA Y SUS CONSECUENCIAS

El último periodo de las guerras médicas había sido el escenario de la victoria ateniense en la batalla de Salamina, que fue inmediatamente capitalizada para poner de relieve cómo habían sido ellos solos los que habían conseguido la retirada de los persas de Grecia, dado que los miembros de la Liga Peloponesia no habían finalmente colaborado en dicha defensa. Habían pretendido que las defensas se establecieran en el Istmo y que el Ática quedara a merced de los invasores. Durante todo el periodo de la Pentecontecia, los políticos atenienses, sobre todo Pericles y los demócratas, sacarían mucho provecho propagandístico de estas circunstancias.

De este modo, a pesar de que en realidad los espartanos habían desempeñado un importante papel en las subsiguientes batallas de Platea y Mícale, en la que se decía que había conseguido expulsar a los persas de Europa, la actitud inmediata de su rey Leotíquides, comandante de la flota, que opta por retirarse al Peloponeso, deja las puertas abiertas a los atenienses para aprovechar el impulso victorioso y tomar la iniciativa en la continuidad de las acciones frente a los persas. Los problemas internos del Peloponeso podrían justificar esta actitud de abandonismo, por la necesidad de acudir a impedir las posibles grietas creadas en la liga. Estaban latentes los conflictos con Argos, Tegea, Elis y Mantinea y con algunas comunidades de periecos dentro de Laconia. Tampoco en el interior de Esparta se mantenía una postura monolítica y había diferentes actitudes acerca del mantenimiento del aislacionismo continental o la búsqueda de una vía panhelénica de hegemonía en el Egeo.

En consecuencia, los atenienses al mando de Jantipo pusieron sitio a la ciudad de Sesto, en el Helesponto y, pasado el invierno, consiguieron la retirada de los ocupantes persas. Sesto era una base muy favorable para el control de los estrechos hacia el mar Negro. Había sido la primera acción de los atenienses con participación de los jomios al margen de los espartanos. Desde ese momento, según Tucídides, los atenienses se dedicaron a la reconstrucción de la ciudad, derruida en gran parte por la ocupación de los persas en los momentos previos a Salamina.

En estas circunstancias, fue una vez más Temístocles quien llevó la iniciativa, con la que continuaba la trayectoria política y militar que se había iniciado con el desarrollo de la flota que triunfaría en Salamina. Sus primeras acciones se dirigen al fortalecimiento de la flota ateniense a costa de la jonia, lo que provocó el primer enfrentamiento con Aristides, que calificó el proyecto de «útil, pero injusto». Intentaba no sólo

reconstruir la ciudad, sino fortalecerla con la construcción de nuevas murallas que garantizaran su independencia incluso frente a los demás griegos. De alguna manera se está creando la conciencia de la peculiaridad ateniense, resultado de las transformaciones sociales que se relacionan con las guerras médicas y con ese desarrollo de la flota que daba protagonismo a los *thêtes*, la clase social de los ciudadanos sin una parcela de tierra suficiente para participar en el ejército de los hoplitas. De este modo Atenas cobraba una personalidad específica que revelaría sus consecuencias en los años de la Pentecontecia.

De hecho, los espartanos se oponían a dicha fortificación, con el pretexto de que si de nuevo la ocupaban los persas no habría manera de echarlos de ella. Temístocles ideó una estrategia de las consideradas típicas de su personalidad, por la que, mientras él aparentemente negociaba con los espartanos, los atenienses realizaban la obra. Una vez terminada le enviaron un mensaje en que le indicaban que podía regresar, dejando engañados a los espartanos. Se dice que así se garantizó la capacidad ateniense para erigirse en una potencia independiente, basada en el mar y en las fuerzas que apoyaban la democracia. De hecho, uno de sus primeros proyectos fue la remodelación del puerto de El Pireo, porque tenía buenos fondeaderos como para sustituir el predominio del puerto de Falero y con la intención de unir toda la ciudad al mar. De este modo, según Plutarco, conseguía que la ciudad se dedicara más al mar que a la agricultura.

Entretanto, en Esparta había comenzado a manifestarse una serie de problemas internos. Leotíquides había intentado castigar a los tesalios por haberse negado a participar en la lucha contra los persas, pero terminó exiliado por haberse dejado sobornar. Pero el mayor problema lo representó Pausanias, el vencedor de Platea, partidario de una política de afirmación panhelénica, que había decidido de manera independiente continuar las acciones navales en Chipre y, luego, en el Helesponto, pero se dice que en Bizancio ejercía el poder de manera despótica e imitaba a las autoridades persas. Incluso en el vestir, mientras se hacía acompañar de una escolta de soldados persas. Su figura se asimila a veces a la de los tiranos de la época arcaica, comparables a los despotas orientales, tendentes al dominio ultramarino y con ánimo de reformar el sistema social a través de medidas de liberación del campesinado. Efectivamente, se decía que tras la victoria de Platea había propuesto el reparto del botín entre los hilotas, en lo que encontró cierto apoyo. Sin embargo, los jonios pidieron a los atenienses que asumieran la hegemonía frente al despotismo que manifestaba el espartano, al que acusaban de «medismo». Lo acusaron de haber establecido un pacto con Jerjes para entregar a los griegos en manos de los persas. Pausanias huiría para refugiarse junto a Jerjes, pero posteriormente regresó a Esparta confiado en su inocencia, pero lo condenaron y, aunque pudo refugiarse en el templo de Atenea Calcieco, lo dejaron morir de hambre y sólo pudo salir para no morir dentro del santuario y que se cometiera así sacrilegio.

En Esparta, dice Diodoro, que los más jóvenes eran partidarios de Pausanias y de recuperar la hegemonía naval, donde pensaban obtener importantes riquezas, pero que un miembro de la *gerusia* del clan de los Heraclidas los había convencido de que se dejara la hegemonía en manos de los atenienses, dado que a los espartanos no les interesaba el dominio del mar. Las propuestas de Pausanias podían poner en peligro las estructuras tradicionales de la ciudad, lo que se unía al carácter tiránico que se le atribuía, sobre la base de sus medidas que se interpretaban como favorables a la liberación de los hilotas.

1.3. LA LIGA DE DELOS

De este modo se había facilitado la intervención de los atenienses, como continuadores de la guerra contra los persas para liberar de bárbaros el mar Egeo y como defensores de una actitud equilibrada en contraposición al despotismo de Pausanias. Aristóteles dice que ahora comienza un periodo de colaboración entre Aristides y Temístocles, la concordia por encima de las rivalidades. Sin embargo, el nuevo protagonismo caería en manos de Aristides, a pesar de que anteriormente se había opuesto a la estrategia naval de Temístocles que llevó a la victoria de Salamina. Aristides consigue presentarse como el moderado, capaz por ello de atraer a los jonios como aliados para organizar una nueva confederación de ciudades, cada una de las cuales aportaría naves o dinero en una cantidad que fue considerada por todos como moderada, de acuerdo con su personalidad. Es el *phóros*, aportación a los gastos de la colectividad que paulatinamente iría transformándose en tributo entre las ciudades que ya no considerarían justificado el pago sistemático. El montante total era de cuatrocientos sesenta talentos, que por algún motivo desconocido se consideraba especialmente justo y colaboró a que este adjetivo se aplicara como epíteto al organizador de la confederación. Para la recaudación se creó la magistratura de los helenotamias. Ésta se selló a través de un juramento consolidado con el lanzamiento al mar de bloques de hierro en signo de perennidad. El depósito tenía lugar en el templo de Apolo en Delos, centro tradicional de los jonios, de los que los atenienses se consideraban como la madre patria, al apoyarse en la tradición de las migraciones que habían partido de allí en la Edad Oscura para fundar ciudades como Mileto en las costas de Asia Menor. En la práctica la alianza funcionaba como la colaboración de los atenienses con el resto de los aliados, más que como una integración de todos los aliados con los atenienses en plano de igualdad. Se trataba de tener «los mismo amigos y los mismos enemigos que Atenas». En cualquier caso, el prestigio de Aristides como «justo», que a algún campesino le parecía tan excesivo como para querer que fuera sometido al ostracismo, se veía contrarrestado con otro epíteto más político y menos favorable, el de «zorro».

1.4. EL IMPERIALISMO DE CIMÓN Y PERICLES

Por otra parte, los atenienses continuaban sus expediciones con el fin de eliminar la presencia de los persas en el Egeo, pero también, según Tucídides, para devastar los territorios del rey. El principal protagonista de estas acciones fue Cimón, que dirigió prácticamente la política exterior durante el periodo que a veces recibe el nombre de tercera guerra médica, hasta la llamada paz de Calias de 449 a.C. Las primeras campañas estaban dirigidas a expulsar a los persas de los lugares que seguían ocupando en el Egeo, como Eón, en la costa norte de dicho mar, en 477/476 a.C., donde esclavizaron a sus habitantes y establecieron cleruquías, es decir parcelas de tierra cultivadas por ciudadanos atenienses. Como símbolo de la ocupación se erigieron hermas, pilares monumentales en honor del heroísmo de los atenienses. Las campañas contra los persas se empiezan a convertir en un instrumento para materializar el dominio ateniense, que se ejerce a través de la ocupación de territorios que pasan a ser disfrutados por los atenienses, sin duda aquellos que estaban privados de tierras en el territorio de Ática,

los *thêtes* que habían protagonizado la batalla naval de Salamina y ahora ponían en práctica la expansión naval por el Egeo, y a través de la sumisión de poblaciones periféricas a la esclavitud.

También en la isla de Esciro, situada en el centro del Egeo, al este de Eubea, los atenienses al mando de Cimón establecieron una colonia y esclavizaron a los habitantes, con ánimo de eliminar a los piratas dólopes, población que se identificaba como parte de los habitantes prehelénicos del Egeo. Entre los objetivos se perfilaba, pues, la necesidad de controlar los mares para garantizar las actividades de los atenienses, sobre todo de aquellos que se encuentran en condiciones de sacar provecho de los intercambios y de ir convirtiendo la ciudad de Atenas en una comunidad capaz de vivir de los productos externos; aspecto este que caracterizará las estructuras económicas de la ciudad. En esa expedición también se llevó a cabo una acción de gran significado ideológico, como fue la recuperación de los huesos de Teseo, que según la tradición había muerto en la isla. El héroe se consolidó entonces como representación simbólica de Atenas, como héroe civilizador capaz de competir con Herácles y, por ello, de afirmar el prestigio de la ciudad. Pero, el mismo tiempo, Teseo se había erigido en protector de los atenienses en la batalla de Maratón; relacionado con Milcíades, de la misma familia que Cimón, que así consolidaba su capacidad de control dentro de la ciudad democrática.

Cimón intentó también conquistar Caristo, en la isla de Eubea, con ánimo de forzarla a entrar en la Liga de Delos, que comenzaba así paralelamente a convertirse en una institución coactiva. Pero en ese mismo año, 476/475 a.C., se produjo una intervención violenta en la isla de Náxos, por haber intentado dejar de contribuir al tesoro de la liga, con lo que, según Tucídides, se convirtió en la primera ciudad esclavizada contra lo establecido en los presupuestos de la liga.

Suele considerarse que el punto culminante de la política expansiva de Cimón tuvo lugar en la batalla de Eurimedonte, en la costa meridional de Asia Menor, en el año 467 a.C., que hizo posible la liberación de licios y carios del dominio persa y el debilitamiento de éste. Sin embargo, de modo inmediato tuvo lugar la secesión de Tasos, isla cercana a la costa tracia, donde controlaba las riquezas de las minas del monte Pangeo y en la que también Atenas pretendía compartir las explotaciones, como ya se había aprovechado en la época de la tiranía de Pisístrato. Según Diodoro, la intervención ateniense se caracterizó por su violencia. Los habitantes de la isla acudieron a buscar el apoyo de Esparta, que proyectó una intervención en Atenas con la que pretendía que los atenienses tuvieran que abandonar su acoso a la isla.

Sin embargo, la historia espartana de la época, que se había abstenido de la intervención exterior, se vio además complicada por motivaciones internas procedentes de sus mismas características como organización social. Los espartanos habían mostrado en sus decisiones que para los dominantes era peligroso adentrarse en tales actividades, que podían llevar a la ruptura de dichas estructuras. Por ello habían perseguido a Pausanias. Pero también habían interpretado como muestra de hostilidad la actividad de Temístocles en la construcción de los muros de Atenas y lo habían acusado de colaborar con Pausanias en contra de las instituciones espartanas. Como entretanto en Atenas se va imponiendo la corriente representada por Aristides, primero, y por Cimón, más tarde, ambos hostiles a la actitud antiespartana de Temístocles, sobre el apoyo que van obteniendo gracias a las ventajas que consiguen en su lucha frente a los persas,

este sector apoya la exclusión de Temístocles, que fue sometido al ostracismo. Como consecuencia se refugió en Argos, desde donde al parecer promovió los conflictos dentro del Peloponeso que reflejaban los movimientos de oposición a la hegemonía espartana. Argos atacó Micenas y su población fue esclavizada, lo que significó el final de esa histórica ciudad. Temístocles también favoreció el sinecismo de Elis, en el año 471 a.C., y Mantinea, lo que impidió la posibilidad de intervención espartana en los asuntos del Egeo y facilitó la formación de la Liga de Delos. Sin embargo, los resultados generales de las acciones antiespartanas fueron negativos y Temístocles huyó hacia las costas occidentales de Grecia para acabar refugiándose junto al rey de Persia, con lo que daba la razón a quienes le habían acusado de llevar a cabo una política pro-persa, frente a la proespartana de Cimón. Así estaban definidas las políticas atenienses cuando el caso de Tasos parecía que iba a complicar la situación si los espartanos intervenían en el Ática para apoyar a los tasios.

Sin embargo, cuando la situación empezaba a aparecer como germen de complicaciones, un acontecimiento en principio fortuito dio pie a que se definieran las posturas. En el año 464 a.C. tuvo lugar un terremoto en Lacedemonia, que favoreció una revuelta de los hilotas de Mesenia. Éstos, refugiados en el monte Itome, pusieron a prueba la capacidad de los espartanos para mantener el control social sobre las clases dependientes. Los espartanos, pues, a pesar de todo, sabedores seguramente de que en Atenas contaban con un sector filoespartano, pidieron ayuda a los atenienses y Cimón convenció a la asamblea para enviarles una expedición con ánimo de reprimir el movimiento hilótico, sobre la base de que Grecia necesitaba los dos pies para no quedar coja ni Atenas sin rival, frente a la opinión de Efialtes que pensaba que era la oportunidad de que Esparta se hundiera y poder castigar su orgullo. Sin embargo, pronto se mostró la falta de entendimiento de los atenienses con los espartanos que esclavizaban a los griegos como hilotas y terminaron despertando las sospechas, de modo que los devolvieron a Atenas. Ello repercutió en el prestigio de Cimón y favoreció los cambios que se producirían a continuación, en el plano del protagonismo político y en el de las instituciones.

El prestigio de Cimón estaba basado en el orgullo ateniense por la victoria frente a los persas y no tenía en cuenta en absoluto el peligro de una Esparta que no había permitido la reconstrucción de los muros de Atenas. Ello había producido esa definición que hacía que Temístocles hubiera aparecido como pro-persa. El *demos* se sentía orgulloso y además, sobre la base de la alianza promovida por Aristides y las victorias de Cimón, empezaba a obtener ventajas de la situación protoimperialista creada. Según Aristóteles, el espíritu triunfalista de las guerras médicas había favorecido el prestigio de las aristocracias que controlaban el Areópago y, en consecuencia, el papel que éste podía desempeñar en la política del momento. La época inmediatamente posterior a la batalla de Salamina se convirtió paradójicamente en una época de protagonismo del Areópago y de los aristócratas que podían encabezar la política militar como Cimón.

De éste se destaca precisamente que no era muy elocuente, es decir, que no poseía los instrumentos para el ejercicio de la política en un ambiente democrático, dentro de los organismos donde se ejercía el poder del *demos*, sino que sus virtudes se hallaban sobre todo en el campo de la milicia. Ahora bien, en estas campañas conseguía tierras para el *demos* y repartía el botín entre los ciudadanos. Siempre, desde luego, sobre

la base de que el principal beneficiario era él mismo, pues era capaz de beneficiar al pueblo precisamente porque obtenía riquezas en sus campañas. Según la descripción de los autores antiguos, su riqueza le permitía mostrarse más generoso que nadie y con ello obtenía honra en la ciudad que le permitía seguir desempeñando las labores políticas y, desde luego, militares, con las que reproducir el sistema específico en que se desarrollaban sus relaciones con la ciudad. Su actividad era, sin duda, comparable a la de los *evergetas* romanos, que obtenían las lealtades gracias a su capacidad de repartir las riquezas y de ese modo podían obtener puestos con los que ganar más riquezas. Se dice que Cimón mantenía sus tierras abiertas a todos y que repartía vestidos entre los indigentes. De ese modo, el *evergetismo* de Cimón favorecía la circulación de riquezas en la ciudad y promovía la prosperidad de todos. De alguna manera actuaba como los grandes señores que en la *polis* promovían la circulación monetaria a través de la redistribución de los bienes obtenidos con la colaboración de los ciudadanos. Plutarco insiste en que su actuación a favor del pueblo no quería decir que fuera demócrata, sino más bien «aristocrático y laconizante». Esta última actitud se vio cuando pretendió ayudar a los espartanos en la rebelión hilótica. Frente a Temístocles, las acciones de Cimón iban dirigidas sólo contra los persas.

Por ello, dicho envío se convirtió en un acontecimiento importantísimo para el desarrollo político ateniense. En efecto, en 462 a.C., en ausencia de Cimón y como consecuencia del desprestigio causado por el despido de las tropas por él enviadas, Efilates promovió en Atenas una profunda reforma del sistema que a veces se considera la verdadera fundación de la democracia. Parece ser que el objetivo inmediato fue la eliminación de los poderes que el Areópago había consolidado como guardián de la *politeia*. Se dedicó por ello a perseguir judicialmente a algunos de los areopagitas más destacados, pero lo más importante fue la repartición de sus principales funciones entre las instituciones democráticas, la asamblea, los tribunales de la Heliea y los *nomophylakes* o guardianes de las leyes. La consecuencia directa para Cimón fue que lo sometieron al ostracismo en una fecha comprendida entre el 461 y el 459 a.C.

El regreso de Cimón a través del Istmo provocó problemas que afectaron a las relaciones atenienses con Corinto, pues construyeron muros largos, similares a los de Atenas, entre la ciudad de Mégara y el puerto de Nisa. Los corintios se preocuparon por esta intervención. Por otro lado, en 457 a.C., las relaciones entre Esparta y Atenas se recrudecieron por las pretensiones de ambos de controlar los accesos a la Grecia central. Cuando los espartanos regresaron de la Dóride, de proteger a los que consideraban sus antepasados, se asentaron en Tanagra y los atenienses acudieron a proteger la ciudad. Cimón ofreció su ayuda con el apoyo de los miembros de su tribu, sobre los que mantenía el control, a través de relaciones clientelares que sin duda se superponían a las relaciones políticas de la ciudad. Los atenienses temían, sin embargo, su intervención y probablemente lo acusaban de no aprovechar la rendición de Tasos para intervenir en las costas macedonias y recuperar el control de las minas. A pesar de todo, tras la derrota en Tanagra, Pericles, que había colaborado en las reformas de Efilates, facilitó su regreso y Cimón pudo negociar la paz entre las dos ciudades. A partir de entonces, en una ciudad donde predominaba la política de Pericles, Cimón siguió realizando importantes campañas, sobre todo a partir de la paz de Cinco Años con Esparta en 451 a.C., dado que se justificaba la recuperación de la política militar frente a los persas. De este modo dirigió una expedición contra los persas que habían

confinado al sucesor del rey Inaro, Amirteo, y consiguió reponerlo tras derrotar a aquéllos en una batalla naval. Luego marchó contra la flota fenicia que se había asentado en Citio, en Chipre, pero allí encontró la muerte.

Así pues, en el año 450 a.C. se habían creado ya las principales características del Imperialismo ateniense como modo de actuación violento en relación con los que en principio, bajo la dirección de Aristides, se habían unido a Atenas en la Liga de Delos. En efecto, el primer intento de separarse de la liga, el de la isla de Naxos, había sido aplastado por la fuerza. También bajo la dirección de Cimón, la conquista de la isla de Esciro había terminado con la esclavización de sus habitantes. Sin embargo, suele situarse en esta fecha el hito que transformó las condiciones de fondo de la liga en imperio, coincidiendo en cierto modo con la muerte de Cimón, circunstancia que afecta más que nada a aspectos de estructura interna y organización, no de violencia externa.

Por una parte, en el año 454 a.C. se ha llevado a cabo el traslado del tesoro de la liga a la ciudad de Atenas, lo que Diodoro atribuye directamente a las ambiciones de Pericles y que empezó a dar la impresión de que Atenas se definía como la auténtica beneficiaria de la liga en el plano económico. Pericles lo justificaría en el sentido de que efectivamente la acción ateniense había logrado evitar ya el peligro persa y de esta manera merecería recuperarse con el dinero de todos los que habían salido beneficiados de tal protección. De este modo se justificaría el empleo del tesoro para la reconstrucción de la ciudad y concretamente para la construcción de los Propileos de la Acrópolis. Plutarco habla de una propuesta de decreto panhelénico por parte de Pericles con el que pretendía institucionalizar el uso de los fondos comunes e incluso la celebración de un congreso que comprometiera también a las ciudades ajenas a la liga. Esparta se habría opuesto energicamente, viendo en ello las pretensiones de convertir la ciudad en algo así como la capital espiritual de la Hélade, tal como se manifestaría con la construcción del Partenón y la celebración de las Panateneas con vocación de festivales panhelénicos.

La importancia que iban adquiriendo los beneficios recibidos por los ciudadanos atenienses se puso de relieve cuando, a propuesta de Pericles, la asamblea votó en 451/450 a.C. un decreto por el que sólo se reconocía el derecho de ciudadanía a quienes eran hijos de madre y padre ateniense, es decir, se excluía al hijo de madre extranjera, al *métréxenos*, lo que se interpretaba como forzado por la necesidad de reducir el número de los beneficiarios de los ingresos atenienses en parte distribuidos públicamente, sobre todo los procedentes de los regalos del rey de Egipto como consecuencia de la intervención ateniense frente a los persas. De este modo, a través de las consecuencias del imperio, la democracia se hacía cada vez más un privilegio tendente a la restricción.

Por otra parte, como una nueva consecuencia de la muerte de Cimón se describe en las fuentes griegas la paz de Calias, que muchos autores, desde la misma Antigüedad, han puesto en duda como hecho histórico real. Ciertas imprecisiones de las fuentes y la atribución a éstas de un probable carácter propagandístico apoyan las dudas. Sin embargo, es evidente que en esas fechas se acaban los enfrentamientos con los persas y los atenienses dejaron de emprender acciones que pudieran considerarse como continuación de las guerras médicas y como represalias contra el rey. De este modo, en cualquier caso, se acabaría la justificación en que se apoyaba la existencia de la liga y la dirección militar ateniense. Ahora es cuando Pericles se ve obligado a utilizar el

argumento por el que la justificación para continuar pagando las tributaciones estaba precisamente en que el peligro se había acabado gracias a los atenienses, pero eso no impidió que se produjeran reacciones y que se considerara una imposición y no una colaboración equilibrada, como la que se atribuía a Aristides.

Así pues, el imperialismo de los años cuarenta del siglo V a.C. ofrecía un doble aspecto. Por una parte, al cesar la guerra con los persas y haberse establecido la paz de Cinco Años con los espartanos en 451 a.C., Atenas puede dedicarse plenamente al control de los aliados, lo que se tradujo en un claro fortalecimiento de su poder. Por otra parte, las nuevas condiciones sirvieron de motivo de descontento entre las ciudades, de tal manera que ha sido posible referirse a este periodo como el de la Crisis de los Cuarenta, sobre la base del estudio de las listas de los tributos. Se trata de un documento epigráfico privilegiado del que se pueden deducir alteraciones y resistencias, recuperaciones tras un periodo de suspensión por parte de las ciudades, lo que indica que éstas procuraban salirse de la liga, pero los atenienses habían sido capaces a la postre de hacerlas volver al orden.

En esta línea se sitúa también el llamado Decreto de Clearco, entre el 449 y el 445 a.C., por el que se impone a los aliados la obligación de aceptar en sus operaciones de intercambio la moneda ática y el envío a algunos lugares como la isla de Andros de clerucos que cultivaran las tierras y aliviaran así los problemas del campesinado. La liga se va convirtiendo cada vez más claramente en un instrumento en beneficio de los atenienses, tanto de los dedicados al comercio como de los que pretendían disfrutar de la posesión de tierras cultivables. El Decreto de Clinias, del año 447 a.C., imponía la disciplina en el pago del tributo de las ciudades a través de la intervención de los magistrados y de inspectores específicos, así como la obligación de las ciudades a proteger la labor de éstos. Tanto el contenido como el tono del decreto justifican que sea tratado habitualmente como un dato muy sintomático de la evolución de las relaciones entre Atenas y los aliados. Por otro lado, las intervenciones de los atenienses ante los rebeldes se van conociendo mejor gracias a algunas inscripciones que señalan los resultados de los acuerdos posteriores. Por ejemplo, en Colofón, en Asia Menor, en el 447/446 a.C., los atenienses terminan reduciendo el tributo, pero a cambio se conoce la implantación de colonias, es decir la atribución de los beneficios a favor del pueblo carente de tierras en al Ática.

En el año 446 a.C. se produjo un acontecimiento que en cierto modo resume y sintetiza los rasgos del imperialismo. Entonces, en efecto, se produjo una revuelta en Eubea, en un momento en que los atenienses tenían otras complicaciones que atender en relación con Esparta. Diodoro se refiere precisamente al oportunismo de los habitantes de Eubea en esta ocasión. La rebelión tuvo varios focos y Tucídides alude a la intervención enérgica de Pericles, que hizo desalojar la ciudad de Histiea y ocupar sus tierras por atenienses. En cambio en Eretria y en Calcis se establecieron acuerdos con los habitantes, con la expulsión de los hipóbotas, miembros de una clase propietaria de origen ecuestre, y el reparto de tierras entre los habitantes, que se convertían en una población controlada, obligada a la fidelidad hacia el pueblo de los atenienses. Una inscripción conservada en el Museo de la Acrópolis sirve de testigo de las nuevas relaciones políticas entre Atenas y Calcis y pone de relieve la existencia de un rasgo muy característico de esta específica forma de imperialismo, pues da la impresión de que, al menos en algunos casos, el pueblo de las ciudades salía beneficiado frente a sus pro-

pias oligarquías. Así se justificarían algunas actitudes posteriores, como cuando las revueltas de los oligarcas no son apoyadas por el pueblo, sino que éste se convierte en una amenaza para aquéllos, o cuando algún crítico de la democracia ateniense insiste en los apoyos de ésta en el pueblo de los aliados. En este mismo sentido se explica el Decreto Milesio, que favorecía la democracia después de haber permitido la conservación de un régimen oligárquico.

Otras intervenciones conocidas tuvieron lugar en Brea, donde por una inscripción se sabe que los atenienses fundaron una colonia en 445 a.C., donde los colonos permanecerán vinculados a Atenas. De Eritras se sabe que los habitantes tendrán que enviar grano a las fiestas de la Panateneas de Atenas. A finales de los Cuarenta se complica la situación con la revuelta de Samos, que acabó con la supresión de la oligarquía y la instauración de la democracia. Los antiguos acusaban a Pericles de haber actuado aquí con excesiva crueldad frente a los rebeldes.

Por otro lado, tras la derrota de Tanagra, el ateniense Mirónides había obtenido una victoria en 457 a.C. sobre los beocios en Enófitia y había conseguido establecer el control de su ciudad sobre Beocia y Fócide, con el apoyo de sectores democráticos de sus ciudades. En 447 a.C., cuanto todavía estaba vigente la paz de Cinco Años, los espartanos decidieron apoyar a los delfios frente al control que sobre el oráculo habían establecido los focidios, apoyados por Atenas. Dada la situación de paz con Persia, Pericles decidió apoyar a sus aliados y el ejército ateniense, al mando de Tólmides, venció en Queronea en 446 a.C. a los beocios que buscaban liberarse de la tutela ateniense y de los demócratas a partir de la iniciativa de exiliados atenienses contrarios a la democracia. Los beocios, sin embargo, reaccionaron y consiguieron en apoyo de otras comunidades rebeldes, por ejemplo de Eubea, y vencieron en Coronea, con lo que volvió a establecerse la oligarquía en las ciudades beocias. En el año 446 a.C. los espartanos invadieron Ática a través de Mégara y los atenienses se avinieron a hacer la paz de Treinta Años en 446/445 a.C. De este modo se acabaron las pretensiones atenienses de poseer también una hegemonía continental y se definió el reparto territorial de Grecia que se conservaría hasta la guerra del Peloponeso.

La nueva situación tuvo varias consecuencias. De un lado, reaparecieron en Atenas las pretensiones de implantación occidental que, al parecer, ya habían tenido sus precedentes en la época de Temístocles. La manifestación más importante de tales pretensiones fue la fundación de la colonia de Turios, donde se vertían aspiraciones panhelénicas, al promover la participación de ciudadanos de toda Grecia y propiciar la colaboración de intelectuales de los que a la sazón tendían a convertir Atenas en centro de la cultura universal, como el sofista Protágoras, el urbanista Hipódamo y el historiador Heródoto, aunque también participaban adivinos, como Lampon y Jenócrito, en una curiosa manifestación sincrética de los rasgos heterogéneos de la cultura ateniense de la época.

De otro lado, el crecimiento del papel político de Pericles, acompañado de los rasgos de debilidad mostrados en algunos aspectos del programa imperialista, dio lugar a la aparición de un movimiento de reacción oligárquica. El protagonismo de dicha reacción correspondió a Tucídides, hijo de Melesias, menos militar que Cimón, pero más político, en lo que se muestra cómo ahora la oligarquía necesita ganar apoyos en los organismos colectivos, más que consolidar el poder naval de Atenas en el Egeo. Se trataba de agrupar a los políticos que se habían dejado arrastrar por la fuerza del

pueblo, apoyado en Pericles, y de ofrecer una alternativa coherente. Buscaban apoyarse en los hipotéticos descontentos del pueblo ante los fuertes gastos públicos de aquél. Sin embargo, cuenta Plutarco que, cuando se planteó la posibilidad de disminuir ciertos gastos, Pericles ofrecía emplear su propio dinero, pero el pueblo rechazó la propuesta. En definitiva, se habría tratado de regresar al evergetismo individual frente al gasto público, con que Pericles había consolidado el poder de decisión del pueblo. En el momento en que los partidarios de Tucídides propusieron la condena al ostracismo, el resultado fue que condenaron a Tucídides y la política de beneficencia pública de Pericles salió fortalecida. Las actividades públicas permitían que el pueblo estuviera vinculado estrechamente a la ciudad hasta el punto de que se hablaba de la *polis émmisthos*, la polis que vive del *misthós*, de la paga proporcionada a través de múltiples actividades públicas, lo que permitió que se pudiera definir al pueblo ateniense como un profesional de la política. Sus actividades se centrarían en la navegación, los jurados, los organismos políticos y los festivales públicos.

Hacia 440/439 a.C. se debe de haber llevado a cabo la alianza con ciudades sicilianas y de la Magna Grecia como Leontinos, Catania y Regio, como modo de continuar la política de influencias en el Mediterráneo occidental. Tras el acontecimiento del ostracismo, la actividad imperialista en el Egeo también se agudiza, lo que se materializa en la fundación de la colonia de Anfípolis, en 437/436 a.C., con clerucos, y otros asentamientos en la costa tracia y en el mar Negro. En general, parece que la expansión de los años treinta se llevó a cabo de manera pacífica y como resultado de una inclusión voluntaria, como la de Metona, tal vez por la necesidad de incorporarse en el mercado del Egeo controlado por Atenas. Lo mismo ocurre con la expedición de Pericles al mar Negro, donde según Plutarco se comportaba filantrópicamente. En Sinope derrocó al tirano Timesileo y repartió sus casas y tierras además de asentar a seiscientos atenienses.

1.5. EL ESPLENDOR DE UNA CIUDAD: ATENAS DE TEMÍSTOCLES A PERICLES

1.5.1. Las bases económicas y militares de la hegemonía ateniense

La victoria de Salamina había producido una transformación importante, reflejada en las reacciones que caracterizan el pensamiento antidemocrático de Platón y Plutarco, entre otros, consistente en que se deriva el peso del ejército hacia la flota, cuyas actividades eran protagonizadas por los *thétes*, los que no poseían tierras suficientes para participar en el ejército hoplítico. Ello puso las bases para la transformación de los apoyos sociales de la democracia. Sin embargo, al mismo tiempo, las nuevas posibilidades de crecimiento económico en los mares del Egeo provocó la intervención de los aristócratas que vieron la oportunidad de reconducir el proceso político, a través de la reconstitución de los sistemas evergéticos propios de la ciudad arcaica. Con las conquistas de Cimón se fortaleció el control marítimo que permitió el crecimiento económico de la ciudad. Sin embargo, sólo con las reformas de Efilates y la postura de Pericles en relación al gasto público fue posible la consolidación de una situación de democracia económica, en que el pueblo se beneficiara del imperio. De este modo, las alternativas en el plano político inmediatamente posteriores a las guerras médicas justifican también las alternativas en el plano ideológico. Las reformas plantean pro-

blemas en la concepción de las relaciones entre el pasado y el presente. La tragedia constituiría un marco privilegiado como escenario de las contradicciones, aunque el primer gran poeta trágico, Esquilo, será capaz de comprender que las nuevas instituciones son producto del conflicto, pero que en el sistema democrático es posible la concordia. La *Orestía*, en el año 458 a.C., hace notar cuáles son las ventajas y las limitaciones del consejo del Areópago dentro del sistema democrático.

En la nueva situación, pese al protagonismo individual de algunos políticos, que buscan el consenso con el pueblo con más o menos eficacia durante el periodo de la Pentecontecia, tras la función redistribuidora de los aristócratas del estilo de Cimón, es el pueblo mismo quien se convierte en el redistribuidor, sobre la base de su papel determinante en la flota, que se convierte así en el instrumento de su libertad.

1.5.2. El apogeo democrático

Éstas son las bases del apogeo democrático que se plasma políticamente en las reformas de Efilates. El proceso de todos modos continúa, con las medidas de 458/457 a.C. por las que se amplía el reclutamiento de los arcontes para abarcar también a los *zeugítai*, los poseedores cualificados sólo en un plano secundario, que se habían limitado a participar en organismos colectivos. Paralelamente, se ha extendido el uso del sorteo para el arcontado, con lo que se evita que sean monopolizados por los poderosos capaces de controlar masas de poblaciones a través del evergetismo, aunque también haga que el cargo pierda funciones frente a la estrategia. En 453/452 a.C. se crea la figura de los jueces por distrito o *demos*. Aristóteles considera que el apogeo de la democracia tuvo lugar cuando las magistraturas se designaban entre todos, cuando predominaba el sorteo salvo en cargos que necesitaban experiencia militar como la estrategia, cuando la asamblea se había hecho soberana, cuando se establecieron pagas (*misthós*) para los jurados y para los miembros del consejo, aunque al mismo tiempo se establecían restricciones como la ley del *metrèxenos*.

1.5.3. Las consecuencias sociales y culturales del imperio

El imperio permitió que Atenas se convirtiera en una democracia en el sentido económico, aunque se caracterizara al mismo tiempo por la exclusión de las mujeres y de los no ciudadanos, incluidas naturalmente las clases dependientes. La Pentecontecia se considera la época de oro de esta democracia, sobre todo en tiempos de Pericles, pero la realidad es que no estuvo exenta de conflictos, no sólo por las guerras y las revueltas, sino también porque en el interior no dejaba de haber, más o menos subrepticamente, una oposición representada por los sectores oligárquicos que no estaban de acuerdo con las actitudes conciliadoras de aristócratas como Pericles.

El desarrollo del pensamiento sofístico muestra hasta qué punto éste es el ambiente adecuado para el desarrollo de la retórica y la polémica política, al reconocerse la existencia de actitudes contrapuestas, pero considerar al mismo tiempo que las diferencias se pueden solucionar en el ámbito de la democracia. Otros, en cambio, como el autor anónimo de la *Constitución de Atenas* atribuida a Jenofonte, creen que el dominio del pueblo es incompatible con cualquier forma de gobierno digna de valorarse positivamente.

Este mismo ambiente es el que justifica que se trate de la época más adecuada para el desarrollo de la tragedia, como marco de los enfrentamientos que se resuelven en la colectividad, cuando el teatro se convierte en el punto de reunión de la población ciudadana y sus representaciones en escenario de la catarsis colectiva. La trayectoria histórica de la ciudad y la guerra del Peloponeso pondrán de relieve el carácter irresoluble de ciertos problemas.

En cualquier caso, la ideología dominante es la de la Atenas convertida en centro del mundo y Pericles en hombre medido como el que era objeto de la teorización de Protágoras. Las circunstancias permiten la existencia de Atenas como cabeza de Grecia en el imperio y de Pericles como cabeza de Atenas en el sistema democrático, como olímpico, tal como lo solía definir la comedia. La democracia, tal como se refleja en sus expresiones culturales, es la síntesis entre la colectividad y el individuo. El desarrollo de la oposición, que recoge Platón en la figura de Sócrates, criticaba en Pericles precisamente que destruyera al pueblo al darle dinero, es decir en su papel redistribuidor.

El discurso fúnebre pronunciado según Tucídides por Pericles al final del primer año de la Guerra del Peloponeso contiene muchos de los elementos que caracterizan la Atenas democrática, entre el protagonismo individual y el protagonismo del pueblo, convertido él mismo en héroe, heredero de los antiguos héroes de la épica, dedicado a la política porque puede recibir suministros del imperio, susceptible de convertirse en tirano como cualquier gobernante que se erija en cabeza de la colectividad.

La política se lleva a cabo a través de figuras destacadas de la aristocracia, que así se sienten solidarias con el pueblo, pero la lleva a cabo a través de los nuevos instrumentos representados por la sofística, a través de la persuasión. Protágoras enseña que en la democracia todos pueden participar, pero él adiestra a los jóvenes para hacerse ilustres en la ciudad a través de una participación política que les permite «hacer más fuerte el razonamiento más débil», dado que sobre toda cuestión siempre existe la posibilidad de dos razonamientos contrapuestos. El sofista enseña a persuadir de que se tome como base de las decisiones el «mejor razonamiento».

2. La guerra del Peloponeso

2.1. PRINCIPALES FUENTES PARA EL PERIODO

Sin duda, la fuente principal para la guerra del Peloponeso, hasta el año 411 a.C. es la obra de Tucídides, historiador ateniense que la vivió intensamente, como protagonista de algunas de sus campañas militares y como persona implicada en la política de la época. La historiografía positivista del siglo XIX consideraba a Tucídides su modelo, por referirse con detalle a muchos hechos concretos y por ofrecer un planteamiento que por primera vez se declaraba enemigo de la narración para entretener y quería en cambio presentarse como una «posesión para siempre». Sin embargo, más recientemente se ve en Tucídides un autor profundamente impregnado de la cultura de la época, que lo hace aparecer como integrado en la tradición retórica y dramática, las expresiones más significativas de la Atenas de su tiempo. Si a veces tales características han servido para intentar desautorizar la obra de Tucídides por no responder a las

expectativas de una historiografía positivista actual, se desarrolla más bien la tendencia a considerar que, precisamente por ello, Tucídides aparece no sólo como fuente de hechos, sino también como fuente de los problemas culturales, psicológicos y espirituales de la época.

De este modo, Tucídides como historiador experimenta una nueva valoración, pero esta vez en compañía de todo el movimiento cultural y artístico que caracteriza la Atenas de la guerra del Peloponeso. Así, junto a Tucídides, resulta una fuente importantísima para conocer la época de todo el movimiento sofístico, representativo de los debates que se llevaban a cabo en la asamblea, pero también del espíritu que predominó en toda la vida pública, cuando se consideraba que sobre todos los temas era posible exponer dos argumentos contrapuestos, que el hombre es la medida de todas las cosas y que todos los ciudadanos están en condiciones de exponer sus opiniones sobre los temas relacionados con la vida pública de la ciudad.

Sin embargo, el fenómeno cultural donde se veían implicados todos los atenienses es el teatro, acto público indicativo del carácter colectivo de tales manifestaciones. Como tal, el teatro, tanto en la tragedia como en la comedia, resulta el más importante reflejo de la vida espiritual de los atenienses durante la época, y no es sorprendente la evolución que llevó a cabo, desde el optimismo que caracteriza la confianza de Esquilo en la conciliación, hasta el drama sin solución de las obras de Sófocles o la necesidad de acudir a la presencia de un *deus ex machina* para solucionar los problemas como en el caso de algunas obras de Eurípides. Aristóteles decía que un elemento característico de la tragedia era la *peripeteia*, la peripecia, momento culminante en que un proceso adopta la dirección opuesta, como el optimismo de Edipo transformado en un proceso destructor. La peripecia era en definitiva lo que había caracterizado la guerra del Peloponeso, entre el optimismo imperialista ateniense y su imparable caída en la destrucción. La tragedia y la historia de Tucídides reflejaban en su propia peripecia la peripecia de la ciudad.

Como la guerra representó un momento crítico en la historia interna de Atenas, son dignas de destacar aquellas fuentes que reflejan dichos conflictos, como la comedia, donde se ponen de relieve los descontentos del campesinado, no sólo ante la guerra en sí, sino ante la forma en que se orientaba la estrategia de Pericles, en defensa de la ciudad misma, dejando el campo a merced de las invasiones espartanas, dado que el imperio estaba en condiciones de atender las necesidades de la ciudad como si se tratara de una isla.

Además de Tucídides, de las fuentes historiográficas destacan para el periodo final de la guerra, las *Helénicas* de Jenofonte, escritas como si se tratara de una continuación de la obra de Tucídides, aunque desde luego no alcanza su nivel de reflexión. Representa más bien una historia narrativa teñida de un cierto escepticismo con relación al futuro inmediato de las ciudades griegas.

De las *Vidas* de Plutarco, acerca de la época de la guerra del Peloponeso, pueden utilizarse parte de la de Pericles, la de Nicias y la de Alcibiades, concentradas en personajes que puedan servir de modelo moral, positivo o negativo, pero al mismo tiempo ricas en datos y consideraciones que permiten profundizar en la historia.

2.2. CAUSAS Y PRETEXTOS

La época de la Pentecontecia ha significado la estabilización de la democracia sobre la base proporcionada por el imperio. Ello significaba que, como consecuencia de la victoria naval de Salamina y de las acciones llevadas a cabo por la flota en los años de formación del imperio, los *thêtes* habían desempeñado un papel protagonista, que se traducía en las líneas generales que orientaban la política ateniense. Se dice que el *demos* así caracterizado, como el sector de la población que no tiene acceso al ejército hoplítico, basa la continuidad de su dominio en la concordia con las clases dominantes, que encuentran la compensación a la pérdida de su capacidad de control interno en el dominio externo, de donde pueden extraer grandes beneficios gracias a las acciones de la flota. Por ello, su estabilidad política se fundamenta en la capacidad de dominio, de forma que se identifica con una política agresiva, con una necesidad imparable de control que no podía permanecer en tranquilidad. Por ello, se desarrolló entre los enemigos la imagen del ateniense «tranquilo», que no participaba en las aspiraciones imperialistas. Por ello también se redució la aspiración pacifista que normalmente caracterizaba en cambio a la población rural. Ello creaba por tanto ciertos conflictos internos en la ciudad. Pero, además, la agresividad tenía repercusiones externas, de tal modo que Tucídides dice que la verdadera causa de la guerra del Peloponeso habría sido el miedo que los griegos tenían a los atenienses. La concordia interna creaba por tanto discordia en el exterior, lo que se fundamentaba en que la posibilidad del *demos* ateniense de permanecer libre y no ser sometido a trabajos serviles, como los hilotas espartanos, se había asentado en la existencia del trabajo esclavo, pero la capacidad de aprovisionarse de mano de obra esclava dependía de los mercados y del control de los territorios, es decir, de que la clase dominante fuera capaz de acceder a los mercados para no necesitar ejercer una presión interna que habría roto la concordia. Los enemigos de los atenienses se iban definiendo entre las ciudades del Peloponeso, sobre todo Esparta y Corinto, pero también entre los oligarcas de las ciudades aliadas, que eran las que pagaban el tributo, sostenido precisamente por dichos oligarcas. Desde el punto de vista de las ciudades aliadas, la imposición tributaria de Atenas se convertía en un motivo de conflicto civil. Muchas veces, los oligarcas mostraron sus deseos de separarse de la liga. Por eso, se ha emitido la opinión de que la guerra del Peloponeso fue en realidad una guerra civil con múltiples escenarios.

Sin embargo, Tucídides, aunque afirma que la manifestación más verdadera (*alethestáte próphasis*) en las declaraciones de los contendientes era el miedo, también dedica un importante espacio de su obra a la narración de lo que llama las *aitiai*, las causas, interpretadas habitualmente como las motivaciones inmediatas, los acontecimientos por los que surgió el conflicto en concreto.

El primero de estos acontecimientos tuvo lugar en la isla de Corcira. Los aristócratas expulsados en 435 a.C. de Epidamno, colonia fundada en la costa ilírica por los corcirenses junto con los corintios, que también habían sido los fundadores de la propia Corcira, se dedicaron a atacar su propia ciudad con el apoyo de los ilirios. Los corcirenses se negaron a apoyar a los demócratas de Epidamno, por lo que éstos pidieron ayuda a Corinto. Los corcirenses preocupados pidieron a su vez apoyo a Atenas por si llegaba a ellos el peligro. Según Tucídides, hacían alusión a las ventajas que podría tener para esta ciudad el acceder a una isla que ocupaba un lugar privilegiado en las ru-

tas hacia Occidente. Nacen interpretaciones sobre la posibilidad de que estuvieran aquí presentes las rivalidades comerciales entre Atenas y Corinto por las rutas occidentales. Entre ambas ciudades habían surgido problemas a propósito de las relaciones con Mégara en el año 461/460 a.C. En primer lugar, la flota corintia fue derrotada en Leucimna por los corcirenses y Epidamno cayó en manos de Corcira. En 433 a.C. se produjo un nuevo ataque corintio que decidió la intervención ateniense, sobre la base de una epimaquia, o alianza defensiva, no de una simmaquia, de carácter generalmente ofensivo. La victoria ateniense de Sibota provocó la retirada corintia.

En Potidea, en la península Calcídica, colonia corintia, los atenienses se erigen en protectores de los habitantes frente a los abusos de la metrópoli y reclaman la expulsión de los epidemiurgos, vigilantes de Corinto establecidos contra lo que eran las prácticas habituales en las relaciones coloniales. Sin embargo, los atenienses al mismo tiempo no sólo cobraban el tributo, sino que pretendieron el desmantelamiento de las murallas. Paralelamente el rey macedonio Perdiccas II, en guerra contra los atenienses porque éstos apoyaban a su hermano como aspirante a la realeza, se dedicó a fortalecer la ciudad de Olinto como punto de apoyo a una posible rebelión de Potidea. El asedio a Potidea duró varios años dentro del periodo de la guerra. Las responsabilidades de la iniciativa son atribuidas a Corinto o a Atenas alternativamente por los diferentes historiadores.

Según Tucídides, otro de los motivos que los aliados peloponésicos esgrimían contra Atenas para iniciar la guerra fue el llamado «decreto megárico». A propósito de las acciones de los megarenses, que acogían esclavos atenienses fugitivos y cultivaban las tierras limítrofes consideradas de nadie, los atenienses habían decidido prohibirles el acceso al Ágora de Atenas y a los puertos de la ciudad, lo que según unos causaría un grave perjuicio a las prácticas exportadoras de Mégara, mientras que otros consideran que las prácticas comerciales antiguas, basadas en el aprovisionamiento, no permiten dar crédito a esta acción como causante de la guerra. Aquí se mezcla la versión cómica de Aristófanes, que atribuye el decreto a una venganza de Pericles, porque los megarenses habían raptado a unas *hetairas* de Aspasia, su segunda mujer, con fama de dedicarse a tales negocios, como represalia porque unos jóvenes atenienses borrachos habían realizado algunas acciones similares en su territorio. La historia del decreto está pues plagada de anécdotas y detalles que lo hacen objeto de debate.

Ante las quejas de algunas ciudades, Mégara y Corinto sobre todo, dentro de la Liga Peloponesia, los espartanos deciden emprender la guerra, pero Arquidamo se mostraba reticente y era partidario de inducir a la paz. En cambio, el éforo Esteneladas adoptaba una actitud agresiva, que fue la dominante, aunque las incursiones debidas a Arquidamo siguieron consideradas como tibias. La embajada espartana a Pericles unía a estas quejas la necesidad de que fuera expulsado Pericles, dado que, por pertenecer al *géno*s de los Alcmeónidas, era portador de la mancha que éstos se habían atraído al cometer sacrilegio en el acto de expulsión de Cílón, cuando éste intentó establecer la tiranía en época arcaica. Como contenido político, los espartanos reclamaban la autonomía de las ciudades griegas. Pericles respondió que cualquier concesión sería un motivo de debilitamiento que ni siquiera evitaría la guerra.

2.3. FASES DEL CONFLICTO

2.3.1. *La guerra arquidámica (431-421 a.C.)*

Los primeros diez años de guerra se conocen de modo genérico con el nombre del rey Arquidamo, que dirigió las primeras expediciones de los espartanos dentro del Ática, con la intención de que los campesinos reaccionaran y obligaran a Pericles a hacerles frente en una guerra hoplítica. Se dice que las expediciones se hacían muy lentamente porque el rey no era partidario de una violenta agresión a los atenienses, en razón de sus relaciones con Pericles. Éste, sin embargo, se mantuvo firme en su estrategia de no ofrecer resistencia terrestre, sobre la base de que era preferible actuar en los mares mientras se abandonaban los campos y la ciudad de aprovisionaba a través de las importaciones procedentes de las ciudades vasallas. Por ello, los espartanos se encontraron el Ática desierta. Pero los propósitos espartanos sólo fracasaron en parte, pues ello hizo surgir problemas y conflictos entre los atenienses. La región más afectada fue la de Acarnes, al norte de Atenas, poblada mayoritariamente de campesinos, entre los que se contaría el personaje de Diceópolis de la comedia *Los acarnenses* de Aristófanes. Representada unos años más tarde, en el monólogo inicial del personaje Aristófanes pone en sus palabras una serie de quejas contra la guerra que son además expresión de los problemas del campesinado ante la política de Pericles y del imperio, cuando la economía se basa en los intercambios y se pone en peligro la autarquía tradicional del campesinado ático. Antes, ellos no estaban acostumbrados a usar el verbo «comprar» y producían lo que consumían, mientras que ahora no sólo dependen del mercado sino que la situación los lleva a la guerra.

Si Arquidamo no había conseguido que se entablara un combate hoplítico en que los espartanos eran reconocidamente superiores, sí se produjo una quiebra social que causó problemas en Atenas durante los primeros años de la guerra. Las reacciones vinieron principalmente de los campesinos, que se sentían dañados materialmente por la guerra y humillados en su honor como combatientes hoplíticos, como viejos maratonómacos, los que habían combatido en Maratón, en la batalla de infantería que entre ellos era más apreciada que la de Salamina. También reaccionaban los jóvenes, los sectores de la población que participaban por primera vez en el combate y que veían probablemente en el enfrentamiento a los espartanos las posibilidades de iniciar una carrera militar y política, principalmente entre los que participaban en la caballería, el sector militar donde se empleaban los miembros de la aristocracia. Por primera vez después del ostracismo de Tucídides de Melesias se manifestó la oposición a Pericles, al parecer con la participación de un personaje que tendrá en el futuro inmediato un papel muy significativo, Cleón, quien procedía de los sectores sociales enriquecidos en las actividades industriales que se habían consolidado en la ciudad en su desarrollo urbano relacionado con el crecimiento y el imperio. Era un curtidor seguramente poseedor de una cierta cantidad de esclavos que trabajaban en su beneficio. Esta clase de «hombres nuevos» comienza ahora a desempeñar un papel político en la ciudad, que imprimirá un giro específico en el comportamiento de los sectores políticos, cuya significación se hará visible sobre todo a partir del quinto año de guerra.

Pericles por su parte aconsejaba prudencia, para evitar que el ataque se convirtiera en motivo de actuación de las ciudades de la liga. Ahí se situaba el dilema principal

de Atenas, entre la cohesión de la liga y la cohesión de la ciudadanía compuesta en gran parte por campesinos, afectados ahora por las expediciones espartanas.

En el segundo año, la expedición espartana llegó hasta las minas de Laurio, lo que podía afectar profundamente a la economía ateniense, dado que su funcionamiento externo dependía en gran parte de la acuñación de la dracma de plata, instrumento básico de la tributación. Pericles fue sometido a juicio y depuesto, aunque inmediatamente fue repuesto como estratego. Antes había pasado un tiempo en que no convocaba la asamblea. Evidentemente su capacidad de control estaba en peligro. Las condiciones por las que un hombre inteligente y sereno era capaz de controlar al pueblo comienzan a desvanecerse con el inicio de la guerra, a pesar de que las expectativas de Arquidamo no se habían realizado del todo.

Por otro lado, se difundió una epidemia pelagrosísima entre los atenienses, no bien determinada por los estudiosos a pesar de que Tucídides describe minuciosamente sus síntomas y sus efectos, en lo que se considera un texto profundamente influido por los médicos de la escuela hipocrática. Era desde luego un efecto de las relaciones exteriores de los atenienses a través de los puertos, pues El Pireo fue el primer lugar en que se manifestaron los síntomas. También fue la consecuencia de la estrategia de Pericles, pues como los campesinos tuvieron que abandonar sus campos y refugiarse en la ciudad, comenzaron a habitar en cualquier sitio de modo insalubre, en una situación de hacinamiento que sin duda favoreció la difusión de la enfermedad. Los efectos fueron catastróficos, tanto por las pérdidas humanas que alteraron la demografía y los contingentes militares, como por la influencia que ejerció sobre la moral, a partir de un momento inicial en que los atenienses habían partido como modelo de toda Grecia, capaces de combatir en cualquier campo, a diferencia de los espartanos que no querían alejarse de sus tierras.

De todos modos, durante estos primeros años los atenienses no dejaron de emprender expediciones para combatir por mar y atacar las costas controladas por las ciudades de la Liga Peloponesia. En este aspecto, al mando de Formión, los atenienses cosecharon importantes victorias en el golfo de Corinto, en Río y en Naupacto, además de conseguir la rendición de Potidea, éxitos que confirmaban el acierto de la estrategia de Pericles, a pesar de los efectos negativos que tenían en las relaciones entre los ciudadanos.

Pero en el año 429 a.C. murió Pericles víctima de la epidemia. La aparición de sus sucesores, en la estrategia o en la política asamblearia, puso de relieve hasta qué punto la situación había cambiado y se había hecho ya muy difícil sostener una política equilibrada de control del pueblo y satisfacción de los más poderosos económicamente. Los personajes más notables de la época reflejan la necesidad de una continuidad en su propia presentación como sucesores del gran estadista, pero también la imposibilidad de esa continuidad. Tal imposibilidad había afectado ya a la persona de Pericles, pero con la suficiente brevedad como para que no afectara a su imagen histórica.

Nicias se presenta como moderado, pero en su personalidad aparece especialmente acentuado su carácter de hombre supersticioso, que depende de los adivinos para cualquier decisión que haya de tomar. Frente al orador capaz de convencer, al estilo de los formados en la escuela sofística, como parece ser el caso de Pericles, Nicias se confiesa incapaz de «hacer más fuerte el razonamiento más débil», habilidad que se preciaba de enseñar Protágoras. No está claro si Nicias procede de una familia ilustre;

al menos no es conocida, a lo que se suman las noticias sobre sus riquezas, basadas principalmente en el alquiler de esclavos para la explotación de las minas de Laurio. En definitiva, su posición económica se encuentra asentada en los mismos medios que los de Cleón, en la explotación de esclavos para actividades industriales. Sería, pues, también, un «hombre nuevo». Tendría seguramente razón Aristóteles cuando decía que después de la muerte de Pericles ya no había hombres ilustres dedicados a la política. Comenzaría a difundirse la postura del abstencionismo, que ha calificado como la propia del «ateniense tranquilo», el hombre que no tenía muchas posibilidades de alcanzar en la política de la época el prestigio propio de su clase.

De Cleón se dice expresamente que era mal orador y ni siquiera sabía guardar la compostura en el modo de sostener la vestidura. Los rasgos de su personalidad son los de alguien ajeno a las prácticas aristocráticas, pues ni siquiera tenía «amigos», considerados éstos como los miembros de las redes clientelares en que se apoyaban los políticos que hacían carrera a partir de dichas posiciones. Tampoco hacía la guerra como estratega, pues se dice simplemente que pertenecía al consejo, a la *boule*, a lo que se accedía simplemente por sorteo, sin necesidad de hacer una carrera política propiamente dicha. Como curtidor, recibe los mayores desprecios de parte de la comedia, donde aparece habitualmente como el representante más cualificado de la figura del demagogo, el que engaña al pueblo y al mismo tiempo se convierte en su esclavo, para enriquecerse prometiéndole los mayores beneficios procedentes de las medidas más agresivas en el plano de la estrategia militar. Pero también Tucídides muestra su desprecio hacia él, hasta el punto de considerar que su muerte sería celebrada por los atenienses de bien.

Los acontecimientos bélicos se agravaron cuando en 429 a.C. los espartanos atacaron Platea, con un asedio que duró hasta 427 a.C. y terminó con una violenta intervención contra los ciudadanos. Por su parte, los atenienses se veían obligados a ejercer fuertes presiones tributarias sobre los aliados, lo que trajo como consecuencia varios tipos de problemas. Por un lado, en el interior de la ciudad, los problemas económicos forzaron a establecer una tributación sobre los ciudadanos ricos, la *eisphorá*, que contribuía a debilitar los lazos de la cohesión que habían sido posibles en los años pacíficos de la democracia. Por otro lado, las presiones tributarias crearon reacciones en algunas ciudades, entre las que destacó la de Mitilene, en la isla de Lesbos. Aquí se rebelaron los poderosos y además pidieron ayuda a Esparta. Sin embargo, cuando entregaron armas al pueblo en busca de su apoyo, se produjo una reacción opuesta, lo que se interpreta como un ejemplo de las características específicas del imperialismo ateniense, apoyado en las clases populares de las ciudades sometidas, y no en las oligarquías, como es frecuente en otros imperialismos. El pago del tributo afectaba directamente a las oligarquías de las ciudades aliadas, mientras que el pueblo veía en Atenas la posibilidad de alcanzar un modelo que lo liberara de la presión social. La realidad era que la democracia en concordia social sólo era posible en Atenas, precisamente gracias a que vertía los problemas de la explotación en los aliados, que no podían así alcanzar la concordia, pues ya no había sobre quien descargar las tensiones. De este modo, la oligarquía se ve forzada a negociar con el pueblo, pero la ayuda espartana no llegó a tiempo de evitar la represión ateniense.

Tucídides, a partir de III 75, relata cómo los atenienses habían votado a propuesta de Cleón en la asamblea la adopción de medidas represivas radicales sobre los milite-

nis. Sin embargo, hubo una propuesta de revisión, a pesar de que ya había partido la flota que había de ejercer el castigo. El debate resulta uno de los textos más significativos de la visión dialéctica de Tucídides tanto como de las tensiones que se estaban desarrollando en Atenas en los años de guerra. Cleón defendía que el Imperio ateniense sólo podía conservarse como tiranía, basada en el temor de los súbditos al castigo en caso de rebelarse. En un imperio no cabía andarse con tanto debate, sino más bien era necesaria una política expeditiva, si no querían que cundiera el ejemplo. Su contrincante, un desconocido llamado Diódoto, defiende, no una actitud antiimperialista, sino una concepción distinta del imperialismo. Por un lado, la retórica se presenta como un arma eficaz en el tratamiento de las cuestiones políticas ante el pueblo, frente a la inutilidad y el peligro que le atribuía Cleón. Por otro lado, el imperio era una fuente de tributo que se conservaría mejor si Atenas mantenía la alianza y el apoyo del pueblo de las ciudades aliadas. Desde su punto de vista, la política de comprensión ante la rebelión anterior, en relación al menos con el pueblo, si no con la oligarquía, sería fundamentalmente útil, más que buena en el sentido moral, pues la fidelidad del pueblo garantizaría la estabilidad del tributo. Finalmente, hubo tiempo de enviar una nueva expedición que evitara la dureza de la represión originariamente decidida.

Posteriormente, entre 427 y 425 a.C., surgió un conflicto interno en Corcira, donde los demócratas se enfrentaron violentamente a los oligarcas y, mientras los primeros buscaron al apoyo ateniense, los otros lo hicieron con los espartanos. Para Tucídides, éste fue el momento en que se puso de relieve la violencia de la guerra como hecho «internacional», donde ni siquiera las palabras conservaban su significado, sino que se usaban para expresar cosas distintas. La prudencia, por ejemplo, se confundía con la cobardía. Para algunos de los actuales analistas, también significa la manifestación más viva de los aspectos que hacen que se considere la guerra del Peloponeso como una guerra civil, un conflicto en que se enfrentan los sistemas políticos y las clases sociales, más que las entidades «nacionales». El conflicto terminó con el establecimiento de la democracia en Corcira. La descripción de Tucídides se revela como ejemplo de violencia, paradigma que hace que el historiador atribuya una especial importancia al acontecimiento dentro de la dinámica general de su narración. Los populares asesinaron a los varones y esclavizaron a las mujeres.

Coincidió con este acontecimiento la expedición a Sicilia de 427-425 a.C., adonde se dirigían Sófocles y Eurimedonte cuando se detuvieron en Corcira. Luego, los estrategos fueron criticados por no haber logrado establecer en Sicilia un puente para la acción de los atenienses, en un primer síntoma de la tendencia imperialista del pueblo ateniense a ampliar sus dominios hacia Sicilia, dentro de la tradición ya pensada por Temístocles e inaugurada por Pericles de intervenir en el Mediterráneo occidental.

Luego, en el 426, Demóstenes se dirigía a Etolia, en las costas occidentales de la Grecia del Norte, donde también se habían establecido contactos por parte de los atenienses desde la época de Temístocles. Sin embargo, el ateniense se detuvo en Pilos, donde la intervención de los espartanos con ánimo de encerrar la flota ateniense, aprovechando las características de la bahía, se tornó en su contra y fueron ellos quienes quedaron aprisionados en la isla de Esfacteria. La situación tuvo fuertes repercusiones en la ciudad de Atenas, en cuya asamblea de debatió sobre el destino de los asediados. Tucídides vuelve a ser quien transmite con gran detalle y vivacidad el debate, en que de nuevo es Cleón quien defiende la actitud agresiva, consistente en tomar como pri-

sioneros a los espartanos. Nicias, entre los estrategos, reticente a adoptar la misma actitud y, sobre todo, a ser el protagonista de semejante acción, propuso una decisión insólita, consistente en que el mismo Cleón, sin ser estratego, se hiciera cargo de la campaña. Cuenta Tucídides que los hombres de bien quedaron encantados con la posibilidad y la apoyaron, pues estaría bien que Cleón consiguiera sus fines, pero también que fracasara y desapareciera de la escena política ateniense. El éxito de Cleón en 425 a.C. tuvo como efecto, además del crecimiento de su propio prestigio, el inicio de una política de atracción de los hilotas mesenios, para lo que Pilos constituía un escenario privilegiado. Se inaugura un nuevo aspecto social de la guerra, consistente en minar las relaciones de dependencia dentro de la sociedad de los enemigos.

Es éste un momento de brillo para los atenienses y para Cleón. Pero, pronto, circunstancias relacionadas con la guerra y con las estructuras internas espartanas introducen un nuevo giro en los acontecimientos. Brasidas inicia acciones insólitas hasta el momento, que en cierto modo heredan la línea inaugurada por Pausanias, pues emprende expediciones de largo alcance e introduce alteraciones en el trato de los hilotas. Por un lado, dirige sus tropas a Macedonia, a las costas del norte del Egeo, donde inicia una política diplomática encaminada a atraerse a los súbditos de los atenienses y promover la rebelión. Por otro lado, hace una recluta de hilotas como hoplitas y como remeros, como si de alguna manera pretendiera la liberación de los dependientes a través del servicio militar, como había ocurrido en Atenas en la época arcaica. Sin embargo, a los primeros a los que había prometido la liberación los eliminaron en una acción que Tucídides critica duramente. A los siguientes los transformaron en soldados con el nombre de Brasideos, soldados que, por otra parte, inauguran un tipo de denominación indicativa de una cierta vinculación personal de las que tradicionalmente los espartanos eran enemigos por considerar que deterioraban las relaciones cívicas. El acontecimiento más importante fue la rendición de Anfípolis en 424/423 a.C., porque era una ciudad muy importante en las relaciones de dependencia controladas por Atenas en la costa septentrional del Egeo. A partir de entonces se extendieron las defecciones en las relaciones imperiales, lo que debilitaba considerablemente las posibilidades atenienses. Las treguas establecidas entre Atenas y Esparta no tenían eficacia debido a las actitudes representadas por los dos protagonistas, Cleón y Brasidas, ambos portadores de una postura esencialmente agresiva. Ambos se enfrentaron en Anfípolis, donde según Tucídides se puso de relieve la falta de capacidad estratégica del ateniense. Ambos encontraron la muerte en la batalla de Anfípolis.

2.3.2. La paz de Nicias (421-415 a.C.)

La consecuencia inmediata de la batalla y de la muerte de ambos generales fue la firma de la llamada paz de Nicias, en la que participaron por parte ateniense todos los estrategos. Ello indica que la paz respondía a una aspiración dominante en amplios sectores de la sociedad ateniense, seguramente sobre todo en el campesinado, como se revela en la actividad de Aristófanes, cuyas obras de la época tienen siempre ese tema recurrente. La consecuencia inmediata era el reconocimiento de la bipolaridad del mundo griego entre dos potencias mutuamente reconocidas, Atenas y Esparta, lo que produjo una reacción por parte de otras ciudades que se sentían marginadas, sobre todo de Corinto, que se negó a suscribir los pactos. La estabilidad de los pactos fue por ello muy precaria.

Además, en la ciudad de Atenas se presenta un nuevo personaje de características igualmente nuevas dentro del panorama general de las figuras políticas de la democracia. Se trata de Alcibiades. Por un lado, representa la reaparición de los miembros de las familias más notables, tras el periodo que Aristóteles definía como de ausencia de personalidades ilustres. Alcibiades pertenecía a la familia de los Alcmeónidas, una de las de más alcurnia de Atenas, prestigiosa además por su protagonismo democrático, desde Clístenes hasta Pericles. Sin embargo, por otro lado, su actitud violentamente agresiva se relacionaría más bien con la de los demagogos más virulentos al estilo de Cleón. Sus primeros pasos en el Peloponeso recuerdan las acciones de Temístocles en el momento de verse sometido al ostracismo. Efectivamente, sus acciones fueron dirigidas a apoyar las ciudades del Peloponeso que pudieran tener motivos para enfrentarse a Esparta, Argos, Mantinea y Elis. Sin embargo, cuando Argos, cuya paz con Esparta expiraba entonces, con un régimen de clara tendencia democrática, se dirigió contra Epidaurio, la reacción de Esparta condujo a un enfrentamiento en Mantinea en 418 a.C. que acabó con la victoria espartana. La consecuencia fue el triunfo de la oligarquía argiva y el alejamiento de los pactos con Atenas. Lo mismo ocurrió con Corinto, que emprendió un nuevo acercamiento a Esparta sobre la base que era en definitiva una ciudad más próxima políticamente que cualquiera que tuviera un régimen democrático.

En estos momentos, en Atenas se pone de relieve la existencia de una clara división política y social, cuyos representantes son Nicias y Alcibiades. Por un lado, los defensores de la paz, fundamentalmente los campesinos, intentan conservar la situación creada tras los pactos con Esparta por Nicias, frente a la agresividad mostrada por Alcibiades, que adopta con facilidad la defensa de las tendencias agresivas que están presentes en aquellos sectores de la sociedad partidaria de la acción y de la expansión del imperio. Resulta así una interesante coincidencia de intereses entre los miembros de las clases que no participan de la tierra cívica, los *thêtes*, y un aristócrata ambicioso que sólo ve en el desarrollo de nuevas campañas las posibilidades de alcanzar el brillo al que naturalmente aspiran los jóvenes de la aristocracia. De este modo, en el momento de la descripción de los caracteres de los atenienses de la época, Alcibiades representa la acción, la *polypragmosýne*, frente a la tranquilidad, a la *hesychia*, que caracterizaría a los personajes que se abstienen de la política popular, que no quieren intervenir en las asambleas, como algunos de los protagonistas de los diálogos platónicos. Por otro lado, también se percibe una diferenciación geográfica referida a los objetivos donde cada uno de ellos pone sus proyectos. Nicias prefiere seguir controlando Tracia, pues de allí es de donde procede la mayoría de los esclavos de Atenas en esa época y él se caracteriza por apoyar su poderío económico en la explotación indirecta del trabajo esclavo. Alcibiades pretende continuar la estrategia de intervención peloponésica, que luego se proyectará, como en Temístocles y Pericles, hacia la Magna Grecia y Sicilia.

En esas fechas, los atenienses plantearon en la asamblea la necesidad de condenar a algún político al ostracismo, como resultado general de la sensación de crisis, pero también con programas bastante claros tendentes a eliminar a Alcibiades o a Nicias. El resultado, sin embargo, fue la condena de Hipérbolo, demagogo de origen oscuro, comparable a Cleón, donde se vertían las hostilidades de unos y otros, lo que permitió dejar en activo a los dos protagonistas más significativos de la política del momento. La condena de Hipérbolo se juzgó como un desvío de los objetivos primarios del ostracismo, que estaba encaminado a eliminar a las personas que por su prestigio fueran

sospechosos de aspirar a la tiranía, lo que en verdad ocurría con Alcibíades, pero no con Hipérbolo. Plutarco dice que así acabó en Atenas la práctica del ostracismo, al haberse utilizado para fines que no le eran propios.

Éste es el momento, el año 416 a.C., en que se produjo la intervención ateniense en Melos, donde se trataba de forzar el tributo. Los melios pidieron ayuda a Esparta, pero la intervención ateniense fue más eficaz y forzó a los melios a la rendición. Tucídides de nuevo transmite una conversación entre representantes en que se revela su concepción de la violencia de imperialismo, basada en argumentos sofisticados. Para los atenienses era justo que Melos se rindiera a Atenas simplemente porque era más fuerte. Es decir, se trata del enunciado teórico de la ley del más fuerte, que Tucídides considera como el fundamento real de las relaciones entre ciudades, aunque a veces se ponga como pretexto la justicia. Sería un ejemplo más del cambio de contenido de las palabras que caracteriza la actitud de hombres y ciudades en el periodo de la guerra del Peloponeso.

2.3.3. *La expedición a Sicilia (415-411 a.C.)*

Entretanto, en Sicilia la situación entre las ciudades griegas se hace cada vez más conflictiva. El imperialismo siracusano se hace notar incluso en las relaciones internas, pues sus intervenciones apoyan a las oligarquías y, cuando en Leontinos se ha impuesto ese sistema con dicho apoyo, la reacción de los demócratas consigue restablecer el sistema democrático, pero necesita el apoyo ateniense. Es la época de la embajada encabezada por el sofista Gorgias. Pero más tarde se complican aún más las relaciones y se extienden los conflictos hacia la parte occidental de la isla. De este modo Egesta, que al parecer contaba con un antiguo pacto con los atenienses, se sintió en peligro a causa de Selinunte, detrás de la cual también se encuentra el poder de Siracusa. Cuando Egesta pidió ayuda a Atenas, ésta envió en primer lugar a Féace, que regresó con la impresión de que era muy difícil conseguir aglutinar una alianza de ciudades griegas de Sicilia para hacer frente a la creciente potencia de Siracusa. Entonces en Atenas se plantea un debate sobre la posibilidad de enviar una expedición a la isla para llevar a cabo una intervención directa. Según Tucídides, muchos veían en Siracusa un peligro potencial para los griegos si llegaba a hacerse dueña de la isla y tal vez de las colonias griegas del sur de Italia. Detrás de ello, sin embargo, el historiador veía una «causa más verdadera» en la posibilidad de que Atenas llegara a convertirse en dueña de la isla, en una clara proyección de la dinámica imperialista puesta en marcha y frenada con motivo de la paz de Nicias. Lo malo es que la mayor parte de los atenienses, en opinión de Tucídides, ignoraba cuáles eran las características reales de la isla, de modo que algunos se dedicaban a mostrar dibujos del mapa en el suelo dentro de las tertulias de los ciudadanos, para explicar las ventajas e inconvenientes de la expedición a sus ignorantes conciudadanos. Tras un intenso debate, triunfó la postura de la acción, que en aquellos tiempos dominaba en ambientes atenienses de la ciudad, descontentos de los resultados de la paz.

En cualquier caso, el historiador pone en escena un intenso debate en discursos contrapuestos, procedimiento de enorme eficacia expresiva en su estilo literario, entre las dos figuras que ya se dibujaban como protagonistas de la escena política ateniense. Nicias, protagonista de las negociaciones que habían llevado a la paz que se conoce

por su nombre, ponía de relieve que ésta ni siquiera estaba garantizada. Si los atenienses empleaban sus fuerzas en una expedición lejana, el escenario del Egeo y de las costas de Tracia podía volver a encenderse y convertirse en terreno peligroso, con ventajas para los enemigos. Para él había que consolidar el imperio en el Egeo y garantizar el control sobre Tracia que estaba en peligro. Además, de manera particular, era la mayor fuente de esclavos para los atenienses y él mismo fundaba su riqueza en la explotación de los esclavos tracios alquilados en la minas de Laurio. Por otro lado, la expedición corría el riesgo de resultar cara, argumento que podía servir para que le echaran en cara que estuviera intentando evitar la participación en los gastos de guerra que formaba parte de las obligaciones de los ricos atenienses. Según sus argumentos, las aspiraciones imperialistas eran resultado de las ambiciones de los jóvenes, que sólo se preocupaban por los beneficios que podían obtener en la guerra, tanto en el plano económico, como en relación con sus posibles carreras políticas, siempre apoyadas en las acciones militares.

El representante de esta juventud, contrincante de Nicias en este debate, era precisamente Alcibíades, que ya había emprendido acciones que violaban la paz, cuando desarrolló las campañas en el Peloponeso, las que implicaban a los enemigos de Esparta y podían servir para poner de nuevo en marcha el espíritu imperialista del pueblo de los atenienses. Él mismo argumenta que este pueblo no era capaz de estarse quieto, pues su tranquilidad podría llevarlo a la esclavitud. De este modo, se produce una interesante coincidencia de intereses entre el representante de la juventud aristocrática, deseosa de tener posibilidades de promoción política a través de los éxitos militares, y el pueblo, necesitado de acción para conservar el dominio que servía de fundamento para la conservación de sus libertades, sobre la base de que la aportación económica de los aliados era lo que impedía que los poderosos atenienses ejercieran presión sobre ellos como fuerza productiva. Los poderosos contaban con el imperio como fuente de ingresos y de mano de obra y así podían prescindir de la explotación interna. La libertad democrática se basaba en la desigualdad imperialista. El imperio sólo se conserva con la acción, según los argumentos que anteriormente había usado Cleón, más violentamente, e incluso Pericles, de modo más suave. Ahora, los intereses personales de Alcibíades coincidían con los de la colectividad democrática.

Sin embargo, todo ello se desarrollaba sobre un ambiente tenso. Cuando ya se había aprobado la expedición y se disponían las naves, la víspera de la salida, aparecieron mutilados los pilares de la ciudad que servían de símbolo de los cruces de calles, atribuidos al dios callejero Hermes, en los que se esculpía una cabeza y un falo, heredero de las funciones reproductivas del dios. Dichos pilares eran considerados como expresión de las aspiraciones populares, en sus raíces rurales y en sus transformaciones urbanas. Por ello se produjo una violenta reacción, que nacía además del temor a que en ello se simbolizara una maldición hacia la expedición misma o que trajera el castigo de la divinidad. Algunos han pensado que la acción tuviera precisamente este objetivo, para que la expedición no se llevara a cabo. Por otro lado, corrió el rumor de que algunos jóvenes de la aristocracia, entre los que podía encontrarse el mismo Alcibíades, se habían dedicado en una fiesta privada a parodiar las ceremonias de los Misterios de Eleusis, lo que significaba que, además del sacrilegio, se habían violado los juramentos de secreto a que se sometían los iniciados. En una situación enormemente confusa, se entremezclaba el miedo religioso con el temor a que se intentara acabar

con la democracia. De este modo, se agudizan ciertas habladurías que afectaban desde antes a Alcibiades, pues ya Aristófanes comentaba que era tan activo que los ciudadanos habían cogido miedo a sus actividades. La tradición precisamente consistía en que la tiranía era el resultado de la conducta de políticos demasiado activos, e incluso demasiado populares.

En este ambiente de confusión, a pesar de todo, los atenienses deciden emprender la expedición y dejar que parta con ella Alcibiades a pesar de las sospechas que caían sobre él. La despedida fue una expresión del fervor imperialista del pueblo ateniense, en un alarde de optimismo que se interpretaba por Tucídides, de manera trágica, como ese punto culminante de la gloria que da lugar a la «peripecia», al giro de los acontecimientos por el que se inicia la caída.

Los jefes de la expedición fueron los dos contrincantes en la discusión, Nicias y Alcibiades, con lo que se convirtió en el nuevo escenario de las disputas estratégicas, reflejo de las mismas actitudes hacia el imperialismo. Nicias consideraba que había que mantener una actitud relativamente pasiva y limitarse a proteger la ciudad de Egesta que había solicitado la ayuda. En cambio, Alcibiades defendía la estrategia activa consistente en llevar a cabo desde el principio un ataque directo a Siracusa. A esta actitud se sumaba el tercer estratega, Laques, por razones diferentes, pues es considerado un político de base exclusivamente militar, que considera que en la guerra es donde están los posibles fundamentos de la actuación de un miembro de las clases poderosas de origen hoplítico. La expedición fue, pues, un reflejo significativo de los distintos aspectos que había adquirido la clase dominante ateniense en el periodo imperialista y con el inicio de la guerra. Pero la complicación derivada de las violaciones religiosas en la ciudad no había terminado. En Atenas, una vez la expedición puesta en marcha, la población vuelve a plantearse la cuestión, y la asamblea decide que Alcibiades tiene que volver a rendir cuentas.

Ya la expedición se ha convertido en un nuevo escenario general de la guerra del Peloponeso, pues Corinto y Esparta han decidido prestar ayuda a los siracusanos, con lo que se cumplen las profecías de Nicias y proporcionan a Alcibiades una posibilidad de huida que además pondrá de relieve su verdadera actitud política. En efecto, cuando recibió la reclamación para que regresara a someterse a juicio, Alcibiades optó por acudir a Esparta, donde, según Tucídides, pronunció un discurso enormemente revelador. Según su versión, Atenas tiene la intención de dominar el mundo, por lo que a todos los griegos les interesa unirse para oponerse a sus intenciones. En lo que a él respecta, si actúa dentro de la democracia sólo se debe a que en Atenas en aquellos momentos no hay otro camino para un joven aristócrata que plegarse a los designios del *demos*. Él, sin embargo, nunca ha considerado que ése fuera un buen sistema político. En ello aparecería como el Pseudo-Jenofonte, pero puesto en acción, sin limitarse a criticar el sistema, sino poniendo de relieve que para el pueblo no hay otro camino. Es posible por tanto que ésta fuera una actitud relativamente frecuente entre los jóvenes de la aristocracia, que, después de una época de abstinencia tras la muerte de Pericles, e incluso desde el ostracismo de Tucídides, después de una época caracterizada por la actitud del «ateniense tranquilo», volvía a la acción, haciendo de necesidad virtud, mostrándose demócratas por necesidad. Alcibiades sería un ejemplo destacado y en cierto modo excepcional de esta clase de actitudes.

La consecuencia fue que Alcibiades propone a los peloponesios iniciar una nueva

estrategia, que renueve las invasiones del Ática, pero con una intención más adecuada a los intereses económicos de Atenas, es decir, sin limitarse a devastar los territorios agrícolas, sino estableciendo una fortificación en Decelia que sirviera de cabeza de puente para paralizar la explotación de las minas de Laurio y además pudiera erigirse en lugar de refugio para los esclavos fugitivos, como contrapartida a la actividad que llevaban a cabo los mesenios en Pilos apoyados por los atenienses en relación con los hilotas espartanos. En ello Alcibiades mostraba un conocimiento cercano de las características económicas del sistema ateniense.

Entretanto, los atenienses han llevado a cabo algunas acciones positivas en Sicilia, con la participación de Demóstenes como nuevo estratego enviado en sustitución de Alcibiades. Pero las circunstancias fueron empeorando y, por fin, la flota ateniense, en la que se basaba todo su poderío en el Egeo, la que había maniobrado hábilmente en Salamina primero y en Esfacteria durante esta misma guerra, hasta el punto de inmovilizar a los enemigos aprovechando las ventajas del escenario, cometió los mismos errores que sus enemigos anteriores y se encontró indefensa ante las maniobras de la flota siracusana. Así fue derrotada en 413 a.C. Los antiguos defensores de la libertad se habían convertido en opresores y habían sido derrotados por los nuevos paladines de la libertad representados por los demócratas siracusanos.

Al mismo tiempo, en Asia Menor aparecen de nuevo los persas con aspiraciones renovadas, ante las que constituía un obstáculo la presencia ateniense en una serie de localidades. Darío II llega de este modo a un acuerdo con los espartanos, ambos interesados en el debilitamiento del Imperio ateniense. Los persas se garantizarían así el control de Asia Menor y desaparecería en el Egeo la potencia ateniense. El protagonismo por parte de los persas corresponde al sátrapa Tisafernes, pero la situación se hace especialmente confusa cuando se deterioran las relaciones de los espartanos con Alcibiades y éste pretende llegar a acuerdos particulares con el sátrapa.

2.3.4. La oligarquía (411-403 a.C.)

La situación para Atenas se hace cada vez más difícil, sobre todo porque las condiciones para las defecciones de los aliados aparecen como más favorables, con el posible apoyo de Esparta, que se define cada vez más como «liberadora» de los griegos de Asia. Por otra parte, los pactos oscurecen el panorama, a lo que contribuyen no poco las maniobras de Alcibiades cuando trata de ganarse el apoyo de Tisafernes con la promesa de una cierta colaboración ateniense, para lo que había de prometer el establecimiento de un sistema «moderado» políticamente. Los pactos entre políticos y los temores del pueblo tras la derrota de Sicilia hicieron posible el establecimiento de un sistema que ponía el poder en la representación de diez probulos, delegados que en principio se encargan del funcionamiento del consejo, pero que ahora se hacen cargo del poder, en unas circunstancias como las que describe Aristóteles cuando afirma que tales coyunturas indican que en el fondo ha sido la oligarquía la que ha tomado el poder. El consejo se ve sustituido por diez individuos nombrados al margen del sistema democrático. Dentro de las tensiones del momento, esta situación favorece la actividad de los oligarcas que consiguen la reforma de los organismos representativos, donde sustituyen la asamblea de los ciudadanos por un organismo de cinco mil, elegidos entre los que tenían *hópla*, armas, es decir entre los hoplitas. El sistema democrático

ha visto reducida su base participativa con la vuelta de un sistema censatario. A su lado, se aprueba la existencia de una *boule* o consejo de cuatrocientos miembros, como antes de las reformas de Clístenes. Los argumentos de Pisandro se basaban en que la democracia era incapaz de ganar la guerra, pero en la práctica sus primeras medidas se encaminaron a la firma de la paz. Entre las otras medidas estuvo la de abolir la paga por servicios públicos, la que había permitido la participación de los ciudadanos pobres, que se basaba en ese imperialismo que se apoyaba con la política de guerra. El régimen recibió las alabanzas de Tucídides y tuvo la participación del poeta trágico Sófocles.

Entretanto, la flota ateniense situada en Samos se erigió en defensora de la democracia, pues en ella participan los *thêtes*, los miembros de la clase subhoplítica que constituye el núcleo fundamental de la democracia radical. Alcibiades vuelve a presentar su cara como demócrata, pero al tiempo negociaba con Tisafernes. En Atenas, Terámenes enarbola el argumento del temor a la flota para conseguir que se volviera a los Cinco Mil como punto de partida de lo que podía denominarse una «democracia moderada», pero también como una «oligarquía moderada». Un modo representativo reducido, basado en las minorías vinculadas al pasado censatario basado en el sistema de Solón, en la «constitución ancestral», como solían llamarla sus defensores, opuesta por igual a la democracia radical y a la tiranía.

Por su parte, Alcibiades aprovecha la coyuntura para llevar a cabo una serie de campañas en los estrechos de entrada al mar Negro, en Cícico, en la Propóntide, y en Abido, en el Helesponto. Ello coincide con un fortalecimiento de la democracia dentro de la ciudad, que se revela en la figura de Cleofonte, con el que se vuelve a las instituciones democráticas, a la *boule* de los Quinientos y a los tribunales que funcionan a través del pago estatal que permitía la participación de los ciudadanos pobres. De este modo, las campañas de Alcibiades y el retorno de la democracia favorecieron la vuelta de Alcibiades, que hizo una entrada triunfal en la ciudad y recibió el título insólito de *hegemon autocrátor*, como general en jefe, en cierto modo por encima de las instituciones. Era un modo distinto de traspasar los límites de la democracia, sobre la base de las necesidades militares y del prestigio del personaje en el ámbito de las aspiraciones democráticas a pesar de las contradicciones del individuo, que lo colocaban en los bordes de la tiranía.

Por su parte, Ciro el Joven, sátrapa de Sardes, hijo del rey Darío, emprende el reforzamiento de las relaciones con Esparta, sobre todo con Lisandro, que inicia en estos tiempos una ascendente carrera, en una línea personalista del estilo de otras anteriores que en Esparta han llevado a algunos personajes a chocar con el sistema, como Pausanias o Brasidas. Lisandro emprende una política de reforzamiento naval, consecuente con tales planteamientos. De este modo, los espartanos vencieron a los atenienses en la batalla naval de Notio en 407 a.C., en las costas de Asia Menor, frente a Samos. Alcibiades se vio obligado a refugiarse en el Quersoneso.

En el año 406 a.C. los atenienses obtuvieron en cambio una victoria naval en las islas Arginusas, frente a Lesbos, pero produjo efectos negativos, síntoma sin duda del deterioro de las relaciones internas, al que ni la victoria podía ya poner remedio. Después de la batalla, los generales no recogieron los cadáveres de los soldados o, según otra versión, a los naufragos supervivientes. En cualquier caso, también el abandono de los cadáveres era considerado un sacrilegio de graves consecuencias, como se ve en

el desarrollo de la tragedia de *Antígona*, basada en la lucha por el enterramiento del hermano vencido. Fue Terámenes el promotor de un juicio contra los generales implicados, que los condenó a muerte en una sola sentencia, práctica considerada ilegal. Sólo Sócrates se había opuesto a que el Estado cometiera tal ilegalidad, según su discípulo Jenofonte. La victoria no había servido para aliviar la crisis de la ciudad ni las relaciones de convivencia entre grupos y tendencias.

La derrota espartana había tenido repercusiones indudables, como se muestra en el hecho de que buscaran la paz, pero la política agresiva del pueblo ateniense estaba en ese punto culminante en que veía que la finalización de la guerra acabaría con el imperio y, por tanto, con sus posibilidades de conservar la libertad, tema que ahora se torna recurrente entre las manifestaciones intelectuales de los atenienses. Sin embargo, la confianza del pueblo se basaba en un cierto espejismo como demostraron los acontecimientos subsiguientes. En efecto, en 405 a.C., los atenienses fueron derrotados por los espartanos al mando de Lisandro en la batalla de Egospótamos, en el Quersoneso, cerca de donde se hallaba Alcibiades. Éste fue el momento que decidió a los atenienses a hacer la paz en condiciones muy desventajosas, a partir de unas negociaciones llevadas a cabo por Terámenes, personaje que se iba caracterizando por su capacidad para adoptar posturas contrapuestas, característica que posiblemente se explica dentro de las contradictorias condiciones históricas del momento. Por ello lo llamaron *cornuto*, con el nombre del calzado usado en el teatro que se adaptaba fácilmente a ambos pies. Los atenienses tuvieron que renunciar a la liga y a las cleruquías que se habían establecido en el territorio de las ciudades aliadas.

Pero la consecuencia más dramática, aunque de corta duración, fue el establecimiento de la oligarquía de los Treinta Tiranos, régimen encabezado por treinta individuos claramente contrarios a la democracia y partidarios de una posición de alianza y subordinación con respecto a Esparta. Las características de los personajes no eran de todos modos totalmente homogéneas. Entre ellos estaba Critias, pariente de Platón, posiblemente el más radical de los treinta. Jenofonte refleja la celebración de una sesión en la que se empeña en destruir a todos los que de algún modo han colaborado con la democracia, y no tiene reparos en declarar el nuevo régimen como una tiranía. Frente a él se erige la figura de Terámenes, el *cornuto*, que pensaba que había que volver a la «constitución ancestral», que se identificara como democracia, pero alejada de todos los aspectos radicales, sobre todo del hecho de que los que participaran en funciones públicas cobraran dinero del Estado. Ésta sigue siendo la piedra de toque de la definición de los distintos grados en que puede clasificarse el sistema democrático. Vuelve a ser un sistema que puede recibir el calificativo de moderado. Pero no fue el que se impuso. Terámenes fue condenado a muerte por iniciativa de Critias. Éste es el inspirador del régimen que triunfó, el más violento, que dejó su huella en la historia del pensamiento político ateniense, de tal modo que el mismo Platón consideraba que los oligarcas habían actuado erróneamente al ponerse en su contra a los mismos miembros de la oligarquía que no compartían plenamente sus planteamientos. Seguramente fue ésta la causa de que el régimen durara menos de un año y de que fuera derrocado con la participación de miembros de la oligarquía que eran más bien partidarios de restaurar la democracia de modo que se aprovecharan las experiencias del pueblo inclinado así a no llevarla a los extremos anteriores y contentarse con un planteamiento que pudiera calificarse igualmente de moderado, que pudiera identificarse como

«constitución ancestral». El problema consistía ahora en materializar lo que cada uno entendía como «constitución ancestral».

Bibliografía

Incluye fuentes accesibles en traducción:

- Aristóteles (1984): *Constitución de los atenienses*, trad. de M. García Valdés, Gredos, Madrid.
 — (1986): *Política*, trad. de C. García Gual y A. Pérez Jiménez, Alianza Editorial, Madrid.
 Cortés, J. M. (1999): *Epigrafía griega*, Cátedra, Madrid.
 Domínguez, A. J.; Plácido, D.; Gómez Espelosín, F. J. y Gascó, F. (1999): *Historia del mundo clásico a través de sus textos. I. Grecia*, Alianza Editorial, Madrid.
 Davies, J. K. (1978): *Democracy and Classical Greece*, Fontana, Glasgow (trad. en Taurus, Madrid, 1981).
 Fernández Nieto, F. J. (1989): *La Guerra del Peloponeso*, Akal, Madrid.
 Heródoto (1991): *Historia, libro IX*, trad. de C. Schrader, Gredos, Madrid.
 Hornblower, S. (1983): *The Greek World 479-323 B.C.*, Methuen, Londres (trad. en Crítica, Barcelona, 1985).
 Jenofonte (1989): *Helénicas*, trad. de D. Plácido, Alianza Editorial, Madrid.
 Musti, D. (1995): *Demokratia. Origini di una idea*, Laterza, Roma-Bari (trad. en Alianza Editorial, Madrid, 2000).
 Plácido, D. (1989a): *La civilización griega en la época clásica*, Akal, Madrid.
 — (1989b): *La pentecostecia*, Akal, Madrid.
 — (1997): *La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante la guerra del Peloponeso*, Crítica, Barcelona.
 Pseudo-Jenofonte (1984): *República de los atenienses*, trad. de O. Guntiñas, Gredos, Madrid.
 Sancho, L. (1997): *Un proyecto democrático. La política en la Atenas del siglo V*, Egado, Zaragoza.
 Sinclair, R. K. (1988): *Democracy and Participation in Athens*, Cambridge University Press (trad. en Alianza Editorial, Madrid, 1988).
 Tucídides (1989): *Historia de la Guerra del Peloponeso*, trad. de A. Guzmán, Alianza Editorial, Madrid.

CAPÍTULO 8

LA SOCIEDAD GRIEGA EN LA ÉPOCA CLÁSICA Y HELENÍSTICA. ECONOMÍA, PENSAMIENTO Y RELIGIÓN

JOAQUÍN L. GÓMEZ-PANTOJA
 Universidad de Alcalá

1. Principales fuentes sobre la cuestión

Para la época clásica (siglos V-IV a.C.), los datos disponibles limitan la indagación de las condiciones sociales, económicas, culturales y religiosas de Grecia, que debe necesariamente ceñirse a los casos ateniense y, en menor medida, espartano; sólo en esos lugares (y singularmente en el primero) hay fuentes numerosas y de la calidad y viveza suficientes para intentar una investigación de estas características. Para el resto del ecúmene heleno, debemos conformarnos suponiendo que lo que sucedía en Atenas (y en menor medida, en Esparta) era aplicable a otros lugares, a pesar de que para ese tiempo, los griegos estaban instalados prácticamente en todas las orillas del Mediterráneo («como ranas en torno a una charca», en frase de Platón) y el sentido común inclina a considerar que su situación debía diferir enormemente en cuanto a fortuna y perspectivas económicas, nivel cultural, costumbres sociales, ritos y creencias religiosas. La diversidad se acrecentó en los siglos siguientes, cuando las conquistas de Alejandro Magno abrieron el mundo a los helenos. Pero, a la vez, la multiplicación de las ciudades, el aumento de la riqueza y la proliferación de gimnasios y otras instituciones educativas favorecieron que los testimonios escritos lleguen en mayor variedad hasta nosotros, bien directamente, como sucede con las innumerables inscripciones cívicas o los papiros egipcios, bien indirectamente a través de los autores latinos.

Platón, en sus diferentes *Diálogos*, ofrece una vívida descripción de Atenas contemporánea, aunque cabe sospechar de su idealización: el ambiente de ocio y tranquilo disfrute de la juventud dorada que protagoniza los escritos platónicos parece incompatible en una ciudad afligida por una larga guerra, en la que el hacinamiento y la peste dentro de ella y las largas y sangrientas campañas externas hacían terribles estragos. Lo que se conserva de Aristóteles (384-322 a.C.) es seguramente menos vívido que lo escrito por Platón, pero no por ello deja de ser una magnífica y detallada descripción de la vida cotidiana. Las obras de ambos son, además, imprescindibles para entender el

desarrollo y la madurez del pensamiento griego, que estando atento aún a los dioses, los ritos y oráculos, comenzó a prestar similar atención a las no siempre aparentes motivaciones humanas. Finalmente, un contemporáneo de Platón y amigo suyo, Jenofonte (ca. 430-355 a.C.), ofrece muchas referencias a la vida en Atenas y a sus luchas políticas, además de una exposición de la constitución espartana y una biografía de Sócrates.

Los discursos conservados de retores y sofistas, habiendo sido pronunciados en público a favor o en contra de una determinada posición política o durante un juicio, se refieren necesariamente a problemas y circunstancias concretas de la vida ateniense y de sus vecinos. Ese mismo origen, sin embargo, descarta la plena objetividad, pues sus peroratas nunca fueron destinadas a presentar la realidad fiablemente, sino a influir en el juicio de sus oyentes. Los fragmentos de los grandes oradores áticos (Lisias, Isócrates y Demóstenes) son los que merecen mayor atención y son más útiles para nuestros propósitos en la época clásica, mientras que la pléyade de escritores del género en la época helenística ofrecen una casuística más abundante y detallada.

La celebración anual del festival de Dionisio incluía un concurso en el que se juzgaba el mejor entre los grupos de coros y se elegía un vencedor entre las mejores tragedias y comedias presentadas. Coros y comedias ofrecían amplio espacio para la sátira y las chanzas a costa de personajes y circunstancias contemporáneas, como se puede apreciar en cualquiera de las comedias de Aristófanes (ca. 450-ca. 388 a.C.) y de sus sucesores de la llamada Comedia Nueva; aunque la gracia de estas obras reside en la exageración de vicios y defectos, no dejan de ser testimonios aprovechables de la vida y los usos cotidianos. En la época helenística, la popularización de la novela (Yámbulo, Aristides) ofrece también una ventana a la vida ordinaria.

Los escritos de Heródoto (ca. 484-450 a.C.) contienen infinidad de digresiones de interés etnológico, geográfico y social, mientras que los fragmentos y escolios de Posidonio y Agatárquides amplían las descripciones a tierras, gentes y costumbres de todo el ámbito mediterráneo. Muy distinto en sus propósitos y métodos, Tucídides (471-401 a.C.) escribió una magistral historia de la guerra del Peloponeso, en la que las causas de determinados acontecimientos se ligan directamente a sucesos o motivos concretos de tipo económico, social o religioso.

Otro grupo de fuentes interesantes son las legales y jurídicas. Entre ellas, el llamado «Código de Gortina», con una codificación de derecho privado realizada en torno al 450 a.C. Para siglos posteriores, las inscripciones con disposiciones cívicas, cartas de los monarcas a ciudades y particulares son demasiado numerosas para ser nombradas aquí, pero refieren problemas de derecho público y privado, homenajes, y otras cuestiones en directa relación con las costumbres sociales y los usos económicos. Más amplio aún es el catálogo de temas tratados en los papiros egipcios, que abarcan desde fragmentos antes desconocidos de obras de grandes autores hasta cartas privadas, pasando por los registros administrativos de los archivos de las grandes propiedades reales. Esta clase de documentos, generalmente conservados en precario estado, es tan abundante y trabajosa de editar que resulta difícil valorar con detalle su importancia, sobre todo porque es un campo en continuo avance.

Finalmente, están las fuentes arqueológicas, entre las que cuento tanto las obras maestras del arte y la arquitectura de esos siglos como los variados y dispersos objetos de uso común, cuya interpretación social, económica o religiosa no siempre es fácil.

2. La sociedad de la polis

2.1. DIVERSIDAD EN LA UNIDAD

A pesar de su número y variedad, todas las comunidades helenas compartían un substrato de organización social basado en la polis, que era el único modo en que los griegos admitían vivir en común civilizadamente (nunca mejor dicho). Aunque por las razones apuntadas antes, nuestro prototipo de polis es Atenas, lo cierto es que la diversidad era más la norma que la excepción. Se trataba siempre de comunidades reducidas según las normas actuales, que podían vivir sobre un territorio minúsculo o por el contrario, poseer un enorme distrito; dependiendo de la condición de la tierra, el tamaño de su jurisdicción y el número de habitantes, la densidad variaba enormemente: desde las montañas casi desiertas de Etolia a la aglomeración del Estado-isla egineta. Aunque la especial configuración morfológica de la Hélade impedía que las poleis viviesen de espaldas al mar, era la tradición y la función económica las que determinaban las condiciones sociales de cada comunidad: las había en las que una parte considerable de la población era de condición servil; en otras, la principal dedicación económica era agrícola o pastoril, mientras que en las ciudades portuarias, el comercio y la navegación favorecían que sus habitantes fueran mayormente de condición libres; en otras, finalmente, la razón de su fortuna era la función militar o ser la sede de un famoso santuario, popular por sus curaciones o por su oráculo.

Fuera cual fuese la extensión del territorio, el número de habitantes, la dedicación económica o la estructura del hábitat, todas las poleis disponían de un núcleo edificado donde estaba el santuario local y quizá algún otro edificio público; esas sedes acogían el mercado periódico y los festivales religiosos y la celebración de éstos daban ocasión para que los habitantes de la polis se reuniesen para elegir magistrados o decidir sobre cuestiones comunes, entre ellas, predominantemente, la guerra. Porque el rasgo más general y uniforme de las poleis era un fiero sentimiento de autonomía e independencia respecto a sus vecinos, lo que fue causa de continuos y violentos conflictos, resueltos en última instancia en el campo de batalla.

En la Grecia antigua, la decisión en esa clase de asuntos correspondía exclusivamente a los ciudadanos varones, como consecuencia del papel que los hombres jugaban en la defensa armada de su comunidad. En cierto modo, la política —el debate público que era esencial en la vida de todas las poleis— era la extensión a otras esferas del consejo de guerra que precedía a la batalla y en el que cada miliciano tenía derecho a expresar su opinión delante de su comandante, del mismo modo que las alabanzas y críticas al papel de los combatientes determinaban su prestigio social y su liderazgo. Es por ello que, en principio, todo ciudadano varón y adulto tenía derecho a participar en política, aunque en la práctica esa capacidad universal estaba matizada por condicionantes particulares, como eran la fortuna o la estirpe. La ciudadanía se alcanzaba por legitimidad de nacimiento y sus rasgos esenciales eran la mencionada participación en la política y el derecho de herencia, que equivalía al reconocimiento de la propiedad de bienes raíces, puesto que al no-ciudadano sólo excepcionalmente se le autorizaba la posesión de una finca o una casa. En Atenas, durante la época de esplendor, los ciudadanos gozaban además de algunas prerrogativas especiales, como la granidad de los espectáculos públicos, las indemnizaciones por el desempeño de cargos

públicos y el acceso a las distribuciones gratuitas de trigo. Para restringir los abusos en este capítulo, Pericles decretó estrictas condiciones para la transmisión de la ciudadanía, de tal modo que sólo los hijos y nietos de matrimonios legítimos entre ciudadanos atenienses eran considerados como tales.

La igualdad entre los ciudadanos era el ideal y el caso extremo de ello, ampliamente citado por los teóricos contemporáneos, era el espartano, donde los ciudadanos se llamaban, precisamente, «los iguales» y formaban una poco numerosa pero eficaz élite militar encargada únicamente de la defensa de la ciudad. Su igualdad procedía de que su mantenimiento recaía sobre los *hilotas*, un grupo social de condición inferior y varias veces superior en número a «los iguales», a los que el derecho del vencedor sometía a una servidumbre sin derechos políticos. En Atenas, la supremacía política, en cambio, dependía de la riqueza, porque ésta concedía a los ricos más facilidades y más oportunidades de dedicarse a la política; por ello, el deseo de igualdad universal llevó en el siglo V a.C. a que se subvencionase la participación política de los más pobres.

Quienes no reunían condiciones para ser ciudadanos —los hijos de uniones ilegítimas o los extranjeros— podían llegar a formar grupos importantes, aunque caracterizados por la indefinición jurídica. En Esparta, el espacio legal entre esclavos y ciudadanos lo ocupaban varias categorías intermedias sin una clara posición legal, como los hijos habidos entre espartanos e *hilotas* o los «iguales» que habían perdido su condición por mala conducta militar. Al tiempo, los espartanos reconocían en el interior de su *polis* la existencia de comunidades subordinadas (los *periecos*) a las que se les respetaba cierta autonomía, el derecho de propiedad y se admitía su participación restringida en los asuntos públicos; por otra parte, los *periecos* desarrollaban una serie de oficios y funciones que la constitución espartana prohibía ejercer a sus ciudadanos.

En otras ciudades griegas, los *metecos* eran el equivalente parcial de los *periecos*. Se trataba de extranjeros, griegos o no, que tenían su domicilio en una ciudad de la que no eran ciudadanos. Su condición foránea la ponía de manifiesto el pago de un canon de residencia, una tasa por comercio, la obligación de contar con un ciudadano que les avalase y la prohibición de adquirir bienes raíces. A cambio, la *polis* de residencia protegía sus vidas y enseres, y sus obligaciones se acercaban a las del ciudadano en lo que respecta a la participación en festivales y ritos y en la defensa de la *polis* de adopción. El porcentaje de estos residentes no ciudadanos podía ser muy elevado (un tercio de la población libre en Atenas), pero las *poleis* griegas se mostraron remisas a aceptar a estos *metecos* como ciudadanos, por mucho que llevasen generaciones establecidos en su ciudad de residencia; en la práctica, no había un procedimiento ordinario de naturalización y los pocos casos conocidos implicaron circunstancias extraordinarias. La población *meteca* de Atenas (que es la mejor conocida) era próspera, se concentraba fundamentalmente en torno a El Pireo y se dedicaba a actividades comerciales, artesanas o al préstamo, es decir, las que no requerían la posesión de tierra.

Finalmente, una *polis* podía incluir en su población un número más o menos elevado de esclavos y se dice que Atenas y Esparta eran los dos lugares con mayor número de ellos. En Atenas, se calcula que la población servil equiparaba en su número a la libre y su situación social es difícil de definir; en frase de Aristóteles, un esclavo era una herramienta viviente y estaba, por lo tanto, a completa disposición de su amo, pero sólo un idiota estropearía una máquina valiosa, de tal modo que quien hiciera daño a un esclavo compensaba a su dueño. En Esparta, la existencia de esclavos era esencial

para la *polis* y su situación era resultado de costumbres largamente aceptadas. Los *hilotas* eran los descendientes de poblaciones sometidas que cultivaban los campos en beneficio de los «iguales»; eran, por lo tanto, un grupo servil que había perdido su libertad de forma colectiva. Como el número de *hilotas* superaba en varias veces al de ciudadanos o a la suma de ciudadanos y *periecos*, fueron frecuentes las revueltas, ya que debían sufrir los ataques y vejaciones de los espartanos, en la mayoría de los casos encaminadas, simplemente, a imponer el terror sobre ellos como medio de control.

Todos aspiraban a tener esclavos y sólo los muy pobres carecían de ellos; el resto, podía poseerlos en número variable: desde los mil que Nicias alquilaba a los mineros hasta el único sirviente de una casa modesta, pasando por el rico mercader que podía tener cincuenta, unos cuantos en casa y el resto trabajando en talleres y fábricas. Los registros de las obras de la Acrópolis atestiguan que esclavos y libres trabajaban codo con codo y con parecidos salarios, pero también consta que había esclavos instalados por su cuenta y que pagaban a su dueño un canon sobre sus ingresos.

En resumen, la sociedad griega —salvo en el caso espartano o del trabajo mineiro— nunca fue una sociedad plenamente esclavista, sino que la servidumbre equivalía en muchas ocasiones a jornaleros o trabajadores por cuenta ajena.

2.2 LA FAMILIA

De lo dicho hasta ahora se desprende que la familia transmitía el derecho de ciudadanía, pues sólo los hijos de matrimonios legítimos entre ciudadanos adquirían esa condición. Además, la familia ejercía también otra función, ligada igualmente al cuerpo de ciudadanos, y que era la transmisión de la propiedad. Normalmente, los griegos no favorecieron el derecho de primogenitura, sino que la herencia se repartía equitativamente entre los hijos supervivientes, provocando una gran fragmentación de la propiedad y la inexistencia de familias cuya influencia se perpetuase de generación en generación. Fueron normales los matrimonios entre parientes cercanos, como también lo fue la limitación del número de hijos, porque endogamia y control de la natalidad eran formas eficaces de contrarrestar la fragmentación de la propiedad, aunque la segunda conducta acarrea con frecuencia la ausencia de heredero varón.

La familia, por último, garantizaba la ocultación social de la mujer como medio de protegerla, lo que repercute directamente en su visibilidad histórica: de los sesenta y dos mil y pico de nombres individuales de atenienses atestiguados en diversas fuentes y recogidos en un reciente onomástico, apenas cinco mil setecientos corresponden a mujeres y niños. En las *poleis* griegas, las mujeres eran consideradas ciudadanas, pero sólo a efectos de participar en determinados cultos en que era requerida esa condición y de la procreación; para lo demás, carecían de independencia y su situación jurídica requería siempre un guardián o tutor, que habitualmente era el padre antes del matrimonio y el marido después; incluso en aquellos casos en que ejercían el derecho de propiedad por ausencia de un heredero varón, la ley consideraba esa situación como transitoria, a la espera de que la propiedad recayese por matrimonio en el pariente varón más próximo. Estas prácticas eran generales en muchas ciudades griegas pero las mejor conocidas son las atenienses por su codificación legal. Y de nuevo, otra vez, el contraste con Esparta es chocante, porque allí las mujeres gozaban de mayor grado de libertad, hasta el punto de

haberles dado mala fama entre los demás griegos; entre otras cosas, se les reconocía el derecho de propiedad, un hecho que fue causa de disturbios cuando en el siglo III a. C. se cayó en la cuenta que casi la mitad de todas las tierras libres pertenecían a mujeres.

2.3. TRIBUS, COFRADÍAS Y OTRAS ASOCIACIONES

La vinculación de un ciudadano con su *polis*, sin embargo, no era directa, sino que se hacía mediante agrupamientos intermedios. Uno de ellos y bastante generalizado, era la tribu, a la que se pertenecía por herencia. El número variaba según las ciudades: en Atenas, una de las reformas de Clístenes había consistido en repartir a los ciudadanos entre diez tribus, en vez de las cuatro previas; mientras que muchas *poleis* dorias tenían tres. Las tribus fueron divisiones estrictamente ciudadanas, que no existieron en aquellas áreas de Grecia que no se urbanizaron y cuya función original fue la recluta militar; su supervivencia en épocas posteriores, sin embargo, se debió a la tradición y sobre todo, porque siguieron siendo activas en la organización del culto oficial de la ciudad.

En ciudades donde la estructura política había devenido compleja y la ciudadanía conllevaba especiales derechos y obligaciones, el lugar de residencia marcaba otra forma de agrupar a los habitantes de una *polis*. En Atenas, Clístenes había basado en la aldea o *deme* toda la administración del censo, con procedimientos complejos que aseguraban la inclusión de quien tenía derecho a ello y permitían reclamar las exclusiones dolosas o inadvertidas. Precisamente por su íntima relación con la ciudadanía, los atenienses heredaban el *deme* de sus antepasados, aunque hubieran perdido su residencia en él, y el dato pasó a ser parte del nombre oficial de cada individuo.

Pero más importantes que esas agrupaciones formales era la red de asociaciones y cofradías a las que todos y cada uno de los varones griegos pertenecían por diversas razones y en diversos conceptos y que, como Aristóteles hizo notar, eran las que conferían a la *polis* su sentido comunitario, porque reforzaban los vínculos naturales (agnaticios o de sangre) con otros relacionados con la religión, la política, la cooperación o la vida social. Esas cofradías estaban tan engranadas en la vida política (en el sentido de vida ciudadana), que en Esparta el *syssition* o rancho en común era la base de la organización social y militar: cada uno de esos grupos estaba compuesto por un núcleo de residentes fijos, los jóvenes entre veinte y treinta años enrolados en la falange; y los demás varones adultos, que acudían a diario a su *syssition* y contribuían a su mantenimiento. Esta vida comunal debía parecer lo más natural a quienes desde los siete años habían crecido bajo supervisión de la *polis*, en grupos de edad uniforme, enseñados en todo tipo de triquiñuelas útiles para la supervivencia y mal vestidos y alimentados para hacerlos más fuertes.

Indudablemente las *syssitia* debieron de tener su origen en las costumbres y prácticas de bandas de guerreros ancestrales, para quienes los lazos de amistad y dependencia surgidos del combate se extendían fácilmente a otras esferas de la vida. Se supone que las cofradías de Atenas y de otros lugares tuvieron el mismo origen, aunque su evolución condujo a resultados distintos a los de Esparta. En consonancia con la democracia, las cofradías estaban abiertas a todos los que quisieran admitir sus miembros y era a través de ellas como un joven varón se introducía en la vida social y políti-

ca, pues los cofrades daban fe de la mayoría de edad de sus hijos y, en consecuencia, de su idoneidad para participar con los demás miembros en los actos religiosos y políticos: los cofrades eran los testigos naturales en las bodas de sus iguales y, en caso de necesidad, salían valedores por ellos ante la ley; en otras *poleis* griegas, pero no en Atenas, las cofradías participaban en el entierro de sus miembros, socorrían a las viudas e hijos y conmemoraban periódicamente la memoria de sus difuntos.

3. Las innovaciones sociales del helenismo

La empresa de Alejandro Magno abrió a los griegos espacios geográficos más amplios y los catapultó a la condición de grupo dirigente de otras sociedades. El helenismo se define precisamente como la súbita expansión geográfica, social y económica del mundo griego.

Entre las consecuencias del proceso está la forzada adaptación de las estructuras tradicionales de la *polis* a la nueva situación, que hubieron de compatibilizar su característica autonomía con la dependencia al monarca. Igualmente, la conquista supuso una notable emigración desde las *poleis* tradicionales hacia Oriente y Egipto. Al principio, esos griegos llegaron como soldados y administradores al servicio del nuevo poder y por lo tanto con una mentalidad colonial que les llevaba a despreciar las poblaciones locales, frente a las que ciertamente se encontraban en inferioridad numérica; de ahí que durante unas cuantas generaciones después de Alejandro, constituyeran grupos cerrados y celosos de su pureza étnica y de su superioridad política y económica. Pero con el tiempo, lo corriente fue el mestizaje, salvo en algunos pocos lugares donde el rechazo a lo heleno fue la seña de identidad nacional, como sucedió con los judíos y, en menor medida, entre los iraníes.

A la larga, y por paradójico que parezca, el mestizaje resultó de las mismas innovaciones sociales y políticas que los conquistadores introdujeron en los nuevos territorios. Como es sabido, la muerte de Alejandro supuso el fin de la efímera unidad y las monarquías resultantes fueron conscientes de su origen común pero frecuentemente en guerra entre sí.

3.1. LA *POLIS* EN LOS REINOS HELENÍSTICOS

Los inmigrantes griegos llevaron consigo sus formas de vida y organización. No es extraño, pues, que uno de los rasgos más definidores del helenismo fue la expansión de las ciudades al modo griego, bien anexando a los núcleos ya existentes barrios griegos que se gobernaban por las prácticas de ultramar o, más llamativo, creando una multitud de nuevas *poleis*. Esta tendencia fue apoyada activamente por los monarcas, que unas veces ayudaron con privilegios y donaciones a las comunidades existentes y otras las fundaron ellos de nueva planta. Se perseguía así el objetivo de organizar, controlar y explotar mejor sus inmensos dominios y hacer atractivo el asentamiento de nuevos inmigrantes que les ayudasen en esas tareas. El modelo de organización de las nuevas ciudades fue el tradicional: entidades cívicas en las que el contingente griego coexistía en diversa proporción con la población local. La experiencia no era inédita

pues ésa había sido la situación corriente durante siglos en las ciudades de Jonia y en las colonias occidentales; y se asimilaba con ciertos matices a la de los *metecos* en metrópolis comerciales como Atenas y Corinto en tiempos más recientes.

Inicialmente, y por lo dicho antes, se trató de sociedades coloniales, en las que la posición social y política quedaba determinada por la etnia, del tal modo que eran sólo los conquistadores y sus sucesores quienes disfrutaban de los privilegios y cargas derivadas de los plenos derechos políticos. La ciudad se entendía autónoma en todos los sentidos pero el nuevo marco político imponía una soberanía limitada y la supervisión real: declarar la guerra o hacer la paz ya no era una de las facultades de la asamblea ciudadana y sus milicias sólo formaron para servir a las órdenes reales o en casos de peligro excepcional. Por lo demás, las marcas del helenismo eran la existencia de murallas, gimnasios y teatros y esos edificios recordaban patentemente la contribución real al urbanismo o las liturgias en favor del bien común de los ciudadanos más ricos.

La constitución de estas *poleis* fue la habitual: magistrados anuales elegidos por diversos procedimientos; un consejo de participación limitada y la asamblea universal de los ciudadanos, que era teóricamente depositaria de la soberanía; pero la limitación de ésta restó protagonismo cotidiano a la asamblea en favor de los consejos, con los que la burocracia real trataba de forma más ágil y eficaz. Las ciudades eran la sede natural desde la que los agentes reales garantizaban que el control del monarca llegase sin soluciones de continuidad a los rincones más recónditos del reino; eran, pues, lugares donde las riquezas colectadas a la población campesina e indígena emprendían su camino ascendente hacia el tesoro real, no sin antes retribuir a quienes habían ayudado en su recolección. En la mayoría de los casos, la función administrativa era la principal de la ciudad, aunque ésta podía coexistir en algunos lugares con formas organizadas de colonización, como las colonias militares seléucidas o la cleruquías de Egipto.

3.2. LA ESTRUCTURA SOCIAL

En primer lugar, los apoderados reales, que coloquialmente podemos llamar funcionarios. En las monarquías helenísticas se entendía que el rey era dueño del país por derecho de conquista, lo que no excluía que se respetase el derecho de propiedad de otros; además, muchas tierras, bosques, minas, canteras y pesquerías eran parte del patrimonio real. Imposibilitado a conocer y administrar directamente todos sus asuntos, el monarca helenístico se veía obligado a delegar en sus «amigos» la gestión, éstos, a su vez, apoderaban a otros hasta que esta red capilar de factores alcanzaba la base misma de la población. Aunque por razones obvias de lengua y sentimientos se prefería elegir esos agentes entre los griegos, razones de eficacia y operatividad aconsejaron más de una vez delegar en las aristocracias indígenas, que se vieron así arrastradas a emplear la lengua de los conquistadores, al menos para los asuntos oficiales. El aprendizaje del griego conllevaba el contacto con el gimnasio y con otras manifestaciones sociales helenas como las cofradías y festivales, mientras que el politeísmo imperante hizo fácil el sincretismo entre divindades de igual potencia y el carácter amoral del culto religioso nunca se entendió —salvo ilustres excepciones, como el caso judío— como parte de la identidad étnica. El sistema burocrático de los Estados helenísticos alcanzó un alto grado de sofisticación, como revelan los archivos conservados de algu-

nas propiedades reales egipcias, y Roma se basó en él para organizar siglos después su aún más extenso imperio.

Por este procedimiento de asimilación cultural, la riqueza y la influencia social acabó suplantando en las *poleis* helenísticas a la etnia como diferencial social. Una buena expresión de ello fue la aparición de una numerosa clase acomodada y multiétnica, que se había enriquecido con el comercio, el servicio real, las contratas estatales o las manufacturas. Esas gentes formaban esencialmente las clases dirigentes urbanas, pero a diferencia de las viejas aristocracias griegas, no incluían la política entre sus aspiraciones de clase, salvo en el caso de su propia ciudad y el servicio real. Inicialmente, los griegos tuvieron más posibilidades que los indígenas, pero como a ellos no les estuvieron vetadas esas posibilidades, a la larga las verdaderas aristocracias de los reinos helenísticos fueron familias de origen sirio, babilonio, iranio o egipcio, que habían adoptado la lengua y la cultura griega. Esta fusión de razas, ideología y sobre todo lengua se llamó *Koiné*, que en griego significa común y las influencias fueron mutuas: emigrantes griegos y macedonios aceptaron con facilidad las ideas religiosas y algunas costumbres sociales de sus nuevos países, mientras que los indígenas asimilaron los ideales griegos, cuya máxima expresión fue el gimnasio, que es quizá la más característica institución del helenismo.

Si el monarca era el mayor propietario del reino, dioses y templos no le iban a la zaga en patrimonio, producto de siglos de donaciones y hábiles inversiones. A diferencia de los sacerdotes griegos, en Egipto y el Próximo Oriente sí se habían desarrollado castas sacerdotales, numerosas, jerarquizadas y muy influyentes. Es por ello que los monarcas helenísticos mantuvieron hacia los representantes de la religiosidad de sus súbditos una actitud tolerante y de halago: fueron frecuentes los privilegios, las inmunidades y las donaciones hechas a los templos, mientras que se admitió fácilmente en la élite de cada reino a los altos sacerdotes de los diversos cultos.

Otra novedad de trascendencia social fue la aparición de ejércitos permanentes y numerosos como consecuencia del carácter mismo de las monarquías helenísticas y de las continuas guerras entre ellas. Los soldados ya no eran ciudadanos en armas, como sucedía con la antiguas *poleis*, sino mercenarios a las órdenes directas del rey, primero reclutados exclusivamente entre los habitantes de la Grecia propia —que veían en este oficio un camino rápido a la riqueza— y luego entre los hijos y descendientes de los que optaron por quedarse en los países conquistados. Esos contingentes, inicialmente bien pagados y con muchos privilegios, estaban claramente por encima de la población local; pero con el empobrecimiento de los reyes, su condición se asimiló a la de los campesinos, con quienes frecuentemente hicieron causa común. Contribuyeron a ello dos procesos distintos: primero, la necesidad de ejércitos cada vez mayores; que obligó a reclutas cada vez menos selectivas; y luego, la implantación generalizada de una institución que se denominó *kataoikia* entre los seléucidas o cleruquías en Egipto: consistía en que los mercenarios, en vez de soldada, recibían el usufructo personal e inalienable de tierras públicas o reales, que cesaba cuando se extinguía la condición militar del usufructuario. Con el tiempo, se permitió que el usufructo se transmitiese a los hijos varones que abrazaban el oficio de sus padres, mientras que el empobrecimiento de los reinos y la necesidad de cultivar la tierra y controlar regiones apartadas, acabó convirtiendo a los ocupantes de esas tierras en propietarios de hecho.

Los estamentos anteriores constituyen las capas superiores y privilegiadas de las

sociedades helenísticas. Por debajo de ellas, la gran masa de población libre, generalmente de extracción indígena, y de la que una pequeña parte constituía los estratos bajos de las poblaciones urbanas —artesanos, menestrales, trabajadores por cuenta ajena—; pero la gran mayoría eran campesinos a los que la llegada de los griegos no sólo no reportó grandes beneficios, sino que posiblemente agravó sus condiciones de vida. Aparte de la sumisión a extranjeros y la dificultad de entenderse con el recaudador de impuestos y los soldados, los campesinos no se beneficiaron de grandes novedades en los cultivos o en las técnicas agrícolas y, en cambio, los griegos les mostraron lo grata que podía ser la vida en las ciudades. En Egipto, donde la supervivencia de los papiros permite un conocimiento de las condiciones de vida sin paralelo en otros lugares, la penuria de los agricultores es patente y los campesinos huyeron masivamente de la opresión de agentes reales, recaudadores y capataces hacia el desierto, los templos o las delicias de Alejandría.

Por último, los esclavos. A diferencia de lo que pasaba en las ciudades griegas en los siglos anteriores, la sociedad helenística absorbió un mayor número de esclavos, porque la oferta era abundante como consecuencia de las numerosas guerras y porque los traficantes de esclavos se surtían fácilmente de ellos en los bordes del ecúmene. Y la existencia de las inmensas propiedades del monarca, los templos o los aristócratas, explotadas con vistas al máximo provecho, justifica a primera vista esa demanda. Todo ello permite en principio suponer que la sociedad helenística fue esclavista, pero allí donde hay datos (Egipto, sobre todo, pero también ciertos lugares orientales), la realidad es muy distinta: quienes cultivaban las grandes fincas eran campesinos libres y los esclavos se empleaban posiblemente en la manufactura y en su destino tradicional, las minas. Pero una cosa es cierta, campesinos numerosos y descontentos y esclavos abundantes y maltratados constituían un considerable factor de inestabilidad y fueron frecuentes las revueltas cada vez que, por cualquier circunstancia, se debilitaba el control social.

4. Las riquezas de una tierra pobre

4.1. LA AGRICULTURA

La base de la economía griega era la agricultura, lo que no quiere decir que se tratase de una economía primitiva y simple. En primer lugar, la posesión y cultivo de la tierra ofrecía el aliciente añadido del prestigio social y político, pues no se concebía el ejercicio de los derechos ciudadanos si no se era propietario y además, las rentas agrícolas eran la base de cualquier fortuna y proporcionaban la libertad más ansiada, la independencia económica que permitía la dedicación ociosa a los asuntos de la ciudad y a otros placeres intelectuales. Esta motivación extraeconómica justificaba que se siguieran cultivando tierras que, en otras circunstancias, hubieran sido eriales.

Y de éstas había muchas en Grecia. Salvos algunos nuevos territorios coloniales, las condiciones agrícolas de la Hélade no eran las que hoy consideraríamos agrícola-mente ideales, porque relieve, pendiente y sequía veraniega contribuían a que las zonas bien adaptadas para el cultivo fueran pocas y de reducidas extensiones; el resto eran bosques, pastos, eriales y baldíos. En esas condiciones, el aprovechamiento de la

tierra resultaba en un conjunto de diferentes formas agrícolas, muy especializadas y cuyas producciones se intercambiaban en el mercado local.

En Ática, donde la distribución demográfica a comienzos del siglo VI a.C. es conocida gracias a la representación proporcional establecida por Clístenes, no es una sorpresa que dos quintas partes de la población ateniense residieran en las llanuras de Eleusis y Maratón, en las riberas del río Céfiro y en la Mesogeia; las tres primeras abarcaban las mejores tierras para el cereal y la vid, que posiblemente era la dedicación de la Mesogeia. Atenas propiamente dicha contenía otro quinto de la población total, pero los dos quintos restantes ocupaban zonas elevadas o el área rocosa del monte Laurion, donde no cabe imaginar otra actividad económica que el olivar, el pastoreo y la silvicultura. La complejidad del panorama resultante lo ejemplifica el hecho de que el segundo núcleo habitado de Ática, con aproximadamente la mitad de la población de Atenas, era Acarnia, una aldea famosa por la producción de carbón de madera, el combustible por excelencia de fraguas y manufacturas y, como picón, en cocinas y braseros domésticos.

El ideal de cualquier *polis* era la autarquía o autosuficiencia que liberase de la necesidad de recursos externos. Pero ese objetivo era inalcanzable en Grecia debido a los condicionantes impuestos por la geografía y al desarrollo económico experimentado después de las guerras médicas. Tebas podía considerarse autosuficiente en productos agrícolas, pero claramente necesitaba materias primas, objetos manufacturados y de lujo traídos de otras partes; por el contrario, Corinto se sirvió de su magnífica posición entre dos mares para desarrollar el comercio y proveerse de los suministros esenciales. La necesidad de asegurar los abastos y garantizar su transporte se convirtió, pues, en un condicionamiento económico y en una cuestión política.

El desarrollo de Atenas desde el siglo VII a.C. en adelante se tradujo en un continuo aumento de la población, que acabó superando las capacidades productivas de la agricultura ática. De ahí que se pueda rastrear desde fecha temprana el esfuerzo de los atenienses por asegurar su abastecimiento en ultramar, singularmente en las costas del mar Negro, y proteger las rutas que las conectaban con El Pireo. Cálculos recientes estiman que probablemente más del 75 % de las cantidades de trigo requeridas por los atenienses en el siglo V a.C. procedían del exterior y eso y otros testimonios hacen pensar que la constante preocupación por El Pireo fue debida, sobre todo, al abastecimiento del cereal.

Una vez garantizado éste, los atenienses fueron libres para dedicarse a cultivos más adecuados a la condición de sus suelos, que alcanzaban mayores precios en el mercado y a los que podía darse fácil salida a través de El Pireo. De ahí que desde la época de Solón se impulsase el monocultivo de olivo y vid con vistas a la exportación. De esta manera se estableció durante toda la época clásica una connivencia entre los intereses agrícolas de los habitantes del Ática y los comerciales de los atenienses, que se complementaban y se necesitaban mutuamente. Sólo cuando la guerra del Peloponeso obligó a los agricultores del Ática a refugiarse masivamente tras los muros de Atenas se hizo evidente que ésta no necesitaba de aquella y que podía subsistir sólo con las importaciones ultramarinas.

4.2. EL COMERCIO Y LAS FINANZAS

Ya se ha visto antes cómo la diversificada producción de la agricultura de la *polis* tenía en el mercado local la salida natural para sus productos, que se intercambiaban unas veces por dinero y otras por trueque, al menos hasta que en el siglo IV a.C. se acuñó suficiente moneda de bronce en Atenas para atender a las transacciones de poco valor.

La existencia de estos mercados locales se conoce bien gracias a la frecuente aparición de sus protagonistas en las comedias áticas: campesinos que trocaban los sobrantes de sus granjas por lo que necesitaban; buhoneros que, a lomos de mula, transportaban productos que iban vendiendo de un lugar a otro; tenderos que compraban al por mayor para vender ellos directamente; y mercaderes de más sustancia que se especializaban en determinados productos que vendían a intermediarios o directamente al público. Al ser la comedia nuestra principal información sobre esos personajes, destacan en su descripción los aspectos satíricos y negativos, como mala fama de sisar a los compradores y engañar con pesos y medidas. Igualmente, los autores cómicos insisten en la baja extracción social de los pequeños comerciantes, aunque cabe preguntarse hasta qué punto esa consideración no estaba provocada por la envidia hacia un oficio que daba la oportunidad de medrar, como quizá indique el pasaje de una comedia de Aristófanes que recordaba al público que la madre del gran autor trágico Eurípides era una verdulera.

Si durante la época arcaica, la excepcional situación entre dos mares convirtió a Corinto en el puerto más importante de Grecia, la visión de Temístocles de la importancia estratégica de El Pireo y la posterior construcción y fortificación del puerto y de los Muros Largos, convirtieron Atenas en el principal centro comercial de la Hélade, una preeminencia que no perdió hasta que las conquistas de Alejandro y las nuevas ciudades helenísticas desplazaron hacia el este el grueso de la actividad comercial. La importancia de Atenas no sólo se debía a las buenas instalaciones comerciales, sino también a que la necesidad de asegurar el abastecimiento de trigo había permitido desarrollar instrumentos financieros y actuarios que permitían el flete y el aseguramiento de la carga con ventajas para armadores e inversores. Además, un sistema judicial rápido y accesible permitía resolver los pleitos comerciales con facilidad, al tiempo que los comerciantes extranjeros encontraban a la vez incentivos para instalarse en Atenas y la seguridad de que el Estado iba a proteger sus vidas y haciendas.

Los objetos comerciados variaban enormemente de una *polis* a otra. Atenas importaba abastos y materias primas; entre éstas destaca la madera para la construcción naval, cuyo suministro fue considerado por los atenienses tan estratégico como el de los cereales. A cambio, exportaba productos agrícolas de precio (aceite y vino) y manufacturas como armas, cerámicas y objetos de lujo; el déficit de la balanza comercial se compensaba con la plata de sus minas, exportada en lingotes o acuñada.

Ninguna ciudad griega, ni siquiera Atenas en su época de mayor esplendor comercial, fue capaz de desarrollar un verdadero sistema financiero, aunque sí se inventaron y utilizaron algunos instrumentos de crédito e inversión. Las razones de la debilidad se debían a la inmadurez de los procedimientos de ahorro y crédito, la concepción usuraria del dinero y a la consecuente mala fama de prestamistas y cambistas. Aun así, había actividades como los fletes marítimos que requerían algún tipo de

financiación externa, que se recibía mediante préstamos sobre el flete, sobre la nave o sobre ambos. Los intereses y réditos variaban conforme al tipo de carga, las singladuras y el riesgo, pero eran siempre altos. El prestamista recuperaba completamente el capital prestado y los intereses sólo en el caso de que el viaje se realizase felizmente, lo que daba ocasión a frecuentes fraudes.

En gran medida, la debilidad del sistema financiero se debía a la escasa planificación económica y presupuestaria de la propia *polis*, que limitaba sus ingresos únicamente a los impuestos indirectos y a los arriendos de propiedades públicas como minas, tierras y bosques. Apenas si eran capaces de realizar una previsión de ingresos y gastos a medio plazo, de tal modo que cuando había superávit, lo normal era amortizarlo en los tesoros sagrados o gastarlo en festivales y en desembolsos suntuarios, mientras que el déficit se enjuagaba con derramas extraordinarias exigidas a los ciudadanos más ricos, lo que los griegos llamaban *liturgias*. No se veía, pues, necesaria la existencia de una reserva estatal para tiempos difíciles, entre otras cosas porque con frecuencia se confundía con los tesoros de los templos. Esta actitud ante el futuro hace aún más asombrosa la habilidad de Temístocles convenciendo a sus conciudadanos de la necesidad de invertir los beneficios de las minas de plata en El Pireo y en la construcción naval.

4.3. ARTESANADO Y MANUFACTURAS

Aunque muchos de los útiles y productos de uso diario debieron manufacturarse de forma doméstica, el crecimiento de las *poleis* contribuyó a singularizar los oficios y diversificar la producción, con especialidades incluso dentro del propio oficio, como Jenofonte dice respecto a sastres y zapateros.

La industria textil era uno de esos casos en los que la necesidad universal justificaba que muchas ropas se hicieran en casa; los Poemas Homéricos presentan a las mujeres encargándose de todas las fases del proceso y algunos testimonios del siglo IV a.C. hablan de familias que vendían en el mercado las ropas o telas sobrantes. Pero estas producciones domésticas no podían competir con la calidad y la variedad de las confecciones artesanales —sobre todo en el caso de los tejidos de lujo—, ni con la fabricación de telas, porque la preparación del lino antes de su hilado y el cardado, bataneo y tintado de la lana exigía operaciones muy complejas que se hacían mejor en el ámbito del taller. Pero una vez confeccionadas las telas, uno podía optar por el sastre o por cortar y coser los vestidos en casa.

La unidad básica artesanal era el taller, en el que trabajaban uno o dos operarios, pero cuyas producciones podían alcanzar una gran relevancia. Uno de esos casos en que especialización y habilidad se combinaron con resultados espectaculares fue el de los vasos cerámicos decorados —vulgarmente conocidos como de figuras rojas o negras— que servían como vajilla de lujo y para usos fúnebres y que, desde el siglo V a.C., los ceramistas de Atenas distribuían por todo el Mediterráneo; y aún sigue en uso el nombre que se dio al barrio donde estaban sus alfares, el Cerámico. A partir del análisis de los motivos decorativos, se ha calculado que nunca debió de haber más de cien talleres al mismo tiempo, pero si a los maestros alfareros y sus pocos operarios se suman los abastecedores de arcilla y combustible y los mercaderes que transportaban y vendían los va-

sos en lugares tan lejanos como Italia, la Galia e Iberia, debe admitirse que se trataba de una actividad económica de cierta importancia.

Por encima de estos talleres pequeños, ciertos oficios se desarrollaron hasta el nivel de factoría, de los que conocemos excepcionalmente algunos ejemplos: el padre de Demóstenes el orador era dueño de una fábrica de espadas, con treinta trabajadores, y de otra de lechos, que empleaba a veinte; la factoría más grande conocida fue la de un siciliano, el padre del orador Lisias, al que Pericles estableció en Atenas, sin duda por razones estratégicas, para que fabricase escudos y armas. Otras contratas públicas de esta clase explican por qué la comedia ateniense hacía chistes de los talleres propiedad de políticos prominentes.

En el caso de Atenas, salvo en época de crisis económica o en tiempo de guerra, el Estado siempre mantuvo una política de fomento de las obras públicas, de las que se beneficiaron las capas más bajas de la población. El ejemplo mejor conocido son los proyectos impulsados por Pericles a mediados del siglo V a.C., que sólo fueron posibles gracias al elevado número de artistas que se encontraban entonces en Atenas. Pero antes de que los canteros labrasen los sillares de los Propileos y los capiteles del Erecteion o esculpiesen los frisos y estatuas para el Partenon, una multitud de jornaleros sin especialización se habían ocupado de explanar la cima de la colina, excavar los cimientos de los edificios, extraer el mármol del Pentélico y acarrearlos con los demás materiales a pie de obra. Los registros conservados muestran que esa mano de obra local y forastera cobraba salarios similares para trabajos similares, a pesar de que unos eran libres y otros siervos. Cuando se terminó la Acrópolis, canteros y tallistas se marcharon en su mayoría y sólo quedaron los que pudo absorber la demanda local de lápidas fúnebres y estatuas divinas, pero el Estado ateniense mantuvo siempre un programa de construcciones que daba trabajo a los sectores más pobres de su población.

4.4. MINERÍA

El hallazgo de un filón mineral en el territorio de una *polis* suponía una fuente de riqueza excepcional, sobre todo si era oro o plata; pero tampoco se despreciaba el cobre y en menor medida, el hierro. Normalmente, la propiedad de estas minas era la misma *polis* y el Estado arrendaba a particulares la explotación de los filones a cambio de un canon.

Aunque fueron bastantes los lugares de Grecia con importantes distritos mineros —oro y plata en Tasos; plata en Tracia, Ática y Sifos; plomo en Rodas, Chipre y Cos; cobre en Chipre y ferrerías en muchos sitios—, el que mejor se conoce son las minas argentíferas de Laurión, en Ática, descubiertas a comienzos del siglo V a.C. y explotadas intensivamente durante todo el período clásico. Atenas arrendaba las concesiones a cambio de cantidades variables según la riqueza de la veta y la dificultad de extracción. Por lo que se sabe, los beneficios de estos trabajos eran enormes, pues el Estado obtenía de los arriendos una suma equivalente a la de todo el costo del comercio de cereal mientras que los concesionarios podían alcanzar los cien talentos en tres años. La explotación de los filones se hacía normalmente mediante cuadrillas de esclavos; uno de los políticos atenienses del siglo V a.C. hizo su fortuna proporcionando mano de obra esclava para las minas y con ello se dice que obtenía beneficios cercanos al 33 %.

5. La economía helenística

El helenismo se percibe como un fenomenal y súbito despliegue de riquezas, manifestada en la difusión de prácticas que antes estaban limitadas a lugares concretos; de pronto, Atenas y el lujo arquitectónico de la Acrópolis estaban por todas partes. En gran medida, tal percepción se debe a que los beneficiarios de los nuevos bienes fueron los conquistadores griegos, que casualmente eran quienes escribieron la historia y por lo tanto, los que nos interesan. Indudablemente conocemos peor —y también interesan menos— las consecuencias del proceso sobre los vencidos.

Desde el punto de vista económico, la aventura de Alejandro Magno supuso la brusca puesta en circulación de inmensas cantidades de riqueza —metales preciosos y objetos de lujo, principalmente, pero también derechos de propiedad sobre tierras y bienes— que hasta entonces habían permanecido amortizadas en tumbas, palacios y templos; muchos de los metales preciosos fueron inmediatamente acuñados para el pago de los mercenarios, garantizando así que la moneda se convirtiese en el instrumento de cambio por excelencia. Indudablemente, las características anteriores se aplican estrictamente a los años inmediatos a la conquista, pero las continuas guerras entre los sucesores de Alejandro reprodujeron durante años esta situación en menor escala. En último término, la cantidad de riqueza repartida y la ampliación del ecúmene griego fue tan grande, que el sistema siguió retroalimentándose solo.

Los historiadores discuten si el helenismo supuso un modelo económico nuevo o simplemente una ampliación de escala de lo anterior. La respuesta es polifacética: en algunas cosas, como la agricultura, no parece haber habido grandes novedades, pero el aumento general de la urbanización —y sobre todo, la aparición de grandes aglomeraciones como Alejandría o Antioquia de Siria— no hubiera sido posible sin una cierta agricultura especulativa y excedentaria. Igualmente, las guerras y el sometimiento violento de los bárbaros ofreció a los griegos amplias oportunidades para el tráfico de esclavos, cuyo número —todos los indicadores así lo expresan— crecieron considerablemente, sin que la economía pueda ser calificada de esclavista, porque muchas tareas que nos parecen propias de esclavos eran ejecutadas por mano de obra libre.

5.1. AGRICULTURA

La agricultura —y en especial la de subsistencia— continuó siendo la principal dedicación económica. Para la mayor parte de los campesinos, las condiciones de trabajo y producción no cambiaron con la conquista griega o, a lo más empeoraron. La razón de ello reside en las condiciones de propiedad que había en el Próximo Oriente y Egipto en el momento de la llegada de los griegos y en las expectativas económicas de éstos.

Tanto los faraones como los aqueménidas o los pequeños monarcas orientales eran considerados, en términos teóricos y prácticos, los dueños del país, porque grandes porciones del reino eran de su patrimonio personal, explotadas directamente por campesinos libres (pero con especial vinculación a la tierra en razón de su propietario) o por esclavos. Cuando los monarcas helenísticos se repartieron las conquistas de Alejandro, heredaron tanto la noción de propiedad universal por derecho de conquista —reforzada, además, por el desprecio griego hacia los bárbaros—, como el patrimo-

nio de sus antecesores. Ya se ha notado antes que ese monopolio legal de la tierra en la práctica no existía porque una parte del patrimonio real hubo de ser repartido entre templos, ciudades, dignatarios y soldados, otra se vendió para remediar las aperturas económicas de los monarcas y, por último, había que respetar los derechos existentes antes de la conquista. Pero lo relevante de esa estructura de propiedad es que, a diferencia de las *poleis* de tiempos anteriores, los monarcas helenísticos hubieron de involucrarse en la agricultura.

Debido a las ingentes cantidades de papiros conservados (el llamado «archivo de Zenón», pero hay muchos otros de menor entidad o peor conservados), la situación de las empresas agrícolas estatales del reino lágida de Egipto es la mejor conocida; su funcionamiento fue calificado por algunos historiadores del pasado siglo como sistema «mercantilista».

Las especiales condiciones geográficas y climáticas de Egipto confluían para dotar el valle del Nilo con las condiciones ideales para una agricultura de altas producciones: el río, con su desbordamiento anual, regaba y fertilizaba los campos; el clima permitía hasta tres cosechas anuales; la proximidad de los cultivos a canales o al propio Nilo facilitaba el transporte de las cosechas hasta Alejandría, donde los cereales se cargaban en navíos de buen marear y se distribuían por todo el Mediterráneo. Esta potencialidad fue rápidamente aprehendida por los monarcas lágidas, que fomentaron el cultivo de las propiedades reales con destino mayormente a la exportación, que proporcionaba divisas para el tesoro real. Además, ciertos productos de alta demanda —papiro y cerveza, por ejemplo— se cultivaban en régimen de monopolio y con altos gravámenes. Los resultados de esta práctica se tradujeron en la extendida fama de riqueza de Egipto. Con el dinero conseguido, los lágidas mantenían los cuantiosos gastos de la corte, el numeroso grupo de burócratas y administradores que permitían crear esa riqueza, los soldados que la defendían y una política internacional basada en la independencia a cambio del soborno y las subvenciones a unos vecinos que apetecieron muchas veces el control de esa riqueza.

La intensificación de los cultivos y la riqueza agrícola apenas revirtió beneficios en la gran masa de campesinos que los producían. En gran medida, la nueva situación no alteraba lo habitual en el Egipto faraónico, pero la eficacia racionalista implantada por los lágidas abolió prácticas anteriores que «repartían» los beneficios de forma tácita a lo largo del proceso de producción. De este modo, la condición campesina empeoró hasta extremos insoportables y se consumó el divorcio entre Alejandría y el resto de Egipto. En la primera vivían mayoritariamente los griegos, pero la riqueza y el ambiente de libertad generado por la actividad comercial, la convertían en una atracción irresistible para los campesinos; y si la huida a Alejandría no era posible, siempre podían escaparse al desierto. La consecuencia de ello fue la notable inestabilidad social del interior de Egipto, pronto a la sublevación y siempre un motivo de atención y preocupación para los alejandrinos.

5.2. COMERCIO Y FINANZAS

Como se ha dicho antes, la ampliación geográfica del ecúmene y el aumento de la riqueza circulante afectaron de forma especial a la actividad comercial, que se vio in-

crementada también por otros factores como la mejora de las técnicas navales, la ampliación de las rutas terrestres y sobre todo, por la ampliación de la demanda, en gran parte debida al proceso urbanizador ya descrito.

Durante la conquista y en las décadas inmediatamente posteriores, la estructura del comercio fue la propia de un sistema colonial, con las tropas y las regiones conquistadas procurándose en Grecia los productos manufacturados que requerían; más tarde, el surgimiento de buenos puertos y focos manufactureros en los reinos helenísticos arrebataron la primacía comercial a la Hélade, donde apenas Rodas y Corinto mantuvieron su tradicional importancia que, en cualquier caso, no podía competir con la primacía indudable de Alejandría, el gran puerto de salida de los cereales egipcios y el punto de distribución y embarque para el comercio con África, Arabia y la India. Beritos, Biblos y Antioquia, en la costa siria, eran los puertos de embarque para las mercancías que, por ruta de caravanas, iban y venían hacia el Extremo Oriente: el Mediterráneo importaba productos de lujo como la seda, las piedras preciosas o los aromas y especias, a cambio de oro. Curiosamente, los griegos nunca controlaron las fuentes originarias de los productos que tanto requerían, sino que se los siguieron procurando mediante intermediarios; esto es cierto tanto para las mercancías de lujo de Oriente como para el estaño o el ámbar que recibían de las lejanas tierras boreales.

Basándose en la exportación de productos de primera necesidad —cereales, papiro o cerveza—, Egipto ejerció el monopolio comercial del Mediterráneo oriental y meridional, mientras que un sinnúmero de puertos griegos y jonios competían en el Egeo y el mar Negro. A partir del siglo II a.C., las peleas entre los reinos helenísticos y sobre todo, la progresiva injerencia romana, atribuyeron la supremacía comercial a Rodas. La humillación de la isla-Estado tras la tercera guerra macedónica, señaló el comienzo de la edad dorada de Delos y el incremento de la presencia de mercaderes itálicos en el Egeo.

Uno de los motores de la floreciente economía helenística fue el aumento del número de ciudades y el crecimiento de la población, que sólo era posible si se aseguraba su constante abasto. Ello resultó un estímulo para las manufacturas textiles y de objetos de uso cotidiano y, sobre todo, favoreció la aparición de nuevas zonas productoras de cereal; el Egeo tradicionalmente se había abastecido en las riberas del mar Negro, pero ahora se incorporaron al mercado Asia Menor, Siria y, como hemos visto, Egipto. Esta mayor oferta, sin embargo, no necesariamente modificaba las condiciones del mercado porque era práctica corriente retener los granos para venderlos en épocas de carestía o como reserva para tiempos de penuria, una práctica cuya misma existencia da idea de las irregularidades del suministro.

Esta visión tan favorable, sin embargo, requiere sus correctivos, porque no todo fueron ganancias. En primer lugar, la bonanza comercial no se tradujo en una mejora de la técnica; las razones del estancamiento son objeto de debate, pero la que más se aduce es que la abundancia de mano de obra no incitaba a la innovación, salvo en campos como el militar o el naval, que son los únicos en los que se pueden listar algunos inventos. En segundo lugar, la mayor oferta no siempre causó una bajada de precios, porque lo impidieron las guerras, los monopolios y la fuerte fiscalidad, el acaparamiento y la especulación; la consecuencia de todo ello es que el impacto social de la nueva riqueza fue muy limitado y los beneficios de ésta apenas se repartieron más allá de las capas superiores de la sociedad. Y en tercer lugar, la crónica inseguridad, porque viajar continuó siendo una actividad arriesgada y no estaba muy clara cuál era la condición jurídica del mar

y de los que por él se movían, especialmente después de que durante siglos, el corso fuera una actividad honrosa en muchas *poleis* griegas; la amenaza pirática creció notablemente durante las épocas de agrias relaciones entre los reinos macedónicos y durante toda la etapa de expansión romana a lo largo del siglo II a.C.: los piratas medraban al amparo del vacío de poder y, en muchas ocasiones, sus actividades eran fomentadas como medio bonito y eficaz de distraer al enemigo y hacerle daño.

La intensificación de la actividad comercial y la amonedación de grandes cantidades de metales preciosos favorecieron la difusión de la moneda como principal instrumento de cambio, lo que constituye una de las grandes aportaciones del helenismo. Y la gran masa circulante, consecuencia de los grandes gastos estatales, fomentó a su vez el desarrollo de las instituciones financieras, basadas ya no sólo en el cambio de moneda y en los préstamos usurarios, sino también en los depósitos de inversión, las transferencias, los pagos aplazados y los instrumentos de pago. Aunque el negocio bancario estaba básicamente en manos privadas, su utilidad y rentabilidad indujeron a las ciudades, los templos e incluso los Estados a constituir organismos rudimentarios capaces de manejar con beneficios sus excesos de numerario. En Egipto, la banca era monopolio estatal, que invertía las recaudaciones fiscales como si de una banca privada se tratase.

El sistema monetario se basaba fundamentalmente en la plata y los distintos reinos helenísticos eligieron módulos distintos para su acuñación, cuyas fluctuaciones constituían un negocio para los cambistas. Básicamente compitieron dos sistemas de acuñaciones, con zonas de influencia precisas: por un lado, el sistema ático, adoptado por Seleúcidas y Antígónidas, extendido por Grecia continental, Siria y Babilonia; y luego, el lágida, basado en patrones propios del Mediterráneo occidental.

6. El esplendor cultural de Grecia

Grecia es considerada como la cuna de la cultura occidental, porque en ella se gestaron algunos valores y formas de pensamiento que ahora consideramos esenciales. Muchos proceden de la época arcaica pero se desarrollaron de una forma reconocible para nosotros en el período que nos ocupa. Lo que es menos conocido es que esas ideas y, sobre todo, su expresión artística o literaria, nacieron al amparo del ocio y del esparcimiento, en circunstancias generalmente menos serias de las que ahora consideramos propias de la creación artística o literaria; y por supuesto, bañadas en grandes cantidades de vino. A esas ocasiones de ocio y placer las llamaban los griegos *festivales* y *symposia*. Los primeros eran públicos y dieron lugar al teatro; los segundos transcurrían en el ámbito privado y a su amparo o servicio se desarrolló la poesía, la música, la pintura y la filosofía.

6.1. LOS FESTIVALES Y EL TEATRO

Los festivales combinaban la socialización pública con el culto religioso y el buen teatro. Los festivales más famosos fueron los que Atenas celebraba cada primavera en honor de Dionisio y que se hicieron inmensamente populares gracias al patro-

nato de la *polis* democrática. Éste es un detalle de interés, porque hasta entonces el mecenazgo había sido un acto individual, cuyos beneficios disfrutaba el patrón y sus allegados; las Dionisiacas, por el contrario, constituían una popularización de espectáculos hasta entonces reservados a unos pocos, aunque la financiación del festival corriese a cuenta de esos pocos, porque era una de las liturgias que Atenas exigía de sus habitantes más ricos a cambio de un excepcional prestigio social.

El festival comenzaba con un banquete público en el que se consumía un gran número de reses sacrificadas ritualmente e ingentes cantidades de vino que dejaban tirados por las calles a un gran número de los participantes. Al día siguiente, el plato fuerte de la fiesta consistía en un concurso dramático al que, como se ha notado, se asistía en medio del tufo del vino rancio y con muchos espectadores afectados por la pasada borrachera. El concurso enfrentaba a tres autores que estrenaban tres tragedias y una sátira escritas para la ocasión; más tarde, el Estado también se hizo cargo oficialmente de ciertas comparsas satíricas que acostumbraban a representarse en el festival y de este modo nació la comedia como género teatral. Los concursantes eran también responsables de los ensayos del coro y los actores y del «montaje» escénico. El prestigio de este festival era tan grande que el nombre de los vencedores servía, como en el caso de los arcontes, para recordar fechas.

Las representaciones tenían origen en algún tipo de actuación pública relacionada con el culto a Dionisio: tragedia es, etimológicamente, el canto del macho cabrío y el coro parece una reminiscencia de antiguos cantos en honor a Dionisio, que en los cantantes aparecían ataviados con diversos atributos animales al modo de sátiros. El argumento de la tragedia era siempre el enfrentamiento del héroe a un destino dramático e inexorable, que encara con dignidad y nobleza. Las tragedias normalmente se inspiraban en situaciones míticas que eran temas universalmente conocidas y su intención era desarrollar ante los espectadores la actitud moral que debía adoptarse en las adversidades.

Los grandes autores trágicos fueron Esquilo, Sófocles y Eurípides, que pertenecen todos ellos al inicio del período clásico.

Esquilo es el más antiguo de los autores cuya obra se conserva. Nació en Eleusis en 525 y murió en 456 a.C. Se conservan de él siete tragedias (u ocho, si se acepta la atribución tradicional del *Prometeo* y es el único del que nos ha llegado completa una trilogía (la *Orestíada*), es decir, el formato obligado por el concurso, con tres obras narrando una misma historia. La mayoría de las tragedias de Esquilo se basan en argumentos sacados de la mitología y los relatos tradicionales; en la *Orestíada*, por ejemplo, la historia de fondo es el asesinato de Agamenón por su esposa y mientras que Aristóteles consideraba que el *Edipo* (la segunda entrega) era la tragedia por excelencia, la crítica actual prefiere posiblemente la primera parte, el *Agamenón*. Pero junto a las tragedias mitológicas, Esquilo compuso para el festival del 472 a.C. (diez años después de la batalla de Salamina) una trilogía basada en esos hechos, de la que sobrevive sólo una parte, *Los persas*, donde el héroe trágico es, precisamente, el Gran Rey, porque sólo los perdedores pueden ser héroes. Desarrolladas con medios rudimentarios —dos actores a lo sumo, y el coro—, Esquilo planteaba en sus tragedias problemas transcendentales y de difícil solución, como las causas y las consecuencias del asesinato (la *Orestíada*) o los beneficios y peligros del progreso humano (*Prometeo*).

La vida de Sófocles abarca prácticamente el siglo V a.C., pues nació hacia el 496 y

murió en 406 a.C., después de desempeñar varios cargos públicos en la ciudad. Se supone que participó cuarenta o cuarenta y una veces en el festival (es decir, pudo escribir ciento veintitres tragedias), y es considerado el mejor poeta de los tres grandes trágicos. En gran parte su fama procede de que ganó su primer festival cuando tenía ventiocho años y nada menos que contra el propio Esquilo, repitió triunfo veintitres veces más y en el resto de las ocasiones nunca quedó por debajo del segundo puesto. Sólo se conservan siete tragedias completas y fragmentos de otras varias. Las completas son *Antígona*, *Ayax*, *Traquinias*, *Electra*, *Filoctetes*, *Edipo Rey* y *Edipo en Colón*. Desde el punto de vista técnico, Sófocles introdujo un tercer actor, que daba más viveza a los diálogos.

El tercer gran trágico fue Eurípides que nació en Eleusis en 480 a.C. y murió en el mismo año que Sófocles; a diferencia de éste, sus aportaciones dramáticas son secundarias, salvo apartar el coro del primer plano de la escena. Se le acreditan noventa y dos dramas, pero sólo se conservan diecisiete tragedias y una obra satírica. Lo más destacable de este autor es que sus personajes aparecen como verdaderos hombres, sin exceso de rasgos sobrehumanos o de ideas sublimes y, en cambio, movidos por sentimientos y pasiones —algunas bajas e incluso viles—, en las que todos podemos reconocernos. Indefensos y desamparados ante quien controla despóticamente sus vidas —sean los dioses omnipotentes o las propias pasiones humanas—, los personajes de Eurípides discuten en escena cuestiones morales con la clase de argumentación paradójica que era tan popular entonces entre los sofistas, y el escepticismo de éstos se manifiesta indirectamente en ciertos resabios de ateísmo que chocaron con las creencias de la época y que acarrearón a Eurípides un proceso por impiedad. Quizá sean *Hipólito* y *Medea* las dos obras de este autor que más impacto siguen haciendo en el espectador actual, porque describen con toda crudeza hasta dónde el amor y el despecho condicionan la vida de una mujer. En *Hipólito*, Fedra se consume de amor por su hijo y, al ser rechazada, se suicida pero no si antes acusar mortalmente a aquél. En *Medea*, el despecho de la protagonista ante el desamor y el abandono causa tan terribles males que la obra sólo puede acabar con un final *deus ex machina*, en este caso, la huida aérea de Medea en un carro tirado de dragones. Una tercera tragedia de Eurípides, *Las troyanas*, tuvo también por protagonistas a las mujeres, que desarrollan ante el público una serie de trágicas escenas junto a los muros de la ciudad asaltada; sólo que aquí el hecho mítico tiene lectura actual, porque la tragedia pertenece a una trilogía sobre la guerra troyana que Eurípides presentó en las Dionisiacas de 415 a.C., el año en que Atenas, en plena expansión imperial, lanzó la expedición contra Siracusa. Estos retratos femeninos ganaron a Eurípides la fama de misógino, con la que fue presentado en comedias y sátiras, un sambenito exagerado que la conmovedora actuación de Ifigenia en *Ifigenia en Aúlida* no pudo contrarrestar.

Era costumbre que en las Dionisiacas cada concursante compusiera también una «sátira». Se trata posiblemente de la forma escénica más propia del festival y su nombre deriva de que el coro iba disfrazado de sátiro y la acción sucedía en el campo. Los sátiros aparecen siempre en busca de Dionisio y en el proceso les podía pasar de todo, desde que Prometeo les pudiese que guardasen el fuego que acaba de robar hasta que el Cíclope los emplease como criados para atender a Ulises. Pero más que el argumento, lo importante de las sátiras es que sus míticos protagonistas discurren de forma humorística sobre asuntos tan humanos como el vino y el sexo, por los que sienten especial debilidad. La única sátira completa conservada es el *Cíclope* de Eurípides, pero hay un

buen conjunto de fragmentos de otros autores, entre ellos Esquilo. En la sátira, el verso empleado es similar al de las tragedias, pero los atavíos del coro y los temas tratados demuestran que su espíritu era servir de entretenimiento y diversión, pero sin llegar a los extremos de la comedia. Fiel a su espíritu escéptico, Eurípides hace confesar al Cíclope que se apaña bien sin los dioses y cabe sospechar si la apología del canibalismo que hace el monstruo no es un guiño a los sofistas de la época que se jactaban de ser capaces de defender convincentemente cualquier postura.

A partir de aproximadamente el 487/486 a.C., el Estado incluyó en las Dionisiacas la representación de comedias, que sustituían con un formato más desarrollado los coros cómicos con actores disfrazados unas veces de animales y otras con rabo y falos; interpretaban canciones que los griegos designaban «fálicas» y que hacían burla de personajes y situaciones contemporáneas, quizá al estilo de las «comparsas» de algunos carnavales actuales. Cómo se pasó de estos conjuntos jaraneros a la dramatización no está del todo claro, pero en Atenas se distingue entre Comedia Antigua y Comedia Media, que vienen a corresponder, aproximadamente, a los siglos v y iv a.C. En la práctica, la Comedia Antigua se identifica con Aristófanes (c. 450-c. 388 a.C.), que es el único autor del que se conservan once comedias completas y miles de fragmentos de otras.

El argumento de todas ellas es generalmente fantástico e inconsistente, con un notable desprecio por el paso del tiempo y el cambio de escena; además, las referencias continuas al auditorio, al teatro y a la propia representación inclina a pensar que se trata más de una serie de *sketchs* o charadas que de una obra de teatro en el sentido que estamos acostumbrados. El propósito de la comedia de Aristófanes es la sátira política, sacando punta de personajes y circunstancias conocidos de todos. El coro jugaba un papel predominante, tanto que es quien da títulos a muchas comedias. Y los pocos actores que exigían estas obras, por su parte, portaban máscaras grotescas y su *atrezzo* exageraba determinados rasgos físicos (hasta el siglo iv a.C., un gran falo parece haber sido esencial para los personajes masculinos). En escena, su actuación parece haber no tenido límites en lo que respecta al modo de hablar y a los gestos, hasta caer en lo obsceno.

A fines del siglo iv a.C., la comedia evolucionó desde la sátira política a la crítica social y el género (la llamada Comedia Nueva) se convirtió en el más representativo de la literatura helenística. Los principales autores cómicos fueron Menandro y Filemón y de su pluma salieron una serie de arquetipos como el soldado fanfarrón, el marido celoso, los enamorados, etc., que siguen teniendo validez universal. Frente al argumento descoyuntado de las obras de Aristófanes, las nuevas comedias tienen coherencia, generalmente una historia de amor, que permite al autor jugar con la intriga.

6.2. EL SIMPOSIO Y EL ORIGEN DE ALGUNAS FORMAS LITERARIAS

El simposio es anterior a la época clásica y posiblemente surgió en el ámbito de los grupos de jóvenes que combatían y se divertían juntos. En este sentido, las *syssitia* espartanas parecen un descendiente directo de la institución, que las demás ciudades griegas mantuvieron con fines distintos en las múltiples asociaciones masculinas descritas previamente. El simposio era básicamente una reunión social para beber y co-

mer juntos, desarrollada según una etiqueta compleja que regulaba el número de participantes (siempre reducido), la disposición y forma del lugar del simposio (el *andrón* o sala de los hombres, una habitación cuadrada, con lechos donde se recostaban los asistentes y mesas bajas con comida), la mezcla del vino (normalmente tres o cuatro partes de agua por una de vino) y el reparto de las rondas de vino, que se hacía a las órdenes del presidente del simposio. Las reuniones eran exclusivamente masculinas pero eso no excluía la presencia de mujeres; pero siempre en una función auxiliar, como sirvientes o para entretener a los participantes con música, canciones, danzas o puro sexo (*hetairas*).

Además de emborracharse y comer, el simposio era una ocasión para hablar, cantar y atender a las actuaciones de las *hetairas*; era el lugar natural para la transmisión de los valores masculinos tradicionales, para ponerse de acuerdo en las posturas políticas y, sobre todo, para el desarrollo de las uniones homosexuales, bien entre los mismos participantes, bien con los jóvenes sirvientes, que se elegían por su edad y belleza. Al finalizar, los participantes salían juntos a la calle, para demostrar la fuerza y la cohesión del grupo, dando lugar a veces a escándalos, normalmente canciones y pullas a los transeúntes, pero en ocasiones actos más graves como la mutilación de un herma a la puerta de cierta casa de Atenas.

La importancia del simposio radica en que en torno a él se desarrollaron una serie de manifestaciones artísticas e intelectuales relevantes. Para empezar, el simposio fue el ámbito natural para la recitación de poemas: elegías sobre la cohesión y las hazañas del grupo en combate; escolia o canciones de borrachos; y epigramas, acertijos y poesía amorosa. Toda la poesía arcaica griega que se conoce, bien sea anónima o de poetas de renombre, se conserva gracias a los cancioneros compilados para uso simpósico. También había lugar para la música, interpretada a la flauta o con cítara por las *hetairas* y que acompañaba a las danzas o a los cantos de los participantes. Desde el siglo VI a.C., los ceramistas griegos ofrecían vajillas pintadas especialmente adaptadas al servicio de comida y bebida del simposio; muchos de los vasos se decoraban con escenas alusivas al propio festejo, de tal modo que constituyen ahora una precisa y valiosa fuente de información. Finalmente, el simposio era un lugar para conversar y en este sentido algunos autores de la época clásica (Platón, Jenofonte) emplearon el formato del diálogo entre los participantes para expresar sus ideas, generalmente sobre temas que ahora consideramos «filosóficos».

En los siglos V y IV a.C., el simposio había perdido mucha de su capacidad de creación artística, pero había ganado en popularidad social y durante la época helenística, el modo de «beber a lo griego» se hizo inmensamente popular en todo el Mediterráneo.

6.2.1. Pensamiento y política: Sofistas y Sócrates

Hasta mediados del siglo V a.C., la principal preocupación del pensamiento griego había sido la naturaleza del mundo, del que el hombre era sólo una parte. Pensadores como Heráclito, Parménides, Empédocles, Anáxagoras y Demócrito habían explorado los fundamentos de la pluralidad de lo visible y las razones del cambio. En el proceso, habían afinado las capacidades lógicas y argumentativas del discurso, de tal modo que, a mediados del siglo V a.C., el interés era el valor práctico del razonamiento: Zenón de Elea escribió un libro sobre aporía lógica, es decir, argumentos perfectos

en teoría pero a los que la experiencia sensible probaba imposibles. Poco después, otro libro de Gorgias de Leontinos demostraba fehacientemente que no existe nada; y que si algo existe, no podemos conocerlo; y que si lo conocemos, no podemos describirlo.

Gorgias fue uno de los primeros a los que los griegos llamaron «sofistas», es decir, oradores y maestros ambulantes que recorrían las *poiesis* ofreciendo unas habilidades muy cotizadas porque el arte de la discusión era especialmente útil en una sociedad tan politizada como la helena. Platón transmite perfectamente la excitación que suscitaba su llegada a una ciudad y el interés general por escucharles. Pero Platón también deja claro que la mayor preocupación de estos oradores era la brillantez oratoria y el deslumbramiento de la audiencia con paradojas y argumentos ingeniosos. Que sus proposiciones resultasen verdaderas o falsas era cuestión secundaria y en *Las nubes*, Aristófanes dejó clara la impresión popular de que la habilidad oratoria era un don de dudoso valor, empleado por quien gustaba de la disputa, sin interés en sus resultados.

Pero se puede acreditar a los sofistas haber dirigido la atención de los griegos desde las cuestiones naturales que preocupaban a los primeros pensadores griegos hacia otras directamente relacionadas con la ética y la política, es decir, hacia los actos humanos. Y el mejor representante de ese nuevo interés fue sin duda Sócrates, un ateniense que vivió entre 470 y 399 a.C., que no pertenecía a ninguna escuela filosófica y que, al parecer, no puso por escrito ninguna de sus ideas; todo lo que sabemos de él se debe a diversos autores (Platón, Jenofonte y Aristófanes), que ofrecen retratos divergentes, aunque sólo a Platón concierne la faceta ideológica. Al parecer, el principal atractivo de Sócrates era una amena conversación, con la que supo hacerse temer por sus conciudadanos, a los que insistía en preguntar si realmente sabían de lo que estaban hablando y luego, mediante hábiles e ingeniosos argumentos, les demostraba que no era así. Aunque la habilidad dialéctica podía confundir en un principio a Sócrates con un sofista, él no se consideraba un sabio sino un ignorante que preguntaba para aprender y para poner a prueba las convicciones de los demás, especialmente aquellas menos cuestionadas por más comunes. Este fastidioso interés en rechazar por principio cualquier idea o creencia preconcebida, posiblemente intentaba transmitir la idea de que, sin reflexión personal, ideas y costumbres carecen de utilidad; por el contrario, la reflexión permite hacer un uso pleno y responsable de lo que se sabe, especialmente porque Sócrates sostenía que el conocimiento del bien forzaba necesariamente a obrar bien. Aunque es difícil rescatar al Sócrates histórico de la visión deformada que transmiten sus biógrafos, es indudable que su proceder debió molestar a muchos, porque en el 399 a.C. fue juzgado por impiedad y condenado a muerte.

6.2.2. El idealismo de Platón

El sucesor de Sócrates fue Platón, otro ateniense de familia aristocrática que nació hacia 427 a.C. Su posición social le permitió dedicarse como su maestro a la filosofía, pero a diferencia de él, viajó bastante por todo el ecúmene y no rechazó servir de asesor político al tirano de Siracusa, hasta que éste se cansó de él y lo vendió como esclavo. Rescatado por un amigo, Platón regresó a Atenas y fundó una escuela que por estar en los jardines de Academos, se llamó Academia. Tras dos visitas más a Siracusa realizadas con la esperanza de asesorar al hijo de su antiguo empleador, murió en Atenas hacia el 347 a.C.

Platón heredó de Sócrates el aprecio por la discusión oral como expresión más certera del aprendizaje y de la búsqueda de la verdad, pero no despreció la forma escrita. Es más, su obra conservada es la más amplia de cualquier autor antiguo, exceptuando Aristóteles y Plutarco. Pero también la más rompedora respecto a las formas establecidas, porque Platón optó por presentar sus ideas en forma de diálogos que reflejaban las conversaciones entre los protagonistas, reproduciendo con ello el formato de un simposio ideal: de hecho, uno de sus diálogos, el que trata del amor, se titula precisamente así (aunque en nuestro idioma se haya hecho corriente la denominación de *El banquete*). A diferencia de los sofistas, Platón resaltaba la objetividad de los valores y la importancia de la adecuación de la vida personal a ellos, porque son eternos e inmutables. Tras cualquier hecho justo o bello está la Justicia o la Belleza, que Platón sostenía que eran *ideas* existentes en un ámbito de perfección del que el mundo visible y los actos humanos son mero reflejo.

Con estas ideas, Platón explicó metafísicamente la dificultad que había bloqueado el avance de sus predecesores: cómo la realidad cambiaba y, al tiempo, seguía siendo la misma. Pero de esta teoría se desprende también un importante corolario que afecta directamente al hombre: el individuo existe cuando un alma inmortal y preexistente queda encadenada a un cuerpo al que da vida. Igualmente, nuestro conocimiento no es más que el proceso por el que el alma recuerda en cada experiencia sensorial la parte ideal del mundo del que procede. Para Platón, la muerte es liberación, porque permite al alma regresar al mundo de las ideas; y es filósofo quien toma conciencia de esta realidad y, superando el estadio de lo sensorial y de lo singular, rememora el conocimiento de las cosas perfectas.

El último corolario de la filosofía platónica, y uno de los más influyentes, es su aplicación práctica a la ética y la política, explicado en el diálogo *La República*. Aquí, la moral es la esencia de la política, ya que partiendo de la idea de que no todos los hombres son iguales en su capacidad anímica o moral, Platón defendió que sólo quienes disponían de esas capacidades en grado mayor debían hacerse cargo de la dirección de la *polis*, porque los más conscientes de la existencia del mundo de las ideas son también los más virtuosos.

6.2.3. Aristóteles

La labor intelectual y formativa de Platón se manifestó primordialmente en su discípulo Aristóteles, que fue un producto de la Academia. Aristóteles nació en 384 a.C. y era hijo del médico personal del rey de Macedonia. A los dieciocho años ingresó en la Academia, donde permaneció hasta la muerte de Platón. Luego, el rey Filipo lo nombró preceptor del heredero de Macedonia, el futuro Alejandro Magno. Con su protección, Aristóteles regresó a Atenas y fundó una nueva escuela que se conoció como el Liceo. A la muerte de Alejandro, acusado de impiedad por su relación con el macedonio, Aristóteles hubo de escapar de Atenas y refugiarse en Cálcis, donde murió en 322 a.C.

Aunque Aristóteles escribió tanto como su maestro, sólo se conservan fragmentos de ellas. Lo que se conoce como *Corpus aristotélico* son fundamentalmente sus notas de clase y los apuntes que tomaron de ellas sus discípulos. De ahí que esos escritos carezcan del espíritu poético de Platón y se distingan más bien por su estilo seco y conciso. Aristóteles, además, nunca perdió interés por el mundo natural y su curiosidad

infinita le llevó a escribir de muchas materias, desde la biología hasta la política, pasando por la economía o la literatura. Fue fundamentalmente un coleccionista de datos, que analizó y diseccionó aplicando la larga tradición del pensamiento filosófico griego. Por eso, en vez de perseguir ideas en el mundo superior de su maestro, Aristóteles se centró en el proceso del conocimiento, sobre el que elaboró una teoría que condiciona más que ninguna otra el pensamiento occidental: el mundo sensible es una multiplicidad de singularidades y sólo la mente humana es capaz de abstraer de esa variedad los elementos comunes que permiten la comunicación, el conocimiento y la ciencia. A partir de este planteamiento, Aristóteles fue capaz de resolver la aparente aporía entre inmutabilidad del ser y su despliegue en seres concretos y por supuesto, su teoría política es radicalmente distinta a la de Platón: el Estado resulta de la naturaleza social —política diría Aristóteles— del hombre y no existe una forma perfecta o única del mismo; por el contrario, cada forma concreta de organización social resulta de la aplicación de unos pocos principios comunes a circunstancias precisas. Movido por esta idea, Aristóteles emprendió la tarea de compilar y describir las constituciones de todas las *poleis* griegas y no griegas, en la esperanza de extraer de ellas sus principios comunes; de estos estudios constitucionales sólo se conserva el dedicado a Atenas.

El afán enciclopédico de Aristóteles coincide precisamente con el momento en que el mundo griego se abrió decisivamente a nuevos ámbitos geográficos y étnicos y no es casualidad que la astronomía griega se desarrollase a partir de la observación celeste que los babilonios llevaban practicando desde siglos. Pero la gran aportación helenística se basaba en el método desarrollado por Aristóteles, que permitió sistematizar y organizar tan racionalmente el mundo físico que se pusieron los fundamentos del conocimiento científico. Tal es el caso de la reflexión de Euclides sobre la medida y las proporciones de las cosas, porque con su identificación de las formas simples puso las bases de la geometría. En matemáticas, Arquímedes fue el primero que estableció el valor de π y quien descubrió los principios de la hidrostática; en la mayoría de los casos, sus descubrimientos surgieron como consecuencia de problemas concretos de ciencia aplicada, como es el caso de la sistematización de las normas de aplicación de la polea compuesta o del desarrollo del tornillo sin fin.

La máxima expresión del nuevo espíritu racionalista la ofreció la Biblioteca de Alejandría, una institución surgida bajo protección real en esa ciudad egipcia y que combinaba lo que desde el punto de vista actual podríamos llamar enseñanza e investigación. El propósito de los alejandrinos fue reunir todo el saber escrito disponible en su época, empezando con la literatura y acabando con la descripción de los pueblos. Para poder localizar las obras acumuladas, los bibliotecarios de Alejandría inventaron sistemas de clasificación como el alfabético y sobre todo, elaboraron el catálogo de las ciencias y de sus temas.

6.3. LA MEDICINA

La curación de la enfermedad fue, esencialmente, una competencia de los dioses, como correspondía a una religiosidad tan práctica como la griega (véase más abajo). El santuario de Asclepio en Epidauro y una multitud de otros atribuidos a dioses menos conocidos y héroes cuidaban esta importante parcela de la vida humana. El medio

habitual de cura fue la incubación, mediante la cual el paciente pasaba una noche en el santuario a la espera de que el dios le manifestase el remedio para su enfermedad o incluso, se la curase; en ambos casos, el enfermo salía confortado por el convencimiento psicológico en el poder divino y por los remedios prácticos que el templo ofrecía junto con la incubación. Los médicos griegos eran ya famosos antes de la época clásica y sus servicios eran universalmente requeridos. Se trataba de un oficio que se adquiría por aprendizaje junto a un médico de reputada fama, de manera que su empirismo podía llevar a una práctica que hoy llamaríamos homeopática y que no despreciaba los recursos mágicos y la asistencia divina.

Los rasgos anteriores obligan a preguntar si esta sección no estaría más en su sitio con todo lo relacionado con la religión. Pero la razón de colocarla aquí es que en los escritos médicos conservados, la enfermedad y su cura no tienen justificación sobrenatural. Los tratados médicos más famosos son los del llamado *Corpus Hipocrático*, atribuidos a Hipócrates de Cos, un contemporáneo de Sócrates. En Cos y en la vecina Cnidos, ambas en la costa jonia, surgió a partir del siglo V a.C. una escuela médica, cuyo desarrollo fue paralelo al de la filosofía en cuanto a su racionalismo. Al poder de observación del empirismo tradicional se añadió ahora la base teórica de la concepción de la naturaleza desarrollada por los filósofos jonios. El resultado fue un cuerpo doctrinal que abarcaba desde la anatomía a la cirugía y que hacía especial énfasis en la dieta y en el régimen de alimentos, lo que parece lógico considerando la debilidad de los conocimientos farmacológicos y la casi total imposibilidad de realizar cirugía sin consecuencias fatales.

6.4 LA HISTORIA

El interés por el pasado es una constante de las sociedades civilizadas, porque ayuda a mantener vivas las tradiciones sobre las que basan su identidad. Pero ese pasado se explicaba generalmente mediante mitos y leyendas que recreaban una pretérita y lejana época heroica. El deseo de averiguar el pasado con ciertas garantías fue una conquista de la ciencia jónica, que sintió especial interés por indagar críticamente la veracidad de las tradiciones disponibles. Convertir ese deseo en forma literaria es otra singularidad de los griegos, pues sólo en otras dos culturas muy diferentes (China e Israel) se alcanzó similar desarrollo.

Las *Historias* («historias» es lo mismo que indagaciones en griego) es precisamente el título habitual de la obra griega conservada en prosa más antigua y a su autor se le suele considerar «el padre de la Historia». Heródoto de Halicarnaso nació en esa ciudad de la Jonia hacia el 480 a.C., de la que fue desterrado por su oposición al régimen reinante. Viajero impenitente, recorrió toda la parte oriental del Mediterráneo, lo que le dio oportunidad de ver e indagar muchas cuestiones sobre las costumbres e historia de los habitantes de esas tierras extranjeras. Murió hacia el 420 a.C., después de visitar Atenas y otras *poleis*, donde se hizo famoso por su facundia. La versión final de sus *Indagaciones* debió publicarse antes del 425 a.C. y según propia confesión, su propósito es que no se perdiera la memoria de las grandes hazañas de bárbaros y griegos. Esos hechos no son otros que el choque entre persas y helenos durante las guerras médicas. Para cumplir este propósito, Heródoto vuelve atrás para narrar los antecedentes, las guerras entre los jo-

nios y licios, el surgimiento del poder persa, la figura de Ciro el Grande y la expansión persa por Oriente, Egipto y Anatolia hasta que el lector llega al convencimiento de que el conflicto greco-persa era inevitable. A la vez, Heródoto pone al servicio de sus indagaciones todo su bagaje de viajes: cualquier mención de gentes, lugares o sucesos concita una digresión en la que los datos tomados de otros autores se añaden a las propias observaciones, que sirven de piedra de toque de veracidad.

Pero el gran historiador griego fue Tucídides, un ateniense nacido hacia el 455 a.C. en el seno de una de las grandes familias locales. Como correspondía a su situación, llevó una activa vida pública y su carrera culminó en el 425 a.C. con el nombramiento de almirante; pero el fracaso en la misión encomendada le acarreó un largo destierro, del que pudo regresar sólo pocos años antes de su muerte, sucedida hacia el 400 a.C.

Su *Historia*, que se conserva sólo en parte, es la del choque entre peloponesios y atenienses (nosotros la llamamos guerra del Peloponeso), en la que él tomó parte y que el forzado exilio le permitió indagar con cuidado, visitando los lugares de las batallas e interrogando a combatientes de los dos bandos. La empresa tenía un algo de competencia con Heródoto pero lo que realmente distingue a Tucídides de su predecesor es la insistencia en basarse en testimonios contemporáneos, el esfuerzo por dejar patente el juicio que le merecen los diversos sucesos y, sobre todo, que se trata de una obra concebida desde el principio como una creación literaria, con una prosa densa y muy elaborada.

El carácter de testimonio inmediato y cuasi-directo confiere a la obra de Tucídides otra característica interesante: los sucesos que narra son responsabilidad exclusiva de sus protagonistas o instigadores, no actos divinos; se puede, por lo tanto, conocer las causas de lo que pasó y averiguar las motivaciones de todo lo sucedido. En aras de esta búsqueda, Tucídides diseccionó cuidadosamente las causas aparentes —los pretextos públicos aducidos por los contendientes— de las motivaciones reales y profundas. Por experiencia y formación, Tucídides era un buen conocedor del tema investigado y describe con precisión los fundamentos del poder, las relaciones internacionales y la irracionalidad popular durante un conflicto. Hábilmente aducidos, estos componentes hacen creíble el relato y Tucídides presenta un ejemplo intemporal del comportamiento social en momentos de crisis, que aún sigue siendo útil y provechoso para nosotros.

El tercer historiador de la época clásica fue Jenofonte, otro ateniense contemporáneo de Platón (entre 430 y 355 a.C.), cuyo fácil estilo y un cierto maniqueísmo en atribuir virtudes y vicios a los personajes que desfilan por sus páginas, lo hicieron una lectura muy apropiada para la escuela y aseguraron la pervivencia de su obra. Las más conocidas tienen ciertamente ese carácter: el *Anábasis*, es el relato de su gran aventura de juventud, la retirada de una banda de mercenarios griegos, abandonados y traicionados en pleno territorio enemigo; la *Ciropeia*, pasa por ser la primera novela histórica de la tradición occidental, pues es una detallada ficción de la vida del fundador del Imperio persa; y sendas biografías de *Sócrates*, de quien Jenofonte pasa por discípulo, y de *Agésilao*, el rey de Esparta que fue su amigo, le ofrecieron oportunidad para desarrollar sus ideas elitistas y criticar las de sus oponentes y enemigos.

Pero la obra en la que Jenofonte basó su prestigio de historiador son las *Helénicas*, una continuación de la historia de Tucídides. Como su predecesora, este libro trata de sucesos contemporáneos de los que su autor fue testigo e incluso participante.

Pero Jenofonte carecía de la capacidad de jerarquizar la información, apenas reflexionó sobre las causas de los sucesos y sobre todo, fue tan parcial en su relato que se prescindiría de él si no fuera por ser nuestra única fuente para esa época.

Jenofonte inauguró un estilo de narración histórica, generalmente titulada *Helénica*, que se centraba en las luchas entre los Estados griegos. Son obras de valor diverso y, sobre todo, sólo se conservan fragmentariamente. El autor más interesante fue Teopompo, a quien tocó vivir un tiempo de crisis y en sus *Filípicas* desfilan juntas y enfrentadas la brutalidad traicionera del rey de Macedonia y la incapaz corrupción de los atenienses; de este modo, inauguró un nuevo estilo de historia consistente en el halago —o la exposición de sus vicios y corrupciones— del monarca reinante, que alcanzó su cénit con Alejandro Magno, el primero que comprendió que para hacer historia hay que llevarse a las campañas a algunos historiadores. No deja de ser una divertida paradoja que esta preocupación de Alejandro no garantizase la preservación completa de ninguno de los muchos relatos que se escribieron sobre sus hazañas; lo que, por otra parte, no debe sorprender considerando que el talento y la habilidad de esos cronistas fue tan desigual que su mejor fruto fueron la serie de relatos novelados y fantásticos que dieron lugar a la leyenda de Alejandro.

En época helenística, el estilo imperante es el de las *Helénicas*, en el que la ampliación del mundo y sus nuevos desarrollos eran añadidos al relato disponible. Jerónimo de Cardia, un alto funcionario con protagonismo en diversos reinos helenísticos, fue el autor de un relato que cubría tres generaciones posteriores a Alejandro y que por su amplitud geográfica puede describirse como la primera historia mundial; desgraciadamente, sólo se conoce por el resumen que de ella dejó Diodoro Sículo.

7. La religión

La religión griega era politeísta, es decir, similar a la de otras culturas del Próximo Oriente, Egipto o Roma. La razón de este politeísmo es que se consideraba que cada fuerza o poder sobrenatural tenía una determinada influencia sobre el mundo visible y la actividad humana; en consecuencia, el individuo piadoso no favorecía especialmente a un dios en demérito de los demás, porque hacerlo suponía descuidar una parte de la experiencia personal o de su esfera de acción. Esta actitud se aplicaba también a las divinidades protectoras de un determinado lugar —Atenea en Atenas, Apolo en Delfos—, que no excluían la devoción a otros dioses.

La pluralidad de dioses obligaba a jerarquizarlos. La nómina de los principales estaba bien establecida desde la época de Homero: Zeus, Hera, Atena, Apolo, Artemis, Poseidón, Afrodita, Hermes, Hefestos y Ares, a los que se añadían los otros dos —Dionisio y Démeter—, que constituían la docena de númenes llamados olímpicos porque eran imaginados como parientes o descendientes de Zeus y residían en el monte Olimpo, el más alto de la Hélade. Junto a ellos, toda una pléyade de númenes a los que se atribuía especial agencia en todas y cada una de las manifestaciones de la naturaleza; la mayoría de estos dioses son oscuros, pero algunos como Pan y las Ninfas —los dioses protectores del bosque y las aguas— alcanzaron gran relevancia. Frente a ellos, los dioses relacionados con la tierra, los cultivos y el mundo del más allá; de ahí que se considerase que Hades, el dios de la muerte, fuese su rey y que se les llamasen dioses ctónicos.

El listado anterior, sin embargo, es el resultado de un proceso de sincretismo que redujo a unos pocos teónimos una mayor pluralidad anterior, en la que cada lugar, fenómeno natural, actividad o función tenía un numen específico; el recuerdo del pasado persistió en la infinidad de epítetos que podía añadirse a los dioses olímpicos o ctónicos y que diferenciaba su particular potencia o predilección.

Los griegos atribuían a los dioses el mismo origen que los hombres; es por ello que tenían forma, atributos y hábitos humanos: nacían y sentían como hombres pero no comían lo mismo que los hombres ni, por supuesto, envejecían o morían. Hubo un tiempo, una época dorada, en que dioses y hombres compartieron banquete, pero esa situación terminó en un momento impreciso y desde entonces, dioses y hombres marcharon por caminos separados. Los dioses eran omnipotentes y los humanos quedaron inermes y sólo los sacrificios recordaban que hubo un tiempo en que fueron comensales.

Como reflejo de esa situación anterior de cohabitación, quedaban los héroes, figuras intermedias entre dioses y hombres a los que se les daba culto; normalmente, se trata de personajes de especial relevancia; ya muertos, y el lugar de culto es entonces su tumba; pero también hay otros como Hércules, en los que no está clara qué es lo que le diferencia de un dios. Paradojas como ésta derivan de que los orígenes de la religión griega no son únicos y la figura y las cualidades de sus dioses se crearon en ámbitos muy distintos; unos proceden del ambiente indoeuropeo (Zeus se compara fácilmente con el Júpiter romano), pero Hércules recuerda al Gilgamesh babilonio y Afrodita parece un calco de la Astarte/Ishtar semita.

Para los griegos, el sacerdocio y el servicio divino era una dedicación a tiempo parcial y no requería otro requisito que la dignidad social; de este modo el padre era el oficiante en el culto doméstico y el rey o el magistrado en la ciudad. No había, por lo tanto, una casta sacerdotal ni profesionales de la religión ni una ortodoxia o una doctrina moral. Mientras que los griegos consideraban «teólogos» a poetas como Homero y Hesíodo, los únicos que podríamos considerar «profesionales» de la religión fueron los adivinos y los oráculos, que se encargaban de averiguar el futuro mediante arcanos rituales que permitían detectar cuál sería la reacción de los dioses o cómo resolver un problema a partir de la observación de determinados signos externos.

La falta de jerarquía religiosa implicaba que tampoco había ortodoxia ni herejes; los crímenes religiosos eran, obviamente, los sacrilegios y los actos que causaban escándalo o eran considerados impíos. Igualmente, tampoco se pedía al devoto una determinada conducta moral más allá de la creencia universal que los dioses castigaban determinadas conductas ofensivas con los padres, los huéspedes y los cadáveres. Fuera de esto, la religión griega era curiosamente amoral e incluso el comportamiento de los dioses estaba lejos de ser virtuoso, porque el mito fácilmente asignaba a los olímpicos homicidios, violaciones y, por supuesto, incestos.

La ausencia de ortodoxia estaba suplida por el culto; entendido como la piadosa ejecución de los ritos honrosos con los dioses. Normalmente éstos consistían en sacrificios realizados de acuerdo a un puntilloso ceremonial que determinaba el sexo, la edad y el color de la víctima y el modo en que debía de ser muerta, despedazada y repartida entre el dios y los asistentes. Porque el sacrificio por excelencia era cruento, aunque también se admitían ofrendas incruentas, unas veces para acompañar la víctima principal y otras, para sustituirla. Aunque éste no era siempre el caso, el sacrificio y posterior reparto de la víctima ofrecía ocasión de festejos, que normalmente incluían

el consumo de las víctimas, procesiones, cantos, bailes y competiciones atléticas. La productividad cultural de los festivales religiosos ya ha sido expuesta antes y respecto a los concursos deportivos, la sociedad griega parece haber sido la primera que prestó especial atención al deporte y el más famoso festival con concursos de especiales habilidades físicas fueron las Olimpiadas, establecidas ya en el siglo VI a.C. Los vencedores de estas competiciones eran el orgullo de sus ciudades, eran honrados por todos y la fama de sus habilidades corría de boca en boca.

La religiosidad griega era una cuestión de vivos. Cuál fuera el destino de los muertos era un asunto no bien establecido y la creencia generalizada es que todo se terminaba con el funeral, salvo para unos cuantos selectos héroes a los que los dioses concedían la inmortalidad. Para el resto, la nada. La costumbre de honrar con ofrendas a los difuntos estaba bien establecida en la época clásica, pero tenía mucho más que ver con el sentimiento, con la legalidad —el derecho a heredar—, o con la tranquilidad de los vivos, que con la creencia en otra vida. De ahí que las historias sobre difuntos que eran premiados o castigados en el otro mundo fueran sólo creídas a medias porque la existencia del más allá era una cuestión sin respuesta.

Había, sin embargo, quienes sí podían responder. El culto de diversos santuarios de Grecia evolucionó hacia ritos secretos o *misterios*, en los cuales el conocimiento de determinadas verdades se reservaba a quienes superaban pruebas iniciáticas. Un rito de esa clase se celebraba en el santuario de Démeter y Perséfone de Eleusis, un lugar cercano a Atenas, que alcanzó gran fama en toda Grecia y que acabó formando parte de la religión oficial de Atenas. Allí se prometía a los iniciados un mejor trato después de la muerte, aunque es incierto en qué consistía esa mejora, salvo que los no iniciados no iban a disfrutarla. La admiración con la que se hablaba de quienes habían sido iniciados implica que el misterio debía consistir en algo más que la participación en determinadas ceremonias.

Las mismas promesas de una vida más allá de la muerte la compartía la secta de los pitagóricos, que creían en la trasmigración de las almas y por ello prescribían un estricto régimen vegetariano que aislaba a sus seguidores en comunidades gobernadas por rígidas normas de conducta. Muy en relación con tales creencias, los ortistas pretendían que la siguiente reencarnación podía ser controlada mediante una vida de ascesis. Heródoto pensaba que Pitágoras había derivado sus doctrinas de Egipto y efectivamente presentan rasgos tan extraños a la religiosidad griega que es muy posible que así fuera. Pero no debe descartarse tampoco el papel creciente del individualismo que, al aflojar los lazos sociales tradicionales, favoreció la búsqueda de la salvación individual.

Este rasgo se acentuó con el helenismo, en parte porque la sociedad griega se abrió aún más y en parte porque las creencias en el más allá eran corrientes en los lugares que, a partir de Alejandro, entraron a formar parte del ámbito heleno. Como consecuencia de ello, los viejos dioses orientales se asimilaron a alguna divinidad helena, que de este modo tomaba rasgos salutíferos y místicos de los que antes carecía. El proceso de confusión y sincretismo avanzó hacia la búsqueda de una divinidad única, que es una idea que se rastrea en muchos pensadores griegos. Aunque el panteón babilonio y minorasiático contribuyó con algunas divinidades sincréticas (Cibeles, Mitra, Sabacio, Adonis), las combinaciones más exitosas se produjeron en Egipto, sobre todo en relación a Isis, la diosa femenina cuyo culto simboliza el ciclo de la resurrección, y

Serapis, una divinidad inventada por Ptolomeo I de Egipto combinando los rasgos de Apis, el buey sagrado de Menfis, y Osiris, el dios infernal que complementa a Isis, porque cada primavera regresa del infierno para fecundar el mundo.

La otra evolución religiosa del helenismo también estaba anclada en una práctica antigua de la religiosidad helena, como era el culto al héroe, pero con un nuevo enfoque derivado del ceremonial de las cortes orientales. Se trata del culto al soberano reinante, que comenzó con Alejandro una vez muerto y que fue adoptado por todos sus sucesores en vida. En principio, una modificación sustancial de la religiosidad tradicional griega, pero estos reyes divinizados no suplantaban a los dioses tradicionales, sino que coexistían con ellos. En realidad, pues, no se trataba de una manifestación de las creencias tradicionales sino un símbolo de la pérdida de la libertad y la autonomía política.

Bibliografía

Entre las traducciones castellanas de textos de la época, selecciono por su influencia en nuestro modo de pensar:

- Aristóteles (1970): *Política*, trad. de J. Marías y M. Araujo, Madrid.
 Platón (1988): *República*, trad. de J. M. Pabón y M. Fernández-Galiano, Madrid.
 — (2000): *La constitución de Atenas*, trad. y comentario de A. Tovar, Madrid.

Mientras que estos otros, aparte de sus indudables valores intrínsecos, ofrecen información de primera mano sobre los asuntos tratados en este capítulo:

- Aristófanes (1987): *Las Nubes. Lisístrata. Dinero*, trad. de E. García Nova, Madrid.
 Heródoto (1991): *Historia*, trad. C. Schrader, Madrid.
 Jenofonte (1989): *Helénicas*, trad. de D. Plácido, Madrid.

Son pocas las traducciones a nuestro idioma de otros textos literarios de valor secundario —pero informativos a nuestros efectos—, así como crestomatías de papiros e inscripciones; en ausencia de antologías similares a las traducidas a otras lenguas (véanse *A Selection of Greek Historical Inscriptions. II. From 403 to 323 B.C.*, ed. M. N. Tod, Oxford, 1948 Oxford; *las Inscriptions historiques grecques*, ed. M. Bertrand, Paris, 1992; o *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, ed. S. M. Burstein, Cambridge, 1985, el volumen tercero de la serie *Translated Documents of Greece and Rome*), deben emplearse los textos pertinentes a cuestiones sociales, religiosas y económicas, seleccionados, traducidos y comentados por D. Plácido y F. J. Gómez Espelosín en *Historia del mundo clásico a través de sus textos*, vol. I, Grecia, Madrid, 1999.

Dos libros de Finley, M. I.: *La Grecia antigua: economía y sociedad*, Barcelona, 1984 y *El nacimiento de la política*, Barcelona, 1986; ofrecen amenas e inteligentes introducciones (aun a pesar de los ocasionales chirridos de la traducción) a aspectos básicos que pueden quedar ocultos por la avalancha de los hechos. Son también de servicio los capítulos específicos de *El Legado de Grecia*, ed. M. I. Finley, Barcelona, 1983 y *La Historia Oxford del Mundo Clásico*, vol. I, Grecia, ed. J. Boardman, J. Griffin y O. Murray, Madrid, 1989.

La venerable monografía de M. Rostóvtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, 1967 continúa mereciendo atención a pesar de que su enfoque ha quedado obsoleto y los datos que maneja constituyen sólo una mínima parte de los ahora disponibles;